

ANTES DE MORIRME JENNY DOWNHAM



«Una novela extraordinaria destinada a ser el libro del año.»
The Sunday Times

«Una novela valiente y conmovedora.» *The Guardian*

«Una novela que rompe moldes.» *Publishers Weekly*

«Un libro hermoso y triste. Un canto a la vida
su tema sea la muerte.» *The Irish Times*

Lectulandia

Un día como cualquier otro te enteras de que te quedan unos pocos meses de vida. Un golpe difícil de asimilar, sin duda, pues ¿cómo afrontas semejante realidad? ¿Qué mecanismos psicológicos se desatan ante la certeza de lo inevitable?

Esta primera novela de la británica Jenny Downham —que gracias al boca a boca se encaramó en el primer puesto de ventas de Inglaterra durante semanas— no se parece a ninguna de las muchas que se han publicado sobre el mismo tema. Descubierta por el editor David Fickling —a cuyo fino olfato debemos hallazgos como la trilogía de Philip Pullman, *El curioso incidente del perro a medianoche* o *El niño con el pijama de rayas*—, la historia de Tessa ofrece una mirada mucho más amplia que el dudoso espectáculo de compartir un trance doloroso.

Una nueva percepción del tiempo, la redefinición de las relaciones con los padres y amigos, las primeras aventuras amorosas, en suma, un proceso de madurez acelerado que, narrado con inolvidables momentos de ironía y humor, destila una vitalidad sorprendente al tiempo que invita a la reflexión sobre el verdadero valor de las cosas.

Lectulandia

Jenny Downham

Antes de morirme

ePub r1.0

Edusav 28.01.14

Título original: *Before I die*
Jenny Downham, 2007
Traducción: Gema Moral Bartolomé
Retoque de portada: Edusav

Editor digital: Edusav
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

para Louis y Archie, con amor

1

Ojala tuviera novio, un novio que viviera colgado de la percha de mi armario. Podría sacarlo siempre que quisiera, para que me mirara como hacen los chicos de las películas, como si yo fuera guapísima. No hablaría mucho, pero suspiraría al quitarse la chaqueta de cuero y desabrocharse los vaqueros. Llevaría calzoncillos blancos y estaría tan bueno que casi me desmayaría. Luego se ocuparía de desnudarme, susurrándome: «Tessa, te quiero. Te quiero de verdad. Eres muy hermosa», exactamente esas palabras.

Me incorporo y enciendo la luz de la mesilla. Hay un bolígrafo, pero no tengo papel, así que escribo en la pared, encima de la cama: «Quiero sentir el peso de un chico sobre mí». Luego me tumbo y miro el cielo por la ventana. Se ha vuelto de un color extraño, rojo y negro a la vez, como si el día se estuviera desangrando.

Huelo a salchichas. Los sábados por la noche siempre hay salchichas. También habrá puré de patatas, col y salsa de carne con cebolla. Papá tendrá su billete de lotería (mi hermano Cal habrá elegido el número), y ambos estarán sentados delante del televisor, cenando con una bandeja en el regazo. Verán *Factor X* y luego *¿Quién quiere ser millonario?* Después Cal se dará un baño y se irá a la cama, y papá beberá cerveza y fumara hasta que sea su hora de acostarse.

Hace un rato subió a verme. Fue hasta la ventana y abrió las cortinas.

—¡Mira qué bonito! —exclamó cuando la habitación se inundo de luz. Se veía la tarde, las copas de los árboles, el cielo. Su silueta se recortaba contra la ventana, con los brazos en jarras. Parecía un Power Ranger—. Si no quieres hablar de ello. ¿Cómo voy a ayudarte? —dijo, y se acerco para sentarse en el borde de la cama.

Yo contuve la respiración. Si lo haces el tiempo suficiente, unos destellos blancos te bailan delante de los ojos. Papa alargó la mano para acariciarme la cabeza y sus dedos masajearon suavemente el cuero cabelludo.

—Respira, Tessa —me susurró.

Pero yo cogí el sombrero de la mesilla y me tapé los ojos. Entonces él se fue.

Ahora está abajo friendo salchichas. Oigo el chisporroteo de la grasa, como borbotea la salsa en la sartén. No estoy segura de que sea normal oír todo eso desde aquí arriba, pero ya nada me sorprende. Ahora oigo a Cal bajándose la cremallera de la chaqueta, vuelve de comprar mostaza. Hace diez minutos papá le dio una libra y le dijo: «No hables con gente rara». Al marcharse Cal, papá se fumó un pitillo fuera, en la puerta de atrás. Se oía el susurro de las hojas caer sobre la hierba. La invasión del otoño.

—Cuelga la chaqueta y ve a ver si Tess quiere algo —dice papá—. Hay moras de sobras. Anímalas a comer.

Cal lleva zapatillas de deporte; las suelas resoplan cuando sube las escaleras a

saltos y entra en mi habitación. Finjo estar dormida, pero eso no lo detiene; se inclina sobre mí.

—Me da igual que no vuelvas a hablarme nunca más —susurra. Abro un ojo y me encuentro con sus ojos azules.

—Sabía que estabas haciéndote la dormida. —Y sonrío de oreja a oreja de un modo encantador—. Papá pregunta si quieres moras.

—No quiero.

—¿Y qué le digo entonces?

—Dile que quiero una cría de elefante.

Suelta una carcajada.

—Voy a echarte de menos —declara, y me deja con la puerta abierta y la corriente de aire que llega desde la escalera.

2

Zoey ni siquiera llama a la puerta, simplemente entra y se sienta a los pies de mi cama. Me mira de un modo extraño, como si no esperara encontrarme aquí.

—¿Qué haces? —pregunta.

—¿Por qué?

—¿Ya nunca bajas?

—¿Te ha llamado mi padre?

—¿Te duele?

—No.

Me mira con suspicacia, luego se levanta y se quita la chaqueta. Lleva un vestido rojo muy corto, a juego con el bolso que ha dejado caer al suelo.

—¿Vas a salir? —pregunto—. ¿Tienes una cita?

Se encoge de hombros. Se acerca a la ventana y contempla el jardín. Traza un círculo en el cristal con el dedo y dice:

—A lo mejor deberías probar creer en Dios.

—¿Ah, sí? ¿Te parece?

—Sí, quizá todos deberíamos hacerlo. Toda la humanidad.

—Yo no estoy muy de acuerdo con eso. Pienso que tal vez Dios haya muerto.

Zoey se gira hacia mí. Tiene la cara pálida, como el invierno. Por detrás de su hombro, un avión surca fugazmente el cielo.

—¿Qué has escrito en la pared?

No sé por qué dejo que lo lea. Supongo que quiero que ocurra algo. Está escrito con tinta negra. Cuando Zoey lo lee, las palabras se retuercen como arañas. Lo lee una y otra vez. No soporto que me tengan lástima.

—Esto no es como estar de vacaciones, ¿eh? —musita.

—¿He dicho que lo fuera?

—No, pero creía que lo pensabas.

—Pues no.

—Creo que tu padre espera que pidas un poni, no un novio.

Es asombroso el sonido de nuestra risa. Me encanta, aunque duela. Reír con Zoey es una de mis actividades favoritas, porque sé que las dos tenemos las mismas imágenes estúpidas en la cabeza. Sólo tiene que decir «quizá la solución sea un rebaño de sementales» para que las dos acabemos riendo como histéricas.

—¿Estas llorando? —me pregunta de pronto.

No estoy segura. Creo que sí. Parezco una de esas mujeres de la tele que han perdido a toda su familia. Un animal que se lame las heridas. Todo se me viene encima de golpe: mis dedos ya no son más que huesos y mi piel es prácticamente transparente. Noto cómo se multiplican las células en mi pulmón izquierdo,

acumulándose como ceniza que cayera lentamente en un jarrón. Pronto no podré respirar.

—Es normal que tengas miedo.

—No lo es.

—Por supuesto que sí. Cualquier cosa que sientas es normal.

—Imagínatelo, Zoey. Imagina lo que es estar aterrada todo el tiempo.

—Lo imagino.

No es posible. ¿Cómo podría, cuando le queda toda la vida por delante? Vuelvo a ocultarme bajo el sombrero, sólo un ratito, porque voy a echar de menos respirar. Y hablar. Y las ventanas. Voy a echar de menos los pasteles. Y los peces. Me gustan los peces. Me gusta eso que hacen con la boca: abierta, cerrada, abierta, cerrada.

Y a donde yo voy, no puedes llevar nada contigo.

Zoey me mira mientras me seco los ojos con la punta del edredón.

—Hazlo conmigo —digo.

Se sorprende.

—¿Hacer qué?

—Lo tengo anotado en trocitos de papel por todas partes. Lo escribiré bien y tú me obligarás a hacerlo.

—¿Obligarte a hacer qué? ¿Lo que has escrito en la pared?

—Y también otras cosas, pero lo del chico primero. Tú te has acostado con montones de tíos, y a mí aún nadie me ha besado siquiera.

Observo como asimila mis palabras. Se posan en algún lugar muy profundo.

—No han sido montones —replica al fin.

—Por favor, Zoey. Aunque te suplique que no lo hagas, aunque me porte fatal contigo, tú oblígame. Tengo una larga lista de cosas que quiero hacer.

—Vale —contesta, y suena como algo fácil, como si sólo estuviera pidiéndole que me visitara más a menudo.

—¿Hablas en serio?

—Ya lo has oído, ¿no?

Me pregunto si sabe en lo que se está metiendo.

Me siento en la cama y la observo hurgar en mi armario. Creo que tiene un plan. Eso es lo bueno de Zoey. Pero será mejor que me dé prisa, porque empiezo a pensar en cosas como zanahorias. Y el aire. Y patos. Y perales. Terciopelo y seda. Lagos. Voy a echar de menos el hielo. Y el sofá. Y la sala de estar. Y la pasión de Cal por los trucos de magia. Y las cosas blancas: leche, nieve, cisnes.

Del fondo del armario, Zoey saca el vestido que papá me compró el mes pasado. Aún lleva el precio.

—Yo me pondré esto. Tú puedes ponerte el mío. —Empieza a desabrocharse el vestido.

—¿Vamos a salir?

—Es sábado por la noche, Tess. ¿Sabes lo que significa?

—Por supuesto que lo sé.

Hacia horas que no estaba en posición vertical. Me siento un poco extraña, como vacía y etérea. En ropa interior, Zoey me ayuda a ponerme el vestido rojo. Huele a ella. La tela es suave y se me pega al cuerpo.

—¿Quieres que lleve esto?

—A veces es agradable sentirse como otra persona.

—¿Cómo tú?

Se lo que piensa.

—Quizá. Tal vez alguien como yo.

Cuando me miro en el espejo, es alucinante lo distinta que me veo: con grandes ojos y peligrosa. Resulta excitante, como si cualquier cosa fuera posible. Incluso el pelo tiene buena pinta, espectacularmente corto, en lugar, simplemente, de estar creciendo de nuevo. Nos miramos, la una al lado de la otra, y luego Zoey me aparta del espejo y me lleva a sentarme en la cama. Coge la cesta de maquillaje que tengo en el tocador y se sienta junto a mí. Me concentro en su cara mientras se unta el dedo con la base y me da unos golpecitos en la mejilla. Ella tiene un pelo muy rubio y una piel muy blanca, y el acné hace que parezca un poco salvaje. Yo jamás he tenido un solo grano. Es pura suerte.

Zoey me perfila los labios y los pinta. Coge el rímel y me dice que la mire. Intento imaginar cómo sería ser ella. Es algo que hago a menudo, pero jamás lo consigo de verdad. Cuando me invita a ponerme de pie y mirarme en el espejo, resplandezco un poco. Un poco como ella.

—¿Adónde quieres ir? —pregunta.

Hay un montón de sitios. El pub. Una fiesta. Quiero una sala grande y oscura en la que apenas pueda moverme, con cuerpos estrujados unos con otros. Quiero oír mil canciones a todo volumen. Quiero bailar tan deprisa que mi pelo se estire hasta pisármelo. Quiero que mi voz resuene más fuerte que el bajo. Quiero pasar tanto calor que tenga que masticar hielo.

—Vamos a bailar. Vamos a buscar chicos para acostarnos con ellos.

—De acuerdo. —Zoey coge su bolso y abandonamos la habitación.

Papá sale del salón y sube las escaleras hasta la mitad. Finge que va al cuarto de baño y actúa como si le sorprendiera vernos.

—¡Te has levantado! —exclama—. ¡Es un milagro! —E inclina la cabeza ante Zoey con reticente respeto—. ¿Cómo lo has logrado?

Ella sonrío al suelo.

—Sólo necesitaba un pequeño estímulo.

—¿Cuál?

Me apoyo en una cadera y lo miro a los ojos.

—Zoey va a llevarme a bailar *pole dance* a un local de ésos.

—Muy graciosa.

—No, en serio.

Papá sacude la cabeza y se acaricia el estómago. Siento lástima por él, porque no sabe qué hacer.

—Vale —digo—. Vamos a una discoteca.

Él mira el reloj como si fuera a decirle algo.

—Yo cuidaré de ella —asegura Zoey. Suena tan cariñosa y sincera que casi le creo.

—No. Tess necesita descansar. En una discoteca habrá demasiado humo y ruido.

—Si necesita descansar, ¿por qué me ha telefoneado?

—Quería que hablaras con ella, no que te la llevaras.

—No se preocupe. —Ríe—. La traeré de vuelta.

Noto que mi felicidad empieza esfumarse porque sé que papá tiene razón. Si voy a una discoteca, luego tendré que pasarme una semana durmiendo. Cuando gasto demasiadas energías, después siempre pago las consecuencias.

—Vale —digo—. No importa.

Zoey me coge del brazo y tira de mí escaleras abajo.

—Tengo el coche de mi madre. La traeré antes de las tres.

Mi padre dice que no, que es demasiado tarde; le pide que me devuelva antes de medianoche. Lo repite varias veces mientras Zoey saca mi abrigo del armario del recibidor. Cuando salimos a la calle, le digo adiós a mi papá, pero él no me responde. Zoey cierra la puerta.

—A las doce está bien —le digo.

Ella se gira hacia mí en el escalón.

—Escúchame, si quieres hacer las cosas como es debido, tendrás que aprender a saltarte las normas.

—Pero es que no me importa volver a las doce, de verdad. Además, si no papá se preocupará.

—Pues que se preocupe, qué más da. ¡Para alguien como tú no hay consecuencias!

Nunca se me había ocurrido verlo de ese modo.

3

Por supuesto, fuimos a la discoteca. Nunca hay chicas suficientes un sábado por la noche y Zoey tiene un cuerpo estupendo. Los gorilas de la puerta babean al verla y nos indican que nos acerquemos al principio de la cola. Ella les dedica unos pasos de baile cuando entramos, y sus ojos nos siguen a través del vestíbulo hasta el guardarropa.

—¡Que pasen una noche estupenda, señoras! —nos gritan.

—No tenemos que pagar. Somos las jefas.

Después de dejar los abrigos en el guardarropa, vamos a la barra y pedimos dos Coca-Colas. Zoey añade ron a la suya de la petaca que lleva en el bolso. Dice que todos sus compañeros de facultad lo hacen, porque así las copas les salen más baratas. Yo me atenderé a la prohibición de beber, porque me recuerda a la radioterapia. En una ocasión, entre una sesión y otra, me emborraché con una mezcla de bebidas que saqué del armario de los licores de papá, y ahora las dos cosas están asociadas en mi cabeza: el alcohol y el sabor de una irradiación corporal total.

Nos apoyamos en la barra para echar un vistazo al local. Está repleto, y en la pista de baile sobran los cuerpos. Las luces persiguen torsos, culos, el techo.

—Por cierto, llevo condones —dice Zoey—. Están en mi bolso, si los necesitas. —Me toca la mano—. ¿Te encuentras bien?

—Sí.

—¿No te estás asustando?

—No.

Una vertiginosa sala repleta de gente un sábado por la noche es exactamente lo que quería. He empezado mi lista de cosas y Zoey me está ayudando. Esta noche voy a tachar la número uno: sexo. Y no voy a morir hasta tachar las diez.

—Mira —dice Zoey— ¿qué te parece ése? —señala a un chico. Baila bien, moviéndose con los ojos cerrados, como si fuera la única persona en la pista, como si no necesitara nada más que la música—. Viene todos los fines de semana. No sé cómo se lo monta para fumar porros aquí sin que lo echen. Está bueno, ¿eh?

—No quiero un drogata.

Ella me mira ceñuda.

—¿De qué coño estás hablando?

—Si está colgado, no me recordará. Y tampoco quiero ningún borracho.

Zoey deja su bebida sobre la barra con un golpe.

—Espero que no estés pensando en enamorarte. No me digas que está en tu lista.

—No, en realidad no.

—Bien, porque detesto recordarte que no tienes tiempo para eso. ¡Ahora, venga, empecemos de una vez!

Me arrastra hacia la pista. Nos acercamos al fumeta para que se fije en nosotras y nos ponemos a bailar.

Y es guay. Es como pertenecer a una tribu, con todos moviéndonos y respirando al mismo ritmo. La gente se mira, examinándose unos a otros. Nadie puede evitarlo.

Estar aquí, un sábado por la noche, bailando y atrayendo las miradas de un chico con el vestido de Zoey... Algunas chicas nunca viven algo así. Ni siquiera esto.

Sé lo que ocurrirá después porque he tenido mucho tiempo para leer y conozco los pasos. El fumeta se acercará más para vernos bien. Zoey no lo mirará, pero yo sí. Mantendré la mirada un segundo más y él se inclinará hacia mí y me preguntará mi nombre. «Tessa», le diré, y él lo repetirá: la dura T, la doble s silbante, la esperanzada a. Yo ladearé la cabeza para expresar que lo ha entendido bien, que me gusta lo dulce y nuevo que suena mi nombre en su boca. Entonces él extenderá las manos con las palmas hacia arriba, como diciendo: «Me rindo, ¿qué puedo hacer con tanta belleza?». Yo sonreiré tímidamente y miraré al suelo. Eso le indicará que puede abordarme, que no voy a morderlo, que conozco el juego. Me rodeará con sus brazos y luego bailaremos juntos, con mi cabeza sobre su pecho, escuchando su corazón, el corazón de un desconocido.

Pero no es eso lo que ocurre. He olvidado tres cosas. He olvidado que los libros no son reales. También que no tengo tiempo para coquetear. Zoey sí lo recuerda. Ella es la tercera cosa que he olvidado. Y actúa.

—Ésta es mi amiga —le grita al fumeta para hacerse oír—. Se llama Tessa. Y le gustaría darle una calada a ese canuto.

Él sonríe, le tiende el canuto, nos observa, demora la mirada en la melena de Zoey.

—Es hierba pura —me susurra ella.

Sea lo que sea, es denso y me pica en la garganta. Me hace toser, me marea. Se lo paso a Zoey, que aspira el humo con fruición y luego se lo devuelve.

Ahora los tres estamos juntos, moviéndonos juntos, notando el ritmo del bajo a través de los pies y hasta la sangre. Imágenes calidoscópicas parpadean en las pantallas de vídeo de las paredes. El canuto va de mano en mano.

No sé cuánto tiempo pasa. Horas quizá. Minutos. Sé que no debo parar, eso es todo lo que sé. Si sigo bailando, los oscuros rincones de la sala no se me echarán encima, y el silencio entre una canción y otra no será tan estentóreo. Si sigo bailando, veré de nuevo barcos en el mar, saborearé berberechos y buccinos y oiré el crujido que emite la nieve cuando es pisada por primera vez.

En un momento dado, Zoey me alargó un nuevo canuto.

—¿Te alegras de haber venido? —me dice, articulando exageradamente para que le lea los labios.

Hago una pausa para dar una calada, y me detengo estúpidamente un segundo de

más, olvidando moverme. Y ahora el hechizo se ha roto. Intento recobrar algo de entusiasmo como sea, pero noto como si tuviera un buitre posado sobre el pecho. Zoey, el fumeta y todos los demás que bailan están muy lejos, son irreales, como un programa de televisión. Ya no espero sentirme incluida.

—Vuelvo enseguida —le digo a Zoey.

En la quietud de los servicios, me siento en la taza y me miro las rodillas. Si me subo un poco más el minúsculo vestido rojo, me veo el vientre. Aún tengo manchas rojizas en el estómago. Y en los muslos. Tengo la piel tan seca como un lagarto, por más crema que me ponga. En los brazos se adivinan las marcas de las agujas.

Termino de orinar, me limpio y me bajo el vestido. Cuando abandono el cubículo, Zoey está esperándome junto al secador de manos. No la he oído entrar. Sus ojos son más oscuros que antes. Me lavo las manos muy despacio. Sé que me está observando.

—Tiene un amigo —dice—. Su amigo es más guapo, pero puedes quedártelo, ya que es tu noche especial. Se llaman Scott y Jake, y vamos a ir con ellos a su casa.

Me agarro al borde del lavabo y me miro la cara en el espejo. Mis ojos me resultan extraños.

—Uno de los Tweenies se llama Jake.

—A ver —me espeta Zoey, cabreada—, ¿quieres sexo o no?

La chica que está en el lavabo contiguo me mira de reojo. Quiero decirle que no soy lo que piensa. En realidad soy muy simpática, seguramente le caería bien. Pero no hay tiempo para eso.

Zoey me saca de los servicios y me arrastra de nuevo hacia la barra.

—Ahí están. Ése es el tuyo.

El chico que me señala tiene los pulgares metidos en el cinturón y las manos abiertas sobre la entrepierna. Parece un vaquero con la mirada perdida. No nos ha visto, así que me planto.

—No puedo hacerlo.

—¡Sí puedes! ¡Vive deprisa, muere joven y deja un bonito cadáver!

—¡No, Zoey!

La cara me arde. Me pregunto si hay forma de respirar aire allí dentro. ¿Dónde está la salida?

Ella me mira con ceño.

—Tú me has pedido esto. ¿Qué se supone que debo hacer ahora?

—Nada. No tienes que hacer nada.

—¡Eres patética! —Me mira sacudiendo la cabeza y se aleja indignada por la pista de baile en dirección al vestíbulo.

Salgo corriendo detrás de ella y veo el resguardo de mi abrigo en su mano.

—¿Qué haces?

—Recoger tu abrigo. Te buscaré un taxi para que te pires a casa.

—¡No puedes irte con ellos dos tú sola, Zoey!

—Ya lo creo que sí.

Abre la puerta y escudriña la calle. Fuera reina el silencio ahora que ya no hay cola, y no se ve ningún taxi. En la acera, unas palomas picotean los restos de pollo de un envase.

—Por favor, Zoey, estoy cansada. ¿No puedes llevarme tú?

—Siempre estás cansada —replica encogiéndose de hombros.

—¡Deja de ser tan desagradable!

—¡Y tú deja de ser tan aburrida!

—No quiero irme con unos desconocidos a su casa. Podría pasar cualquier cosa.

—Bien. Espero que pase, porque de lo contrario no pasará absolutamente nada.

Me quedo cohibida, temerosa de pronto.

—Quiero que sea perfecto, Zoey. Si me acuesto con un chico al que ni siquiera conozco, ¿en qué me convertiré? ¿En una fulana?

Se gira hacia mí echando chispas por los ojos.

—Te hará sentir viva. Si te metes en un taxi y vuelves a casa con tu papá, ¿en qué te convertirás?

Me imagino metiéndome en la cama, respirando el aire estancado de mi habitación toda la noche y despertando por la mañana sin que nada haya cambiado.

Zoey ha vuelto a sonreír.

—Vamos. Podrás tachar el primer punto de esa condenada lista tuya. Sé que quieres hacerlo. —Su sonrisa es contagiosa—. Di que sí, Tessa. ¡Venga, di que sí!

—Sí.

—¡Hurra! —Me agarra de la mano y me lleva de nuevo al interior del local—. Ahora mándale un mensaje a tu padre para decirle que te quedas a dormir en mi casa, y vamos ya.

—¿No te gusta la cerveza? —me pregunta Jake.

Está apoyado en el fregadero de la cocina y yo estoy de pie, demasiado cerca de él. Lo hago a propósito.

—Me apetecía más el té.

Él se encoge de hombros, entrechoca su botella de cerveza con mi taza, y echa la cabeza atrás para beber. Observo su garganta mientras traga, me fijo en una pequeña cicatriz blanca que tiene bajo la barbilla, una fina línea de algún accidente pasado. Se limpia la boca con la manga y se da cuenta de que estoy mirándolo.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Y tú?

—Sí.

—Bien.

Me sonrío. Tiene una sonrisa bonita. Me alegro. Sería mucho más difícil si fuera feo.

Hace media hora, Jake y su amigo el fumeta se sonreían el uno al otro cuando nos invitaron a Zoey y a mí a entrar en su casa. Esas sonrisas significaban que habían ligado. Zoey les ha dicho que no se hicieran ilusiones, pero de todos modos hemos pasado al salón y ella ha dejado que el fumeta le colgara el abrigo. Se ha reído de sus chistes, ha aceptado los canutos que él le liaba y ha pillado un buen colocón.

La veo a través de la puerta. Han puesto música, una suave melodía de jazz. Han apagado las luces para bailar, trazando lentos círculos en la alfombra sin moverse del sitio. Zoey sujeta un canuto con una mano y tiene la otra metida en el cinturón del fumeta. Él la rodea con los dos brazos, así que parecen sostenerse el uno al otro.

De repente me siento muy sensata, bebiendo té en la cocina, y caigo en que tengo que seguir con mi plan. Al fin y al cabo, todo esto es por mí.

Apuro el té de un trago, dejo la taza en el escurrerplatos y me acerco aún más a Jake. Nuestros zapatos se tocan.

—Bésame —digo, y me suena ridículo, pero a él no parece importarle.

Deja la cerveza a un lado y se inclina hacia mí.

Nos besamos suavemente, rozando los labios; apenas un amago de su aliento. Siempre he intuido que sabría besar muy bien. He leído todas las revistas que hablan de narices que chocan, exceso de saliva y dónde poner las manos. Pero no sabía que iba a sentir esto, su mentón frotándose contra el mío, sus manos explorando despacio mi espalda, su lengua recorriéndome los labios y penetrando en mi boca.

Nos besamos durante minutos enteros, apretando nuestros cuerpos, estrechándonos. Es un gran alivio estar con alguien que no sabe nada de mí. Mis manos son osadas, se hunden en la curva donde termina su columna para acariciarlo

ahí. Qué sano se nota al tacto, qué sólido.

Abro los ojos para saber si disfruta con esto, pero mi mirada es atraída por la ventana que hay detrás de su cabeza, los árboles rodeados por la noche. Unas ramitas negras dan golpecitos en el cristal como dedos. Cierro los ojos y me aprieto contra Jake. A través de mi minúsculo vestido rojo percibo lo mucho que me desea. Suelta un leve gemido gutural.

—Vamos arriba —musita.

Intenta llevarme hacia la puerta, pero le pongo la mano en el pecho para mantenerlo a raya mientras pienso.

—Vamos —insiste—. Quieres, ¿no?

Noto su corazón palpitando bajo mis dedos. Me sonrío, y es verdad que quiero. ¿No he venido para eso?

—Vale.

Su mano arde cuando enlaza sus dedos con los míos y me conduce por el salón hacia las escaleras. Zoey está besando al fumeta. Lo tiene con la espalda contra la pared y le ha encajado una pierna entre las suyas. Cuando pasamos por su lado, los dos se dan la vuelta. Están despeinados y acalorados. Ella me saca la lengua, que brilla como un pez en una cueva. Suelto a Jake para coger el bolso de Zoey del sofá. Rebusco, consciente de que todos tienen los ojos puestos en mí, de la morosa sonrisa en la cara del fumeta. Jake se apoya en el marco de la puerta, esperando. ¿Le está mostrando un pulgar alzado a su amigo? No soy capaz de mirar, ni de encontrar los condones; ni si quiera sé si van en un paquete o una caja, o qué aspecto tienen. Abochornada, decido llevarme el bolso. Si Zoey necesita uno, tendrá que subir a buscarlo.

—Vamos —digo.

Sigo a Jake escaleras arriba, concentrándome en el contoneo de sus caderas para que no decaiga mi ánimo. Me siento una poco extraña, mareada y con ligeras náusea. No creía que subir escaleras detrás de un tío fuera a recordarme los pasillos del hospital. A lo mejor sólo es cansancio. Intento recordar las normas sobre los mareos: siempre que sea posible, respira aire fresco, abre una ventana o sal al exterior. Utiliza la terapia de la distracción, haz algo, cualquier cosa, para no pensar en ello.

—Aquí —anuncia.

El cuarto de Jake no es nada especial: una habitación pequeña con un escritorio, un ordenador, libros desperdigados por el suelo, una silla y una cama individual. En las paredes hay unos cuantos pósters en blanco y negro, de músicos de jazz sobre todo.

Me observa mientras miro la habitación.

—Deja el bolso por ahí.

Recoge la ropa sucia que hay sobre la cama y la tira al suelo, estira el edredón, se

sienta y da unas palmaditas junto a él.

Yo no me muevo. Si me siento en esa cama, necesito que la luz esté apagada.

—¿Podrías encender esa vela? —pido.

Él abre un cajón, saca cerillas y se levanta para encender la vela que hay sobre el escritorio. Apaga la luz del techo y vuelve a sentarse.

Delante tengo un chico real, de carne y hueso, mirándome, esperándome. Es mi momento, el corazón me palpita con fuerza. Tal vez la única forma de acabar con esto sin que él termine pensando que soy una completa idiota sea fingirme otra persona. Decido ser Zoey y empiezo a desabrocharme su vestido.

Él me mira, un botón, dos botones. Se relame los labios. Tres botones.

—Déjame a mí.

Sus dedos son veloces. Ya lo ha hecho antes. Otra chica, otra noche. Me pregunto dónde estará ella ahora. Cuatro botones, cinco, y el minúsculo vestido rojo se desliza desde los hombros hasta las caderas, cae al suelo y aterriza a mis pies como un beso. Saco los pies y me planto delante de Jake en bragas y sujetador.

—¿Qué es eso? —Frunce el entrecejo al verme la piel arrugada del pecho.

—Estuve enferma.

—¿De qué?

Le cierro la boca con besos.

Huelo diferente ahora que estoy prácticamente desnuda, a cálido almizcle. Él sabe diferente, a humo y algo dulce. A vida quizá.

—¿No te quitas la ropa? —le pregunto con mi mejor imitación de la voz de Zoey.

Jake se saca la camiseta por la cabeza levantando los brazos. Durante unos segundos no puede verme, pero me lo enseña todo: el torso estrecho, joven y pecoso, el oscuro vello de las axilas. Tira la camiseta al suelo y vuelve a besarme. Intenta abrirse el cinturón sin mirar y con una sola mano, pero no puede. Se aparta, sin dejar de mirarme mientras desabrocha agitadamente el botón y baja la cremallera. Se quita los pantalones y se queda en ropa interior. Hay un momento en que vacila; parece cohibido. Me fijo en sus pies, inocentes como margaritas con sus calcetines blancos, y siento la necesidad de darle algo.

—Es la primera vez que hago esto —confieso—. Nunca he llegado hasta el final con ningún tío.

La vela gotea.

Él no dice nada durante unos instantes, luego sacude la cabeza como si no acabara de creérselo.

—Vaya, es increíble.

—Yo asiento.

—Ven.

Me hundo en su hombro. Es reconfortante, como si todo pudiera ir bien. Jake me

rodea con un brazo y me sube la otra mano por la espalda para acariciarme la nuca. Su mano es cálida. Hace dos horas ni siquiera sabía su nombre.

Tal vez no tengamos que acostarnos. Tal vez podríamos tumbarnos simplemente y acurrucamos, dormir uno en brazos del otro bajo el edredón. Tal vez nos enamoremos. Él buscará una cura y yo viviré para siempre.

Pero no.

—¿Tienes condones? —susurra—. Me he quedado sin.

Agarro el bolso de Zoey y lo vuelco en el suelo a nuestros pies; él recoge un condón, lo deja preparado sobre la mesita de noche y se quita los calcetines.

Yo me desprendo despacio del sujetador. Nunca he estado desnuda delante de un tío. Él me mira como si quisiera comerme, preguntándose por dónde empezar. Oigo los latidos de mi corazón. A Jake le cuesta librarse de los calzoncillos con la erección. Yo me quito las bragas y de pronto estoy temblando. Los dos estamos desnudos. Pienso en Adán y Eva.

—Todo irá bien —asegura él; me coge la mano y me lleva hasta la cama. Aparta el edredón y nos metemos dentro. Es un barco. Es una madriguera. Es un lugar donde ocultarse—. Te va a encantar.

Empezamos besándonos, lentamente al principio. Sus dedos recorren despacio el contorno de mis huesos. Me gusta; lo dulces que somos el uno con el otro, la lentitud a la luz de la vela.

Pero no dura mucho. Sus besos se hacen más intensos, su lengua se introduce hasta el fondo, ávida. También sus manos se apresuran, apretándome, frotándome. ¿Busca algo en particular? No deja de decir: «Oh, sí, oh, sí», pero no creo que me lo diga a mí. Tiene los ojos cerrados y mis pechos le llenan la boca.

—Mírame —le pido—. Necesito que me mires.

Él se incorpora sobre un codo.

—¿Qué?

—No sé qué hacer.

—Lo haces bien. —Sus ojos están tan oscuros que no los reconozco. Es como si se hubiera convertido en otra persona, ni siquiera es el semidesconocido que era unos minutos antes—. Todo va bien.

Y vuelve a besarme el cuello, los pechos, el vientre, hasta que su rostro desaparece de nuevo. Sus manos también descienden, y no sé cómo decirle que no lo haga. Aparto las caderas, pero él no se detiene. Mete los dedos entre mis piernas y ahogo una exclamación de sorpresa, porque nadie me lo había hecho antes.

¿Qué me pasa que no se cómo hacer esto? Pensaba que lo sabría, que sabría lo que iba a ocurrir. Pero todo va muy deprisa sin mí, como si Jake me obligara a hacerlo, cuando se supone que yo debería llevar las riendas.

Me aferro a él, le rodeo la espalda con los brazos y le doy unas palmadas como si

fuera un perro que no comprende.

Él se incorpora.

—¿Estás bien?

Asiento.

Alarga la mano hacia el condón que ha dejado en la mesita. Lo miro mientras se lo pone. Lo hace deprisa. Es un experto en condones.

—¿Lista?

Vuelvo a asentir. Me parece grosero no hacerlo.

Él se tumba, me separa las piernas con las suyas, se aprieta contra mí, con todo su peso encima. Pronto lo notaré dentro de mí y averiguaré de qué va todo esto. Ésa era mi idea inicial. Me fijo en muchas cosas mientras los números de neón rojo de su radio despertador pasan de las 3.15 a las 3.19. Me fijo en que sus zapatos descansan de lado junto a la puerta, que no está bien cerrada. Hay una extraña sombra en el techo, en el rincón más alejado, que parece una cara. Pienso en el gordo sudoroso al que vi una vez corriendo por mi calle. Pienso en una manzana. Pienso en lo segura que me sentiría debajo de la cama, o con la cabeza en el regazo de mi madre.

Jake se apoya en los brazos, moviéndose lentamente sobre mí, con la cara vuelta hacia un lado y los ojos cerrados. Está ocurriendo de verdad. Lo estoy viviendo en este momento. Sexo. Cuando termina, me quedo quieta debajo de él, callada y sintiéndome sobre todo muy pequeña. Permanecemos así un rato, luego Jake se separa y examina mi rostro en la oscuridad.

—¿Qué pasa? ¿Qué tienes?

No puedo mirarlo, así que me apego a él, ocultándome entre sus brazos. Sé que estoy haciendo el ridículo. Lloriqueo como un bebé y no puedo parar; es horrible. Jake me acaricia la espalda en círculos, me susurra «Sshhh» al oído y al final me aparta para observarme.

—¿Qué te ocurre? Ahora no irás a decir que no querías, ¿verdad?

Me seco las lágrimas con el edredón. Me incorporo para poner los pies en la alfombra. Me siento de espaldas a él, parpadeando en busca de mi ropa. Son sombras extrañas esparcidas por el suelo.

Cuando era niña, montaba a caballito sobre los hombros de mi padre. Era tan pequeña que tenía que sujetarme con las dos manos para no caer y, sin embargo, llegaba tan alto que podía meter las manos entre las hojas de los árboles. Jamás podría contarle eso a Jake. No le interesaría. No creo que las palabras lleguen a la gente. Tal vez no llegue nada.

Recojo como puedo mi ropa. El vestido rojo se me antoja más pequeño que nunca. Me lo estiro, tratando de taparme las rodillas; ¿de verdad he ido a una discoteca con esta pinta? Deslizo los pies en los zapatos y vuelvo a meter las cosas de Zoey en su bolso.

—No tienes por qué irte —dice Jake, apoyado en su codo. Su pecho parece blanco a la luz parpadeante de la vela.

—Quiero irme.

Él se recuesta de nuevo sobre la almohada. Le cuelga un brazo por el borde de la cama; sus dedos tocan el suelo. Sacude la cabeza muy despacio.

Zoey está abajo, en el sofá, dormida. También el fumeta. Están tumbados juntos, con los brazos entrelazados, de frente. Detesto que a ella se le vea tan ufana. Incluso lleva la camisa de él. Sus bonitos botones en hilera me evocan la casa de azúcar de los niños del cuento. Me arrodillo a su lado y le acaricio el brazo levemente. Su piel está caliente. La acaricio hasta que abre los ojos. Parpadea.

—¡Eh! —susurra—. ¿Ya habéis terminado?

Asiento, y no puedo evitar sonreír, lo que es extraño. Zoey se zafa de los brazos del fumeta, se sienta y pasea la mirada por el suelo.

—¿Ves el costo por ahí?

Encuentro la lata con la droga y se la entrego, luego me voy a la cocina y me sirvo un vaso de agua. Creía que ella me seguiría, pero no lo hace. ¿Cómo vamos a hablar con el fumeta delante? Me bebo el agua, dejo el vaso en el escurrer platos y regreso al salón. Me siento en el suelo, a los pies de Zoey, mientras ella lame un papel de liar y lo enrolla, luego lame un segundo papel y también lo enrolla. Luego arranca los extremos.

—¿Y? ¿Cómo ha ido?

—Bien.

Un destello de luz que atraviesa la cortina me ciega. Sólo veo el brillo de sus dientes.

—¿Es bueno?

Pienso en Jake, que está arriba, con la mano por el suelo.

—No lo sé.

Zoey da una calada, me mira con curiosidad, exhala el humo.

—Has de acostumbrarte. Mi madre me dijo una vez que el sexo eran sólo tres minutos de placer. Yo pensé: «¿Eso es todo? ¡Pues tendrá que ser algo más para mí!». Y lo es. Si dejas que los chicos piensen que lo hacen de fábula, no sé por qué, todo va sobre ruedas.

Me levanto, me acerco a la ventana y descorro las cortinas del todo. Las farolas de la calle aún están encendidas. Todavía falta mucho para el amanecer.

—¿Y lo has dejado solo ahí arriba? —dice Zoey.

—Eso creo.

—Pues es un poco desconsiderado. Deberías volver e intentarlo otra vez.

—No quiero.

—Bueno, pues no podemos irnos a casa todavía. Estoy hecha polvo.

Apaga el porro en el cenicero, se instala de nuevo junto al fumeta y cierra los ojos. La observo durante horas, viendo el lento movimiento de su pecho al respirar. Una hilera de luces a lo largo de la pared arroja un suave resplandor sobre la alfombra. También hay una estera, un óvalo pequeño con salpicaduras de azul y gris, como el mar.

Vuelvo a la cocina y pongo la tetera al fuego. Hay un papel sobre la encimera. Alguien ha escrito en él: «Queso, mantequilla, judías, pan». Me siento en un taburete y añado: «Chocolate Butterscotch, un paquete de seis de Creme Eggs». Sobre todo quiero los Creme Eggs, porque me encanta comer esos huevos de chocolate rellenos en Pascua. Faltan doscientos diecisiete días para Pascua.

Tal vez debería ser un poco más realista. Tacho los Creme Eggs y escribo: «Papá Noel de chocolate, envoltorio dorado y rojo con una campanita al cuello». Puede que a eso llegue. Faltan ciento trece días para Navidad.

Le doy la vuelta al papel y escribo: «Tessa Scott». Un buen nombre de tres sílabas, como dice siempre mi padre. Si consigo que quepa mi nombre cincuenta veces en este trozo de papel, todo saldrá bien. Escribo con letra muy pequeña, como si fuera la respuesta de un hada a la carta de un niño. Me duele la muñeca. La tetera silba. La cocina se llena de vapor.

Algunos domingos papá nos lleva a Cal y a mí a visitar a mamá. Subimos en el ascensor hasta el octavo piso, y por lo general hay un momento en que ella abre la puerta y dice: «¡Eh, hola!», y nos engloba a los tres con la mirada. Papá suele quedarse un rato en la puerta charlando con ella.

Pero hoy está tan impaciente por perderme de vista que, cuando se abre la puerta, ya se encuentra al otro lado del pasillo para coger el ascensor.

—Vigíla —dice, apuntándome con el dedo—. No se puede confiar en ella.

Mamá se echa a reír.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

Cal apenas puede contener la emoción.

—Anoche papá le dijo a Tess que no saliera.

—Ah. Típico de tu padre.

—Pero ella salió de todas maneras, y acaba de llegar a casa. Ha pasado toda la noche fuera. Mamá me sonrío afectuosamente.

—¿Has conocido a un chico?

—No.

—Apuesto a que sí. ¿Cómo se llama?

—¡Te digo que no!

Papá está furioso.

—Típico —resopla—. Típico, joder. Debería haber imaginado que no ibas a apoyarme.

—Oh, calla —exclama mamá—. No le ha hecho ningún daño, ¿verdad?

—Mírala bien. Está completamente extenuada.

Los tres hacen una pausa para mirarme. Odio eso. Me siento fría y deprimida y me duele el estómago. Me duele desde que me acosté con Jake. Nadie me había dicho que pasaba eso.

—Volveré a las cuatro —dice papá cuando se abre el ascensor—. Hace casi dos semanas que la niña se niega a que le hagan el recuento de leucocitos, así que llámame si notas algún cambio. ¿Lo harás?

—Sí, sí, no te preocupes. —Mamá se inclina y me besa en la frente—. Yo cuidaré de ella.

Cal y yo nos sentamos en la mesa de la cocina y mamá pone la tetera al fuego, busca tres tazas entre la vajilla sucia del fregadero y las enjuaga bajo el grifo. Alarga el brazo para coger las bolsitas de té de un armario, saca la leche de la nevera, la olisquea y sirve galletas en un plato. De inmediato me meto una galleta Bourbon en la boca. Está deliciosa. El chocolate barato y el subidón de azúcar al cerebro.

—¿Os he hablado alguna vez de mi primer novio? —dice mamá dejando la tetera

sobre la mesa—. Se llamaba Kevin y trabajaba en una relojería. Me encantaba su expresión cuando se concentraba con ese ocular que se encajaba en el ojo.

Cal coge otra galleta.

—¿Cuántos novios has tenido en total, mamá?

Ella ríe y se echa la larga melena hacia atrás por encima del hombro.

—¿Te parece adecuada esa pregunta?

—¿Papá fue el mejor?

—¡Ah, tu padre! —exclama, y se lleva la mano al corazón con un gesto melodramático. Cal se desternilla de risa.

En una ocasión le pregunté a mamá qué tenía papá de malo, y me contestó: «Es el hombre más sensato que he conocido en mi vida».

Yo tenía doce años cuando ella lo dejó. Durante un tiempo envió postales desde sitios de los que yo nunca había oído hablar: Skegness, Grimsby, Hull. Una de ellas mostraba la fachada de un hotel. «Aquí es donde trabajo ahora —había escrito—. ¡Estoy aprendiendo repostería y he engordado un montón!».

«¡Bien! —dijo papá—. ¡Espero que reviente!».

Yo ponía las postales en la pared de mi cuarto: Carlisle, Melrose, Dornoch.

«Vivimos en una pequeña granja como los pastores —contaba en otra postal—. ¿Sabíais que utilizan la tráquea, los pulmones, el corazón y el hígado de las ovejas para hacer el haggis?».

Yo no lo sabía, y tampoco a quién se refería al decir «vivimos», pero me gustaba mirar la foto de John o’Groats con su inmenso cielo sobre el Firth.

Luego llegó el invierno y con él mi diagnóstico. No estoy segura de que ella se lo creyera al principio, porque tardó un tiempo en dar media vuelta y regresar a casa. Yo tenía trece años cuando por fin llamó a la puerta.

—¡Tienes un aspecto estupendo! —me dijo cuando fui a abrir—. ¿Por qué tu padre siempre hace que todo suene mucho peor de lo que es?

—¿Vas a volver a vivir con nosotros? —pregunté.

—No del todo.

Y entonces se mudó al piso.

Siempre es lo mismo. Tal vez sea por falta de dinero, o quizá no quiera que me canse demasiado, pero siempre acabamos viendo vídeos o jugando a juegos de mesa. Hoy Cal elige el juego de la vida. Es una porquería, y a mí se me da de pena. Terminó con un marido, dos hijos y un empleo en una agencia de viajes. Olvidó contratar un seguro para el hogar, y cuando se produce una tormenta, pierdo todo mi dinero. Cal, en cambio, consigue ser una estrella del pop con una casa junto al mar; y mamá, una artista con rentas elevadas y una casa solariega. Cuando me retiro, lo que ocurre pronto debido a mi mala suerte, ni siquiera me molesto en contar el dinero que me queda.

Cal quiere enseñarle a mamá su nuevo truco de magia. Va a buscar una moneda en su bolso, y mientras esperamos, estiro de la manta del respaldo y mamá me ayuda a taparme las rodillas.

—Tengo que ir al hospital la próxima semana —le digo—. ¿Vendrás?

—¿No irá papá?

—Podrías venir los dos.

Por un momento parece azorada.

—¿Para qué es?

—Vuelvo a tener dolores de cabeza. Quieren hacerme una punción lumbar.

Se inclina y me besa.

—Todo irá bien, no te preocupes. Sé que todo irá bien.

Cal regresa con una moneda de una libra.

—Observen con atención, señoras —pide.

Pero yo no quiero. Estoy cansada de ver cómo desaparecen las cosas.

En el dormitorio de mamá, me subo la camiseta delante del espejo del armario. Antes parecía una horrible enana. Tenía la piel gris, y si me clavaba un dedo en la tripa, semejaba una masa de pan esponjosa y blanda en la que el dedo desaparecía. Fueron los esteroides. Altas dosis de prednisolona y dexametasona. Son dos venenos, y te vuelven gorda, fea y malhumorada. Desde que dejé de tomarlos he empezado a encoger. Hoy tengo las caderas afiladas y se me marcan las costillas bajo la piel. Me alejo de mí misma, como un fantasma.

Me siento en la cama de mamá y telefono a Zoey.

—Sexo —le suelto—. ¿Qué significa?

—Pobrecilla. Fue una mierda de polvo, ¿verdad?

—Simplemente no entiendo por qué me siento tan extraña.

—¿Cómo extraña?

—Sola, y me duele el estómago.

—¡Ah, sí! Lo recuerdo. ¿Cómo si te abrieran por dentro?

—Un poco.

—Se pasará.

—¿Por qué tengo ganas de echarme a llorar a cada momento?

—Te los estás tomando demasiado en serio, Tess. El sexo sólo es un modo de estar con alguien. Sólo es un modo de tener calor humano y sentirse atractiva.

Su voz suena rara, como si estuviera sonriendo.

—¿Te has colocado otra vez, Zoey?

—¡No!

—¿Dónde estás?

—Escucha, tengo que irme. Dime qué viene ahora en tu lista y lo planificaremos juntas.

—He cancelado lo de la lista. Era una estupidez.

—¡Era divertido! No te rindas. Por fin estabas haciendo algo con tu vida.

Después de colgar, cuento hasta cincuenta y siete mentalmente. Luego marco el 999.

—Servicio de emergencias —contesta una mujer—. ¿Cuál es su problema?

No digo nada.

—¿Tiene alguna emergencia? —pregunta la mujer.

—No.

—¿Puede confirmarme que no hay ninguna emergencia? ¿Puede darme su dirección?

Le doy la de mamá y le digo que no hay ninguna emergencia. Me pregunto si mamá recibirá algún tipo de factura. Espero que sí.

Llamo a información para pedir el número de los Samaritanos. Lo marco lentamente.

—Hola —responde una mujer de voz dulce, quizá sea irlandesa—. Hola —repite.

—Todo es una mierda —digo, porque me siento culpable por hacerle perder el tiempo.

Ella emite un leve sonido gutural que me recuerda a papá. Él hizo exactamente el mismo sonido hace seis semanas, cuando el especialista del hospital nos preguntó si comprendíamos las implicaciones de lo que nos estaba diciendo. Recuerdo que pensé que era imposible que papá lo hubiera entendido, porque lloraba demasiado para poder escuchar.

—Sigo aquí —dice la mujer.

Quiero hablarle. Aprieto el auricular contra la oreja porque, para hablar de algo tan importante como esto, tienes que acercarte mucho.

Pero no encuentro las palabras adecuadas.

—¿Sigue ahí? —inquire.

—No —respondo, y cuelgo.

6

Papá me coge la mano.

—Pásame a mí tu dolor —susurra.

Estoy tumbada al borde de una cama de hospital, con la cabeza en una almohada y las rodillas dobladas.

Hay dos médicos y una enfermera en la habitación, pero no puedo verlos porque están detrás de mí. Uno de los médicos es una estudiante. No dice gran cosa, pero imagino que observa mientras el otro encuentra el lugar correcto en mi columna y lo señala con un bolígrafo. Luego prepara la piel con un antiséptico. Está muy frío. Empieza en el sitio donde se va a clavar la aguja y sigue hacia fuera en círculos concéntricos, luego me hecha unas toallas sobre el costado y se pone unos guantes estériles.

—Voy a emplear una aguja de calibre veinticinco —le indica a la estudiante—. Y una jeringa de cinco mililitros.

En la pared, detrás de papá, hay un cuadro. En el hospital cambian los cuadros muy a menudo, y éste aún no lo había visto. Lo miro fijamente. He aprendido todo tipo de técnicas de distracción en los últimos cuatro años.

En la pintura, atardece en un campo inglés y el sol está bajo. Un hombre se afana en empujar un arado. Unos pájaros descienden en picado.

Papá se gira en su silla de plástico para ver que estoy mirando, me suelta la mano y se levanta para examinar la escena.

Abajo, en el campo, una mujer corre. Se sujeta la falda con una mano para ir más de prisa.

—La peste llega Eyam —anuncia papá—. ¡Un cuadro de lo más alegre para un hospital!

El médico ríe.

—¿Sabía usted que todavía se dan más de tres mil casos de peste bubónica al año?

—No. No lo sabía.

—Gracias a Dios existen los antibióticos, ¿eh?

Papá se sienta y me coge la mano.

—Gracias a Dios.

La mujer espanta unas gallinas al correr, y sólo ahora reparo en que dirige su mirada de pánico al hombre del arado.

La peste, el Gran Incendio y la guerra con los holandeses, todo ocurrió en 1666. Lo recuerdo del colegio. Se transportaron millones de cadáveres en carros para arrojarlos a fosas de cal y tumbas anónimas. Más de trescientos cuarenta años después, todos los que vivieron aquel tiempo han muerto. De las cosas del cuadro,

solo queda el sol. Y la tierra. Esta idea hace que me sienta muy pequeña.

—Ahora notarás una pequeña sensación de escozor —avisa el médico.

Papá me acaricia la mano con el pulgar, y unas ondas de calor estático penetran en mis huesos. Me induce a pensar en las palabras «para siempre», en que hay más muertos que vivos, en que estamos rodeados de fantasmas. Eso debería consolarme, pero no me consuela.

—Apriétame la mano —dice papá.

—No quiero hacerte daño.

—Cuando tu madre te dio a luz. ¡Me apretó la mano durante catorce horas y no me dislocó ningún dedo! Tú no puedes hacerme daño, Tess.

Es como la electricidad, como si la columna se me hubiera quedado atascada en una tostadora y el médico la estuviese sacando con un cuchillo afilado.

—¿Qué crees que estará haciendo mamá hoy? —pregunto. Mi voz suena distinta. Tensa. Contenida.

—Ni idea.

—Le pedí que viniera.

—¿Ah, sí? —Parece sorprendido.

—Pensaba que después podríais pasar un rato juntos en la cafetería.

Él frunce el entrecejo.

—Qué cosas más extrañas piensas.

Cierro los ojos e imagino que soy un árbol bañado por el sol, que no deseo nada más que la lluvia. Pienso en el agua plateada salpicándome las hojas, empapando mis raíces, subiendo por mis venas.

El médico recita estadísticas a la estudiante.

—Aproximadamente una de cada mil personas a las que se le practica esta prueba sufre un daño neuronal leve. También hay un leve riesgo de infección, sangrado o lesión de cartílago —explica, y luego saca la aguja—. Buena chica —me dice—. Ya está.

Casi espero que me dé una palmada en el trasero, como si fuera un caballo obediente. No lo hace. Agita los tres tubos estériles delante de mí.

—Ahora mandaremos esto al laboratorio.

Ni siquiera me dice adiós, simplemente abandona en silencio la habitación, seguido por la estudiante. Es como si de repente se avergonzara de que hayamos tenido un momento de intimidad.

Pero la enfermera es encantadora. Conversa con nosotros mientras me venda la espalda con gasa; luego rodea la cama y me sonrío.

Ahora tienes que estar un rato tumbada, cariño.

—Lo sé.

—No es la primera vez, ¿eh? —Se gira hacia papá—. ¿Qué va a hacer usted

mientras tanto?

—Tengo un libro. Me sentaré aquí y leeré.

Ella asiente.

—Estoy aquí fuera. ¿Ya sabe lo que debe controlar cuando vuelvan a casa?

Papá lo recita todo de un tirón, como un profesional:

—Escalofríos, fiebre, cuello rígido o dolor de cabeza. Drenaje o sangrado, parálisis o pérdida de fuerza por debajo del punto de punción.

—¡Muy bien! —exclama impresionada.

Cuando ella sale de la habitación, papá me sonrío.

—Muy bien, Tess. Ya se ha acabado, ¿eh?

—A menos que los resultados del laboratorio sean malos.

—No lo serán.

—Volverán a hacerme punciones lumbares cada semana.

—¡Shhh! Ahora trata de dormir un rato, cielo. Así el tiempo se te pasará más de prisa.

Coge su libro y se acomoda de nuevo en la silla.

Noto pinchazos de luz como luciérnagas que aletean contra mis párpados. Oigo correr la sangre por mis venas, como cascos de caballos en una calle adoquinada. Al otro lado de la ventana, la luz gris se torna más densa.

Papá pasa la página.

Detrás de él, en el cuadro, una inocente columna de humo se eleva de la chimenea de una granja, y una mujer corre con el rostro aterrado y vuelto hacia arriba.

—¡Levántate! ¡Levántate! —grita Cal. Me tapo la cabeza con el edredón, pero él lo aparta de un tirón—. ¡Papá dice que si no te levantas ahora mismo subirá con una toalla mojada!

Me giro para poner distancia, pero él rodea la cama y se planta delante de mí sonriendo.

—Papá dice que deberías levantarte todas las mañanas y hacer algo contigo misma.

Le doy una buena patada y vuelvo a taparme la cabeza con el edredón.

—¡Me importa una mierda, Cal! Ahora sal de mi habitación.

Me sorprende lo poco que me importa cuando se va.

Me invade el ruido: el estruendo de sus pies en la escalera, el estrépito de los platos en la cocina cuando él entra y deja la puerta abierta. Me llegan incluso los sonidos más débiles: la leche al salpicar los cereales, una cuchara rozando cristal, papá chasqueando la lengua mientras limpia con un trapo la camisa del colegio de Cal, la gata lamiendo el suelo.

Se abre el armario del recibidor y papá saca el abrigo de Cal. Oigo la cremallera y el corchete del cuello, que mi padre le abrocha para que no se le enfríe la garganta. Oigo el beso, luego el suspiro, la gran oleada de desesperación que inunda la casa.

—Ve a decirle adiós —susurra papá.

Cal sube las escaleras a saltos, se detiene un momento frente a mi puerta, luego entra y se acerca a la cama.

—¡Espero que te mueras mientras estoy en el colegio! —sisea—. ¡Y espero que te duela un montón! ¡Y espero que te entierren en algún sitio horrible, como la pescadería o la consulta del dentista!

«Adiós, hermanito —pienso—. Adiós, adiós».

Papá se quedará en bata y zapatillas en medio de la sucia cocina, pidiendo a gritos un afeitado y frotándose los ojos como si le sorprendiera encontrarse solo. Durante las últimas semanas ha establecido una pequeña rutina matinal. Cuando Cal se va, se prepara un café, luego limpia la mesa de la cocina, friega los platos y pone la lavadora. En eso tarda aproximadamente veinte minutos. Después viene y me pregunta si he dormido bien, si tengo hambre y a qué hora voy a levantarme. Por ese orden.

Cuando le contesto: «No, no y nunca», se viste y luego baja para sentarse delante de su ordenador, donde se pasa horas tecleando, navegando por la red en busca de información para mantenerme con vida. Me han dicho que hay cinco etapas de la enfermedad, y si eso es cierto, entonces él se ha quedado en la primera: la negación.

Extrañamente, hoy llama a mi puerta más temprano. No se ha tomado el café ni se

ha arreglado. ¿Qué pasa? Me quedo muy quieta mientras él entra, cierra la puerta sigilosamente y se quita las zapatillas.

—Hazme sitio —dice, y levanta una esquina del edredón.

—¡Papá! ¿Qué haces?

—Me meto en la cama contigo.

—¡No quiero!

Me rodea con el brazo y me sujeta. Es fuerte. Noto sus calcetines en los pies desnudos.

—¡Papá! ¡Sal de mi cama!

—No.

Le aparto el brazo y me incorporo para mirarlo. Huele a humo rancio y cerveza, y parece más viejo de lo que recuerdo. También oigo su corazón, cosa que no se supone que debo oír.

—¿Qué demonios haces?

—Nunca hablas conmigo, Tess.

—¿Y crees que así vas a conseguirlo?

Se encoge de hombros.

—Quizá.

—¿A ti te gustaría que me metiera en tu cama mientras duermes?

—Lo hacías cuando eras pequeña. Decías que era injusto que tuvieses que dormir sola, y todas las noches mamá y yo te dejábamos meterte en nuestra cama.

Seguro que eso no es cierto; yo no lo recuerdo. Puede que se haya vuelto loco.

—Bueno, pues si no sales de mi cama, saldré yo.

—Bien. Eso es precisamente lo que quiero.

—¿Y tú vas a quedarte aquí?

Sonríe y se acurruca bajo el edredón.

—Se está estupendamente y calentito.

Las piernas no me responden. Ayer no comí mucho y siento como si me hubiera vuelto transparente. Me aferro al poste de la cama y me acerco renqueando a la ventana para mirar fuera. Aún es temprano: la luna se desvanece en un pálido cielo gris.

—Hace tiempo que no ves a Zoey —dice papá.

—Ya.

—¿Qué ocurrió la noche que salisteis? ¿Os peleasteis?

Abajo, en el jardín, la pelota naranja de fútbol de Cal parece un planeta desinflado en la hierba, y en el jardín de al lado está el vecino otra vez. Aprieto las palmas contra el cristal. Todas las mañanas está ese chico ahí haciendo algo: pasando el restrillo, cavando o trajinando en una cosa u otra. Ahora mismo está cortando zarzas junto a la valla y amontonándolas para quemarlas.

—¿Me has oído, Tess?

—Sí, pero paso de ti.

—Tal vez debería pensar en volver a clase. Así verías a tus amigos.

Me giro para mirarlo.

—No tengo amigos. Y antes de que los sugieras, no quiero tener ninguno. No me interesan los entrometidos que quieren conocerme para luego atraer simpatías en mi funeral.

Papá suspira, se mete el embozo bajo la barbilla y sacude la cabeza.

—No deberías hablar así. El cinismo es malo para ti.

—¿Lo has leído en alguna parte?

—La actitud positiva fortalece el sistema inmunológico.

—Así que es culpa mía estar enferma, ¿no?

—Ya sabes que no pienso eso.

—Pues te comportas como si todo lo que hago estuviera mal.

Se incorpora con esfuerzo.

—¡No es verdad!

—Sí, sí lo es. Es como si no estuviera muriéndome correctamente. Siempre vienes aquí para decirme que me levante o que me anime. Y ahora me sugieres que vuelva a clase. ¡Qué ridiculez!

Cruzo la habitación pisando fuerte, cojo sus zapatillas y me las pongo. Son demasiado grandes, pero me da igual. Papá se apoya en los codos para mirarme. Parece dolido.

—Espera. ¿Adónde vas?

—Lejos de ti.

Disfruto dando un portazo. Que se quede con mi cama. Que se quede ahí tumbado y se pudra.

El chico parece sorprendido cuando asomo la cabeza por encima de la valla y lo llamo. Es mayor de lo que creía, tal vez tenga dieciocho años, con el cabello oscuro y una barba incipiente.

—¿Sí?

—¿Puedo quemar unas cosas en tu fuego?

Se acerca arrastrando los pies por el sendero y enjugándose la frente como si estuviera sudando. Tiene las uñas sucias y restos de hojas en el pelo. No sonrío.

Levantando las dos cajas de zapatos para que pueda verlas. Llevo el vestido de Zoey sobre el hombro como una bandera.

—¿Qué hay dentro?

—Papel sobre todo. ¿Puedo entrar?

Se encoje de hombros, como si le diera igual que entrara o no, así que paso por encima del murete que separa nuestras viviendas, cruzo su jardín delantero y me dirijo hacia un lado. Él está allí, sujetando la cancela para que pase. Vacilo.

—Soy Tessa.

—Adam.

Caminamos en silencio por el sendero de su jardín. Apuesto a que cree que me ha dejado el novio y quiero quemar sus cartas. Apuesto a que piensa: «No es extraño que la haya dejado, con esa cara de calavera y la cabeza calva».

El fuego resulta decepcionante, tan sólo una pila de ramitas y hojas que arden lentamente con unas pocas llamas esperanzadas que lamen los bordes.

—Las hojas están húmedas —dice—. El fuego se avivará con el papel.

Abro una caja y la vuelco sobre la hoguera.

Llevaba un diario desde el día en que noté el primer morado en la columna hasta el día, hace sólo dos meses, en que el hospital me dio por desahuciada oficialmente. Cuatro años de optimismo patético son un buen combustible. ¡Mira cómo arden! Todas las tarjetas de ánimo que he recibido se enroscan en los bordes, crepitan y se desmenuzan. En cuatro largos años se olvidan los nombres de la gente.

Había una enfermera que dibujaba caricaturas de los médicos y me las ponía junto a la cama para hacerme reír. Tampoco recuerdo su nombre. ¿Louise? Era muy prolífica. El fuego escupe chispas, ascuas que se pierden entre los árboles.

—Estoy soltando lastre —le digo a Adam, pero no creo que me esté escuchando. Arrastra un montón de zarzas por la hierba para echarlas al fuego.

La siguiente caja es la que más detesto. Papá y yo la repasábamos juntos, esparciendo las fotos sobre la cama del hospital.

«Te pondrás bien —me decía, deslizando el dedo por mi foto a los once años, tímida con el uniforme del colegio en mi primer día de secundaria—. Ésta es de

cuando estuvimos en España. ¿Te acuerdas?».

Yo estaba delgada y morena y parecía llena de esperanza. La enfermedad había remitido por primera vez. Un chico me había silbado en la playa, y mi padre me hizo una foto diciendo que no querría olvidar el primer silbido.

Pero sí quiero.

Siento el repentino deseo de ir corriendo a casa en busca de más cosas. Mi ropa, mis libros.

—¿Puedo volver la próxima vez que hagas una fogata?

Adam tiene una zarza junto a la bota y la empuja con la punta para echarla al fuego.

—¿Por qué quieres deshacerte de todo?

Formo una pelota con el vestido de Zoey; resulta pequeño en mi puño. Lo arrojo al fuego y parece reflejar la luz antes incluso de llegar a las llamas. Vuela y se queda quieto, derritiéndose, convirtiéndose en plástico.

—Un vestido peligroso —dice Adam, y me mira a los ojos como si supiera algo.

Toda materia está formada por partículas. Cuanto más sólida es una cosa, más cerca están las partículas unas de otras. Las personas son sólidas, pero por dentro tienen líquido. Pienso qué quizá, si uno se acerca demasiado, el fuego pueda alterar las partículas del cuerpo, porque me siento extrañamente ligera y mareada. No estoy muy segura de lo que me pasa, quizá sea que no como lo necesario, pero tengo la impresión de no estar anclada a mi cuerpo. De repente el jardín se ilumina.

Igual que las chispas del fuego, que vuelan hasta mi pelo y mi ropa, la ley de la gravedad dice que todos los cuerpos que descienden deben caer al suelo.

Me sorprende encontrarme tumbada en la hierba, mirando la cara pálida de Adam rodeada por un halo de nubes. Tardo un momento en entenderlo.

—No te muevas —susurra él—. Creo que te has desmayado.

Intento hablar, pero noto la lengua como pegada y me resulta más fácil quedarme tumbada.

—¿Eres diabética? ¿Necesitas azúcar? Tengo aquí una lata de Coca-Cola si quieres.

Adam se sienta a mi lado, espera a que me incorpore y luego me ofrece la bebida. Me zumba la cabeza cuando el azúcar llega al cerebro. Me siento muy ligera, más espectral que antes, pero mucho mejor. Los dos contemplamos el fuego. Todo lo que había en las cajas ha ardido; incluso de las cajas no quedan más que unos restos chamuscados. El vestido se ha convertido en aire. Pero las cenizas aún están calientes y brillan lo suficiente para atraer una polilla, una estúpida polilla que se acerca a ellas danzando. Chisporrotea, y sus alas silban y se convierten en polvo. Ambos contemplamos el espacio vacío que antes ocupaba.

—Trabajas mucho en el jardín, ¿verdad? —pregunto.

—Me gusta.

—Te observo por la ventana, cuando cavas y haces cosas.

Él se muestra sorprendido.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Me gusta observarte.

Frunce el entrecejo, como si tratara de asimilarlo. Parece a punto de hablar, pero aparta la mirada y pasea los ojos por el jardín.

—He pensado en plantar un huerto en esa esquina. Guisantes, coles, lechugas, judías verdes. De todo un poco. Es por mi madre, sobre todo.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros y mira hacia la casa, como si mencionar a su madre pudiera atraerla a la ventana.

—Le gustan los huertos.

—¿Y a tu padre?

—No. Sólo estamos mi madre y yo.

Reparo en un hilillo de sangre que tiene en el dorso de la mano. Él lo advierte y se lo limpia en los tejanos.

—Debería seguir con lo mío. ¿Estás bien? Puedes acabarte la Coca-Cola si quieres.

Camina a mi lado mientras recorro lentamente el sendero. Me alegro de que mis fotos y mi diario hayan arduo, de que el vestido de Zoey haya desaparecido. Siento como si fueran a ocurrir cosas nuevas.

Me giro hacia Adam al llegar a la cancela.

—Gracias por ayudarme.

—Estoy a tu disposición —contesta.

Tiene las manos en los bolsillos. Sonríe, luego baja la vista hacia sus botas, pero sé que me ve.

9

—No sé por qué los han enviado —dice la recepcionista.

—Nos citaron aquí hoy —responde papá—. Llamó la secretaria del doctor Ryan y nos dijo que viniéramos.

—¿Aquí, hoy?

—Sí, hoy y aquí.

Ella resopla, desvía la vista hacia el ordenador y revisa la pantalla de arriba abajo.

—¿Es para una punción lumbar?

—No. —Papá parece cada vez más cabreado—. ¿Es que hoy no visita el doctor Ryan?

Me siento en la sala de espera y los dejo a lo suyo. Veo a los sospechosos habituales: la banda del sombrero en un rincón, enchufados a su aparato de quicio portátil y hablando de diarrea y vómitos; un niño aferrado a la mano de su madre, con su endeble cabello en la misma etapa de crecimiento que el mío, y una chica sin cejas que finge leer un libro. Se ha pintado unas cejas falsas por encima del borde de las gafas. Me ve mirándola y sonrío, pero yo paso de esas cosas. Tengo por norma no relacionarme con gente que está agonizando. No me trae nada bueno. En una ocasión me hice amiga de una chica en esta consulta. Se llamaba Ángela y nos enviábamos e-mails a diario, hasta que un día ella dejó de hacerlo. Al final su madre telefoneó a mi padre y le dijo que Ángela había muerto. Muerta. Así, sin decirme nada. Decidí no preocuparme por nadie más.

Cojo una revista, pero ni siquiera he tenido tiempo de abrirla cuando papá me da unos toquecitos en el hombro.

—¡Confirmado!

—¿Qué?

—Nosotros teníamos razón y ella estaba equivocada. —Señala alegremente a la recepcionista mientras me ayuda a levantarme—. Esa idiota no sabe ni dónde tiene el culo. El gran hombre nos va a recibir en su despacho.

El doctor Ryan tiene una mancha roja en la barbilla. No puedo evitar mirarla fijamente cuando nos sentamos frente a su mesa. Me pregunto si será salsa de pasta o sopa. ¿Acaba de terminar una operación? Quizá sea sangre.

—Gracias por venir —dice él, y se frota las manos en el regazo.

Papá acerca la silla y aprieta su rodilla contra la mía. Yo trago saliva con esfuerzo, intentando contener el impulso de levantarme e irme. Si no lo escucho, no sabré lo que va a decir, y quizá entonces no sea cierto.

Pero el doctor Ryan no vacila y su voz es muy firme.

—Tessa, me temo que no tengo buenas noticias. La última punción lumbar muestra que el cáncer se ha extendido al fluido espinal.

—¿Eso es malo? —pregunto, bromeando un poco.

Él no ríe.

—Es muy malo, Tessa. Significa que tu sistema nervioso central ha recaído. Sé que es muy duro oír esto, pero las cosas están avanzando más deprisa de lo que creíamos en un principio.

Lo miro.

—¿Las cosas?

Él se mueve en su asiento.

—Está más avanzado, Tessa.

Hay un gran ventanal detrás de su mesa y veo las copas de los árboles. Veo sus ramas, las hojas secas y un trozo de cielo.

—¿Cuánto más?

—Sólo puedo preguntarte cómo te sientes, Tessa. ¿Estás más cansada? ¿Tienes más náuseas? ¿Sientes dolor en las piernas?

—Un poco.

—No me corresponde a mí decidir, pero te recomiendo que hagas las cosas que quieras hacer.

Tiene diapositivas para apoyar su argumentación. Nos las pasa como si fueran fotos de las vacaciones, señalando pequeñas manchas negras, lesiones, borrones pegajosos que flotan libres. Es como si dentro de mí hubieran dejado suelto a un niño con un pincel, un bote de pintura negra y demasiado entusiasmo.

Papá intenta infructuosamente no echarse a llorar.

—¿Qué pasará ahora? —pregunta, y le resbalan unos lagrimones silenciosos. El médico le ofrece un pañuelo de papel.

Al otro lado del ventanal, la primera lluvia del día salpica el cristal. Una ráfaga de viento arranca una hoja, que brilla con destellos dorados y rojos al caer.

—Quizá Tessa responda a una medicación intratecal intensiva —responde el doctor—. Yo propondría metotrexato e hidrocortisona durante cuatro semanas. Si tiene éxito, mejorarían sus síntomas y podríamos continuar con un programa de mantenimiento.

Sigue hablando y papá sigue escuchándolo, pero yo dejo de oírlo.

Va a ocurrir de verdad. Dijeron que ocurriría, pero ha sido más rápido de lo que todo el mundo pensaba. Realmente no voy a volver nunca a clase. Jamás. Nunca seré famosa ni dejaré nada que valga la pena tras de mí. Nunca iré a la universidad ni tendré un trabajo. No veré crecer a mi hermano. No viajaré, no ganaré dinero, no conduciré, no me enamoraré nunca ni me iré de casa.

Es cierto, de verdad.

Me acomete un pensamiento que surge en los dedos de los pies y me recorre por dentro, hasta que ahoga todo lo demás y se convierte en la única cosa en que estoy

pensando. Me llena completamente, como un grito silencioso. Llevo enferma tanto tiempo... hinchada, mareada, con la piel plagada de manchas, las uñas quebradizas, el pelo que se cae y una sensación de náuseas que penetra hasta los huesos. No es justo. No quiero morir así, no antes de vivir realmente. Todo me parece claro. Me siento casi esperanzada, lo que es una locura. Quiero vivir antes de morir. Es lo único que tiene sentido.

Y de repente vuelvo a ver el despacho con claridad.

El médico continúa hablando, ahora sobre pruebas con drogas que seguramente no me ayudarán a mí, pero que podrían ayudar a otros. Papá llora en silencio, y yo miro por la ventana y me pregunto por qué la luz parece extinguirse tan deprisa. ¿Qué hora es? ¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí sentada? Mi reloj marca las tres y media y el día ya casi ha acabado. Es octubre. Todos los chicos que empezaron las clases recientemente con sus mochilas y estuches nuevos estarán esperando con impaciencia llegar a la mitad del trimestre. Cómo pasa el tiempo. Pronto será Halloween, después la noche de la hoguera. Navidad. Pascua. Y luego mi cumpleaños, en mayo. Cumpliré diecisiete.

¿Hasta cuándo podré aplazarlo? No lo sé. Sólo sé que tengo dos opciones: quedarme metida en la cama y seguir muriéndome, o volver a mi lista y seguir viviendo.

—¡Te has levantado! —exclama papá. Luego se fija en el minivestido y aprieta los labios—. Déjame adivinar. ¿Has quedado con Zoey?

—¿Algo que objetar?

Me pasa las vitaminas sobre la mesa de la cocina.

—No olvides esto.

Suele subírmelas en una bandeja, pero hoy no tendrá que molestarse. Debería estar contento, pero se queda ahí sentado mirándome mientras me trago una pastilla tras otra.

La vitamina E ayuda al cuerpo a recuperarse de la anemia posradiación. La vitamina A contrarresta los efectos de la radiación en el intestino. El olmo rojo repone la mucosa que recubre todos los conductos de mi cuerpo. La sílice refuerza los huesos. El potasio, el hierro y el cobre fortalecen el sistema inmunológico. El áloe vera es para curar en general. Y el ajo... bueno, papá leyó en alguna parte que las propiedades del ajo aún no se aprecian como es debido. Él lo llama vitamina X. Me lo trago todo con zumo de naranja natural y una cuchara de miel sin refinar. Ñam, ñam.

Deslizo la bandeja de vuelta hacia su lado de la mesa con una sonrisa. Él se levanta, la lleva al fregadero y la deja caer con estrépito. Abre el grifo para limpiar el cuenco.

—Creo recordar que ayer tenías náuseas y dolor.

—Estoy bien. Hoy no me duele nada.

—¿No opinas que sería más sensato descansar?

Ése es terreno peligroso, así que cambio de tema rápidamente y desvío mi atención hacia Cal, que aplasta los copos de maíz en la leche. Lo veo tan tristón como a papá.

—¿Y a ti qué te pasa? —pregunto.

—Nada.

—¡Es sábado! ¿No se supone que eso debería alegrarte?

—No te acuerdas, ¿verdad? —me espeta, mirándome con dureza.

—¿De qué?

—Me dijiste que me llevarías de compras a mediados de trimestre. Dijiste que usaría tu tarjeta de crédito. —Cierra los ojos con fuerza—. ¡Ya sabía yo que no lo harías, mierda!

—¡Tranquilízate! —ordena papá con ese tono de advertencia que usa cuando Cal empieza a descontrolarse.

—Sé que lo dije, Cal, pero hoy no puedo.

Él me mira furioso.

—¡Pues yo quiero!

Así que tengo que hacerlo. Son las reglas. El punto número dos de mi lista es simple. Debo decir que sí a todo durante un día entero. Sea lo que sea y me lo pida quien me lo pida.

Miro el rostro esperanzado de Cal cuando salimos por la cancela, y de repente siento una punzada de miedo.

—Voy a mandarle un mensaje a Zoey para decirle que hemos salido.

Él me suelta que odia a Zoey, y eso es duro, porque yo la necesito. Necesito su energía. Y el hecho de que siempre ocurran cosas cuando estoy con ella.

—Quiero ir al parque —añade.

—¿No eres un poco mayor para eso?

—Qué va. Será divertido.

A menudo se me olvida que no es más que un crío, que aún hay un aparte de él a la que le gustan los columpios, los tiovivos y esas cosas. En fin, tampoco va a hacernos daño ir al parque, y Zoey me responde el mensaje diciendo que vale, que de todas maneras iba a llegar tarde y que vendrá a reunirse con nosotros.

Me siento en un banco y miro a Cal mientras trepa por una telaraña de cuerdas; parece muy pequeño ahí arriba.

—¡Voy a subir más! —grita—. ¿Subo hasta el final?

—Sí —respondo, porque me lo he prometido. Son las arreglas.

—¡Desde aquí se ve el interior de los aviones! ¡Ven a verlo!

Es difícil trepar con un minivestido. Toda la red de cuerdas se bambolea y tengo que deshacerme de los zapatos, que caen al suelo. Cal se ríe de mí.

—¡Hasta arriba de todo! —me ordena.

Está altísimo, y un niño más feo que Picio sacude las cuerdas desde abajo. Me encaramo hasta la cima, aunque me duele los brazos. Yo también quiero ver el interior de los aviones. Quiero contemplar el viento y atrapar pájaros con las manos.

Lo consigo. Veo el tejado de una iglesia, los árboles que flanquean el parque y las cápsulas de las castañas de Indias a punto de abrirse. El aire es limpio y las nubes están cerca, como si hubiera escalado una pequeña montaña. Miro hacia abajo y veo todos los rostros vueltos hacia arriba.

—Qué alto, ¿eh? —dice Cal.

—Sí.

Sí a todo lo que digas, Cal, pero primero quiero sentir el aire en mi rostro. Quiero ver la curva de la tierra moviéndose lentamente alrededor del sol.

—Ya te decía yo que sería divertido. —Tiene la cara radiante de alegría—. ¡Vamos a subirnos a todo!

Hay cola en los columpios, así que nos dirigimos al balancín. Aún peso más que Cal. Aún soy su hermana mayor y aún puedo golpear el suelo con el asiento del

balancín, así que él sale disparado hacia arriba, y chilla y ríe cuando cae y se da un buen golpe en el trasero. Se llenará de morados, pero no le importa. Di que sí, sólo di que sí.

Nos subimos a todo. A la casita situada al final de las escaleras en el recinto de arena, tan pequeña que apenas cabemos los dos. A la moto sobre un muelle gigante, que se inclina hacia un lado cuando me monto, como si estuviera borracha, y me rasguño las rodillas con la tierra. Hay una barra de madera donde fingimos ser gimnastas, un alfabeto en forma de serpiente para pasar caminando, el tejo, y una estructura de barras. Luego volvemos a los columpios, donde una cola de madres con sus pañuelos de papel y sus bebés de cara regordeta ponen mala cara al ver que me adelanto a Cal para ocupar el único columpio vacío. El vestido deja al descubierto mis muslos. Eso me hace reír. Hace que me impulse para subir aún más con el columpio. Quizá si subo lo bastante alto, el mundo será distinto.

No veo llegar a Zoey. Cuando Cal la señala, está en la entrada del parque observándonos. Podría llevar horas ahí plantada. Se ha puesto un top que deja el ombligo al aire y una falda que sólo le tapa el trasero.

—Buenos días —dice cuando vamos a su encuentro—. Ya veo que habéis empezado sin mí.

Me ruborizo un poco.

—Cal quería que lo trajera a los columpios.

—Y tú tenías que decir que sí, por supuesto.

—Sí.

Zoey observa a mi hermano pensativamente.

—Nosotras vamos a ir al mercado —le explica—. Vamos a comprar cosas y hablar de la regla, así que te vas a aburrir como una ostra.

Él la mira ceñudo, con la cara sucia.

—Yo quiero ir a la tienda de magia.

—Bien, pues ve. Nos vemos luego.

—Tiene que venir con nosotras —intervengo—. Se lo he prometido.

Ella suspira y echa andar. Cal y yo la seguimos.

Zoey era la única chica del colegio a la que no le asustaba mi enfermedad. Sigue siendo la única persona que conozco que camina por la calle como si no hubiera atracos, como si a la gente no la apuñalaran jamás, los coches nunca atropellaran a nadie, las enfermedades no atacaran. Estar con ella es como si me dijeran que se han equivocado y no me estoy muriendo, que se trata de otra persona y que lo mío es un error.

—Menéate —me dice por encima del hombro—. ¡Mueve esas caderas, Tessa!

El vestido es muy corto. Muestra hasta el último centímetro de muslo. Un coche me pita. Un grupo de chicos me come con la mirada las tetas y el culo.

—¿Por qué tienes que hacer lo que ella diga? —pregunta Cal.

—Porque sí.

Zoey está encantada. Espera que lleguemos a su altura y se coge de mi brazo.

—Te perdono.

—¿Por qué?

Se inclina hacia mí con aire de complicidad.

—Por comportarte como una patosa con la mierda de polvo que echaste.

—¡No lo hice mal!

—Sí, sí que lo hiciste. Pero no pasa nada.

—¡Cuchichear es de mala educación! —dice Cal.

Zoey le da un empujón para que se adelante y tira de mí para acercarme más a ella mientras caminamos.

—Bueno. ¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar? ¿Te harías un tatuaje si yo te lo pidiera?

—Sí.

—¿Tomarías drogas?

—¡Quiero tomar drogas!

—¿Le dirías a ese hombre que lo quieres?

El hombre que señalaba es calvo y más viejo que mi padre. Está saliendo de un quiosco, arranca el celofán a un paquete de cigarrillos y deja que caiga al suelo.

—Sí.

—Pues venga.

El hombre saca el cigarrillo del paquete con unos golpecitos, lo enciende y exhala una bocanada de humo. Me acerco, y él se da la vuelta, medio sonriendo, esperando tal vez a alguien.

—Te quiero —le digo.

Él frunce el entrecejo y luego repara en Zoey, que suelta una risita.

—Vete al cuerno, niña —replica.

Es divertidísimo. Zoey y yo nos sujetamos la una a la otra y nos desternillamos. Cal nos hace mueca de desesperación.

—¿Podemos irnos ya?

El mercado es un hormiguero. Hay gente empujando por todas partes, como si el día estuviera lleno de urgencias. Por mi lado pasan viejas gordas con sus bolsas de la compra; los padres con cochecito acaparan todo el espacio. Estar aquí rodeada por la luz gris de este día es como estar en un sueño, completamente inmóvil, como si el suelo estuviera pegajoso y mis pies fueran de plomo. Los chicos pasan por mi lado acechantes, con las capuchas bajadas, los rostros inexpresivos. Chicas con las que iba al colegio deambulan por aquí. Ahora ya no me reconocen; hace mucho tiempo que no voy a clases. El aire huele a perritos calientes, hamburguesas y cebolla. Todo está

a la venta: gallinas colgadas por las patas, bandejas de callos y despojos, costillares de cerdo que exhiben las costillas partidas. Telas, lanas, encajes y cortinas. En el puesto de juguetes hay perros de peluche que ladran y dan volteretas, y soldados de cuerda que chocan sus platillos. El hombre del puesto me sonríe, señala una muñeca de plástico gigante que est  sentada, muda, envuelta en celofán.

—Sólo diez libras, guapa.

Me doy la vuelta, fingiendo no oírlo.

Zoey me mira con severidad.

—Se supone que vas a decir que s  a todo. La próxima vez, compra. Sea lo que sea,  de acuerdo?

—S .

—Bien. Ahora vuelvo. —Y desaparece entre la multitud.

No quiero que se vaya. La necesito. Si no regresa, mi día se reducir  a una visita al parque infantil y un par de silbidos de camino al mercado.

— Est s bien? —pregunta Cal.

—S .

—No lo parece.

—Estoy bien.

—Pues yo me aburro.

Y eso es peligroso, porque tendr  que decirle que s  si pide regresar a casa.

—Zoey volver  enseguida. Podríamos coger el autobús que cruza la ciudad. O ir a la tienda de magia.

Cal se encoge de hombros y hunde las manos en los bolsillos.

—Ella no querrá.

—Mira los juguetes mientras esperas.

—Los juguetes son un asco.

— Ah, s ? Y o antes ven  aquí con papá y los miraba. Todos eran resplandecientes.

Zoey regresa con expresión agitada.

—Scott es un cabr n mentiroso.

— Qui n?

—Scott. Me dijo que trabajaba en un puesto, pero he ido y no es verdad.

— El fumeta?  Cu ndo te lo dijo?

Zoey me mira como si me hubiera vuelto loca y se aleja de nuevo. Va hasta un tenderete de fruta y se inclina sobre las cajas de plátanos para hablar con el vendedor.  l le mira los pechos. Una mujer se me aproxima cargada con unas bolsas de plástico. Me mira a los ojos y yo no aparto la vista.

—Diez chuletas de cerdo, tres paquetes de tocino ahumado y un pollo —me susurra—.  Lo quieres?

—Sí.

Me pasa una bolsa, y luego se rasca la costrosa nariz mientras busco el dinero. Le entrego cinco libras y ella hurga en su bolsillo y me da dos de cambio.

—Es un chollo —asegura.

Cal parece un poco asustado cuando la mujer se va.

—¿Por qué has hecho eso?

—Calla.

En ninguna parte de las reglas dice que haya de gustarme lo que hago. Dado que sólo me quedaba doce libras, me pregunto si debo cambiar las reglas para decir sí sólo a las cosas que sean gratis. La bolsa gotea sangre a mis pies. Me pregunto si tengo que quedarme con todo lo que compro.

Zoey regresa, repara en la bolsa y me la arranca de la mano.

—¿Qué demonios es esto? —Echa un vistazo al contenido—. ¡Parecen trozos de perro muerto! —La tira en una papelera y luego se gira hacia mí sonriendo—. He encontrado a Scott. Al final sí que trabaja aquí. Jake está con él. Vamos.

Mientras nos abrimos paso entre la multitud, Zoey me dice que ha visto a Scott varias veces desde que estuvimos las dos en su casa. No me mira al contármelo.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Resulta chocante ver a los chicos a la luz del día, detrás de un puesto que ofrecen linternas y tostadoras, relojes y teteras. Parecen mayores de lo que recordaba.

Zoey se mete detrás del tenderete para hablar con Scott. Jake me saluda con la cabeza.

—¿Todo bien?

—Sí.

—¿De compras?

Está distinto... sudoroso y vagamente incómodo. Una mujer se acerca y Cal y yo nos apartamos para dejarle paso. Compra cuatro pilas. Cuestan una libra. Jake se las pone en una bolsa de plástico y coge el dinero. La mujer se va.

—¿Necesitas pilas? —me pregunta Jake sin acabar de mirarme a los ojos—. No tienes que pagarlas.

Hay algo en su manera de decirlo, como si me estuviera haciendo un favor, como si compadeciera y quisiera demostrar que es un tío decente; esto me indica que lo sabe. Zoey se lo ha dicho. Veo la culpa y la compasión en sus ojos. Se ha tirado a una chica moribunda y ahora tiene miedo. Podría ser contagioso; mi enfermedad le ha rozado en el hombro y quizá ahora lo aceche.

—¿Las quieres o no? —Coge un paquete y lo agita delante de mí.

—Sí —digo, y me trago la decepción cuando recojo sus estúpidas pilas y las meto en el bolso.

Cal me da un codazo en las costillas.

—¿Podemos irnos ya?

—Sí.

Zoey rodea la cintura de Scott.

—De eso nada —dice—. Vamos a ir a su casa. Dentro de media hora tienen el descanso para comer.

—Tengo que acompañar a Cal.

Zoey sonrío al acercarse. Está preciosa, como si Scott la hubiera revitalizado.

—¿No se supone que has de decir sí a todo?

—Cal me lo ha pedido primero.

Zoey frunce el entrecejo.

—Tiene ketamina en su casa. Todo está arreglado. Tráete a Cal si quieres. Ya le dejarán alguna cosa, una PlayStation o algo así.

—Se lo has contado a Jake.

—¿El qué?

—Lo mío.

—Qué dices. Claro que no. —Se ruboriza, y ha de tirar el cigarrillo al suelo y pisarlo para no tener que mirarme.

Ya me imagino cómo fue. Se presentó en su casa, les hizo liar un canuto e insistió en dar ella la primera calada, profunda, mientras los dos la contemplaban. Luego se dejó caer al lado de Scott y dijo: «Oye, ¿os acordáis de Tessa?». Y entonces se lo contó. Puede que incluso sollozara un poco. Apuesto a que Scott la rodeó con el brazo. Apuesto a que Jake se acabó el canuto para no tener que pensar en ello.

Agarro a Cal de la mano y me lo llevo. Lejos de Zoey, lejos del mercado. Tiro de él para bajar por la escalera que hay detrás de los puestos y da al camino de sirga que bordea el canal.

—¿Adónde vamos? —se queja él.

—Cállate.

—Me estás asustando.

Lo miro a la cara y no me importa.

A veces sueño que deambulo por la casa, saliendo y entrando de las habitaciones, y que nadie me reconoce. Me cruzo con papá en la escalera y me saluda con la cabeza cortésmente, como si hubiera ido a limpiarle la casa, o como si realmente fuese un hotel. Cal me mira con suspicacia cuando entro en mi habitación. Dentro, han desaparecido todas mis cosas y hay otra chica en mi lugar, una chica que lleva un vestido floreado y tiene los labios brillantes y las mejillas firmes como manzanas. Creo que es mi vida paralela. Una vida en la que estoy sana, en la que Jake se alegraría de conocerme.

En la vida real, arrastro a mi hermano por el camino hacia la cafetería con vistas al canal.

—Será estupendo. Vamos a tomar helado, chocolate caliente y Coca-Cola.

—Tú no puedes tomar azúcar. Se lo diré a papá.

Le aprieto la mano con más fuerza. Poco antes de la cafetería hay un hombre en el camino. Va en pijama y está mirando el canal. En la boca se le consume un cigarrillo.

—Quiero ir a casa —dice Cal.

Pero yo quiero enseñarle las ratas del camino de sirga, la manía de la gente por evitar lo que es difícil, el hecho de que ese hombre en pijama sea más real que Zoey, que viene al trote detrás de nosotros con su enorme boca y su estúpido pelo rubio.

—Vete —le espeto sin darme la vuelta.

Ella me agarra por el brazo.

—¿Por qué ha de ser todo tan complicado contigo?

La aparto de un empujón.

—No lo sé, Zoey. ¿Tú qué crees?

—No es ningún secreto. Mucha gente sabe que estás enferma. A Jake no le importó, pero ahora cree que eres un bicho raro.

—Soy un bicho raro.

Ella me mira entornando los ojos.

—Creo que te gusta estar enferma.

—¿Eso crees?

—No soportas ser normal.

—Sí, claro, tienes razón, es estupendo. ¿Quieres cambiarte conmigo?

—Todo el mundo muere —dice, como si acabara de ocurrírsele y no le importa que le pasara a ella.

Cal me tira de la manga.

—Mira.

El hombre del pijama se ha metido en el canal. Chapotea con los pies y las manos en el agua. Nos observa inexpresivamente, luego sonrío mostrando varios dientes de oro. Noto un cosquilleo en la columna.

—¿Les apetece nadar, señoritas? —nos grita. Tiene acento escocés. Nunca he estado en Escocia.

—Ve con él —dice Zoey—. ¿Por qué no te metes?

—¿Me estás pidiendo que lo haga?

Ella me sonrío maliciosamente.

—Sí.

Echo un vistazo a las mesas de la terraza de la cafetería. La gente nos observa. Creerán que soy una yonqui, una psicópata, una pirada. Me enrolló el vestido y me lo meto por las bragas.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Cal, asombrado—. ¡Todo el mundo nos mira!

—Pues haz como si no me conocieras.

—¡Ya lo creo!

Se sienta resueltamente en la hierba mientras me quito los zapatos.

Hundo el dedo gordo en el agua. Está tan fría que se me queda toda la pierna dormida.

Zoey me toca el brazo.

—No lo hagas, Tess. No lo decía en serio. No seas idiota.

¿Es que no lo entiende?

Me meto hasta los muslos y los patos se alejan alarmados. No hay mucha profundidad; el agua está un poco turbia, seguramente por la porquería del fondo. En este canal nadan ratas. La gente arroja aquí latas y carritos de la compra, jeringuillas y perros muertos. Los dedos de los pies se me hunden en el lodo.

Dientes de Oro me saluda con la mano, ríe avanzando hacia mí, golpeando el agua a los lados.

—Buena chica —masculla.

Tiene los labios azulados y la dentadura le brilla. Tiene una brecha en la cabeza y la sangre le mana desde el nacimiento del pelo hacia los ojos. Viéndolo, siento aún más frío.

Un hombre sale de la cafetería agitando una servilleta.

—¡Eh! —grita—. ¡Eh, sal de ahí! —Lleva delantal y le tiembla el vientre cuando se inclina hacia mí para ayudarme a salir—. ¿Estás loca? Podrías pillar algo en esa agua. —Se gira hacia Zoey—. ¿Es amiga tuya?

—Lo siento —contesta ella—. No he podido impedirselo. —Se echa el pelo hacia atrás para que entienda que no es culpa suya. Detesto que haga eso.

—No es amiga mía —le digo al hombre—. No la conozco.

Zoey aprieta la boca y el hombre se vuelve de nuevo hacia mí, desconcertado. Me tiende la servilleta para que me seque las piernas. Luego me dice que estoy loca. Y que todos los jóvenes son unos drogadictos. Veo a Zoey alejándose mientras él me reprende. Se hace cada vez más pequeña hasta desaparecer. El hombre me pregunta dónde están mis padres; pregunta si conozco a Dientes de Oro, el cual trepa ahora por la orilla opuesta del canal y ríe a carcajada. El hombre chaquea la lengua varias veces, pero luego me lleva a la cafetería, me obliga a sentarme y me trae una taza de té. Le echo tres azucarillos y lo tomo a sorbitos. La gente me mira. Cal parece muy pequeño y asustado.

—¿Qué haces? —susurra.

Voy a echarlo de menos que me entran ganas de darle un buen coscorrón. También me entran ganas de llevarlo a casa y dejarlo con papá antes de que por mi culpa nos perdamos los dos. Pero en casa todo es aburrido. Allí puedo decir a todo que sí porque papá no me pide que haga nada real.

El té me calienta el estómago. El cielo pasa de un gris apagado a un tono

luminoso y de nuevo al gris en un instante. Ni siquiera el tiempo sabe muy bien qué hacer y se mueve a trompicones de un ridículo acontecimiento a otro.

—Cojamos al bus —digo.

Me levanto, me sujeto a la mesa y vuelvo a calzarme los zapatos. La gente finge no mirarme, pero noto sus ojos clavados en mí. Eso hace que me sienta viva.

11

—¿Es cierto? —pregunta Cal de camino a la parada de autobús—. ¿Te gusta estar enferma?

—A veces.

—¿Por eso te has metido en el agua?

Me detengo y lo miro directamente a los ojos. Son claros y azules, como motas grises, como los míos. Tenemos fotos suyas y mías a la misma edad y nos se nos distingue.

—Me he metido en el agua porque tengo una lista de cosas para hacer. Hoy debo decir sí a todo.

Cal reflexiona al respecto, tarda unos segundos en comprender las implicaciones, y luego sonrío de oreja a oreja.

—Entonces, ¿tienes que decir sí a todo lo que te pida?

—Eres un niño muy inteligente.

Subimos al primer autobús que pasa y nos sentamos en la parte de arriba, al fondo.

—Vale —susurra Cal—. Sácale la lengua a ese hombre.

Le encanta cuando obedezco.

—Ahora hazle el signo de la victoria a esa mujer de la acera... ahora lánzales besos a esos chicos.

—Sería más divertido si tú lo hicieras conmigo.

Hacemos muecas, saludamos a todo el mundo, gritamos «mocos», «culo» y «pilila» a pleno pulmón. Cuando apretamos el botón para solicitar la parada, estamos solos en la plataforma de arriba. Todo el mundo nos detesta, pero nos da igual.

—¿Adónde vamos? —pregunta Cal.

—De compras.

—¿Has traído la tarjeta de crédito? ¿Vas a comprarme algo?

—Sí.

Primero compramos un HoverCopter teledirigido, capaz de elevarse y volar hasta diez metros de altura. Cal tira el envoltorio en la papelera que hay a la entrada de la tienda y lo prueba en la calle. Caminamos detrás del aparato, deslumbrados por sus luces multicolores, hasta llegar a la lencería.

Pido a Cal que se siente dentro de la tienda, como todos los hombres que esperan a sus mujeres. Es maravilloso quitarse la ropa no para un examen médico, sino para una mujer de voz amable que me toma las medidas para un carísimo sujetador de encaje.

—Lila —respondo cuando me pregunta el color. Y también quiero las bragas a juego.

Después de pagar, me entrega el conjunto en una elegante bolsa de asas plateadas.

A continuación le compro a Cal un robot hucha parlante. Luego escojo unos tejanos para mí, el mismo modelo pitillo prelavado que tiene Zoey.

Cal elige un juego de PlayStation. Yo, un vestido. Es de seda esmeralda y negra, y es lo más caro que me he comprado en mi vida. Me miro en el espejo parpadeando, dejo el vestido húmedo en el probador y vuelvo con Cal.

—Guay —aprueba al verme—. ¿Queda dinero para un reloj digital?

Le compro también un despertador que proyecta la hora en tres dimensiones sobre el techo de la habitación.

Después son unas botas. De piel, con cremallera y un poco de tacón. Y una bolsa de viaje en la misma tienda para meter todas las compras.

Tras una visita en la tienda de magia, tenemos que adquirir una maleta con ruedas para meter la bolsa. Cal disfruta guiándola, pero me pasa por la cabeza la idea de que si compramos más cosas, tendré que comprar un coche para llevar la maleta. Y un camión para el coche. Y un barco para el camión. Compraremos un puerto, un océano, un continente.

El dolor de cabeza empieza en el McDonald's. Es como si de repente alguien me arrancara el cuero cabelludo y hurgara en mi cerebro. Me siento mareada y con náuseas, y el mundo se me echa encima. Tomo paracetamol, aunque sólo me aliviará un poco.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Cal.

—Sí.

Sabe que miento. Está ahído de comida y satisfecho como un rey, pero hay miedo en sus ojos.

—Quiero irme a casa.

Tengo que decir que sí. Los dos fingimos que no es por mí.

Me quedo en la acera esperando mientras él para un taxi, apoyada en la pared para no caer.

No voy a terminar este día con una transfusión. Hoy no van a introducirme sus obscenas agujas en el cuerpo.

En el taxi, la mano de Cal es pequeña y amistosa y se acopla perfectamente a la mía. Trato de disfrutar el momento. No se ofrece a menudo a cogerme la mano.

—¿Nos reñirá mucho papá? —pregunta.

—Bah. ¿Qué puede hacernos?

Ríe.

—Entonces, ¿podemos repetirlo otro día?

—Claro.

—¿Podemos ir a patinar sobre hielo la próxima vez?

—De acuerdo.

Sigue parloteando sobre *rafting* en aguas bravas, dice que le gustaría montar a caballo y que no le importaría probar el *banyi*. Miro por la ventanilla con la cabeza a punto de estallar. La luz se refleja en los muros y las caras, y me llega, brillante y cercana, como cien fuegos ardientes.

Sé que estoy en un hospital en cuanto abro los ojos. Todos huelen igual, y la vía que tengo sujeta al brazo es dolorosamente familiar. Intento incorporarme, pero la cabeza me estalla y la bilis me sube a la garganta.

Una enfermera acude corriendo con un recipiente de cartón, pero llega demasiado tarde. La mayor parte me cae encima y en las sábanas.

—No importa —dice—. Ahora mismo lo limpiamos.

Me limpia la boca y luego me ayuda a colocarme de lado para desatarme el camisón.

—El médico vendrá enseguida.

Las enfermeras nunca te dicen lo que saben. Las contratan por su actitud risueña y su espeso cabello. Es precioso que parezcan vitales y saludables, para animar a los pacientes.

Sigue charlando mientras me ayuda a ponerme un camisón limpio; me cuenta que antes vivía cerca del océano en Sudáfrica.

—Allí el sol está más cerca de la tierra y siempre hace calor.

Tira de las sábanas para quitarlas y saca otras limpias como por arte de magia.

—En Inglaterra siempre tengo los pies fríos. Bueno, vamos a darnos la vuelta otra vez. ¿Lista? Eso es, ya está. Ah, justo a tiempo, aquí llega el médico.

Es calvo, de piel blanca y de mediana edad. Me saluda cortésmente y acerca la silla que hay bajo la ventana para sentarse junto a la cama. No pierdo la esperanza de que en algún hospital de este país acabe tropezando con el médico perfecto, pero nunca son como espero. Quiero un mago con capa y varita, o un caballero con espada, alguien que no tema a nada. Éste es tan soso y educado como un vendedor.

—Tessa, ¿sabes lo que es la hipercalcemia?

—Si digo que no, ¿puedo tener otra cosa?

Se queda desconcertado, y ahí está el problema, que nunca captan el chiste. Ojalá tuviera un ayudante. Un bufón estaría bien, alguien que le hiciera cosquillas con una pluma mientras da su opinión médica.

Hojea el gráfico que tiene sobre el regazo.

—La hipercalcemia se produce cuando los niveles de calcio suben demasiado. Te estamos dando bifosfonatos, que te bajarán esos niveles. Ya deberías sentirte mucho menos desorientada y sin náuseas.

—Siempre estoy desorientada.

—¿Alguna pregunta?

Me mira con aire expectante, y lamento defraudarlo, pero ¿qué voy a preguntarle a este hombrecillo vulgar?

Me dice que la enfermera me dará algo para dormir mejor. Se levanta y se despide

con una inclinación de cabeza.

Éste es el momento en que el bufón llenaría el suelo de pieles de plátano y luego vendría a sentarse conmigo en la cama. Y nos reiríamos a espaldas del médico cuando resbalara.

Es de noche cuando despierto, y no recuerdo nada. Me entra el pánico. Trató de combatirlo durante unos diez segundos, pataleando entre las sábanas retorcidas, convencida de que me han raptado o algo peor.

Papá se acerca presuroso, me acaricia la cabeza, susurra mi nombre una y otra vez como un encantamiento mágico.

Y entonces lo recuerdo. Me he metido en un río, he llevado a Cal a gastar dinero a lo loco, y ahora estoy en el hospital. Pero los instantes en blanco han hecho que el corazón me lata tan deprisa como a un cangrejo, porque durante un momento he olvidado realmente quién soy.

No era nadie, y ahora sé que volverá a suceder.

Papá me sonrío.

—¿Quieres agua? ¿Tienes sed?

Me sirve un vaso, pero yo lo rechazo moviendo la cabeza y él vuelve a dejarlo sobre la mesilla.

—¿Sabe Zoey que estoy aquí?

Busca a tientas en la chaqueta y saca un paquete de cigarrillos. Se acerca a la ventana y la abre. Entra aire frío.

—Aquí no se puede fumar, papá.

Cierra la ventana y se guarda los cigarrillos.

—No —contesta—. Supongo que no.

Viene a sentarse otra vez y me coge la mano. Me pregunto si también él ha olvidado quién es.

—He gastado un montón de dinero, papá.

—Lo sé. No importa.

—Pensaba que a lo mejor no aceptarían mi tarjeta pero en ninguna de las tiendas a las que he ido han puesto pegas. De todas maneras, tengo los tiques de compra, así que podemos devolverlo todo.

—Calla. No pasa nada.

—¿Está bien Cal? ¿Se ha asustado?

—Lo superará. ¿Quieres verlo? Está fuera en el pasillo, con tu madre.

En los últimos años, jamás han venido los tres juntos a visitarme. De repente estoy asustada. Entran muy serios, Cal aferrado a la mano de mamá y ella con aspecto de sentirse fuera de lugar; papá les sujeta la puerta. Los tres se aproximan a la cama y me miran. Es como una premonición del día que acabará llegando. Más adelante. Ahora no. Un día en que no podré verlos cuando me miren, ni sonreírles, ni decirles

que dejen de asustarse y se sienten.

Mamá acerca una silla, se inclina sobre mí y me besa. El olor familiar —el detergente que utiliza, la esencia de naranja con que rocía el cuello— me da ganas de llorar.

—¡Me has asustado! —exclama, sacude la cabeza como si no diera crédito.

—Yo también me he asustado —susurra Cal—. Te desmayaste en el taxi y el taxista creía que estabas borracha.

—¿Ah, sí?

—Yo no sabía qué hacer. Me dijo que tendría que pagarle más si vomitabas.

—¿Vomité?

—No.

—Entonces, ¿le dijiste que se fuera a la mierda?

Cal sonrío, pero le tiemblan las comisuras.

—No.

—¿Quieres sentarte aquí?

Niega con la cabeza.

—¡Oye, Cal, no llores! Ven a sentarte en la cama conmigo, vamos. Intentaremos recordar todo lo que compramos.

Pero él se sienta en el regazo de mamá. No creo haberle visto hacer eso nunca. No sé si papá lo habrá visto. Incluso Cal parece sorprendido. Se apoya en el hombro de mamá y se echa a llorar. Ella le acaricia la espalda, trazando círculos con la mano. Papá mira por la ventana y yo extiendo los dedos sobre la sábana. Son muy delgados y blancos, como de vampiro, que absorben el calor de las personas.

—Siempre quise un vestido de terciopelo cuando era pequeña —dice mamá—. Uno verde con cuello de encaje. Mi hermana tuvo uno y yo no, así que sé muy bien lo que es desear cosas bonitas. Si otra vez te apetece ir de compras, Tessa, iré contigo. —Abarca toda la habitación con un exagerado ademán—. ¡Iremos todos!

Cal se endereza para mirarla.

—¿De verdad? ¿Yo también?

—Tú también.

—¡Me pregunto quién pagará! —resopla papá con sorna desde la ventana, sentado en el alféizar. Mamá sonrío, seca las lágrimas de Cal con el dorso de la mano y lo besa en la mejilla.

—Saladas —dice—. Saladas como el mar.

Papá la mira. Me pregunto si ella sabe que la está mirando.

Entonces mamá se lanza a contar una historia sobre su mimada hermana Sarah y un poni llamado Tango. Papá se echa a reír y le dice que no puede quejarse de haber pasado privaciones en la infancia. Para fastidiarlo, ella replica que le dio la espalda a su familia para casarse con él y vivir pobremente. Y Cal practica un truco de magia

con una moneda, pasándose una libra de una mano a la otra y abriendo luego un pañuelo para mostrar que ha desaparecido.

Es agradable oírlos charlar, cómo se deslizan las palabras de uno a otro. Los huesos no me duelen tanto con los tres cerca de mí. Tal vez si me quedo muy quieta no se fijarán en la pálida luna que veo por la ventana, ni oirán el carrito de los medicamentos que llega rodando por el pasillo. Podrían quedarse toda la noche. Podríamos divertirnos, contando chistes e historias hasta el amanecer.

Pero al final mamá dice:

—Cal está cansado. Lo llevaré a casa y lo meteré en la cama. —Se gira hacia papá—. Nos veremos allí.

Se despide dándome un beso, luego lanza otro desde la puerta. Lo noto de verdad aterrizando en mi mejilla.

—Hasta luego —dice Cal.

Y se marcha.

—¿Mamá va a quedarse en casa? —le preguntó a papá.

—Parece lo mejor por esta noche.

Viene hacia mi cama, se sienta en la silla y me coge la mano.

—¿Sabes? Cuando eras un bebé, tu madre y yo nos pasábamos la noche despiertos mirando cómo respirabas. Estábamos seguros de que se te olvidaría hacerlo si dejábamos de mirar. —Su mano ha cambiado, se le ha suavizado el contorno de los dedos—. Puedes reírte si quieres, pero es cierto. La angustia se alivia cuando los hijos se hacen mayores, pero jamás desaparece. Me preocupo por ti todo el tiempo.

—¿Por qué me dices eso?

Suspira.

—Sé que tramas alguna cosa. Cal me ha hablado de una lista. Necesito saber de qué va, no para impedirte que lo hagas, sino porque quiero protegerte.

—¿No es lo mismo?

—No, no lo creo. Es como si estuvieras dando lo mejor de ti misma, Tessa, y me duele que me dejes al margen.

Su voz se apaga poco a poco. ¿Es eso lo que quiere realmente? ¿No quedar excluido? Pero ¿cómo voy a hablarle de Jake y de su estrecha cama individual? ¿Cómo voy a contarle que fue Zoey la que me dijo que me metiera en el agua y que tenía que decirle que sí? Luego vienen las drogas. Y después de las drogas, aún me quedarán siete cosas por hacer. Si se lo cuento, me quitará la lista. No quiero pasar el resto de mi vida acurrucada bajo una manta en el sofá, con la cabeza en el hombro de mi padre. La lista es lo único que me mantiene con vida.

Pensaba que era por la mañana, pero no. Pensaba que la casa estaba tan silenciosa porque todo el mundo se había ido.

Pero sólo son las seis, y estoy aquí desvelada, con la luz mortecina del amanecer.

Saco un paquete de galletitas de queso del armario de la cocina y enciendo el radio. Debido a un choque en cadena, varias personas han pasado la noche atrapadas en los coches en la M3. No había en las proximidades ningún baño público, y los servicios de emergencia han tenido que proporcionarles comida y agua. Paralización total del tráfico. El mundo se está llenando. Un diputado conservador engaña a su mujer. Encuentran un cadáver en un hotel. Es como oír dibujos animados. Apago la radio y saco un helado de chocolate de la nevera. Me hace sentir vagamente mareada y me da mucho frío. Cojo el abrigo del perchero y me muevo silenciosamente por la cocina escuchando las hojas, las sombras y el leve sonido del polvo al caer. Eso me calienta un poco.

Son las seis y diecisiete minutos.

Tal vez en el jardín haya algo diferente: un búfalo salvaje, una nave espacial, montañas de rosas rojas. Abro la puerta de atrás muy despacio, suplicando al mundo que me ofrezca algo nuevo y asombroso. Pero todo es horriblemente familiar: arriates sin flores, hierba mojada y grises nubes bajas.

Le mando a Zoey un mensaje: «DROGAS».

No me contesta. Apuesto que está en casa de Scott, arropada y feliz entre sus brazos. Fueron a verme al hospital; se sentaron junto a una silla como si se hubieran casado y yo me hubiesen perdido la boda. Me llevaron ciruelas y una lámpara de Halloween del mercado.

—He estado ayudando a Scott en el puesto —dijo Zoey.

Yo sólo podía pensar en lo deprisa que había llegado al final de octubre, y en que a Zoey la tranquilizaba el brazo de Scott en los hombros. Ha pasado una semana desde entonces. Aunque me había enviado un mensaje de móvil a diario, no parece interesada en mi lista.

Sin ella, supongo que tendré que quedarme en la puerta y ver cómo las nubes se agrupan y estallan. Las gotas de lluvia resbalarán por las ventanas de la cocina y otro día empezará a desmoronarse a mí alrededor. ¿Esto es vivir? ¿Es algo?

En la casa de al lado se abre y se cierra la puerta. Se oyen las fuertes pisadas de unas botas en el barro. Me voy hasta la valla y asomo la cabeza.

—¡Hola otra vez!

Adam se lleva la mano al pecho como si acabara de sufrir un ataque al corazón.

—¡Jesús! ¡Qué susto me has dado!

—Lo siento.

No va vestido para trabajar en el jardín. Lleva una cazadora de cuero, tejanos y un casco de motorista en la mano.

—¿Vas a salir?

—Sí.

Los dos miramos su moto. Está junto al cobertizo. Es roja y plateada. Parece como si fuera a salir disparada en cuanto le suelte el candado.

—Es muy bonita.

Él asiente.

—Acabo de arreglarla.

—¿Qué tenía?

—Recibió un golpe y se torcieron las horquillas. ¿Sabes algo de motos?

Pienso mentir, pero es el tipo de mentiras con el que te pillan enseguida.

—La verdad es que no, aunque siempre he querido montar en una.

Adam me observa de una forma extraña, y eso hace que dude de mi aspecto. Ayer parecía una yonqui porque la piel se me estaba volviendo amarilla. Anoche me puse pendientes para intentar contrarrestar ese efecto, pero esta mañana he olvidado mirarme en el espejo. Me siento un poco incómoda observada de esa manera.

—Escucha —suelta al fin—. Hay algo que seguramente debería decirte.

Por la turbación de su voz, ya sé lo que es, así que prefiero ahorrarme el mal trago.

—No pasa nada. Mi padre es un auténtico bocazas.

Incluso los desconocidos me miraban con compasión últimamente.

—¿De verdad? —se extraña—. Es que no te veía por aquí y le pregunté a tu hermano si estabas bien. Él me lo contó.

Me miro los pies, miro el trozo de hierba que tengo delante, me miro el hueco entre la hierba y la parte baja de la valla.

—Pensaba que tenías diabetes. Ya sabes, cuando te desmayaste aquel día. No sabía nada.

—Ya.

—Lo siento. Quiero decir, lo sentí mucho cuando me lo contó.

—Ya.

—Me parecía importante decirte que lo sé.

—Gracias.

Las palabras suenan muy altas. Ocupando todo el espacio de mi cabeza y se quedan ahí, repitiéndose como un eco.

—La gente suele asustarse un poco cuando se entera —dijo finalmente. Él asiente, como si ya lo supiese—. Pero no es que vaya a morirme ahora mismo, de repente. Primero tengo una lista de cosas que hacer.

Ignoraba que fuera a contárselo. Me sorprende. También me sorprende cuando él sonrío.

—¿Cómo qué? —pregunta.

Desde luego no voy a hablarle de Jack ni de mi baño en el río.

—Bueno, lo siguiente son las drogas.

—¿Drogas?

—Sí, no me refiero a aspirinas.

Ríe.

—No; ya lo supongo.

—Una amiga va a conseguirme un poco de éxtasis.

—¿Éxtasis? Deberías probar las setas, son mejores.

—Provocan alucinaciones, ¿no? No quiero ver esqueletos abalanzándose sobre mí.

—Hacen que te sientas como en un sueño, no que tengas alucinaciones.

Eso no me tranquiliza, porque no creo que mis sueños sean como los de las demás personas. Siempre termino en lugares desolados de los que es difícil regresar. Despierto acalorada y muerta de sed.

—Puedo conseguírtelas si te parece —promete.

—¿Sí?

—Hoy si quieres.

—¿Hoy? Mejor mañana. Le prometí a mi amiga que no haría nada sin ella.

Él arquea una ceja.

—Eso es mucho prometer.

Miro hacia mi casa. Papá se levantará pronto y se irá directo al ordenador. Cal se marchará al colegio.

—Podría llamarla y preguntarle si puede venir.

Adam se abrocha la cazadora.

—De acuerdo.

—¿De dónde vas a sacarla?

Una lenta sonrisa curva las comisuras de su boca.

—Un día te llevaré en la moto y te lo enseñaré.

Retrocede por el sendero sin dejar de sonreír. Me quedo prendada de sus ojos, de un verde claro a la luz del amanecer.

—¿De dónde crees que la sacaré, Zoey?

Ella abre la boca en un enorme bostezo.

—¿De Disneylandia?

—¿Por qué te pones tan desagradable?

Se da la vuelta en la cama para mirarme.

—Porque ese chico es aburrido y feo y me tienes a mí, así que no sé qué te interesa de él. No deberías haberle pedido la droga. Ya te dije que te la conseguiría yo.

—Pues no es que hayas venido mucho a verme.

—¡Qué yo sepa, fui a visitarte cuando estabas en el hospital!

—¡Y que yo sepa, estaba allí porque tú me dijiste que me metiera en el río!

Me saca la lengua, así que miro de nuevo por la ventana. Hace horas que Adam ha regresado a casa; ha pasado dentro media hora, y luego ha salido para recoger hojas con el rastrillo. Pensaba que vendría él, pero quizá espere que vayamos nosotras.

Zoey se acerca a la ventana y lo observamos. Cada vez que Adam echa hojas en la carretilla, docenas de ellas vuelven a salir volando y caen en la hierba.

—¿No tiene nada mejor que hacer?

Sabía que Zoey pensaría eso. Su aguante es mínimo cuando se trata de esperar. Si plantara una semilla, se agacharía a esperar verla crecer de un momento a otro.

—Está arreglando el jardín.

Zoey me lanza una mirada mordaz.

—¿Es retrasado?

—¡Qué dices!

—¿No debería estar en la universidad o algo así?

—Creo que cuida de su madre.

Ella me observa con ojos conspiradores.

—Te gusta, ¿eh?

—Tonterías.

—Sí. Estás enamorada de él en secreto. Sabes cosas de él que no podrías saber si no te gustara. Sacudo la cabeza, tratando de disuadirla de esa idea. Ahora Zoey jugará con esto, lo hará más grande de lo que habría sido sin ella.

—¿Lo espías todos los días desde aquí?

—No.

—Apuesto a que sí. Voy a preguntarle si tú también le gustas.

—¡Zoey, no!

Corre hacia la puerta riendo.

—¡Voy a preguntarle si quiere casarse contigo!

—Por favor, Zoey. No le eches todo a perder.

Regresa a mi lado lentamente, sacudiendo la cabeza.

—¡Tessa, creía que entendías las normas! Nunca dejes que un tío sea dueño de tu corazón; es fatal.

—¿Qué hay de Scott y de ti?

—Eso es distinto.

—¿Por qué?

Sonríe.

—Es sólo sexo.

—No, no lo es. Cuando vinisteis a visitarme al hospital, no podías apartar los ojos de él.

—¡Bobadas!

—Es cierto.

Antes Zoey vivía como si la raza humana estuviera al borde de la extinción, como si nada importara en realidad. Pero cuando está con Scott, se vuelve cálida y amable. ¿No se ha dado cuenta?

Me mira con tanta seriedad que le sujeto la cara y la beso, porque quiero que sonría de nuevo. Sus labios son suaves y huele bien. Tal vez sea posible absorber algunos de sus leucocitos de esa forma, pero ella me aparta de un empujón antes de que tenga tiempo de poner a prueba mi teoría.

—¿Estás tarumba o qué?

—Y tú lo estás estropeando todo. Ahora ve y pregúntale a Adam si tiene las setas.

—Ve tú.

Me río de ella.

—Iremos las dos.

Se limpia los labios con la manga. Parece desconcertada.

—Vale, de acuerdo. Además, tu habitación empieza a oler mal.

Cuando Adam nos ve atravesar el jardín, deja el rastrillo y viene a nuestro encuentro junto a la valla. Me siento un poco mareada cuando se acerca. El jardín parece más luminoso que antes.

—Ésta es mi amiga Zoey.

Él la saluda inclinando la cabeza.

—¡He oído hablar mucho de ti! —exclama ella. Y suelta un suspiro para parecer pequeña e indefensa. Todos los chicos que he conocido pensaban que Zoey estaba buenísima.

—¿Eso es cierto?

—¡Oh, sí! ¡Tessa no para de hablar de ti!

Le lanzo una rápida mirada para que calle, pero ella la rehúye y agita la melena.

—¿Las tienes? —le pregunto a Adam, tratando de desviar su atención de Zoey.

Él mete la mano en el bolsillo de la cazadora, saca una bolsita de plástico y me la da. Dentro hay unas setas pequeñas y oscuras. No parece que hayan crecido del todo, como si aún no estuvieran preparadas para el mundo.

—¿De dónde las has sacado?

—Las he cogido.

Zoey me arrebató la bolsa y la observa.

—¿Cómo sabemos que se pueden comer? ¿Podrían ser hongos venenosos!

—No lo son —contesta él.

Zoey frunce el entrecejo y se las devuelve.

—Creo que vamos a pasar. El éxtasis será mejor. —Me mira—. ¿Tú qué opinas?

—Creo que deberíamos probarlas. —Claro que yo no tengo nada que perder.

Adam sonrío.

—Bien. Venid y prepararé una infusión.

Su cocina está tan limpia que parece sacada de una serie de televisión; ni siquiera hay cacharros fregados en el escurridor. Es extraño verlo todo al revés que en nuestra casa, no sólo porque la cocina resplandece, sino por el silencio y la pulcritud general.

Adam retira una silla de la mesa para que me siente.

—¿Está tu madre? —pregunto.

—Está durmiendo.

—¿Se encuentra mal?

—No, sólo duerme.

Va hacia el hervidor y lo enciende, saca unas tazas del armario y las coloca al lado.

Zoey hace una mueca a su espalda y me sonrío mientras se quita el abrigo.

—Esta casa es idéntica a la tuya. Sólo que al revés.

—Siéntate —le digo.

Ella toma la bolsa y olisquea las setas.

—¡Puaj! ¿Seguro que no son malas?

Adam las coge, las echa todas en la tetera y las llena de agua hirviendo. Zoey lo sigue para mirar por encima de su hombro.

—No parece que haya suficiente. ¿De verdad sabes lo que estás haciendo?

—Yo no voy a tomar —contesta—. Iremos a alguna parte cuando os hagan efecto. Yo cuidaré de vosotras.

Zoey me mira y pone los ojos en blanco, como si fuera la cosa más patética que ha oído en su vida.

—No es la primera vez que tomo drogas —replica—. Te aseguro que no necesitamos niñera.

Yo contemplo la espalda de Adam mientras remueve el contenido de la tetera. El

tintineo de la cuchara me recuerda la hora de acostarse, cuando papá prepara chocolate para Cal y para mí; los dos mueven la cuchara con la misma meticulosidad.

—No te rías si hacemos alguna tontería —le digo.

Él me sonrío por encima del hombro.

—No vais a hacer ninguna.

—A lo mejor sí —tercia Zoey—. Tú no nos conoces. Podríamos volvernos completamente locas. Tessa es capaz de cualquier cosa ahora que tiene su lista de prioridades.

—¿Eso es verdad?

—¡Calla, Zoey!

Ella vuelve a sentarse a la mesa.

—Perdón —dice, pero no parece en absoluto arrepentida.

Adam trae las tazas y las deposita delante de nosotras. Envueltas en vapor, despiden un olor repugnante, a cartón y ortigas mojadas.

Zoey se inclina y olisquea su tasa.

—¡Parece jugo de carne!

Adam se sienta a su lado.

—Es así. Confía en mí. Le ha puesto un trozo de canela para endulzarlo.

Zoey vuelve a mirarme poniendo los ojos en blanco.

Toma un sorbo con cautela y lo traga con una mueca.

—Todo —dice Adam—. Cuanto antes te lo bebas, antes te subirá.

No sé qué ocurrirá luego, pero él está muy tranquilo, y parece contagioso. Su voz es lo único claro en todo esto.

—Bebéoslo —insiste.

Así que nos tomamos esta porquería, sentadas en la cocina de mi vecino, mientras él nos observa. Zoey se tapa la nariz y bebe con asco a grandes tragos. Yo me limito a sorberlo. En realidad da igual lo que coma o beba, porque ya nada me sabe bien.

Seguimos sentados un rato, hablando de tonterías. La verdad es que no consigo concentrarme. Estoy esperando a que ocurra algo, a que cambie algo. Adam explica que las setas buenas se distinguen por los sombreros en punta y los pies largos y finos. Dice que crecen arracimadas, pero sólo a finales del verano y en otoño. Nos cuenta que son legales, que se pueden comprar secas en algunas tiendas. Luego, como no sucede nada, nos prepara un té normal. En realidad no me apetece, sólo pongo las manos alrededor de la taza para sentir el calor. Hace mucho frío en esta cocina, más frío que en el exterior. Pienso en pedirle a Zoey que vaya a mi casa a buscarme el abrigo, pero cuando intento hablar, se me cierra la garganta, como si unas pequeñas manos interiores me estrangularan.

—¿Hace daño en el cuello? —pregunto.

Adam niega con la cabeza.

—Pues noto como si se me encogiera la tráquea.

—Se te pasará. —Pero el miedo asoma a su rostro.

Zoey lo fulmina con la mirada.

—¿Nos has dado demasiado?

—¡No! No pasa nada... Tessa sólo necesita tomar un poco de aire.

Pero en su voz hay cierta vacilación. Apuesto a que está pensando lo mismo que yo, que soy diferente, que mi cuerpo reacciona de un modo diferente, que tal vez esto sea un grave error.

—Vamos, salgamos un momento.

Me levanto y lo sigo por el recibidor hasta la puerta de la calle.

—Espera —dice—, iré por un abrigo.

La puerta delantera de la casa está sumida en la penumbra. Me quedo esperando en el umbral, tratando de respirar hondo para que no me entre el pánico. Al pie del escalón hay un sendero que conduce al acceso para coches y al coche de la madre de Adam. Hay hierba a ambos lados del camino. No sé por qué, pero la hierba parece diferente. No es sólo el color, sino lo corta que está, como una cabeza afeitada. Mientras la miro, resulta cada vez más evidente que el escalón y el sendero son lugares seguros, pero la hierba es malévola.

Me agarro al pomo de la puerta para no resbalar y caer. Al sujetarlo, reparo en que la puerta tiene un agujero que semeja un ojo. Toda la madera de la puerta parece conducir hacia ese ojo en espirales y nudos, como si la puerta se deslizara hacia dentro de sí misma en círculos y volviera a salir. Es un movimiento lento y sutil. Lo contemplo durante horas. Luego aplico el ojo al agujero, pero dentro todo está borroso, así que entro de nuevo en el vestíbulo, cierro la puerta y miro por el agujero desde el otro lado. El mundo se ve muy diferente desde aquí dentro, la entrada para coches se alarga hasta convertirse en un hilo.

—¿Qué tal la garganta? —pregunta Adam reapareciendo en el vestíbulo, y me ofrece un abrigo.

—¿Has mirado alguna vez por aquí?

—¡Tienes las pupilas dilatadas! Ven, salgamos. Ponte el abrigo.

Es una parca con capucha forrada de piel. Adam me cierra la cremallera. Me siento como una niña esquimal.

—¿Dónde está tu amiga?

Durante un momento no sé de quién habla; luego recuerdo a Zoey y me alegra el corazón.

—¡Zoey! ¡Zoey! —la llamo—. Ven a ver esto.

Ella sonrío cuando llega al vestíbulo, con unos ojos profundos y oscuros como el invierno.

—¡Tus ojos! —exclamo.

Ella me mira con asombro.

—¡Los tuyos también!

Nos acercamos mirándonos hasta que nuestras narices se tocan.

—En la cocina hay una alfombrilla que contiene un mundo entero —susurra.

—Lo mismo le pasa a la puerta. Las cosas cambian de forma al mirar por el agujero.

—Enséñamelo.

—Perdón —interviene Adam—. No quiero estropear este momento, pero ¿a alguien le apetece dar una vuelta?

Saca unas llaves de coche del bolsillo y nos las enseña. Son increíbles.

Salimos fuera. Apunta con las llaves al coche y éste nos saluda con un pitido. Bajo el escalón y camino por el sendero con mucha cautela, aconsejo a Zoey que haga lo mismo pero no me oye. Baila en la hierba y parece estar bien, así que tal vez las cosas sean diferentes para ella.

Me siento delante con Adam; Zoey se sienta atrás.

Esperamos un minuto y luego Adam dice:

—Bueno, ¿qué te parece?

Pero no voy a contarle nada.

Me fijo en el cuidado con que pone las manos en el volante.

—Me encanta este coche —dice.

Sé a qué se refiere. Estar aquí sentada es como estar sentada dentro de un buen reloj.

—Era de mi padre. A mi madre no le gusta que lo conduzca.

—¡Entonces quizá deberíamos quedarnos aquí quietos! —exclama Zoey desde atrás—. ¡Eso sí que sería divertido!

Adam se gira y habla muy despacio.

—Voy a llevaros a dar un paseo. Sólo digo que a mi madre no le hará ninguna gracia.

Zoey se tumba en el asiento trasero y mira el techo sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—¡Cuidado con los zapatos! —exclama Adam.

Ella vuelve a sentarse rápidamente y lo apunta con el dedo.

—¡Mírate! ¡Pareces un perro a punto de cagar donde no debe!

—Cállate —espeta él, y es una sorpresa para mí, porque no sabía que fuera capaz de hablar así. Zoey se recuesta en el asiento.

—Tú conduce, tío —masculla.

Ni siquiera me doy cuenta de que ha puesto el motor en marcha. Es tan silencioso que no se oye. Cuando salimos a la carretera y las casas y los jardines de nuestra calle quedan atrás, estoy contenta. Este viaje me abrirá nuevas puertas.

Mi padre dice que los músicos escriben sus mejores canciones cuando están colocados. Voy a descubrir algo asombroso. Lo sé. Y lo traeré de vuelta conmigo. Como el Santo Grial.

Abro la ventanilla y saco la cabeza, los brazos y la mitad superior del cuerpo. Zoey hace lo mismo en la parte de atrás. Noto el aire con fuerza. Me siento muy despierta. Veo cosas que nunca he visto, mis dedos alcanzan otras vidas: la chica guapa que mira a su novio y espera muchas cosas de él, el hombre de la parada del autobús que se mesa el cabello, diseminando escamas de piel relucientes, dejando trozos de sí mismo esparcidos por la tierra; y el niño que llora a su lado, comprendiendo la desesperanza que hay en todo eso.

—Mira, Zoey.

Señalo una casa con la puerta abierta, un vestíbulo que se vislumbra, una madre que besa a su hija. La chica vacila en el umbral. «Te conozco —pienso—. No tengas miedo».

Zoey ha sacado casi todo el cuerpo por la ventanilla, agarrándose al techo. Su rostro aparece junto a mi ventanilla. Parece una sirena en la proa de un barco.

—¡Vuelve a meterte en el puñetero coche! —le grita Adam—. ¡Y quita los pies del puñetero asiento!

Ella vuelve a sentarse, desternillándose de risa.

A esta parte de la calle la llaman la Milla del Atracador.

Mi padre siempre lee noticias en el periódico que hablan de este sitio, donde se comenten actos de violencia motivados por la pobreza y la desesperación. Pero cuando aceleramos y las vidas de los demás pasan volando por nuestro lado, veo lo hermosa que es la gente. Yo moriré primero, lo sé, pero todos ellos se reunirán conmigo, uno por uno.

Cortamos por calles laterales. El plan, según Adam, es ir al bosque. Hay un parque y una cafetería donde no nos conocen.

—Allí podréis hacer el loco sin que os reconozca nadie. Además no está lejos, así que regresaremos a tiempo para el té.

—¿Estás loco? —grita Zoey—. ¡Parece Enid Blyton! ¡Quiero que todo el mundo sepa que estoy colocada y no quiero ningún puto té!

Vuelve a sacar el cuerpo por la ventanilla y lanza besos a los desconocidos. Me recuerda a Rapúnzel escapando con el cabello agitado por el viento. Pero entonces Adam frena de golpe y Zoey se da un fuerte golpe en la cabeza contra el techo.

—¡Joder! ¡Lo has hecho aposta! —se deja caer de nuevo en el asiento de atrás, frotándose la cabeza y gimiendo.

—Perdona —dice Adam—. Tengo que poner gasolina.

—Gilipollas.

Él se apea y rodea el coche por detrás para coger la manguera del surtidor. De

repente Zoey parece dormida, tirada en el asiento trasero, chupándose el pulgar. Tal vez tenga una conmoción.

—¿Estás bien? —pregunto.

—¡Va para ti! —sisea—. Intenta deshacerse de mí para quedarse a solas contigo. ¡No debes permitirselo!

—No creo que sea cierto.

—¡Cómo si tú fueras a darte cuenta!

Vuelve a meterse el pulgar en la boca y gira la cara. La dejo a su aire, bajo del coche y voy a hablar con el hombre de la ventanilla. Tiene una cicatriz como un río plateado que baja desde el nacimiento del pelo hasta el caballete de la nariz. Se parece a mi difunto tío Bill.

Se inclina sobre su pequeño escritorio.

—¿Número? —dice.

—Ocho.

Su expresión es de desconcierto.

—No, el ocho no.

—Vale, pues el tres.

—¿Dónde está tu coche?

—Allí.

—¿El Jaguar?

—No lo sé.

—¿No lo Sabes?

—No sé la marca.

—¡Por Dios!

El cristal que nos separa se comba para adaptarse a su ira. Reculo asombrada y sobrecogida.

—Creo que es un mago —le digo a Adam cuando se acerca y me rodea los hombros con un brazo.

—Me temo que sí —susurra—. Será mejor que vuelvas al coche.

Más tarde despierto en un bosque. El coche se ha parado y Adam no está. Zoey duerme tendida en el asiento trasero como una niña. Miro por la ventanilla, y la luz que se filtra a través de los árboles es mortecina y fantasmal. No sé si es de día o de noche. Me siento plenamente en paz cuando abro la puerta y salgo.

Hay montones de árboles, todos de diferentes clases, de hoja caduca y de hoja perenne. Hace tanto frío que debemos estar en Escocia.

Camino un rato tocando la corteza, saludando las hojas. Noto que tengo hambre de verdad, estoy famélica. Si aparece un oso, lo derribaré y le arrancaré la cabeza de un mordisco. Tal vez debería encender una fogata. Pondré trampas y cavaré agujeros, y el primer animal que aparezca por aquí acabará en un espetón. Construiré un

refugio con ramas y hojas, y viviré aquí para siempre. No hay microondas ni pesticidas. No hay pijamas fosforescentes, ni relojes que brillan en la oscuridad. No hay televisión, ni nada hecho de plástico. No hay laca ni tinte para el pelo ni cigarrillos. La planta petroquímica está muy lejos. En este bosque estoy a salvo. Me río bajito. Es increíble que no se me haya ocurrido antes. Éste es el secreto que andaba buscando.

Entonces veo a Adam. Parece más pequeño y, de pronto, lejano.

—¡He descubierto algo! —grito.

—¿Qué estás haciendo? —Su voz suena queda y perfecta.

No respondo, porque es obvio y no quiero que quede como un estúpido. ¿Para qué otra cosa iba a recoger ramas, hojas y todo eso?

—¡Baja! —ordena.

Pero el árbol me rodea con sus brazos y me suplica que no baje. Intento explicárselo a Adam, pero no estoy segura de que me oiga. Él se está quitando el abrigo. Empieza a trepar.

—¡Baja! —grita. Tiene un aspecto muy religioso subiendo por las ramas, cada vez más arriba, como un bondadoso monje que acude a salvarme—. Tu padre me matará si te rompes algo. Por favor, Tessa, baja ya.

Está cerca; su rostro, reducido apenas a la luz de sus ojos. Me inclino para lamerle el frío. Su piel está salada.

—Por favor —dice.

No duele nada. Bajamos juntos navegando, impulsados por el viento. Abajo nos sentamos en un nido de hojas y Adam me acuna como un bebé.

—¿Qué estabas haciendo? ¿Qué coño hacías ahí arriba?

—Recoger materiales para un refugio.

—Creo que tu amiga tenía razón. Ojalá no te hubiera dado tanto.

Pero él no me ha dado nada. Aparte de su nombre y la suciedad de sus uñas, apenas lo conozco. Me pregunto si puedo confiarle mi secreto.

—Voy a contarte algo. Pero tienes que prometerme que no se lo dirás a nadie, ¿de acuerdo?

Asiente, aunque no muy seguro. Me siento junto a él y me aseguro de que me está mirando antes de empezar. Luces y colores traspasan su cuerpo. Brilla tanto que veo sus huesos y el mundo que hay en sus ojos.

—Ya no estoy enferma. —Estoy tan emocionada que casi no puedo hablar—. Tengo que quedarme aquí en el bosque. Tengo que mantenerme alejada del mundo moderno y todos sus aparatos, y entonces no estaré enferma. Puedes quedarte aquí conmigo si quieres. Construiremos cosas, refugios y trampas. Cultivaremos hortalizas.

Adam tiene los ojos llenos de lágrimas. Verlo llorar es como que te arranquen de

una montaña.

—Tessa.

Hay un agujero en el cielo por encima de su hombre, y a través de él, el ruido estático de un satélite hace que me tiemblen los dientes. Luego desaparece y sólo queda un boquete vacío. Pongo un dedo en sus labios.

—No —le pido—. No digas nada.

—Estoy conectado. —Papá señala su portátil—. ¿Quieres hacer el favor de ir a dar vueltas a otra parte?

La luz del ordenador parpadea en sus gafas. Me siento en una silla delante de él.

—Eso también me molesta —dice sin levantar la vista.

—¿Qué me siente aquí?

—No.

—¿Qué dé golpecitos en la mesa?

—Escucha, aquí dice que un médico ha desarrollado un sistema llamado respiración de huesos. ¿Habías oído hablar de eso?

—No.

—Has de imaginar que tu respiración es un color cálido, luego respiras a través del pie izquierdo, subiendo por la pierna hasta la cadera, y expulsas el aire de la misma forma. Se hace siete veces y luego se repite con la pierna derecha. ¿Quieres probarlo?

—No.

Se quita las gafas y me mira.

—Ya no llueve. ¿Por qué no coges una manta y te sientas en el jardín? Ya te llamaré cuando llegue la enfermera.

—No quiero.

Suspira, vuelve a ponerse las gafas y a concentrarse en el ordenador. Lo odio. Sé que me mira cuando salgo de la habitación. Oigo su pequeño suspiro de alivio.

Las puertas de los dormitorios están cerradas, así que el recibidor está oscuro. Subo las escaleras a cuatro patas, me siento en lo alto y miro hacia abajo. Hay movimiento en la penumbra. A lo mejor empiezo a ver cosas que otras personas no pueden ver. Como los átomos. Bajo dando botes con el culo y vuelvo a subir en cuatro patas, y disfruto notando cómo se hunde la alfombra al hincar las rodillas. Hay trece escalones. Cada vez que los cuento me sale lo mismo.

Me acurruco al pie de la escalera. Aquí es donde se sienta la gata cuando quiere que tropecemos con ella. Siempre he querido ser gato. Cariñoso y domesticado cuando le apetece, salvaje cuando no.

Suena el timbre de la puerta. Me acurruco más aún.

Papá sale al recibidor.

—¡Tessa! —llama al verme—. ¡Por el amor de Dios!

La enfermera de hoy es nueva. Lleva una falda escocesa y es robusta como un armario. Papá parece decepcionado.

—Ésta es Tessa. —Y señala el sitio donde estoy acurrucada.

La enfermera se sorprende.

—¿Se ha caído?

—No; hace casi dos semanas que se niega a salir de casa, y se está volviendo loca.

Ella se acerca y me mira. Sus pechos son enormes y se balancean cuando alarga la mano para levantarme del suelo. Tiene la mano grande como una raqueta de tenis.

—Me llamo Philipa —dice, como si eso lo explicara todo.

Me lleva al salón, me ayuda a sentar y hace lo propio justo delante de mí.

—Bueno, ¿no te encuentras muy bien hoy?

—¿Se encontraría bien usted?

Papá me lanza una mirada de advertencia. Me da igual.

—¿Náuseas o dificultad para respirar?

—Estoy tomando antieméticos. ¿Se ha leído mi historial?

—Discúlpela —interviene mi papá—. Últimamente ha tenido dolor en las piernas, nada más. La enfermera que la vio la semana pasada dijo que iba bien. Sian, creo que se llamaba Sian. Ella sabe que medicación está tomando.

Suelto un bufido por la nariz. Papá intenta sonar despreocupado, pero a mí no me la pega. La última vez que vino Sian, él le ofreció que se quedara a cenar y se puso en ridículo.

—El equipo intenta mantener la continuidad —dice Philipa—, pero no siempre es posible. —Se gira hacia mí, haciendo caso omiso de papá y su patética vida amorosa—. Tessa, tienes bastantes morados en los brazos.

«Trepé un árbol».

—Eso indica que el nivel de plaquetas está bajo. ¿Has planeado alguna actividad para esta semana?

—¡No necesito una transfusión!

—De todas maneras haremos un análisis de sangre para estar seguros.

Papá le ofrece café, pero ella rehúsa. Sian le habría dicho que sí.

—Mi padre no lo lleva muy bien —le cuento a Philipa cuando él se va a la cocina.

—Enfurrñado. Lo hace todo al revés.

Me ayuda a quitarme la camisa.

—¿Y cómo lo llevas tú?

—Me hace gracia.

Saca una gasa y un antiséptico en aerosol de su maletín, se pone unos guantes estériles y me levanta el brazo para desinfectar alrededor del *Portacath*. Esperamos que se seque.

—¿Tiene usted novio? —le pregunto.

—Tengo marido.

—¿Cómo se llama?

—Andy.

Parece incómoda al pronunciar el nombre en voz alta. Tengo que tratar con montones de personas y nunca se presentan como es debido. Sin embargo, ellas lo saben todo sobre mí.

—¿Cree en Dios? —pregunto.

Ella se echa atrás y frunce el entrecejo.

—¡Vaya pregunta!

—Pero ¿cree?

—Bueno, supongo que me gustaría.

—¿Y qué hay del cielo? ¿Cree en eso?

Le quita el envoltorio a una aguja estéril.

—Creo que la idea del Cielo suena bien.

—Eso no significa que exista.

Me mira con seriedad.

—Bueno, esperemos que sí.

—Yo creo que es una gran mentira. Cuando uno se muere, se muere y punto.

Mis comentarios empiezan a afectarla. Ahora está nerviosa.

—¿Y qué ocurre con el espíritu y la energía? —inquire.

—Se quedan en nada.

—¿Sabes? Hay grupos de apoyo, lugares donde se reúne gente joven que está en la misma situación que tú.

—Nadie está en la misma situación que yo.

—¿Es así como te sientes?

—Así es como es.

Levanto el brazo para que pueda sacar sangre a través del *Portacath*. Soy mitad robot, con plástico y metal insertado bajo la piel. Philipa llena la jeringa y la descarta. Qué desperdicio esa primera jeringa contaminada por la solución salina. A lo largo de los años, las enfermeras han debido de tirar el equivalente a toda la sangre que tengo en el cuerpo. Llena una segunda jeringa, pasa la sangre a un frasco y garabatea mi nombre en la etiqueta con tinta azul.

—Ya está. Llamaré dentro de una hora más o menos para darte los resultados. ¿Alguna cosa más antes de irme?

—No.

—¿Tienes suficientes medicamentos? ¿Quieres que pase por la consulta del médico de cabecera y te traiga alguna receta?

—No necesito nada.

Se levanta de la silla y me mira con expresión solemne.

—La organización de la comunidad sirve de mucha ayuda, aunque tú no lo creas, Tessa.

—Podemos ayudarte para que vuelvas a clase, por ejemplo, aunque sólo sea a tiempo parcial o sólo por unas semanas. Quizá valdría la pena que intentaras normalizar tu situación.

Me río en su cara.

—¿Usted iría a clase si fuera yo?

—Puede que me sintiera sola metida en casa todo el día.

—No estoy sola.

—No. Pero es muy duro para tu padre.

Menuda imbécil. Se supone que esas cosas no se dicen. Me quedo mirándola. Por fin capta el mensaje.

—Adiós, Tessa. Voy a la cocina a hablar un momento con tu padre y luego me iré.

A pesar de lo gorda que está, papá le ofrece *plumcake* y café, ¡y ella acepta! Lo único que deberíamos ofrecerles a los invitados son bolsas de plástico para que se las pongan en los pies. Deberíamos marcar la puerta con una X gigante.

Le robo un pitillo a papá de la chaqueta. Voy arriba y me asomo a la ventana de Cal. Quiero ver la calle. La veo a través de los árboles. Pasa un coche. Otro coche. Una persona.

Echo el humo afuera. Cada vez que doy una calada, noto un crujido en los pulmones. A lo mejor tengo tuberculosis. Eso espero. Todos los poetas buenos tenían tuberculosis, es un signo de sensibilidad. El cáncer es sólo humillante.

Philipa sale por la puerta y se para en el umbral. Le hecho ceniza en el pelo, pero ella no se da cuenta, dice adiós con esa voz atronadora que tiene y se aleja por el sendero caminando como un pato.

Me siento en la cama de Cal. Papá subirá dentro de un minuto. Mientras espero, cojo un bolígrafo y escribo en la pared, sobre la cama de Cal: «paracaídas, cócteles, piedras, piruletas, cubos, cebras cobertizos, cigarrillos, grifo de agua fría». Luego me huelo las axilas, la piel del brazo, los dedos. Me paso la mano por el cabello atrás y adelante, como si fuera una alfombrilla.

Papá está tardando una eternidad. Doy vueltas por la habitación. En el espejo me arranco un pelo. Me está creciendo mucho más oscuro y extrañamente rizado, como el vello del pubis. Lo examino, lo dejo caer. Me gusta tener la posibilidad de prescindir de uno.

De la pared cuelga un mapamundi. Océanos y desiertos. Cal tiene el sistema solar clavado en el techo. Me tumbo en su cama y lo miro bien. Hace que me sienta diminuta.

Han pasado cinco minutos cuando abro los ojos y bajo a ver por qué papá tarda tanto. Se ha largado, me ha dejado una estúpida nota sobre el ordenador portátil.

Lo llamo.

—¿Dónde estás?

—Estabas dormida, Tess.

—Pero ¿dónde estás?

—Sólo he salido a tomar un café. Estoy en el parque.

—¿En el parque? ¿Y para qué has ido allí? Tenemos café en casa.

—¡Tess! Oye, sólo necesito estar solo un rato. Pon la tele si te sientes sola. Volveré enseguida.

Una mujer prepara pollo apanado. Tres hombres pulsán un timbre compitiendo por cincuenta mil libras. Dos actores discuten sobre un gato muerto. Uno de ellos hace un chiste sobre la posibilidad de disecharlo. Estoy sentada, encorvada. Muda. Asombrada por la mierda que es la televisión, por lo poco que tenemos que decir.

Le mando un mensaje a Zoey. «DNDE STAS?». Me contesta que está en la universidad, pero es mentira, porque no tiene clase los viernes.

Ojalá tuviera el móvil de Adam. Le mandaría un mensaje: «TAS MUERTO».

Adam debería estar fuera, echando estiércol, turba y vegetación podrida a la tierra. Estuve hojeando el libro de jardinería del Reader's Digest de papá, y ahí sugieren que ésta es la época ideal para preparar la tierra. También debería estar pensando en plantar un avellano, ya que siempre constituye un bonito adorno para todo tipo de jardín. Yo creo que estaría bien. Las avellanas son grandes y tienen forma de corazón.

Pero hace días que no lo veo fuera. Me prometió una vuelta en moto.

Es más feo de lo que recordaba. Mi memoria lo había mejorado. No sé por qué. Pienso en Zoey y en cómo se burlaría de mí si supiera que he venido a llamar a su puerta, y por eso no quiero que se entere. Ella dice que los feos le dan dolor de cabeza.

—Me estás evitando —le digo.

Adam aparece sorprendido, pero lo disimula rápidamente.

—He estado ocupado.

—¿De verdad?

—Sí.

—Entonces, ¿no crees que te lo vaya a pegar? La mayoría de las personas actúan como si fuera a contagiarles el cáncer, o como si yo hubiera hecho algo para merecerlo.

—¡No, no! No creo nada de eso.

—Bien. ¿Y cuándo vamos a dar esa vuelta en tu moto?

Mueve los pies, apurado.

—En realidad el carnet que tengo es provisional. Aún no puedo llevar a nadie.

Se me ocurren un millón de razones por las que ir de paquete en la moto de Adam sería una mala idea. Porque podríamos estrellarnos. Porque podría no ser tan fantástico como imagino. Porque ¿qué le diría a Zoey? Porque es lo que realmente quiero hacer más que cualquier otra cosa. Pero no permitiré que un carnet provisional se convierta en una de ellas.

—¿Tienes otro casco? —pregunto.

Otra vez esa lenta sonrisa suya. ¡Me encanta! ¿He pensado hace un momento que era feo? No; su cara se ha transformado.

—En el cobertizo. Y también otra chaqueta de cuero.

Le devuelvo la sonrisa sin poder evitarlo. Me siento audaz y segura.

—Pues vamos. Antes de que se ponga a llover.

Él cierra la puerta de la casa.

—No va a llover.

Nos dirigimos a la parte de atrás y sacamos lo necesario del cobertizo. Pero justo cuando me está ayudando a ponerme la chaqueta y subirme la cremallera, justo cuando me está diciendo que su moto alcanza los ciento cuarenta kilómetros por hora y que el aire será frío, se abre la puerta de la cocina y una mujer sale al jardín. Va en bata y zapatillas.

—Vuelve dentro, mamá —dice Adam—; vas a coger frío.

Pero ella sigue avanzando hacia nosotros por el sendero. Tiene el rostro más triste que he visto en mi vida, como si se hubiera ahogado.

—¿Adónde vas? —pregunta sin mirarme—. No me habías dicho que pensaras salir.

—Sólo será un rato.

La mujer emite un curioso sonido con la garganta. Adam levanta la vista bruscamente.

—Mamá, no. Ve a darte un baño y vístete. Regresaré antes de que te des cuenta.

Ella asiente con aire de desamparo y echa a andar hacia la casa, pero se para como si hubiera recordado algo, se vuelve y me mira por primera vez, como a una intrusa en su jardín.

—¿Quién eres?

—Soy la vecina. He venido a ver a Adam.

La tristeza de sus ojos se torna más profunda.

—Sí, eso pensaba.

Adam se acerca y la sujeta suavemente por los codos.

—Vamos. Tienes que volver dentro.

Ella se deja conducir por el sendero hasta la puerta. Sube el escalón y luego se gira y me mira otra vez. No dice nada, y yo tampoco. Sólo nos miramos la una a la otra, y luego entran en la cocina. Me pregunto qué ocurre dentro, qué se están diciendo.

—¿Todo en orden? —pregunto cuándo Adam sale de nuevo al jardín.

—Vámonos.

No es lo que imaginaba, no es como bajar una cuesta en bicicleta, ni siquiera como asomar la cabeza por la ventanilla del coche en la autopista. Es más elemental, como estar en una playa en invierno cuando aúlla el viento. Los cascos tienen visores de plástico. Yo lo llevo bajado, pero Adam no; se lo ha subido adrede.

—Me gusta notar el viento en la cara.

Me ha dicho que me incline cuando cojamos las curvas. Me ha dicho que, por ser mi primera vez, no iremos a todo gas. Pero da igual. Incluso a menos velocidad podríamos despegar y salir volando.

Dejamos atrás las calles, las farolas y las casas. Dejamos atrás las tiendas, el polígono industrial y aserradero, los límites de la ciudad. Aparecen árboles, campos, espacio. Me resguardo tras la espalda de Adam, cierro los ojos y me pregunto adónde me lleva. En lugar del motor imagino caballos galopando con las crines ondeando al viento, echando vaharadas de vapor al respirar, resoplando. Una vez oí una historia sobre una ninfa a la que un dios secuestró y se llevó en su carro a un lugar oscuro y peligroso.

Nos detenemos en un sitio que no esperaba: un aparcamiento embarrado junto a la carretera. Hay dos camiones grandes, un par de coches y un puesto de perritos calientes.

Adam apaga el motor, baja el soporte lateral con el pie y se quita el casco.

—Baja tú primero.

Asiento con la cabeza; apenas puedo hablar, me he dejado la respiración en algún lugar de la carretera. Me tiemblan las rodillas y tengo que hacer un gran esfuerzo para pasar la pierna por encima de la moto y sostenerme en pie. Un camionero me guiña el ojo desde su vehículo; tiene una taza humeante en una mano. En el puesto de perritos calientes, una chica con coleta le tiende una bolsa de patatas fritas por encima del mostrador a un hombre con un perro. Soy diferente de todos ellos. Es como si hubiéramos llegado volando hasta aquí y todas los demás fueran absolutamente normales.

—Éste no es el sitio —dice Adam—. Vamos a comprar algo para comer y luego te lo enseñaré. Parece comprender que aún ni puedo hablar y no espera que le responda. Camino lentamente detrás de él, lo oigo pedir dos perritos calientes con aros de cebolla. ¿Cómo sabe que ésa es mi idea de una comida perfecta?

Comemos de pie. Compartimos una Coca-Cola. Me asombra estar aquí, que el mundo se haya vierto desde el asiento de atrás de una moto, que el cielo parezca de seda, que haya visto llegar el atardecer, ni blanco, ni gris, ni plateado del todo, sino una mezcla de las tres cosas. Finalmente, después de tirar el envoltorio en la papelera y terminar el refresco, Adam dice:

—¿Lista?

Lo sigo por una cancela que hay detrás del puesto de perritos calientes y a través de una zanja para llegar a una pequeña arboleda. La atraviesa un camino enfangado que sale al otro lado, a un espacio abierto. No me había dado cuenta de lo alto que estábamos. Es asombroso, la ciudad entera allá abajo, como si alguien la hubiera extendido a nuestros pies, y nosotros aquí arriba, mirándolo todo.

—¡Uau! No sabía que hubiera esta vista desde aquí.

—Ya.

Nos sentamos en un banco sin que nuestras rodillas acaben de tocarse. La tierra es dura bajo mis pies. El aire es frío, huele a escarcha que aún no se ha formado, al invierno que se acerca.

—Aquí es donde vengo cuando necesito escapar —dice Adam—. Aquí recojo las setas.

Saca su lata de tabaco y la abre, echa tabaco en un papel y lo lía. Tiene las uñas sucias, y me estremezco al pensar en esas manos tocándome.

—Toma. Esto te calentará.

Me pasa el cigarrillo y luego se lía otro. Semeja un dedo pálido y delgado. Adam me ofrece fuego. Estamos largo rato sin decirnos nada, sólo exhalando el humo hacia la ciudad a nuestros pies.

—Ahí abajo podría estar ocurriendo cualquier cosa, pero aquí arriba no te

enterarías.

Sé lo que quiere decir. Podría reinar el caos en todas esas pequeñas casas. Todo podría ser una pesadilla. Pero aquí arriba todo parece en paz. Despejado.

—Siento lo de mi madre. A veces cuesta un poco aguantarla.

—¿Está enferma?

—Bueno, no exactamente.

—¿Entonces?

Adam suspira y se masa el pelo.

—A mi padre lo atropellaron hace un año y medio.

Tira el cigarrillo a la hierba y los dos nos quedamos mirando el diminuto resplandor naranja. Se me antoja que tarda minutos a apagarse.

—¿Quieres contármelo?

Se encoge de hombros.

—No hay mucho que decir. Mis padres se pelearon, él salió hecho una furia para irse al pub y cruzó la calle sin mirar. Dos horas más tarde, la policía llamaba a la puerta.

—Lo siento.

—¿Has visto alguna vez a un policía asustado?

—No.

—Es aterrador. Mi madre se sentó en la escalera y se tapó los oídos con las manos, y ellos se quedaron en el recibidor con la gorra en la mano y las piernas temblorosas. —Se ríe por la nariz; un sonido suave y amargo—. Sólo eran un poco mayores que yo. No sabían cómo manejar la situación.

—Qué horrible.

—Aquello nos ayudó. Llevaron a mi madre a ver el cadáver. Ella quería, pero no deberían habérselo permitido. Estaba destrozado.

—¿Tú lo viste?

—Me quedé sentado fuera.

Ahora entiendo por qué Adam es diferente de Zoey o de cualquiera de los chicos que conocí en la escuela. Tiene una herida que nos une.

—Pensé que a mi madre le haría bien mudarnos de casa, pero en el fondo no ha servido de nada. Sigue tomando montones de pastillas al día.

—¿Y tú cuidas de ella?

—Más o menos.

—¿Qué hay de tu vida?

—En realidad no tengo alternativa.

Se da la vuelta en el banco para mirarme a la cara. Es como si me viera de verdad, como si supiese algo sobre mí que ni siquiera yo sé.

—¿Tienes miedo, Tessa?

Nadie me había hecho esa pregunta. Nunca. Lo observo para asegurarme que no se está burlando de mí ni pregunta por cortesía, pero él me sostiene la mirada sin pestañear. Así que le cuento que tengo miedo a la oscuridad, de dormir, de los dedos palmeados, de los espacios pequeños, de las puertas.

—Va y viene. Algunos creen que cuando estás enfermo te vuelves valiente, no tienes miedo, pero no es verdad. La mayor parte del tiempo siento como si me acechara un psicópata, como si pudieran dispararme en cualquier momento. Pero a veces lo olvido durante horas.

—¿Qué te hace olvidarlo?

—La gente. Hacer cosas. Cuando estuve contigo en el bosque, me olvidé durante toda la tarde.

Asiente muy despacio.

Luego hay un silencio. Es pequeño pero tiene forma, como un cojín alrededor de una caja.

—Me gustas, Tessa.

Trago saliva y me duele la garganta.

—¿En serio?

—El día que viniste a echar tus cosas al fuego, dijiste que querías deshacerte de todo. Me contaste que me mirabas desde tu ventana. La mayoría de la gente no habla así.

—¿Te asusté?

—Al contrario. —Se mira los zapatos como si pudieran darle una indicación—. Pero no puedo darte lo que quieres.

—¿Qué quiero?

—Yo sólo voy tirando. Si ocurriera algo entre nosotros, en fin, no nos llevaría a ninguna parte. —Cambia de posición en el banco—. No saldría bien.

Me siento extrañamente intocable cuando me pongo en pie. Siento cómo cierro una especie de ventana interna, la que controla la temperatura y los sentimientos. Me siento seca y fría, como una hoja de árbol en invierno.

—Nos vemos.

—¿Te vas?

—Sí, tengo cosas que hacer en el centro. Perdona, no me había dado cuenta de la hora.

—¿Tienes que irte ahora mismo?

—He quedado con unos amigos. Me estarán esperando.

Adam busca a tientas los cascos.

—Bueno, deja que te lleve.

—No, no, no hace falta. Llamaré a alguno para que venga a buscarme. Todos tienen coche.

Él me mira asombrado. ¡Ja! ¡Bien! Eso le enseñará a comportarse. Ni siquiera me molesto en despedirme.

—¡Espera! —exclama.

Pero no pienso esperar. Y tampoco me giraré para mirarlo.

—¡El camino podría estar resbaladizo! —me advierte—. Está empezando a llover.

Ya decía yo que iba a llover. Lo sabía.

—¡Tessa, deja que te lleve!

Si cree que voy a montar en la moto con él, ya puede esperar sentado.

He cometido el fatídico error de creer que él podría salvarme.

Me pongo agresiva: le clavo el codo a una mujer en la espalda al subir al autobús. Ella se da la vuelta sorprendida, con los ojos desorbitados.

—¡Eh! —gruñe—. ¡Mira por dónde vas!

—¡Ha sido él! —replico, señalando al hombre que sube detrás de mí, demasiado ocupado con el berreante niño que lleva en brazos y hablando por el móvil para enterarse de que acabo de calumniarlo.

La mujer me esquivo.

—¡Imbécil! —le espeto al hombre.

Eso sí lo oye.

En medio de la confusión, me cuelo sin pagar el billete y busco un asiento al fondo. Tres delitos en menos de un minuto. No está mal.

He rebuscado en los bolsillos de la chaqueta motera de Adam cuando bajaba la colina, pero sólo había un encendedor y un viejo pitillo liado, así que tampoco podría haber pagado el billete. Decido cometer mi cuarto delito y enciendo el pitillo. Un viejales se gira y me apunta con el dedo.

—¡Apaga eso, niña!

—Váyase a la mierda —le suelto, lo que un tribunal tal vez podría tipificar como comportamiento lesivo.

Se me da bien esto. Ahora toca subir el listón: tal vez un pequeño asesinato.

Un hombre que va sentado dos filas delante está alimentando al niño que lleva en el regazo con un pringoso bollo industrial. Me otorgo tres puntos por los colorantes químicos que envenenan las venas del niño.

En el lado opuesto, una mujer se ata un pañuelo a la garganta. Un punto por el bulto de su cuello, en carne viva y rojo como una pata de cangrejo.

Un punto más por la explosión que arrasa el autobús cuando frena abruptamente en el semáforo. Dos por los grandes pegotes de plástico derretido que revientan en los asientos. Una orientadora que me visitó en el hospital me dijo que no se trata de una perversión exclusivamente mía. Ella pensaba que había muchas personas enfermas que en secreto deseaban toda clase de males a las personas sanas.

Le conté que mi padre dice que el cáncer es una traición, puesto que el cuerpo hace algo sin que el cerebro lo sepa y lo consienta. Le pregunté si creía que el juego de las calamidades podía ser una manera de vengarme mentalmente.

«Posiblemente. ¿Juegas mucho?», me contestó ella.

El autobús pasa por delante del cementerio, las verjas de hierro se abren. Tres puntos por los muertos que lentamente arrancan la tapa de sus ataúdes. Quieren hacer daño a los vivos, no pueden evitarlo. Sus gargantas se han convertido en gelatina y sus dedos viscosos brillan al débil sol otoñal.

Tal vez ya baste. Ahora hay demasiada gente en el autobús. Parpadean y se mueven por el pasillo. «Estoy en autobús», responden al alegre timbre de sus móviles. Me deprimiré si los mato a todos.

Hago un esfuerzo y me pongo a mirar por la ventanilla. Ya estamos en la avenida Willis. Aquí estaba mi colegio. ¡Y ahí la pequeña tienda! Me había olvidado de que existía, aunque fue el primer sitio de la ciudad en vender los refrescos Slush Puppies. Zoey y yo nos comprábamos uno cada día cuando volvíamos a casa después de clase. También venden otras cosas: dátiles e higos frescos, *halva*, pan de sésamo y *lokum*. No puedo creer que esa tienda se me hubiese borrado de la memoria.

Giramos a la izquierda en el videoclub, y en la puerta del Barbecue Café hay un hombre con un delantal blanco afilando un cuchillo. En el escaparate, a su espalda, un costillar de cordero gira lentamente sobre sí mismo. Hace dos años, con el dinero que me daban para la comida podía comprar un kebab y patatas fritas, o en el caso de Zoey, un kebab y patatas fritas más un cigarrillo de los que vendían sueltos.

La echo de menos. Me bajo del autobús en la plaza del mercado y la telefono. Suena como si estuviera bajo el agua.

—¿Estás en una piscina?

—Estoy en el baño.

—¿Sola?

—¡Pues claro!

—En el mensaje me decías que estabas en la universidad. Sabía que era mentira.

—¿Qué quieres, Tessa?

—Infringir la ley.

—¿Qué?

—Figure en el número cuarto de mi lista.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

Antes se le habría ocurrido una idea. Pero ahora, por culpa de Scott, ha perdido carácter. Es como si los perfiles de ambos se hubieran juntado hasta desdibujarse.

—Había pensado en matar al primer ministro. Me gustaría iniciar una revolución.

—Muy graciosa.

—O a la reina. Podríamos ir en autobús hasta el palacio de Buckingham.

Zoey suspira. Ni siquiera se molesta en disimular.

—Tengo cosas que hacer. No puedo estar contigo todos los días.

—¡Hace diez días que no te veo el pelo!

Silencio. Me entran ganas de mortificarla.

—Me prometiste que lo haríamos todo juntas, Zoey. Sólo he hecho tres cosas de la lista. A este paso no conseguiré acabarla a tiempo y tú tendrás la culpa.

—¡Oh, por el amor de Dios!

—Estoy en el mercado. Ven, será divertido.

- ¿En el mercado? ¿Está Scott por ahí?
—No lo sé; acabo de bajar del autobús.
—Estaré ahí en veinte minutos.

Hay sol en mi taza de té y es muy agradable estar sentada en la terraza de esta cafetería, viéndolo brillar.

—Creo que eres una vampira —dice Zoey—. Me has chupado toda la energía. — Y empuja su plato a un lado para apoyar la cabeza en la mesa.

Me gusta esto: el toldo a rayas sobre la cabeza, la vista de la fuente a otro lado de la plaza. Me gusta el olor de la lluvia en el aire y la hilera de pájaros posados en el muro de más allá, junto a los cubos de la basura.

—¿Qué clase de pájaros son éstos?

Zoey abre un ojo para mirar.

—Estorninos.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé y punto.

No sé si creerle, pero aun así lo anoto en mi servilleta.

—¿Y las nubes? ¿Sabes cómo se llama?

Suelta un quejido y cambia de posición la cabeza.

—¿Crees que las piedras tienen nombre, Zoey?

—¡No! Y tampoco las gotas de lluvia ni las hojas, ni ninguna de las demás tonterías de las que no paras de hablar.

Forma un nido con los brazos y oculta el rostro en ellos. No ha dejado de protestar desde que está conmigo, y empiezo a cabrearme. Se supone que con esto he de sentirme mejor.

Zoey se mueve en la silla.

—¿Tienes frío? —pregunta.

—No.

—¿No podríamos ir ya y robar un banco, o lo que sea que tengamos que hacer?

—¿Me enseñarás a conducir?

—¿No puedes pedirselo a tu padre?

—Ya lo he hecho, pero como si no.

—¡Tardaríamos un siglo, Tessa! Seguramente ni siquiera me este permitido. Acabo de sacarme el carnet.

—¿Desde cuándo te importa lo que está permitido o no?

—¿Tenemos que hablar de eso ahora?

—Venga, vámonos.

Aparta la silla, pero yo aún no estoy preparada. Quiero ver esa nube negra que avanza hacia el sol. Quiero ver cómo el sol pasa del gris al negro. Se levantará viento

y arrancará las hojas de los árboles. Correré detrás de ellas para cogerlas. Pediré cientos de deseos.

Tres mujeres que empujan cochecitos con niños vienen hacia nosotros desde el otro lado de la plaza.

—¡Deprisa! —gritan—. ¡Aquí, deprisa, antes de que se ponga a llover otra vez!

Tiemblan y ríen cuando pasan rozándonos para ocupar una mesa vacía.

—¿Qué pedimos? ¿Qué tomamos? —exclaman.

Forman el mismo alboroto que los estorninos.

Zoey se despereza y las mira parpadeando como si se preguntará de dónde han salido. Ellas arman un gran revuelo para quitarse los abrigos, colocar los niños en las tronas, sonarse la nariz con pañuelos de papel y pedir zumos y *plumcake*.

—Mi madre me traía a esta cafetería cuando estaba embarazada de Cal —le cuento a Zoey—. Era adicta a los batidos. Veníamos a diario, hasta que se puso tan gorda que ya no podía sentarme en su regazo y para ver la tele tenía que hacerlo a su lado en un taburete.

—¡Oh, Dios mío! —gruñe—. ¡Estar contigo es como vivir una película de terror!

La miro bien por primera vez. No ha hecho el menor esfuerzo; lleva unos pantalones de chándal y una sudadera. No creo que la haya visto sin maquillaje hasta hoy. Se le notan mucho las espinillas.

—¿Te encuentras bien, Zoey?

—Tengo frío.

—¿Creías que hoy había mercado? ¿Esperabas ver a Scott?

—¡No!

—Bien, porque no tienes muy buen aspecto.

Ella me fulmina con la mirada.

—Robar en una tienda —dice—. Venga, acabemos con esto de una vez.

Morrison's es el supermercado del centro comercial. Pronto será la hora de salir de los colegios y estará lleno.

—Coge una cesta —dice Zoey—. Y ten cuidado con los vigilantes.

—¿Qué pinta tienen?

—¡De estar trabajando!

Camino despacio, saboreando los detalles. Hacía años que no entraba en un supermercado. En la charcutería tienen unos platitos encima del mostrador. Cojo dos trozos de queso y una aceituna y me doy cuenta de que estoy famélica, así que me apodero de un puñado de cerezas de la sección de frutería. Voy comiéndolas mientras camino.

—¿Cómo es posible que comas tanto? —refunfuña Zoey—. Me dan ganas de vomitar con sólo mirarte. —Me indica que eche en la cesta cosas que no quiera, cosas normales como sopa de tomate y galletas de nata—. Y en la chaqueta te metes las cosas que sí quieres.

—¿Cómo qué?

—¡Y yo qué coño sé! —exclama exasperada—. Esto está lleno de cosas. Elige.

Elijo un frasquito de pintauñas rojo vampiro. Aún llevo la chaqueta de Adam. Tiene montones de bolsillos. Me lo meto en uno fácilmente.

—¡Estupendo! —aprueba Zoey—. Has infringido la ley. ¿Podemos irnos ya?

—¿Y esto es todo?

—Técnicamente sí.

—¡Esto no es nada! Habría sido más emocionante salir corriendo de la cafetería sin pagar.

Ella suspira y mira su móvil.

—Cinco minutos más. —Habla con el mismo tono que mi padre.

—¿Y tú qué? ¿Te vas a quedar mirando?

—Yo vigilo.

La dependienta de la sección de farmacia está hablando sobre toses de pecho con un cliente. No creo que vaya a echar en falta este tubo de crema hidratante para el cuerpo, o este pequeño tarro de *crème de corps nutritif*. En la cesta meto unas galletas de centeno. Al bolsillo va una crema hidratante para la cara. Bolsas de té a la cesta. Tratamiento para la piel sedosa al bolsillo. Es como coger fresas.

—¡Esto se me da bien! —le digo a Zoey.

—¡Estupendo!

Ni siquiera me escucha. Menuda vigilancia la suya. Anda toqueteando por el mostrador de farmacia.

—A la sección de chocolates —anuncio.

Pero ella no me responde, así que la dejo a su aire.

Esto no es Bélgica precisamente, pero la sección de confitería tiene cajitas de trufas con bonitas cintas de colores. Sólo valen una libra con noventa y nueve, así que birlo un par y me las meto en el bolsillo. La chupa de motorista es fantástica para robar. No sé si Adam habrá reparado en ello.

Al llegar al final del pasillo, junto a los congelados, tengo los bolsillos repletos. Mientras estoy parada preguntándome cuanto tardarían en deshacerse las tarrinas de helado en la chaqueta, pasan por mi lado dos chicas que iban conmigo a clase. Se detienen al verme, se inclinan la una a la otra y cuchichean. Estoy a punto de mandarles un mensaje a Zoey para que venga a ayudarme cuando ellas me abordan.

—Eres Tessa Scott, ¿verdad? —pregunta la rubia.

—Sí.

—¿Te acuerdas de nosotras? Somos Fiona y Beth. —Lo dice como si sólo pudieran ir en pareja—. Dejaste el instituto en el último curso, ¿verdad?

—En el penúltimo.

Las dos me miran expectantes. ¿No se dan cuenta de que son de otro planeta —uno que gira a mucha menos velocidad que el mío— y de que no tengo nada que decirles?

—¿Qué tal te va? —inquire Fiona, y Beth asiente, como si estuviera totalmente de acuerdo con la pregunta—. ¿Aún sigues con todos aquellos tratamientos?

—Ya no.

—Entonces, ¿estás mejor?

—No.

Observo su reacción al comprender. Empieza en sus ojos y se extiende por las mejillas hasta la boca. Es tan predecible... No harán más preguntas, porque ya no quedan preguntas corteses. Quiero decirles que ya se pueden marchar, pero no sé cómo.

—He venido con Zoey —digo, porque el silencio se prolonga demasiado—. Zoey Walker. Iba en un curso por delante de nosotros.

—¿En serio? —Fiona le da un codazo a su amiga—. Qué curioso. Es la chica de la que te estaba hablando.

Beth se anima, aliviada al ver que se ha restablecido la comunicación normal.

—¿Te está ayudando a comprar? —Parece que hable con una niña de cuatro años.

—No exactamente.

—¡Eh, mira! —exclama Fiona—. Ahí está. ¿Te acuerdas de ella?

—¡Ah, sí! —responde Beth, asintiendo.

Empiezo a desear no haber abierto la boca. Tengo un terrible presentimiento, pero es demasiado tarde.

—¿Qué hacéis aquí?

—Hablar con Tessa.

—¿De qué?

—De cosas.

Zoey me mira con suspicacia.

—¿Nos vamos ya?

—Sí.

—Antes de irnos... —Fiona toca la manga de Zoey—. ¿Es cierto que sales con Scott Redmond?

Zoey vacila.

—¿Y a ti qué te importa? ¿Lo conoces?

Fiona suelta un bufido, un sonido leve que le sale por la nariz.

—Todo el mundo lo conoce. —Mira a Beth poniendo los ojos en blanco—. Y con eso quiero decir todo el mundo.

Beth se echa a reír.

—Sí, salió con mi hermana una media hora más o menos.

Zoey echa chispas por los ojos.

—¿Eso es verdad?

—Escuchad —intervengo—. Todo esto es muy interesante, pero yo tengo que irme. He de recoger las invitaciones para mi funeral.

Con eso les cierro la boca de golpe. Fiona me mira con asombro.

—¿En serio?

—Sí. —Cojo a Zoey del brazo—. Es una pena que yo no pueda asistir; me gustan las fiestas. ¡Mandadme un SMS si se os ocurre algún himno bonito!

Nos vamos, dejándolas patidifusas. Doblamos la esquina del pasillo y nos detenemos en la sección de menaje, rodeadas de cubiertos y acero inoxidable.

—No son más que unas idiotas, Zoey. No saben nada de nada.

Ella finge interesarse por unas pinzas para azucarillos.

—No quiero hablar de eso.

—Hagamos alguna locura para animarnos. ¡Hagamos todas las cosas ilegales que se nos ocurran en una hora!

Zoey sonrío a regañadientes.

—Podríamos quemar la casa de Scott.

—No deberías creer lo que dicen ésas, Zoey.

—¿Por qué no?

—Porque tú lo conoces mejor que ellas.

Nunca he visto llorar a Zoey, nunca. Ni siquiera cuando le dieron la nota de selectividad, ni siquiera cuando le anuncié que estaba Terminal. Siempre he pensado que era incapaz de llorar, como un vulcaniano. Pero ahora está llorando. En el supermercado. Intenta ocultarlo moviendo el pelo para que le tape la cara.

—¿Qué te pasa?

—Tengo que ir a buscarlo —dice.

—¿Ahora?

—Lo lamento.

Siento frío viéndola llorar, y me pregunto cómo es posible que Scott le guste tanto. Sólo hace unas semanas que lo conoce.

—Aún no hemos terminado de infringir la ley.

Asiente, las lágrimas le resbalan por las mejillas.

—Cuando termines sólo tienes que dejar la cesta y salir. Lo siento, pero tengo que irme.

Esto ya lo he vivido antes, viendo su espalda y su melena dorada moviéndose mientras ella se aleja de mí.

Quizá vaya y queme su casa en lugar de la de Scott.

Pero sin ella no es divertido, así que dejo la cesta poniendo cara de «es increíble que me haya olvidado del monedero», y me quedo parada un momento, rascándome la cabeza, antes de echar a andar hacia la salida. Pero justo antes de llegar, alguien me sujeta por la muñeca.

Zoey me había dicho que los vigilantes se distinguían con facilidad. Yo pensaba que vestirían traje y corbata de mala calidad, y que no llevarían chaqueta puesto que pasan el día allí dentro.

Éste lleva una chaqueta vaquera y el pelo muy corto.

—¿Vas a pagar los artículos que guardas en la chaqueta? Tengo razones para creer que llevas escondidos artículos de los pasillos cinco y siete. Un empleado lo ha presenciado.

Saco la laca de uñas del bolsillo y se la tiendo.

—Se la devuelvo.

—Tendrás que acompañarme.

El calor me sube por el cuello.

—No quiero.

—Pensabas irte sin pagar —dice, y me tira del brazo.

Caminamos por un pasillo hacia el fondo del establecimiento. Todos me miran, y su mirada quema. No estoy segura de que pueda arrastrarme de esta manera. Quizá este hombre intenta llevarme a un sitio solitario para abusar de mí. Planto los pies en el suelo y me agarro a un estante. Me resulta difícil respirar.

Él vacila.

—¿Te encuentras bien? ¿Tienes asma o algo así?

Cierro los ojos.

—No, yo no quiero...

No puedo terminar. Las palabras se me atascan en la boca.

Me mira con el entrecejo fruncido, saca el busca y pide ayuda. Dos niños pequeños sentados en un carrito del supermercado me observan. Una chica de mi edad pasa por mi lado como si tal cosa, y enseguida vuelve a pasar con una sonrisita de suficiencia.

La mujer que se acerca a toda prisa lleva una chapa con su nombre. Se llama Shirley y me mira ceñuda.

—Yo me ocuparé de esto —le dice al hombre, y lo despide agitando la mano—. Ven —me dice. Detrás de la sección de pescado hay una oficina escondida. Shirley cierra la puerta. Es el tipo de habitación que sale en las teleseries de policías: pequeña y sin ventilación, con una mesa y dos sillas iluminadas por un fluorescente que parpadea en el techo.

—Siéntate —ordena Shirley—. Vacía los bolsillos.

Obedezco. Las cosas que he robado parecen baratas y usadas al ponerlas sobre la mesa.

—Bueno. Yo diría que esto son pruebas, ¿no crees?

Pruebo llorar, pero ella no se lo traga. Me pasa un pañuelo de papel sin inmutarse. Espera que me sene la nariz y luego me señala la papelera.

—Tengo que hacerte unas preguntas. Empezando por tu nombre.

Tardamos una eternidad. Quiere todos los detalles: edad, dirección, número de teléfono de papá. Quiere saber incluso el nombre de mamá, aunque no veo de qué le va a servir.

—Tienes dos opciones —expone—. O llamamos a tu padre o llamamos a la policía.

Debo recurrir a mi única baza. Me quito la chaqueta de Adam y me desabrocho la camisa. Shirley se limita a parpadear.

—No estoy bien —le digo. Me quito la manga de la camisa y levanto el brazo para enseñarle el disco metálico que llevo en la axila—. Es un *Portacath*, un catéter subcutáneo para tratamientos médicos.

—Vuelve a ponerte la camisa, por favor.

—Quiero que me crea.

—Te creo.

—Tengo leucemia linfoblástica aguda. Puede llamar al hospital y preguntar.

—Ponte la camisa, por favor.

—¿Sabe lo que es una leucemia linfoblástica aguda?

—No, me temo que no.

—Es cáncer.

Pero la palabra no la asusta y llama a mi padre igual.

En la casa hay una zona debajo de la nevera donde siempre se acumula un charco de agua fétida. Todas las mañanas papá lo limpia con papel de cocina, pero el charco

vuelve a formarse a lo largo del día. El parquet empieza a combarse con la humedad. Una noche en que no podía dormir, vi tres cucarachas que salían corriendo a esconderse cuando encendí la luz. Al día siguiente, papá compro trampas adhesivas y les puso plátano como cebo. Pero no conseguimos atrapar ninguna. Papá dice que me imagino cosas.

Incluso cuando era muy pequeña, veía las señales: las mariposas que se secaban en tarros de mermelada, la coneja de cal que se comía a sus crías...

En mi colegio había una niña que se mató al caerse de un poni. Luego el chico de la frutería chocó contra un taxi. Luego mi tío Hill tuvo un tumor cerebral. En su funeral, todos los sándwiches se curvaban en los bordes. Me llevó días quitarme de los zapatos la tierra de cementerio.

Cuando me di cuenta de que tenía moretones en la espina dorsal, papá me llevó al médico. El médico dijo que no era normal que me cansara tanto. El médico dijo muchas cosas. Por la noche, los árboles golpean mi ventana como si trataran de entrar. Estoy rodeada. Lo sé.

Cuando llega papá se acuclilla junto a mi silla, me coge la barbilla con las manos y me obliga a mirarlo a los ojos. Nunca lo había visto tan triste.

—¿Te encuentras bien?

Quiere decir médicamente, así que asiento con la cabeza. No le hablo de las arañas que pululan por el alféizar de la ventana.

Él se levanta y mira a Shirley, que sigue sentada al otro lado de la mesa.

—Mi hija no está bien.

—Ya me lo ha dicho.

—¿Y eso no importa? ¿Tan insensibles son ustedes?

Shirley suspira.

—A su hija la hemos pillado intentando abandonar el establecimiento sin pagar lo que había cogido.

—¿Cómo sabe que no iba a pagar?

—Llevaba las cosas escondidas en la chaqueta.

—Pero no se había ido.

—La intención de robar es un delito. Por ahora, podemos limitarnos a amonestarla. No habíamos tenido ningún problema con su hija hasta ahora, y no estoy obligada a llamar a la policía si usted se hace cargo de ella. Sin embargo, debo asegurarme de que va a tratar este asunto con la máxima severidad.

Papá la mira como si le hubiera formulado una pregunta capciosa y necesitara pensar la respuesta.

—Descuide, lo haré. —Luego me ayuda a levantarme.

Shirley también se levanta.

—¿Hemos llegado a un acuerdo, entonces?

Papá parece desconcertado.

—Lo siento. ¿Tengo que darle dinero o algo?

—¿Dinero?

—Por las cosas que ha cogido.

—No, no, no hace falta.

—Entonces nos vamos.

—¿Le hará comprender la gravedad de sus acciones?

Papá se gira hacia mí. Me habla despacio, como si de repente me hubiera vuelto estúpida.

—Ponte la chaqueta, Tessa. Fuera hace frío.

Apenas espera que salga del coche para emularme por el sendero. También me da un empujón para que entre en casa y luego en el salón.

—¡Siéntate!

Me siento en el sofá y él lo hace en una butaca frente a mí. El trayecto hasta casa parece haberlo transformado. Jadea, y su cara tiene una expresión enloquecida, como si llevara semanas sin dormir y fuera capaz de cualquier cosa.

—¿Qué demonios pretendes, Tessa?

—Nada.

—¿Robar en una tienda no es nada? Desapareces toda la tarde sin dejarme una nota siquiera, ¿y crees que no importa?

Se rodea el cuerpo con los brazos como si tuviera frío, y se queda así. Oigo el tictac del reloj.

Sobre la mesita que tengo al lado hay una revista de automóviles. Toqueteo una esquina doblándola en un triángulo mientras espero a ver qué ocurre a continuación.

Cuando papá empieza a hablar, lo hace muy despacio, como si tratara de encontrar las palabras precisas.

—Hay cosas a las que tienes derechos. Algunas normas pueden volverse más flexibles para ti, pero hay cosas que no puedes hacer por más que quieras.

Me río, y suena como si hubiera caído un cristal desde el techo. También me sorprende descubrir que he doblado la revista de papá por la mitad y estoy arrancándole la portada: el coche rojo, la chica guapa de dientes blancos. Estrujo el papel y lo tiro al suelo. Desgarro una hoja tras otra y las voy tirando sobre la mesita, hasta que toda la revista queda esparcida entre papá y yo.

Contemplamos juntos las hojas arrancadas; yo respiro agitadamente y deseo con todas mis fuerzas que suceda algo, algo grande como que estalle un volcán en el jardín. Pero lo único que sucede es que papá se abraza con más fuerza, que es lo que siempre hace cuando se disgusta; entonces resulta imposible sacarle nada, es como si se convirtiera en una especie de vacío.

—¿Qué ocurrirá se te dejas dominar por la ira, Tessa? —dice luego—. ¿Quién

serás entonces? ¿Qué quedará de ti?

No respondo, sólo miro la luz de la lámpara que cae en diagonal sobre el sofá, salpica la alfombra y se solidifica a mis pies.

19

Hay un pájaro muerto en la hierba con las patas tías como pinchos de cóctel. Estoy sentada en la hamaca, bajo el manzano, contemplándolo.

—Se ha movido —le digo a Cal.

Él deja de hacer malabarismos y se acerca para mirar.

—Son gusanos. Dentro del cadáver hace tanto calor que los gusanos del centro tienen que desplazarse hacia los lados para refrescarse.

—¿Cómo rábanos sabes tú eso?

Se encoge de hombros.

—Internet.

Le da toques al pájaro muerto con la punta del zapato hasta que se le abre el estómago. Cientos de gusanos se desparraman sobre la hierba y se retuercen, aturdidos por la luz del sol.

—¿Lo ves? —Cal se agacha y hurga en ellos con un palo—. Un cadáver es un ecosistema. En ciertas condiciones, un ser humano sólo tarda nueve días en pudrirse hasta los huesos. —Me mira pensativamente—. Pero eso a ti no te pasará.

—¿No?

—Eso pasa con la gente que matan y dejan al aire libre.

—¿Qué me ocurrirá a mí, Cal?

Tengo la sensación de que, diga lo que diga, será verdad, como si fuera una especie de gran mago tocado por la verdad cósmica. Pero él se encoge de hombros y responde:

—Lo buscaré y ya te lo diré. —Se va hacia el cobertizo para coger una pala—. Vigila al pájaro.

La brisa agita sus plumas. Es muy hermoso, negro, con un lustre azulado, como el aceite en la superficie del mar. Los gusanos también son bonitos. En la hierba los domina el pánico; buscan el pájaro, se buscan unos a otros.

Y entonces llega Adam caminando por el jardín.

—Hola —saluda—. ¿Cómo estás?

Me incorporo de la hamaca.

—¿Has saltado por encima de la valla?

Niega con la cabeza.

—Está rota allá al fondo.

Lleva tejanos, botas y chaqueta de cuero. Esconde algo a la espalda.

—Toma. —Me ofrece un puñado de hojas de plantas silvestres. Entre ellas hay flores naranja. Parecen linternas o calabazas enanas.

—¿Para mí?

—Para ti.

Me emociono.

—Estoy intentando no adquirir cosas nuevas.

Él frunce el entrecejo.

—Tal vez los seres vivos no cuenten.

—Creo que incluso podrían contar más.

Se sienta en la hierba al lado de la hamaca y deja las flores en medio. La tierra está húmeda. Le calará la ropa. Le dará frío. No se lo digo. Tampoco le hablo de los gusanos. Quiero que se le metan reptando en los bolsillos.

Cal vuelve con un desplantador.

—¿Vas a plantar algo? —le pregunta Adam.

—Un pájaro muerto —contesta, y señala el lugar donde yace el ave.

Adam se inclina y lo observa.

—Es un grajo. ¿Lo ha cazado la gata?

—No lo sé, pero voy a enterrarlo.

Cal se dirige a la valla del fondo, encuentra un sitio en el parterre y empieza a cavar. La tierra está húmeda como masa de pastel. Cuando la pequeña pala tropieza con piedras, suena como los zapatos sobre la grava.

Adam arranca briznas de hierbas y las deja escapar entre los dedos.

—Siento lo que te dije el otro día.

—No pasa nada.

—No me expresé bien.

—No pasa nada, de verdad. No tenemos por qué hablar de ello.

Él asiente con gran seriedad, sin dejar de arrancar la hierba y sin mirarme.

—Sí que vale la pena molestarse por ti.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Entonces, ¿quieres que seamos amigos?

Levanta la vista.

—Si tú quieres.

—¿Y estás seguro de que tiene sentido?

Disfruto viendo cómo se sonroja, la confusión en su mirada. Quizá papá tenga razón y me esté dejando llevar por la ira.

—Creo que sí —contesta.

—Entonces te perdono.

Le tiendo la mano y él me la estrecha. Su mano es cálida. Cal se acerca, sucio de tierra, con el desplantador en la mano. Parece un aterrador psicópata.

—La tumba esta lista —anuncia.

Adam lo ayuda a recoger el grajo con el desplantador. Está tieso y parece pesado. Su herida es evidente: una brecha roja en la parte superior del cuello. La cabeza le

cuelga como a un borracho cuando lo llevan hasta el agujero. Cal le habla mientras caminan.

—Pobre pájaro. Vamos, te ha llegado la hora de descansar.

Me echo la manta por los hombros y los sigo para ver cómo lo entierran. Un ojo inerte nos mira. Parece tranquilo, incluso agradecido. Sus plumas son ahora más oscuras.

—¿Hay que decir algo? —pregunta Cal.

—¿Adiós, pájaro? —sugiero.

Él asiente.

—Adiós, pájaro. Gracias por venir. Y buena suerte.

Le tira la tierra por encima, pero deja la cabeza al aire, como para que el grajo pueda lanzar una última mirada en derredor.

—¿Y los gusanos? —dice.

—¿Qué pasa con ellos?

—¿No se ahogarán?

—Deja un agujerito para que entre el aire —propongo.

Acepta mi sugerencia. Echa tierra sobre la cabeza del pájaro y la aplana. Practica un hoyo para los gusanos con un palo.

—Trae unas piedras, Tessa, así podremos adornar la tumba.

Me alejo en busca de piedras. Adam se queda con Cal. Le dice que los grajos son muy sociables, que ese grajo tendría muchos amigos y que todos le agradecerán que lo haya enterrado con tanto esmero.

Creo que intenta impresionarme.

Estas dos piedras blancas son casi perfectamente redondas. Aquí hay una concha de caracol, una hoja roja. Una pluma gris claro. Lo pongo todo en la palma de mi mano. Es tan bonito que tengo que apoyarme en el cobertizo y cerrar los ojos.

Resulta un error. Es como caer en la oscuridad.

Tengo tierra en la cabeza. Tengo frío. Los gusanos escarban. Termitas y cochinitas se acercan. Intento concentrarme en cosas buenas, pero me cuesta horrores. Abro los ojos y veo los rugosos dedos del manzano. El estremecimiento plateado de una telaraña. Mis manos calientes aferrando las piedras.

Pero todo lo que es cálido se quedará frío. Se me caerán las orejas y se me derretirán los ojos. Mi boca se cerrará. Mis labios se volverán de pegamento.

—¿Estás bien? —pregunta Adam.

Me concentro en respirar. Inspiro. Espiro. Pero respirar tiene el efecto contrario cuando lo haces de manera consciente. Mis pulmones se secarán como abanicos de papel. Espiro. Espiro. Adam me toca el hombro.

—¿Tessa?

Nada que saborear, oler, tocar u oír. Nada que mirar. El vacío total para siempre.

Cal se acerca corriendo.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Estás rara.

—Me he mareado al agacharme.

—¿Voy a buscar a papá?

—No.

—¿Segura?

—Termina la tumba, Cal. Estoy bien.

Le doy las cosas que he recogido y vuelve a su tarea. Adam se queda. Un mirlo pasa volando bajo por encima de la valla. El cielo tiene un tono rosado y gris. Respira. Aspira. Aspira.

—¿Qué te ocurre? —pregunta Adam.

¿Cómo explicarlo?

Él alarga la mano y me toca la espalda con la palma abierta. No sé qué significa. Su mano es firme, traza suaves círculos. Hemos acordado ser amigos. ¿Es esto lo que hacen los amigos?

Su calor traspasa el tejido de la manta, el abrigo, el jersey, la camiseta, la piel. Me resulta difícil pensar. Mi cuerpo es todo sensaciones.

—Para.

—¿Qué?

Lo aparto con un movimiento de los hombros.

—¿Por qué no te vas?

Se produce un momento especial. Hay un sonido, como si en Adam se hubiera roto algo muy pequeño.

—¿Quieres que me vaya?

—Sí. Y no vuelvas.

Adam se aleja por la hierba. Le dice adiós a Cal y cruza la valla por la parte rota. De no ser por las flores que hay junto a la hamaca, sería como si no hubiera estado aquí. Las recojo. Sus cabezas naranjas asienten cuando se las doy a Cal.

—Para el pájaro.

—¡Guay!

Las deposita sobre la tierra húmeda y juntos contemplamos la tumba.

Papá está tardando demasiado en descubrir que no estoy. Ojalá se dé prisa, porque se me está durmiendo la pierna izquierda y necesito moverme antes de que se me gangrene o algo así. Cojo un jersey del estante de arriba y lo coloco entre los zapatos para sentarme mejor. La puerta del armario se entreabre cuando me acomodo. El crujido suena muy fuerte pero al punto se detiene.

—¿Tess? —la puerta de la habitación se abre y papá entra de puntillas—. Ha venido mamá. ¿No me has oído llamarte?

Por la rendija del armario veo la confusión en su cara cuando se da cuenta de que el bulto de la cama sólo es el edredón. Lo levanta para mirar debajo, como si creyera que me he convertido en una liliputiense desde que me vio en el desayuno.

—¡Mierda! —exclama, y se frota la cara con una mano como si no comprendiera, se acerca a la ventana y se asoma al jardín.

Junto a él, en el alféizar, hay una manzana de cristal verde. Me la dieron en la boda de mi prima por ser dama de honor. Tenía doce años y hacia poco que me habían diagnosticado la enfermedad. Recuerdo que la gente me decía que estaba preciosa con la cabeza calva envuelta en un pañuelo floreado, mientras que todas las demás niñas llevaban flores de verdad en un pelo de verdad.

Coge la manzana y la mira a la luz de la mañana. En su interior hay espirales beis y marrones que semejan el corazón de una manzana auténtica; una impresión de pepitas que introdujo el que soplabla el vidrio. Papá le da vueltas lentamente con la mano. Yo he observado el mundo a través de esa manzana verde muchas veces: parece pequeño y tranquilo.

Pero no me gusta que papá toque mis cosas. Creo que debería ocuparse de Cal, que está abajo gritando algo sobre la antena del televisor. También creo que debería bajar y confesarle a mamá que la única razón por la que le ha pedido que viniera es que desea que vuelva con él. Involucrarse en cuestiones de disciplina va contra los principios de mamá, así que no creo que papá quiera pedirle consejo sobre ese tema.

Deja la manzana y se acerca a la estantería, recorre los lomos de mis libros con un dedo como si fuera las teclas de un piano y creyera que va a sonar una melodía. Gira la cabeza para mirar el estante de los CD, coge uno, lee la cubierta, lo devuelve a su sitio.

—¡Papá! —llama Cal—. ¡La imagen se ve borrosa y mamá no sabe arreglarlo!

Mi padre suspira y a lisa el edredón pasándole la mano. Lee lo que tengo escrito en la pared: todas las cosas que voy a echar de menos, todas las cosas que quiero. Sacude la cabeza, luego se agacha y recoge una camiseta del suelo, la dobla y la deja sobre mi almohada. Y entonces se da cuenta de que el cajón de la mesita está un poco abierto.

Cal se acerca por la escalera.

—¡Me estoy perdiendo mis programas!

—¡Vuelve abajo, Cal! Ya voy.

Pero no va. Se sienta en el borde de mi cama y abre el cajón con un dedo. Dentro hay hojas y más hojas que he escrito sobre mi lista de objetivos. Mis pensamientos sobre las cosas que ya he hecho —sexo, drogas, infringir la ley— y mis planes para el resto. Se va a llevar un susto de muerte si lee lo que pienso hacer hoy: el número cinco. Se oye el susurro del papel, el deslizamiento de la goma elástica. Intento incorporarme para salir del armario, abalanzarme sobre él y derribarlo, pero Cal me salva al abrir la puerta de la habitación. Papá vuelve a meter los papeles en el cajón torpemente y lo cierra de golpe.

—¿Es que no puedo tener ni un respiro? ¿Ni siquiera cinco minutos?

—¿Estas husmeando en las cosas de Tessa?

—No es asunto tuyo.

—Lo es si se lo cuento.

—¡Oh, por amor a Dios, déjame en paz!

Los pasos de papá resuenan en la escalera. Cal va tras de él. Salgo del armario a gatas y me froto las piernas dormidas. Noto el hormigueo en las rodillas y tengo los pies completamente insensibles. Voy renqueando hasta la cama y me dejo caer en ella justo cuando Cal vuelve a la habitación.

Me mira asombrado.

—Papá me ha dicho que no estabas aquí.

—No estoy.

—¡Sí, sí que estás!

—Baja la voz. ¿Adónde ha ido?

Cal se encoge de hombros.

—Está en la cocina con mamá. Lo odio. Me ha llamado granuja y luego ha dicho la palabra que empieza por jota.

—¿Están hablando de mí?

—Sí, ¡y no me dejan ver la tele!

Bajamos las escaleras sigilosamente y nos asomamos por encima de la barandilla. Papá está sentado en un taburete alto en medio de la cocina, con aspecto patoso mientras rebusca en el bolsillo del pantalón el mechero y los cigarrillos.

—¿Cuándo has vuelto a fumar? —pregunta mamá. Lleva tejanos y se ha recogido el pelo atrás, así que le caen unos mechones sueltos alrededor de la cara. Parece más joven y bonita cuando le pasa un platito a papá para la ceniza.

Él enciende el cigarrillo y exhala el humo hacia delante.

—Lo siento, tal vez creas que te he hecho venir con un falso pretexto. —Se queda confuso unos instantes, como si no supiera qué decir—. Había pensado que podrías

lograr que razone.

—¿Adónde crees que ha ido esta vez?

—¡Conociéndola, no me extrañaría que fuera camino al aeropuerto!

Mamá ríe entre dientes, y es extraño porque así parece más viva que papá, no sé por qué. Él le dedica una sonrisa forzada desde el taburete y se mesa el cabello.

—Estoy hecho polvo, joder.

—Ya se ve.

—Las coordenadas cambian constantemente. En un momento no quiere a nadie a su lado, y luego quiere que la abracen durante horas. Se pasa días sin salir de casa y luego desaparece cuando menos lo espero. Y esa lista suya me está volviendo loco.

—¿Sabes? La única cosa buena que podríamos hacer por ella es curarla, pero eso no está en nuestras manos.

Él la mira fijamente.

—No estoy seguro de cuánto tiempo podré aguantar esto yo solo. Algunas mañanas no tengo ganas ni de abrir los ojos.

Cal me da un codazo.

—¿Le lanzo un escupitajo? —susurra.

—Sólo si aciertas en la taza.

Cal acumula saliva en la boca y la escupe con fuerza. Su puntería da pena. Apenas consigue llegar a la puerta; la mayor parte se le desliza por la barbilla y cae en la alfombra del recibidor. Pongo los ojos en blanco y le indico por señas que me siga. Volveremos a mi habitación.

—Siéntate en el suelo junto a la puerta —le digo—. Tápate los ojos con las manos y no dejes que entre ninguno de los dos.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a vestirme.

—¿Y qué más?

Me quito el pijama, me pongo mis mejores bragas y, después, con cuidado, el vestido de seda que adquirí cuando salí a comprar a lo loco con Cal. Me froto los pies para quitarme el hormigueo y me calzo los zapatos de tiras.

—¿Quieres ver mi Megazord? Tendrás que venir a mi habitación porque está defendiendo una ciudad, y si lo muevo morirán todos.

Cojo el abrigo del respaldo de la silla.

—Ahora tengo un poco de prisa.

Cal me mira entre los dedos.

—¡Ése es tu vestido para ir de aventuras!

—Sí.

Se levanta y bloquea la puerta.

—Te acompaño.

—No.

—Porfa. Odio quedarme aquí.

—No insistas.

Metó los papeles del cajón en el bolsillo del abrigo. Ya los tiraré en alguna papelera más tarde. ¿Ves, papá, cómo desaparecen las cosas delante de tus narices?

Antes de enviar abajo a Cal, lo soborno. Sabe exactamente cuántos trucos de magia podrá comprar con diez libras, y comprende que lo borraré de mi testamento si se le ocurre chivarse de que estoy aquí.

Espero a oírlo abajo y luego desciendo despacio. Me detengo en el recodo de la escalera, no sólo para tomar aliento, sino también para mirar la hierba del jardín por la ventana, para pasar un dedo por la pared, para rodear uno de los balaustres con la mano, para sonreír a las fotos que hay en lo alto de la escalera.

En la cocina, Cal se sienta en cuclillas en el suelo delante de mamá y papá y se queda mirándolos.

—¿Quieres algo? —pregunta papá.

—Quiero escuchar.

—Lo siento, es una conversación para mayores.

—Entonces quiero comer algo.

—Acabas de zamparte medio paquete de galletas.

—Tengo chicle —interviene mamá—. ¿Te apetece? —Lo busca en el bolsillo de la chaqueta y se lo da.

Cal se mete el chicle en la boca, lo masa pensativamente y luego dice:

—Cuando Tessa muera, ¿podremos ir de vacaciones?

Papá adopta una expresión violenta y sorprendida a la vez.

—¡Cómo se te puede ocurrir cosas tan horribles!

—No recuerdo nada de cuando fuimos a España. Es la única vez que he viajado en avión y hace tanto tiempo que a lo mejor ni siquiera es verdad.

—¡Ya basta! —exclama papá, y hace ademán de bajarse del taburete, pero mamá lo detiene.

—No pasa nada —dice, y se gira hacia Cal—. Hace mucho tiempo que Tessa está enferma.

—Supongo que a veces te sientes un poco marginado, ¿verdad?

Cal sonríe.

—Exactamente. Algunas mañanas no tengo ganas ni de abrir los ojos.

Zoey me abre la puerta con el pelo revuelto. Lleva la misma ropa que la última vez que la vi.

—¿Vienes a la playa? —Tintineo las llaves del coche delante de su cara.

Le echa un vistazo al coche de papá.

—¿Has venido tú sola?

—Sí.

—¡Pero si no sabes conducir!

—Ahora sí. Es el número cinco de mi lista.

Frunce el entrecejo.

—¿Te han dado clases alguna vez?

—Más o menos. ¿Puedo pasar?

Abre más la puerta.

—Límpiate los zapatos en la esterilla o quítatelos.

Su casa siempre está increíblemente limpia y ordenada, como si fuera de catálogo. Sus padres pasan tanto tiempo fuera trabajando que supongo que no tienen ocasión de ensuciarla. Sigo a Zoey hasta el salón y me siento en el sofá. Ella lo hace frente a mí en el borde de una butaca y se cruza de brazos.

—Así que tu padre te ha prestado el coche, ¿eh? Aunque no tienes seguro ni es legal, ¿no?

—En realidad no sabe que lo he cogido, pero ¡se me da muy bien conducir! Ya lo verás. Aprobaría el examen si tuviera la edad.

Zoey sacude la cabeza como si le costara creer lo estúpida que soy. Debería estar orgullosa de mí. He conseguido escabullirme sin que papá se entere. He recordado ajustar los retrovisores antes de poner en marcha el motor, luego he apretado el embrague para meter primera, he soltado el embrague al tiempo que apretaba el acelerador. He dado tres vueltas a la manzana y sólo se me ha calado dos veces, mi mejor marca. He logrado orientarme en la rotonda e incluso he puesto tercera en la calle principal de camino a casa de Zoey. Y ahora la tengo delante, lanzándome miradas asesinas, como si hubiera cometido un terrible error.

—¿Sabes? —digo, y me pongo de pie para abrocharme el abrigo—. Pensaba que si conseguía llegar hasta aquí sin estrellarme, la única dificultad que me quedaría por superar sería conducir por la carretera de doble sentido. No creí que precisamente tú fueras a darme el coñazo.

Ella arrastra los pies como si quisiera arrancar algo del suelo.

—Lo siento. Es que tengo cosas que hacer.

—¿Cómo qué?

Se encoge de hombros.

—No puedes dar por sentado que todo el mundo estará libre sólo porque tú lo estás.

Noto que algo crece dentro de mí mientras la miro, y en ese momento de absoluta lucidez me doy cuenta de que no me cae nada bien.

—¿Sabes qué, Zoey? Olvídalo. Seguiré con mi lista yo sola.

Ella se levanta agitando su estúpida melena e intenta parecer ofendida. Es un truco que funciona con los tíos, pero que no cambia nada lo que siento por ella.

—¡No he dicho que no quiera ir!

Pero es evidente que se ha aburrido de mí. Está deseando que me muera de una vez para poder seguir con su vida.

—No, no, quédate aquí. ¡De todas maneras, todo acaba resultando una mierda cuando vienes tú!

Me siguió hasta el recibidor.

—¡No es verdad!

Me doy la vuelta al llegar a la esterilla.

—Me refiero a mí. ¿No has reparado en que toda la mierda me cae a mí y no a ti? Frunce el entrecejo.

—¿Cuándo? ¿Cuándo ocurre eso?

—Siempre. A veces me pregunto si eres amiga mía sólo para ser siempre la afortunada.

—¡Joder! ¿Es que no puedes dejar de pensar en ti ni un momento?

—¡Cállate! —le suelto. Y me siento tan bien que lo repito.

—No. Cállate tú. —Pero su voz era apenas un susurro, lo que resulta extraño.

Da un paso atrás, se detiene como si fuera a añadir algo más, pero se lo piensa mejor y sube corriendo las escaleras.

No voy tras ella. Espero un rato en el recibidor, sintiendo la gruesa esterilla bajo los pies. Escucho el sonido del reloj. Cuento sesenta tics, luego voy al salón y enciendo el televisor. Miro un programa de jardinería durante siete minutos. Aprendo que en una franja de tierra orientada al sur se pueden plantar albaricoqueros, incluso en Inglaterra. Me pregunto si Adam lo sabe. Pero luego me aburro con los pulgones, las arañas rojas y la monótona y estúpida cantinela del hombre, así que apago la tele y le mando un mensaje a Zoey: «Lo lamento».

Miro por la ventana para ver si el coche sigue ahí fuera. Sí. El cielo está encapotado, con nubarrones realmente bajos. Nunca he conducido bajo la lluvia y me preocupa un poco. Ojalá estuviéramos todavía en octubre. Hacía calor, como si el mundo hubiera olvidado que era otoño. Recuerdo que contemplaba las hojas que caían por la ventana del hospital.

Zoey me contesta el mensaje: «Yo tmbien».

Baja al salón. Lleva un minivestido turquesa y montones de pulseras. Le suben

por el antebrazo y tintinean cuando se acerca y me abraza. Huele bien. Me apoyo en su hombro y me da un beso en la coronilla.

Zoey ríe cuando pongo el coche en marcha y se me cala. Lo intento de nuevo, y al llegar a la carretera a trompicones, le cuento que mi papá me llevó a conducir en cinco ocasiones y que no lo conseguí en ninguna de ellas. Los pedales me resultaban muy difíciles, en especial el juego combinado entre embrague y acelerador «¡Eso es! —exclamaba él una y otra vez—. ¿Notas el punto de fricción?». Pero yo no notaba nada, ni siquiera descalza.

Nos hartamos los dos. Cada sesión era más corta que la anterior, hasta que dejamos las clases sin que ninguno volviera a mencionarlas.

—Dudo mucho que se dé cuenta de que me he llevado el coche hasta la hora de comer. Y entonces, ¿qué puede hacer? Soy inmune a las normas, como tú dijiste.

—Eres una auténtica heroína. ¡Eres fantástica!

Y reímos como en los viejos tiempos. Había olvidado lo mucho que me gusta reír con Zoey. Ella no critica mi forma de conducir como mi papá. No se asusta cuando rasco la tercera, ni cuando olvido poner el intermitente al final de la calle. Conduzco mucho mejor cuando está ella.

—No lo haces mal. Por fin te ha enseñado algo tu viejo.

—Me encanta. Imagina lo divertido que sería recorrer Europa en coche. Podrías tomarte un año sabático en la universidad y venirte conmigo.

—No quiero. —Coge el mapa y no dice nada más.

—No necesitamos mapa.

—¿Por qué no?

—Imagina que estamos en una road movie.

—Tonterías —dice, y golpea la ventanilla con el dedo.

Un grupo de chicos en bicicleta bloquea la calle más adelante. Llevan puesta la capucha para proteger los cigarrillos del viento. El cielo tiene un color muy extraño y no se ve a nadie más por los alrededores. Aminoro.

—¿Qué hago?

—Da media vuelta —dice Zoey—. No se van a mover.

Bajo la ventanilla y les grito:

—¡Eh, chicos! ¡Moved el culo!

Se giraron con parsimonia, se desplazan perezosamente hacia un lado de la calzada y sonrían cuando les lanzo besos.

—¿Qué mosca te ha picado? —pregunta Zoey, asombrada.

—Nada, es que aún no he aprendido a hacer el cambio de sentido.

Nos incorporamos al tráfico de la calle principal. Por la ventanilla veo retazos de la vida de otras personas. Un bebé llora en su asiento para coche, un hombre tamborilea sobre el volante con los dedos. Una mujer se hurga la nariz. Un niño

saluda con la mano.

—Asombroso, ¿verdad? —digo.

—¿El qué?

—Yo soy yo y tú eres tú, todos los de ahí fuera son ellos. Y todos somos muy diferentes e igualmente insignificantes.

—Habla por ti.

—Es cierto. ¿Nunca lo piensas cuando te miras en el espejo? ¿No te imaginas tu propia calavera?

—La verdad es que no.

—No sé la tabla del siete ni la del ocho y detesto el apio y la remolacha. A ti no te gustan tus piernas ni tu acné, pero nada de eso importa en el gran diseño de todas las cosas.

—¡Calla ya, Tessa! Deja de decir chorradas.

Me callo, pero sé que mi aliento huele a menta y que el suyo huele a tabaco. Yo tengo un diagnóstico. Los padres de ella viven juntos. Yo me he levantado esta mañana y las sábanas estaban sudadas. Ahora estoy conduciendo. Es mi imagen en el retrovisor, mi sonrisa, mis huesos, lo que van a quemar o enterrar. Será mi muerte. No la de Zoey. La mía. Y por una vez no hace que me sienta mal.

No hablamos. Ella mira por la ventanilla y yo conduzco. Salimos de la ciudad a la carretera. El cielo está cada vez más oscuro. Es fantástico.

Pero al final Zoey empieza a quejarse otra vez.

—Éste es el peor trayecto en coche de mi vida. Estoy mareada. ¿Por qué no hemos llegado a ninguna parte?

—Porque no hago caso de los letreros.

Me mira con asombro.

—¿Y por qué no? Quiero llegar a alguna parte.

Aprieto el acelerador.

—Vale.

Zoey suelta un grito y se sujeta al salpicadero.

—¡Frena! ¡Aún estás aprendiendo a conducir, joder!

Cincuenta. Sesenta. Tanta potencia en mis manos.

—No vayas tan rápido. ¡Eso han sido truenos!

La lluvia salpica el parabrisas. El reflejo de la lluvia en el cristal lo vuelve todo borroso y brillante. Parece electricidad en lugar de agua.

Cuento mentalmente hasta que un rayo restalla en el cielo.

—Ha sido a un kilómetro —digo.

—¡Frena!

—¿Para qué?

Ahora la lluvia resuena con fuerza en el techo del coche y no sé activar los

limpiaparabrisas. Le doy a las luces, al claxon, la llave de contacto. Olvido que el coche va en cuarta e inmediatamente se calla.

—¡Aquí no! —grita Zoey—. ¡Estamos en una carretera de doble sentido! ¿Es que quieres matarnos? Pongo el coche en punto muerto. No estoy asustada. El agua cae en ondas por el parabrisas, y los coches que llegan por detrás nos pitan y nos hacen luces al adelantarnos, pero yo compruebo los retrovisores con calma, enciendo el motor, pongo primera y echamos a rodar. Incluso consigo accionar los limpiaparabrisas al pasar de segunda a tercera.

En el rostro de Zoey se dibuja el pánico.

—Estás loca. ¡Deja que conduzca yo!

—No estás asegurada.

—¡Y tú tampoco!

La tormenta arrecia, sin intervalo entre truenos y relámpagos. Otros coches han encendido las luces, aunque es de día. Pero yo no las encuentro.

—¡Por favor! —grita Zoey—. ¡Para por favor!

—El coche es un lugar seguro. Los coches tienen neumáticos de goma.

—¡Reduce! —aulla—. Vamos a estrellarnos. ¿No has oído de la distancia de frenado?

No. Pero he descubierto una quinta marcha que ni siquiera sabía que existiera. Ahora estamos cogiendo velocidad de verdad y el cielo se ilumina con un auténtico rayo en zigzag. Nunca lo había visto de cerca. Cuando papá nos llevó a España, hubo una tormenta eléctrica sobre el mar que vimos desde el balcón del hotel. Pero no parecía real, sino más bien como preparada para los turistas. Éste lo tenemos justo encima y es absolutamente fantástico.

Claro que Zoey no opina igual. Va recogida en el asiento.

—¡Los coches están hechos de metal! —chilla—. ¡Podría caernos un rayo en cualquier momento! ¡Para!

Lo siento, pero no tiene razón.

Da golpes en la ventanilla con un dedo frenético.

—Ahí hay una estación de servicio, mira. Para o me bajo en marcha.

Me apetece un chocolate, así que paro. Vamos un poco deprisa, pero consigo encontrar el freno. Nos deslizamos espectacularmente frente a la estación hasta detenernos, rodeadas de surtidores de gasolina y luces fluorescentes. Zoey cierra los ojos. Es curioso que yo prefiera estar en la carretera con los ojos bien abiertos.

—No sé a qué juegas —masculla—, pero has estado a punto de matarnos.

Abre la puerta, se baja, cierra de un portazo y se dirige a la tienda con paso firme. Durante un momento me cruza por la cabeza la idea de marcharme sin ella, pero antes de decidirme regresa con aire resuelto y abre mi puerta. Su olor es diferente, fresco, frío. De un tirón se aparta de la boca un hilo de pelo mojado.

—No tengo dinero. Necesito tabaco.

Le paso mi bolso. De repente me siento muy feliz.

—¿Me compras chocolate, ya que vas?

—Después de fumarme un cigarrillo. Iré al lavabo. Cuando vuelva, conduciré yo.

Cierra la puerta de un portazo y se dirige de nuevo a la tienda. Llueve fuerte y ella camina encorvada estremeciéndose cuando retumban más truenos. Nunca había visto a Zoey con miedo y de pronto siento un gran cariño hacia ella. No sabe manejar la situación como yo. No está acostumbrada. El mundo entero podría ponerse a retumbar y no me asustaría. Quiero encontrar una avalancha en el próximo cruce. Quiero que caiga una lluvia negra y que una plaga de langosta salga zumbando de la guantera. Pobre Zoey. La veo en la estación de servicio, comprando inocentemente tabaco y dulces. Dejaré que conduzca ella, pero sólo porque quiero. Ya no puede controlarme. Estoy por encima de ella.

Cuatro y veinte y el mar es gris. También el cielo, pero el cielo tiene un tono más claro y no se mueve tan deprisa. El mar me marea; tiene que ver con ese movimiento incesante que nadie puede detener aunque quiera.

—Es una locura estar aquí —dice Zoey—. ¿Cómo he dejado que me convencieras?

Estamos sentadas en un banco frente a la playa. Un lugar prácticamente desierto. Lejos, en la arena, un perro ladra a las olas. Su dueño es un punto diminuto en el horizonte.

—Antes veníamos aquí de vacaciones en verano —le cuento—. Cuando mi madre aún no se había ido. Antes de ponerme enferma. Nos alojábamos en el hotel Croddkeys. Por las mañanas desayunábamos y pasábamos el día entero en la playa. Y todos los días así durante dos semanas.

—¡Qué divertido! —resopla Zoey, hundiéndose en el banco y cruzándose el abrigo sobre el pecho.

—Ni siquiera volvíamos al hotel para comer. Papá hacía sándwiches y compraba paquetes de Angel Delight para preparar natillas. Lo mezclaba con leche en la playa, en un Tupperware. El sonido del tenedor contra el recipiente sonaba muy extraño en medio del ruido del oleaje y las gaviotas.

Zoey me dirige una larga mirada, penetrante.

—No te habrás olvidado de tomar algún medicamento importante hoy, ¿verdad?

—¡Qué va! —La agarro del brazo y la acerco a mí—. Vamos, te enseñaré el hotel al que íbamos. Caminamos por el paseo marítimo. Abajo, la arena está cubierta de sepias gruesas y llenas de marcas, como si la marea las hubiera arrojado unas contra otras. Bromeo con la posibilidad de recogerlas y venderlas a una tienda de animales para los periquitos, pero en realidad lo encuentro muy extraño. No recuerdo que ocurriera esto cuando veníamos de vacaciones.

—Quizá suceda sólo en otoño —sugiere Zoey—. Ya sabes, por la contaminación. Esta locura de planeta está agonizando. Deberías considerarte afortunada por poder escapar de aquí.

Luego añade que necesita orinar, baja la escalera hasta la arena y se agacha. No puedo creerlo. No hay nadie por aquí, pero debería preocuparla que la vieran. El chorro de pipí hace un hoyo en la arena y desaparece, humeante. Tiene aspecto de una mujer primitiva mientras se levanta y regresa a mi lado.

Nos quedamos un rato contemplando el mar. Se precipita hacia la orilla, espumea, se retira.

—Me alegra de que seas amiga mía, Zoey. —Le cojo la mano y se la sujeto con fuerza. Caminamos a lo largo del malecón. Estoy a punto de hablarle de Adam, del

paseo en moto y de lo que sucedió en la colina, pero me resulta demasiado difícil y en realidad no me apetece. Así que me sumerjo en los recuerdos del pasado. Todo me es familiar: la cabaña donde venden souvenirs, las paredes encaladas de la heladería y el gigantesco cucurucho rosa que reluce en la puerta. Incluso encuentro el callejón cercano al puerto por el que se acorta el camino hasta el hotel.

—Parece distinto. Antes era más grande.

—Ya. Pero ¿es aquí?

—Sí.

—Estupendo, ¿podemos volver al coche?

Abro la cancela y recorro el pequeño sendero hasta la entrada.

—No sé si me dejarán echar un vistazo a la habitación en que solíamos alojarnos.

—¡Joder! —masculla Zoey, y se apoya en la pared para esperar.

Me abre la puerta una mujer de mediana edad, gorda y de aspecto afable. Lleva puesto su delantal. No la recuerdo.

—¿Sí?

Le explico que me alojaba aquí cuando era niña, que todos los veranos reservábamos la habitación familiar para pasar dos semanas.

—¿Y quieres la habitación para esta noche?

No se me había ocurrido, pero de repente me parece una idea maravillosa.

—¿Podría darnos la misma de entonces?

Zoey se acerca por el sendero con paso vivo, me agarra del brazo y me obliga a girarme.

—¿Qué coño estás haciendo?

—Reservar una habitación.

—Yo no puedo quedarme aquí, mañana tengo clase en la universidad.

—Siempre tienes clase. Y tendrás muchas más mañanas.

Creo que esto suena bastante elocuente y desde luego a Zoey le cierra la boca. Vuelve a apoyarse en la pared y se desliza hasta quedarse sentada mirando el cielo.

—Lo siento —me disculpo con la mujer, que me cae bien. No se la ve recelosa. A lo mejor hoy parece que tengo cincuenta años y ella cree que Zoey es mi horrible hija adolescente.

—Ahora hay una cama con dosel, pero aún tiene cuarto de baño.

—Bien. Me la quedo.

La seguimos escaleras arriba. Su culo es grande y se bambolea al andar. Me pregunto cómo será tenerla a ella por madre.

—Aquí está. —Y abre la puerta—. La hemos redecorado completamente, así que la encontrarás cambiada.

Así es. La cama con dosel domina la habitación. Es alta y anticuada, con cortinajes de terciopelo.

—Aquí se alojan muchas parejas de luna de miel —explica la mujer.

—¡Fantástico! —gruñe Zoey.

Es difícil ver aquí la habitación soleada en que despertaba cada verano. Las literas ya no están, las han sustituido por una mesa con tetera y servicio para té. Pero la ventana en arco sigue siendo familiar y está todavía el armario empotrado.

—Os dejaré solas —dice la mujer.

Zoey se quita los zapatos con los pies y se tira en la cama.

—¡Esta habitación cuesta setenta libras por noche! ¿De verdad llevas dinero encima?

—Sólo quería echarle un vistazo.

—¿Estás loca?

Me tumbo en la cama con ella.

—No, pero si te lo cuento, te sonará estúpido.

Ella se incorpora apoyándose en un codo y me mira con suspicacia.

—Prueba.

Así que le hablo del último verano que vinimos aquí, de que mis padres discutían más que nunca. Le cuento que una mañana, en el desayuno, mi madre no quiso probar bocado, dijo que estaba harta de salchichas y tomates en lata y que nos habría salido más barato ir a Benidorm.

—Pues vete —replicó papá—. Envíanos una postal cuando llegues.

Mamá me cogió de la mano y subimos a la habitación.

—Vamos a escondernos de ellos —me dijo—. ¿A qué será divertido?

Yo estaba muy emocionada. Mamá había dejado a Cal con papá. Me había elegido a mí.

Nos metimos en el armario.

—Aquí no nos encontrará nadie.

Y no nos encontraron, aunque en realidad no estoy segura de que nos buscaran. Estuvimos allí sentadas una eternidad, hasta que al final mamá salió sigilosa para coger un bolígrafo de su bolso, regresó y escribió su nombre cuidadosamente en el interior de la puerta del armario. Luego me pasó el bolígrafo y yo escribí mi nombre junto al suyo.

—Eso es —dijo—. Aunque no volvamos nunca más, siempre estaremos aquí.

Zoey me mira con incredulidad.

—¿Y ya está? ¿Fin de la historia?

—Pues sí.

—¿Tu madre y tú escribisteis vuestros nombres en un armario y hemos tenido que recorrer sesenta kilómetros para que me lo contaras?

—Cada pocos años desaparecemos, Zoey. Todas nuestras células son reemplazadas por otras. No hay absolutamente nada de mí que sea igual a cuando

estuve en esta habitación por última vez. Fue una persona distinta la que escribió mi nombre, una persona sana.

Zoey se sienta en la cama. Está furiosa.

—Así que, si tu firma sigue ahí, crees que estarás curada milagrosamente, ¿no? Y si no está, ¿qué? ¿No has oído a la mujer? Dijo que han cambiado todo.

No me gusta que me grite.

—¿Podrías mirar en el armario, Zoey?

—No. Me has obligado a venir aquí y yo no quería. Estoy echa polvo, y ahora esto... ¡un estúpido armario! Eres de lo que no hay.

—¿Por qué te enfadas tanto?

Se baja de la cama con prisas.

—Me voy. Me estás volviendo loca con tanto buscar señales por todas partes. — Recoge el abrigo, que había dejado caer al suelo junto a la puerta, y se lo pone dando tirones—. No haces más que hablar de ti, como si fueras la única persona del mundo que tiene problemas. Todos estamos en el mismo barco, ¿sabes? ¡Nacemos, comemos, cagamos, morimos! ¡Eso es todo!

No sé cómo reaccionar ante esos gritos.

—¿Qué te pasa?

—¡Eso mismo me pregunto yo! —chilla.

—A mí no me pasa nada, aparte de lo evidente.

—Entonces a mí tampoco me pasa nada.

—No es verdad. Mírate.

—¿Qué mire qué? ¿Qué ves tú?

—Te veo triste.

Vacila junto a la puerta.

—¿Triste?

Se produce una tensa pausa. Reparo en un pequeño desgarrón en el papel de la pared, por encima de su hombro. Reparo en la marca de unos dedos en el interruptor de la luz. Abajo, una puerta se abre y se cierra. Cuando Zoey se gira para mirarme, me doy cuenta que la vida está hecha de una serie de momentos y que cada uno de ellos es un viaje hacia el final.

Cuando habla por fin, su voz suena grave y sombría.

—Estoy embarazada.

—¡Oh, Dios mío!

—No pensaba decírtelo.

—¿Estás segura?

Se deja caer en la silla que hay junto a la puerta.

—Me he hecho la prueba dos veces.

—¿La has hecho bien?

—Si la segunda casilla se vuelve rosa y se queda rosa, estás embarazada. Se ha quedado rosa las dos veces.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Quieres parar de decir eso?

—¿Lo sabe Scott?

Asiente con la cabeza.

—No lo encontré el día que estuvimos en el supermercado y no me respondió el teléfono en todo el fin de semana, así que ayer fui a su casa y lo obligué a escucharme. Me detesta. Deberías haber visto su cara.

—¿Cómo era?

—Como si yo fuese una idiota. Como preguntándose cómo he podido ser tan estúpida. Desde luego sale con otra. Aquellas chicas tenían razón.

Quiero acercarme y acariciarle los hombros y la espalda. Pero no lo hago, no creo que le gustara.

—¿Qué vas a hacer?

Se encoge de hombros, y en ese gesto veo su miedo. Parece que tenga doce años. Parece una niña en un bote, perdida en medio del mar sin comida ni brújula.

—Podrías tenerlo, Zoey.

—Muy graciosa.

—No lo pretendía. ¿Por qué no puedes tenerlo?

—No voy a tener un hijo sólo para complacerte, ¿no crees?

Me doy cuenta de que no es la primera vez que lo piensa.

—Pues entonces deshazte de él.

Suelta un gemido al apoyar la cabeza en la pared y se queda, mirando el techo con desesperación.

—Estoy de unos tres meses. ¿Crees que es demasiado tarde? ¿Crees que me dejaran abortar? —Se seca las primeras lágrimas con la manga—. ¡Soy una imbécil! ¿Cómo he podido ser tan imbécil? Ahora mi madre se enterará de todo. Debería haber ido a la farmacia por la píldora del día después. ¡Ojalá no hubiera conocido a Scott!

No sé que decirle. No sé si me escucharía si encontrara algo que decirle. Parece muy distante, sentada en esa silla.

—Sólo quiero que desaparezca. —Me mira a los ojos—. ¿Me odias?

—No.

—¿Me odiarás si me deshago de él?

—Quizá.

—Voy a preparar una taza de té —contesto.

Hay galletas de mantequilla en un plato y bolsitas de azúcar y leche. Desde luego, la habitación es muy agradable. Miro por la ventana mientras espero a que hierva el agua. Dos niños juegan al fútbol en el paseo marítimo. Está lloviendo y llevan la

capucha puesta. No sé cómo ven la pelota. Zoey y yo estábamos ahí hace un momento, bajo el frío y el viento. Tenía a Zoey cogida de la mano.

—Todos los días salen barcos del puerto. Quizá vayan a algún sitio cálido y lejano.

—Voy a dormir —replica—. Despiértame cuando todo termine.

Pero no se mueve de la silla y no cierra los ojos.

Una familia pasa por delante de la ventana. Un padre empuja un cochecito y una niña pequeña con un reluciente impermeable rosa de la mano de su madre bajo la lluvia. Se ha mojado, quizá tenga frío, pero sabe que pronto llegará a casa y se secará. Leche caliente. Programas infantiles en la tele. Tal vez unas galletas y el pijama.

Me gustaría saber cómo se llama. ¿Rosie? ¿Amber? Da la impresión de que su nombre tiene color. ¿Scarlett?

En realidad no iba a hacerlo. Ni siquiera lo he pensado primero. Simplemente cruzo la habitación y abro la puerta del armario. Los colgadores se mueven y tintinean al entrecrocarse. Me invade el olor a madera húmeda.

—¿Está? —pregunta Zoey.

El interior de la puerta es de un blanco reluciente. Lo han repintado. Lo toco con los dedos, pero no cambia. Es tan brillante que hace que los bordes de la habitación tiemblen. Cada pocos años desaparecemos.

Zoey suspira y se recuesta en la silla.

—No deberías haber mirado.

Cierro el armario y vuelvo junto a la tetera.

Calculo mientras vierto el agua sobre las bolsitas de té. Zoey está embarazada de tres meses. Un feto necesita nueve meses. Nacerá en mayo, igual que yo. Me gusta mayo. Hay dos puentes festivos. Florecen los cerezos. Jacintos silvestres. Cortacéspedes. El olor amodorrado de la hierba recién cortada.

Faltan ciento cincuenta y cuatro días para mayo.

Cal se acerca al trote desde el fondo del oscuro jardín con la mano extendida.

—El siguiente —pide.

Mamá abre la caja de fuegos artificiales que tiene sobre el regazo. La mira como si eligiera un bombón, saca uno con delicadeza y lee la etiqueta antes de dárselo.

—Jardín Encantado —le dice.

Cal vuelve raudo junto a papá. Las puntas de sus katiuskas entrechocan cuando corre. La luz de la luna se filtra entre las ramas del manzano y salpica la hierba.

Mamá y yo hemos sacado sillas de la cocina y estamos sentadas junto a la puerta de atrás. Hace frío. El aliento parece humo. El invierno ha llegado, la tierra huele a húmedo, como si la vida encogiera y las cosas se retrajeran sobre sí mismas para no perder energía.

—¿De verdad comprendes lo horrible que es que te vayas y que nadie sepa dónde estás? —pregunta mamá.

Teniendo en cuenta que ella es la gran experta en desapariciones, me hecho a reír. Se sorprende; obviamente, no ha captado la ironía.

Papá dice que volviste y te pasaste dos días seguidos durmiendo.

—Estaba cansada.

—Él estaba aterrorizado.

—¿Y tú?

—Los dos.

—¡Jardín Encantado! —anunció papá.

Se oye un súbito chasquido, y unas flores hechas de luz se elevan en el aire, se expanden y luego caen y se desaparecen en la hierba.

—Ahhh —aprueba mamá—. Ése era precioso.

—Era un aburrimiento —exclama Cal, que vuelve corriendo hasta nosotras.

Mamá abre de nuevo la caja.

—¿Y qué tal un cohete? ¿Te parece mejor?

—¡Un cohete sería estupendo!

Cal corre en círculos por el jardín para celebrarlo antes de entregárselo a papá. Juntos clavan el palo en el suelo. Yo pienso en el pájaro, en la coneja de Cal. En todos los animales que han muerto en nuestro jardín, en sus esqueletos apretujados bajo la tierra.

—¿Y por qué te fuiste a la costa? —pregunta mamá.

—Me apetecía.

—¿Y por qué en el auto de papá?

Me encojo de hombros.

—Conducir estaba en la lista.

—¿Sabes? No puedes ir por ahí haciendo lo que te dé la gana. Tienes que pensar en las personas que te quieren.

—¿Quiénes?

—Las personas que te quieren.

—Éste va a sonar fuerte —avisa papá—. Tápanse los oídos, señoras.

El cohete sale disparado con un estallido tan potente que su energía se expande en mi interior. Las ondas sonoras penetran en mi sangre. Mi cerebro experimenta un maremoto.

Mamá nunca me ha dicho que me quiere. Jamás. No creo que lo haga nunca. Sería demasiado obvio, demasiado compasivo. Nos haría sentir violentas a las dos. A veces siento curiosidad por todas las cosas que debimos de transmitirnos en silencio antes de que yo naciese, cuando era un ser pequeño y oscuro acurrucado dentro de ella.

Pero no me lo pregunto muy a menudo.

Mamá se mueve incómoda en la silla.

—Tessa, ¿estás pensando en matar a alguien?

Su tono es desenfadado, pero creo que quizá habla en serio.

—¡Por supuesto que no!

—Bien. —Su alivio parece auténtico—. Entonces, ¿qué sigue ahora en tu lista?

Me sorprende.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Vale. La fama.

Ella sacude la cabeza con aire consternado, pero Cal, que ha venido en busca de otro cohete, encuentra la idea divertidísima.

—Prueba cuántas pajitas puedes meterte en la boca —sugiere—. El récord mundial está en doscientas cincuenta y ocho.

—Lo pensaré.

—O podrías tatuarte todo el cuerpo como si fueras un leopardo. O podríamos empujarte por la autopista subida a la cama del hospital.

Mamá lo mira con expresión pensativa.

—Cascada de veintiún cohetes —anuncia.

Los contamos. Se elevan velozmente con un suave silbido, estallan en racimos de estrellas y luego bajan lentamente. Me pregunto si mañana la hierba estará manchada de amarillo sulfuroso, bermellón y aguamarina.

A continuación, un cometa para controlar el ansia de acción de Cal. Papá lo enciende, y el cometa pasa zumbando por encima del tejado dejando una estela brillante.

Mamá ha comprado bombas de humo. Cuestan tres libras con cincuenta cada una

y Cal se queda muy impresionado. Le grita el precio a papá.

—Más dinero que sentido común —replica él.

Mamá le muestra el dedo corazón, y él suelta una calida carcajada que la hace estremecer.

—Me han dado dos por el precio de una —me explica ella—. Es una de las ventajas de que estés enferma y que tengamos que celebrar la noche de la hoguera en diciembre.

Las bombas inundan el jardín de humo verde. Montones de humo. Es como si estuvieran a punto de aparecer los duendes. Cal y papá vienen corriendo desde el fondo del jardín riendo y resoplando.

—¡Cuánto humo! ¡Qué barbaridad! —exclama papá—. ¡Es como estar en Beirut!

Mamá sonrío y le da una girándula.

—Ahora esto; es mi preferido.

Papá coge un martillo, y mamá se levanta y sujeta el poste de la valla mientras él clava la girándula. Ríen.

—No me des en los dedos —le advierte ella con un codazo.

—¡Te daré si vuelves a hacer eso!

Cal se sienta en la silla de mamá y abre un paquete de bengalas.

—Apuesto a que me haré famoso antes que tú.

—Apuesto a que no.

—Voy a ser la persona más joven en entrar en el Magic Circle.

—¿No tienen que invitarte a entrar?

—¡Y me invitarán! Tengo talento. ¿Qué sabes hacer tú? Ni siquiera sabes cantar.

—¡Eh! —dice papá—. ¿Qué ocurre aquí?

Mamá suspira.

—Nuestros hijos quieren ser famosos.

—¿Ah, sí?

—La fama es el siguiente punto en la lista de Tessa.

Por su cara, veo que papá no se lo esperaba. Se gira hacia mí con el martillo colgando a un costado.

—¿La fama?

—Sí.

—¿Y cómo lo lograrás?

—Aún no lo he decidido.

—Pensaba que lo de la lista ya se había acabado.

—Aún no.

—Pensaba que después de lo del coche, de todo lo ocurrido.

—No papá, todavía no he terminado.

Antes creía que papá podía hacer cualquier cosa, que podía salvarme de cualquier

cosa. Pero no puede, sólo es un hombre. Mamá lo rodea con un brazo y él se inclina hacia ella.

Lo miro. Mi madre. Mi padre. El rostro de él queda en sombras; el contorno de su cabeza, iluminado. Me quedo inmóvil. A mi lado, Cal también se ha quedado quieto.

—¡Uau! —susurra.

Me emociono más de lo que habría imaginado.

En la cocina, me aclaro la boca en el fregadero y escupo el agua. El agua escupida tiene un aspecto viscoso, se mueve tan despacio hacia el desagüe que tengo que abrir el grifo para que corra. El fregadero está frío al contacto con la piel.

Apago la luz y observo a mi familia por la ventana. Están juntos en la hierba, escogiendo los últimos fuegos artificiales. Papá se encarga de encenderlos. Eligen uno, cierran la caja y se alejan por el jardín.

Tal vez esté muerta. Tal vez todo será así. Los vivos seguirán en su mundo, haciendo cosas, caminando. Y yo seguiré en este mundo vacío, dando golpecitos en el cristal que nos separa, sin que me oigan.

Salgo al porche y me siento en el escalón. Se oyen ruidos en la maleza, como si algún animal nocturno tratara de ocultarse, pero no me da miedo, no me muevo siquiera. Cuando mis ojos se adaptan, veo la valla y los arbustos que la flanquean. Veo la calle al otro lado de la cancela con toda claridad, el haz de las farolas sobre la acera, iluminando los coches de otras personas, reflejándose en las ventanas oscuras de otras personas.

Huelo a cebollas. Kebabs. Si mi vida fuera diferente, habría salido con Zoey. Habríamos comprado patatas frías. Estaríamos en alguna esquina, lamiéndonos los dedos salados, esperando a que se presentara la acción. Pero en lugar de eso estoy aquí. Muerta en el escalón de mi casa.

Oigo a Adam antes de verlo, el rugido de su moto. Cuando se acerca, el ruido hace vibrar el aire y los árboles oscilan. Se detiene frente a la cancela de su jardín, apaga el motor y las luces. El silencio y la oscuridad descienden de nuevo. Se quita el casco, lo cuelga del manillar y empuja la moto por el sendero de acceso a su casa.

Sobre todo creo en el caos. Si los deseos se hicieran realidad, los huesos no me dolerían como si estuvieran inflamados. No tendría ante los ojos una neblina que no se disipa.

Pero viendo a Adam en el sendero, siento que me hallo ante una elección. Tal vez el universo sea aleatorio, tal vez puedo hacer que ocurra algo distinto.

Paso por encima del murete que separa nuestros jardines. Adam está poniéndole el candado a la moto en el lateral de su casa. No me ve. Me acerco por detrás. Me siento un poderosa y segura de mi misma.

—Hola.

Se gira sobresaltado.

—¡Joder, que susto! ¡Pensé que eras un fantasma!

Desprende un olor fresco, como un animal surgido de la noche. Doy un paso hacia él.

—¿Qué haces? —pregunta.

—Dijiste que podíamos ser amigos.

Parece desconcertado.

—Si, claro.

—No quiero que seamos amigos.

En el espacio que nos separa sólo hay oscuridad. Doy otro paso y quedamos tan cerca que compartimos el aliento. El mismo. Lo respiramos.

—Tessa.

Sé que es una advertencia, pero me da igual.

—¿Qué es lo peor que puede ocurrir?

—Dolerá —contesta.

—Ya duele.

Asiente con la cabeza muy despacio. Y es como si hubiera un agujero en el tiempo, como si todo se detuviera y este momento en que nos miramos tan de cerca se extendiese entre los dos. Cuando Adam se inclina hacia mí, siento un extraño calor. Olvido que mi cerebro está lleno de todos los rostros tristes de todas las ventanas por las que he pasado alguna vez. Cuando se inclina hacia mí sólo siento el calor de su aliento en mi piel. Nos besamos dulcemente, apenas rozándonos, como si no estuviéramos seguros. Sólo nuestros labios se tocan.

Nos apartamos para mirarnos a los ojos. ¿Qué palabras hay para la mirada que intercambiamos? Las cosas nocturnas se congregan alrededor para observarnos. Las cosas perdidas y vueltas a encontrar.

—No creo que esté bien, Tess.

—No pasa nada. No me voy a romper.

Y para demostrárselo, lo empujo contra la pared y lo sujeto. Y esta vez no tiene nada que ver con la ternura. Le meto la lengua en la boca, busco, encuentro la suya. Sus brazos cálidos me envuelven. Su mano me aferra la nuca, derritiéndome. Mi mano se desliza por su espalda. Me aprieto contra él, pero no es suficiente. Quiero meterme dentro de él. Vivir en él. Ser él. Es todo lengua y deseo. Lo lamo, le mordisqueo los labios.

No sabía que tuviera esta ansia devoradora.

Adam me aparta.

—Joder. ¡Joder! —y se mesa el cabello oscuro, mojado y brillante. La luz de las farolas arde en sus ojos—. ¿Qué nos está pasando?

—Te deseo.

El corazón me late con fuerza. Me siento absolutamente viva.

Zoey no debería haberme pedido que la acompañara. No he podido parar de contar desde que entramos por la puerta. Llevamos siete minutos aquí. Zoey tiene hora para dentro de seis minutos. Se quedó embarazada hace noventa y cinco días.

Intento pensar en números al azar, pero todos parecen cuadrar con algo. Ocho: el número de discretas ventanas de la pared del fondo. Uno: la recepcionista igualmente discreta.

Quinientos: la cantidad de libras que le va a costar a Scott deshacerse del bebé.

Zoey me dedica una sonrisa nerviosa por encima de la revista que hojea.

—Apuesto a que no hay nada como esto en la Seguridad Social.

No lo hay. Los asientos son de piel, hay una gran mesa de centro cuadrada con una pila de relucientes revistas nuevas, y hace tanto calor que he tenido que quitarme el abrigo. Pensaba que esto estaría lleno de chicas con pañuelos estrujados y aire desamparado, pero sólo estamos Zoey y yo. Ella se ha recogido el pelo en una cola de caballo y lleva otra vez los amplios pantalones de chándal. Está pálida y tiene aspecto cansado.

—¿Sabes cuáles son los síntomas que más me alegrará perder de vista? —Deja la revista sobre el regazo para enumerar con los dedos—. Mis tetas, que parecen una especie de mapa monstruoso, con todas esas venas azules. La pesadez que siento, que hasta los dedos me parecen de plomo. Los vómitos. El continuo dolor de cabeza. Y los ojos irritados.

—¿No hay nada bueno?

Reflexiona un momento.

—Huelo diferente. Huelo muy bien.

Me inclino sobre la mesita y respiro hondo. Huele a humo, a perfume, a chicle. Y a algo más.

—¿A fecunda?

—¿Qué?

—Significa que eres fértil.

Me mira sacudiendo la cabeza como si estuviera majareta.

—¿Eso te ha enseñado tu novio?

No le respondo, así que vuelve a concentrarse en la revista. Veintidós páginas de los artilugios más novedosos. Cómo escribir la canción de amor perfecta. ¿Llegarán a ser posibles los viajes espaciales?

—Una vez vi una película sobre una chica que moría —le cuento—. Al llegar al cielo, el bebé que le había nacido muerto a su hermana estaba allí y ella lo cuidaba hasta que todos se reunían de nuevo.

Zoey finge no haberme oído. Pasa la hoja como si la hubiera leído.

—Podría ocurrirme a mí, Zoey.

—Vale ya.

—Tu bebé es tan pequeño que podría guardarlo en el bolsillo.

—¡Cállate, Tessa!

—El otro día estabas mirando ropa de bebé.

Zoey se recuesta en el asiento y cierra los ojos. Se le entreabre la boca, como si la hubieran desconcertado.

—Por favor. Por favor, cállate. No deberías haber venido si no estabas de acuerdo con esto.

Tiene razón. Lo supe anoche viendo que no podía dormir. La ducha goteaba en el cuarto de baño, y algo —¿una cucaracha, una araña?— correteaba por la alfombra de la habitación. Me levanté y bajé en bata. Pensaba tomar una taza de chocolate caliente y tal vez ver algún programa nocturno de la tele. Pero justo en medio de la cocina había un ratón atrapado en una de las trampas de papá para cucarachas. La única parte que no se había pegado al cartón era una pata trasera, que usaba como remo tratando de impulsarse para alejarse de mí. Sufría. Yo sabía que tenía que matarlo, pero no sabía cómo sin causarle más dolor. ¿Un cuchillo de cocina? ¿Unas tijeras? ¿Un lápiz clavado en la nuca? Sólo se me ocurrían finales horribles. Al final saqué un viejo envase de helado del armario y lo llené de agua. Sumergí al ratón en él y lo sujeté con una cuchara de madera. El ratón me miraba con asombro, esforzándose por respirar. Tres diminutas burbujas de aire salieron de su boca, una detrás de otra.

Le mando un mensaje al bebé de Zoey con el móvil: «¡Escóndete!».

—¿Para quién es?

—Para nadie.

Se inclina sobre la mesita.

—Déjame ver.

Lo borro y le muestro la pantalla en blanco.

—¿Era para Adam?

—No.

Pone los ojos en blanco.

—Prácticamente lo hicisteis en el jardín, y ahora parece que experimentáis una especie de placer perverso en simular que no ocurrió.

—No está interesado.

Zoey frunce el entrecejo.

—Por supuesto que está interesado. Su madre salió y os pilló en faena, eso es todo. De lo contrario, habría follado contigo toda la noche.

—Eso fue hace cuatro días, Zoey. Si le interesara, habría venido a verme.

Se encoge de hombros.

—A lo mejor tiene cosas que hacer.

Nos quedamos con esa mentira durante un rato, sin decir nada. Se me notan los huesos bajo la piel, tengo manchas púrpura bajo los ojos y empiezo a oler raro. Seguramente Adam todavía sigue lavándose la boca.

—De todas las maneras, el amor es malo para ti —añade Zoey—. Y soy la prueba viviente. —Arroja la revista sobre la mesa y mira su reloj—. ¿Para qué demonios estoy pagando exactamente?

Me levanto para sentarme a su lado.

—A lo mejor es una broma —continúa—. Y a lo mejor te cobran y luego dejan que sudas la gota gorda esperando que te dé tanta vergüenza que te vayas a casa.

Le cojo la mano entre las mías. Se sorprende un poco, pero no la retira.

Los cristales de las ventanas son oscuros y no se ve la calle. Empezaba a nevar cuando hemos llegado; la gente ha salido muy abrigada a hacer las compras de Navidad. Dentro, los radiadores caldean la atmósfera y nos envuelve el hilo musical. El mundo exterior podría llegar a su fin, pero aquí dentro no nos enteraríamos.

—Cuando esto termine y volvamos a ser sólo tú y yo —dice Zoey—, retomaremos tu lista. Haremos el número seis. ¿Fama, no? El otro día vi en la tele a una mujer que tenía cáncer terminal y había participado en un triatlón. Deberías probar algo así.

—Esa mujer tenía cáncer de mama.

—¿Y?

—Que es diferente.

—Correr y montar en bicicleta la tenía motivada. No puede ser tan diferente. Ha vivido mucho más de lo que creían que iba a vivir, y se ha hecho muy famosa.

—¡Detesto correr!

Zoey me mira sacudiendo la cabeza con solemnidad, como si se lo estuviera poniendo difícil adrede.

—¿Y qué tal *Gran Hermano*? Nunca han llevado a nadie como tú.

—No empezará hasta el verano que viene.

—¿Y?

—¡Tú qué crees!

Entonces sale la enfermera por una puerta lateral y se acerca.

—¿Zoey Walker? Ya puedes pasar.

Zoey me obliga a levantarme.

—¿Puede entrar mi amiga?

—Lo siento, pero es mejor que espere fuera. Hoy únicamente se trata de hablar, una entrevista personal y confidencial.

La enfermera suena muy segura y Zoey no parece capaz de rebatirla. Me tiende el abrigo.

—Cuídamelo —dice, y se va con la enfermera.

La puerta se cierra tras ella.

Me siento muy sólida. No me siento pequeña, sino grande y viva. Es muy tangible, esto de ser o no ser. Estoy aquí. Pronto no estaré. El bebé de Zoey está aquí. Tiene pulso. Pronto no lo tendrá. Y cuando Zoey salga por esa puerta después de haber firmado en la línea de puntos, será diferente. Comprenderá lo que yo ya sé: que la muerte nos rodea a todos.

Y provoca un regusto metálico entre los dientes.

—¿A dónde vamos?

Papá quita la mano del volante para darme una palmada en la rodilla.

—Todo a su tiempo.

—¿Va a ser algo embarazoso?

—Espero que no.

—¿Vamos a conocer a alguna persona famosa?

Por un momento parece alarmado.

—¿Era eso lo que querías? —dice.

—No exactamente.

Atravesamos la ciudad sin que quiera decírmelo. Cuando pasamos por delante del complejo de viviendas de protección oficial y entramos en la carretera de circunvalación, empiezo a lanzar suposiciones al azar. Me gusta hacerlo reír. No ríe a menudo.

—¿Un alunizaje?

—No.

—¿Concurso de talentos?

—¿Con lo mal que cantas?

Llamo a Zoey por el móvil por si quiere sugerir algo, pero todavía está muy nerviosa por la operación.

—Tengo que llevar a un adulto responsable conmigo —me dice—. ¿A quién coño puedo pedirselo?

—Ya iré yo.

—Me refiero a un adulto de verdad. Ya sabes, como un padre o una madre.

—No pueden obligarte a decírselo a tus padres.

—Uf, que asco. Pensaba que me daría una pastillita para que saliera solo y ya está. ¿Para qué una operación? Si no es más grande que un punto.

En eso se equivoca. Anoche cogí el *Libro de medicina familiar* del Reader's Digest y busqué embarazo. Quería saber qué tamaño tienen los bebés de dieciséis semanas y descubrí que tienen la longitud de un diente de león. Después no pude dejar de leer. Busqué picaduras de abejas y colmenas. Enfermedades familiares encantadoramente triviales: eczema, amigdalitis, difteria.

—¿Sigues ahí? —pregunta.

—Sí.

—Bueno, te dejo. Me están subiendo los jugos gástricos.

Es indigestión. Tiene que darse un masaje en el colon y beber leche. Se le pasará. Decida lo que decida sobre el bebé, todos los síntomas se le pasarán. Pero eso no se lo digo. Lo que hago es apretar el botón rojo del móvil y concentrarme en la

carretera.

—Esa chica es tonta —dice papá—. Cuanto más tiempo lo retrase, peor. Abortar no es como sacar la basura.

—Ya lo sabe, papá. De todos modos, ¿a ti qué más te da? No es tu hija.

—No, no lo es.

Escribo un mensaje para Adam: «Donde cño stas?». Luego lo borro.

Hace seis noches su madre salió a la puerta y lloró. Dijo que los fuegos artificiales le daban pavor. Le preguntó por qué la había dejado sola cuando se estaba acabando el mundo. «Dame tu número de móvil —me pidió él—. Te llamaré».

Intercambiamos los números. Fue algo erótico. Me pareció una promesa.

—Fama —declara papá—. Bien, ¿a qué nos referimos al hablar de fama?

Yo me refiero a Shakespeare. Esa silueta suya con la barba descuidada y la pluma en la mano estaba en todas las portadas de las obras que leíamos en el colegio. Inventó montones de palabras nuevas y todo el mundo sabe quién es después de cientos de años. Vivió antes de que hubiera coches y aviones, metralletas, minas y polución. Antes de los bolígrafos. La reina Isabel ocupaba el trono cuando él vivió. También ella fue famosa, no sólo por ser hija de Enrique VIII, sino por las patatas, la Armada, el tabaco y por ser muy inteligente.

Luego está Marilyn. Elvis. Incluso iconos modernos como Madonna serán recordados. Take That vuelve a estar de gira y agota las entradas en segundos. Tienen patas de gallo y Robbie ya no canta con ellos, pero la gente sigue queriendo verlos. Ésa es la fama a la que me refiero. Me gustaría que el mundo entero se detuviera para venir en persona a despedirse de mí cuando muera. ¿Qué otra cosa hay?

—¿A qué te refieres tú, papá?

Después de pensárselo un minuto, contesta:

—Supongo que a dejar una parte de ti mismo tras de ti.

Pienso en Zoey y su bebé. Creciendo. Creciendo.

—Bueno —suspira papá—. Ya hemos llegado.

No estoy segura de dónde estamos. Parece una biblioteca, uno de esos funcionales edificios cuadrados con montones de ventanas y aparcamiento propio con plazas reservadas para el personal. Estacionamos en una plaza para minusválidos.

La mujer que responde al interfono quiere saber a quién vamos a ver. Papá intenta contestar con un susurro, pero ella no lo oye, así que lo repite en voz alta.

—A Richard Green. —Y me mira de reojo.

—¿Richard Green? —pregunto.

Asiente, complacido consigo mismo.

—Uno de los contables con los que trabajaba lo conoce.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?

—Quiere entrevistarte.

Me quedo de piedra.

—¿Entrevistarme? ¿En la radio? ¡Pero entonces me oirá todo el mundo!

—¿No era ésa la idea?

—¿Y sobre qué va a entrevistarme?

Y entonces se ruboriza. Quizá entonces se da cuenta de que ha cometido el peor error de su vida, porque lo único que hace de mí una persona fuera de lo normal es mi enfermedad. De no ser por eso, yo estaría estudiando o durmiendo. Quizá estaría en casa de Zoey, buscando un antiácido en el botiquín del cuarto de baño. Quizá estaría en los brazos de Adam.

La recepcionista finge que todo es normal. Nos pregunta el nombre y nos entrega una pegatina a cada uno, que obedientemente nos ponemos en el abrigo mientras nos explica que la productora vendrá enseguida.

—Siéntense. —Señala una hilera de butacas en el otro lado del vestíbulo.

—No tienes que hablar —dice papá cuando nos sentamos—. Si quieres puedo entrar yo solo y me esperas aquí.

—¿Y de qué vas hablar?

Se encoge de hombros.

—De la escasez de unidades oncológicas para adolescentes, de la falta de fondos para terapias alternativas, de tus necesidades dietéticas y la falta de ayudas por parte de la Seguridad Social. Podría estar hablando durante horas, joder. Soy un experto en el tema.

—¿Pretendes recaudar fondos? ¡Yo no quiero ser famosa por recaudar dinero! Quiero ser famosa por ser increíble. Quiero el tipo de fama que te permite prescindir del apellido. Ser un icono. ¿Entiendes?

Se gira hacia mí con ojos centelleantes.

—¿Y cómo esperas conseguirlo exactamente?

A nuestro lado, la máquina del agua burbujea y gotea. Me siento enferma. Pienso en Zoey. Pienso en su bebé, que ya tiene sus uñas, uñas diminutas de diente de león.

—¿Le digo a la recepcionista que lo cancele? —pregunta papá—. No quiero que digas que te he obligado.

Me da un poquito de pena cuando raspa el suelo con los zapatos como un niño pequeño. Qué gran distancia nos separa.

—No, papá, no hace falta.

—Entonces, ¿entro?

—Entraré yo.

Me aprieta la mano.

—Fantástico, Tess.

Una mujer sube las escaleras hasta el vestíbulo. Se acerca a nosotros con aire resuelto y estrecha cordialmente la mano de papá.

—Soy la que habló por teléfono con usted.

—Ah, ya.

—Y tú debes de ser Tessa.

—¡La misma!

Me tiende la mano para que se la estreche, pero yo no hago caso; finjo que no puedo mover los brazos. Tal vez crea que forma parte de mi enfermedad. Sus ojos apenados se fijan en mi abrigo, mi bufanda y mi sombrero. Quizá sepa que hoy no hace tanto frío.

—No hay ascensor —apunta—. ¿Podrás bajar por las escaleras?

—No hay problema —contesta papá.

Ella parece aliviada.

—Richard tiene muchas ganas de conoceros.

Coquetea con papá mientras bajamos al estudio. Se me pasa por la cabeza que el torpe aire protector con que él me rodea podría resultar atractivo para las mujeres. Desean salvarlo. De mí. De todo este sufrimiento.

—La entrevista será en directo —explica. Baja la voz cuando nos acercamos a la puerta de estudio—. ¿Veis esa luz roja? Significa que Richard está al aire y que no podemos entrar. Dentro de un momento pondrá una cuña y la luz se volverá verde. — Lo dice como si su obligación fuera impresionarnos.

—¿Cuál será el planteamiento de Richard? —pregunto—. ¿Será el típico tema de la chica que muere, o ha pensado en algo más original?

—¿Perdón? —Su sonrisa vacila; una leve inquietud le ensombrece la expresión cuando mira a papá buscando apoyo. ¿Será capaz de oler cierta hostilidad en el aire?

—Las unidades oncológicas para adolescentes escasean en los hospitales —se apresura a exponer papá—. Si consiguiéramos que la gente fuese consciente de esa situación, nos daríamos por satisfechos.

La luz roja se vuelve verde.

—¡Ahí está! —exclama la productora, y nos abre la puerta—. Tessa Scott y su padre —anuncia. Suena como si fuéramos los invitados a una cena, como si hubiéramos ido a un baile. Pero Richard Green no es un príncipe. Se incorpora a medias en la silla para tendernos su gruesa mano, que tiene sudada; es como si necesitara enjugársela. Resuella al sentarse otra vez. Apesta a tabaco. Revuelve los papeles.

—Siéntense. Primero los presentaré y luego entraremos directamente en materia.

Yo veía a Richard Green cuando presentaba las noticias locales del mediodía. A una de las enfermeras del hospital le gustaba. Ahora sé por qué le relegaron a la radio.

—Bien —prosigue—. Vamos allá. Procuren ser naturales. Será todo muy informal. —Se gira hacia el micrófono—. Y ahora nos sentimos muy honrados de

tener como invitada en el estudio a una jovencita muy valiente: Tessa Scott.

El corazón me late deprisa cuando pronuncia mi nombre. ¿Me estará escuchando Adam? ¿O Zoey? Tal vez Zoey esté tumbada en la cama con la radio encendida. Con náuseas. Medio dormida.

—Tessa lleva cuatro años conviviendo con la leucemia y hoy ha venido aquí acompañada de su padre para hablarnos de su experiencia.

Papá se inclina hacia delante y Richard, reconociendo tal vez su disposición a hablar, le formula la primera pregunta.

—Háblenos de cuando se enteró de que Tessa estaba enferma.

A papá le encanta. Habla de aquella especie de gripe que me duró semanas y de la que parecía incapaz de recuperarme. Explica que el médico de cabecera no supo ver la verdadera causa porque la leucemia es muy poco frecuente. Nos dimos cuenta de que Tessa tenía moretones. Eran pequeños derrames en la espalda provocados por una disminución de las plaquetas.

Papá es un héroe. Explica que renunció a su trabajo como asesor financiero, y que nuestra vida se abocó a tratamientos y hospitales.

—El cáncer no es una enfermedad localizada, sino de todo el cuerpo. Cuando Tess tomó la decisión de abandonar los tratamientos más agresivos, abordamos un planteamiento holístico en casa. Sigue una dieta especial. Es bastante cara, pero creo firmemente que no es la comida de tu vida lo que da salud, sino la vida de tu comida lo que realmente importa.

Me deja de piedra. ¿Es que quiere que la gente llame a la radio ofreciendo dinero para verduras orgánicas?

Richard se gira hacia mí con expresión seria.

—¿Decidiste abandonar el tratamiento, Tessa? Parece una decisión muy difícil de tomar a los dieciséis años.

Noto la garganta seca.

—No es para tanto.

Él asiente como esperando que continúe. Lanzo una mirada a papá, que me guiña un ojo.

—La quimio te prolonga la vida, pero hace que te encuentres mal. Yo estaba recibiendo una terapia muy fuerte. Sabía que si la dejaba podría hacer más cosas.

—Tu padre dice que quieres ser famosa. Por eso querías venir hoy a la radio, ¿no? ¿Para conseguir tus quince minutos de fama?

Tal como lo dice, parezco una de esas pobres chicas que ponen un anuncio en el periódico porque desean ser damas de honor en una boda, pero no conocen a nadie que vaya a casarse. Parezco una auténtica gilipollas.

Respiro hondo.

—Tengo una lista de cosas que quiero hacer antes de morir. Ser famosa es una de

ellas.

A Richard se le iluminan los ojos. Es periodista y reconoce una buena historia.

—Tu padre no me había comentado nada de esa lista.

—Porque la mayoría de cosas son ilegales.

Prácticamente se estaba durmiendo mientras hablaba papá, pero ahora está sentado en el borde de la silla.

—¿En serio? ¿Cómo qué?

—Bueno, cogí el coche de mi padre y me fui a pasar el día fuera sin tener carnet de conducir.

—¡Jo, jo! —ríe entre dientes—. ¡Acaba de perder todas sus bonificaciones, señor Scott! —Le da un pequeño codazo para darle a entender que es una broma, pero papá está apabullado.

Me siento culpable y tengo que apartar la vista de él.

—Un día dije que sí a todo lo que me sugerían.

—¿Y qué pasó?

—Acabé metida en un río.

—Hay un anuncio parecido en la televisión. ¿Sacaste la idea de ahí?

—No.

—Y el otro día estuvo apunto de partirse la crisma yendo de paquete en una motocicleta —tercia papá. Quiere que volvamos a terreno seguro. Pero esto ha sido idea suya y ahora no puede escabullirse.

—Casi me detienen por robar en un supermercado. Quería infringir tantas leyes como pudiera en un día.

Ahora Richard parece un poco tenso.

—Luego estaba el sexo.

—Ah.

—Y las drogas...

—¡Y el rock and roll! —exclama Richard alegremente—. He oído decir que cuando a uno le diagnostican una enfermedad terminal, suele verlo como una oportunidad de poner su vida en orden, de completar asuntos pendientes. Creo que estarán ustedes de acuerdo, estimados oyentes, en que tenemos aquí a una joven que ha decidido coger su vida por los cuernos.

Nos despide con prisas. Creo que papá va a echarme la bronca, pero no lo hace. Subimos lentamente por las escaleras. Me siento exhausta.

—A lo mejor llama gente para dar dinero —dice—. Ya ha ocurrido otras veces. La gente querrá ayudarte.

Mi obra favorita de Shakespeare es Macbeth. Cuando mata al rey, se producen extraños sucesos en el reino. Las lechuzas chillan. Las cigarras lloran. No hay suficiente agua en el océano para limpiar toda la sangre.

—Si consiguiéramos recaudar dinero suficiente, podríamos llevarte a ese centro de investigación de Estados Unidos.

—El dinero no sirve, papá.

—¡Sí! No podemos pagarlo sin ayuda, y allí han tenido algunos éxitos con su programa de fortalecimiento del sistema inmunitario.

Me agarro a la barandilla. Es de plástico, lisa y reluciente.

—Quiero que lo dejes, papá.

—¿Qué deje qué?

—Que dejes de fingir que voy a recuperarme.

Papá pasa el plumero por la mesita, por la repisa de la chimenea y luego por el alféizar de las cuatro ventanas. Abre más las cortinas y enciende las dos lámparas. Es como si intentara ahuyentar la oscuridad.

Sentada a mi lado en el sofá, mamá tiene una expresión de sorpresa.

—Lo había olvidado —le dice a papá.

—¿El qué?

—Cómo te dejas llevar por el pánico.

Él le lanza una mirada de suspicacia.

—¿Eso es un insulto?

Mamá le quita el plumero y le da la copa de jerez que no ha dejado de llenar una y otra vez desde el desayuno.

—Toma. Te llevo mucha delantera.

Creo que ya despertó borracha. Lo que es seguro es que despertó en la cama con papá. Cal me sacó de mi habitación para que lo viera.

—Número siete —le dije.

—¿Qué?

—De mi lista. Iba a viajar por el mundo, pero lo he cambiado por volver a juntar a mamá y papá.

Él me sonrío como si todo fuera cosa mía, cuando en realidad lo hicieron ellos solitos. Miramos en los calcetines y abrimos los regalos sentados en el suelo de su dormitorio mientras ellos nos observaban con cara somnolienta. Era como estar en el túnel del tiempo.

Papá se acerca a la mesa del comedor para retocar los tenedores y servilletas. Ha decorado la mesa con sorpresas de Navidad y pequeños muñecos de nieve hechos de algodón. Ha doblado las servilletas en forma de azucena.

—Les dije a la una.

Cal gruñe detrás de su cómic.

—No sé por qué los invitaste. Son raros.

—Shhh —le hace callar mamá—. ¡El espíritu navideño!

—La estupidez navideña —murmura él, y se da la vuelta en la alfombra para mirarla con aire lastimero—. Ojalá estuviéramos nosotros solos.

Mamá le da unos golpecitos con la punta del pie, pero él no quiere sonreír. Ella agita el plumero.

—¿Quieres que te dé con esto?

—¡Inténtalo!

Cal se pone en pie de un salto, riendo, y corre hacia papá. Mamá lo persigue, pero papá lo protege interponiéndose entre ambos y fingiendo darle golpes de kárate.

—Vais a tirar algo —les digo, pero nadie me escucha.

Mamá mete el plumero entre las piernas de papá y lo sacude. Él se lo arrebató y se lo mete por la blusa, luego la persigue alrededor de la mesa.

Es extraño que lo encuentre tan irritante. Quería que volvieran a estar juntos, pero no exactamente así. Pensaba que serían más maduros.

Hacen tanto ruido que no oímos el timbre de la puerta. De repente se oyen unos golpes en la ventana.

—Huy —exclama mamá—. ¡Los invitados ya están aquí!

Parece mareada cuando se dirige veloz hacia la puerta. Papá se ajusta los pantalones. Aún sonrío cuando sale con Cal detrás de mamá.

Yo me quedo en el sofá. Cruzo las piernas. Las separo. Cojo la guía de televisión y la hojeo con aire despreocupado.

—Mira quién está aquí —anuncia mamá, haciendo pasar a Adam al salón.

Adam lleva camisa de algodón y pantalones de vestir en lugar de tejanos. Se ha peinado.

—Feliz Navidad —dice.

—Igualmente.

—Te he traído una postal.

Mamá me guiña un ojo.

—Os dejaré solos —dice.

Lo que no es muy sutil que digamos.

Adam se sienta frente a mí, en el brazo de una butaca, y me observa abrir la postal, en la que aparece un reno de dibujos animados con acebo en la cornamenta. Dentro ha escrito: «¡Que lo pases muy bien!». No hay besos.

La dejo de pie sobre la mesita y los dos la miramos.

Siento un dolor. Es una sensación débil y familiar, como si no hubiera nada que pudiese aliviarla.

—Lo de la otra noche —empiezo.

Él se desliza del brazo al asiento.

—¿Qué pasa con eso?

—¿Crees que deberíamos hablar de ello?

Vacila como si fuera una pregunta con trampa.

—Seguramente.

—Porque estaba pensando que quizá te asustaste. —Me atrevo a mirarlo a la cara—. ¿Estás asustado?

Pero antes de que pueda responder, se abre la puerta del salón y entra Cal en tromba.

—¡Me has comprado unas mazas para hacer juegos de malabares! —chilla. Se planta delante de Adam con una expresión de asombro total—. ¿Cómo sabes que era

eso lo que quería? ¡Son superguays! Mira, ya casi me sale.

Es un inútil. Las mazas salen disparadas en todas direcciones. Adam se echa a reír, las recoge y lo intenta. Resulta que se le da bien y consigue atraparlas dieciséis veces antes de que se le caigan.

—¿Crees que podrías lograrlo con cuchillos? —pregunta Cal—. Una vez vi a un hombre que hacía malabares con una manzana y tres cuchillos. Pelaba la manzana y se la comía al mismo tiempo. ¿Podrías enseñarme a hacerlo antes de que cumpla doce años?

—Te ayudaré a practicar.

Qué cómodos se les ve juntos mientras se pasan las mazas. Qué fácil es para ellos hablar del futuro.

La madre de Adam viene a sentarse a mi lado en el sofá. Nos estrechamos la mano, lo que resulta un poco extraño. Sus manos son pequeñas y están reseca. Parece cansada, como si hubiera realizado un viaje de varios días.

—Me llamo Sally. También tenemos un regalo para ti.

Me entrega una bolsa de plástico. Dentro hay una caja de bombones. Ni siquiera está envuelta. La saco y la giro sobre el regazo.

Cal le tiende las mazas de malabares.

—¿Quiere probar?

Ella duda un momento, pero acaba levantándose.

—Yo le enseño cómo ha de hacerlo —se ofrece Cal.

Adam vuelve al sofá. Se inclina hacia mí y me dice:

—No estoy asustado.

Sonríe. Yo le correspondo. Quiero tocarlo, pero no puedo porque papá entra con la botella de jerez en una mano y el cuchillo de trinchar en la otra para anunciar que la comida está servida. Hay montañas de comida. Papá ha preparado pavo, carne asada y puré de patatas, cinco tipos de verduras, relleno y salsa. Ha puesto un CD de Bing Crosby, y la antigua música sobre campanillas de trineos y nieve flota en el ambiente mientras comemos.

Yo pensaba que los adultos se pondrían a hablar de hipotecas y otras cosas aburridas, pero mamá y papá están achispados. Se comportan como dos bobos entre sí y no hay tensión.

Ni siquiera Sally puede evitar sonreír cuando mamá le cuenta que a sus padres no les gustaba que papá fuera de la clase trabajadora y le prohibieron que saliera con él. Le habla de colegios privados y de puestas de largo, de las veces que le robaba el poni a su hermana y cruzaba la ciudad para ir al complejo de viviendas de protección oficial a visitar a papá.

Él ríe al recordarlo.

—En realidad era una población pequeña, pero yo vivía justo en la otra punta. El

pobre poni estaba reventado al llegar el sábado y nunca volvió a ganar una competición.

Mamá llena el vaso de vino de Sally. Cal hace un truco de magia con el cuchillo de la mantequilla y la servilleta.

Tal vez la medicación de Sally le permita vivir en realidades alternativas, pues aunque es absolutamente obvio cómo Cal consigue que la servilleta se mueva, ella lo contempla deslumbrada.

—¿Sabes hacer más cosas?

—Muchas —está encantado—. Luego se lo enseño.

Adam se sienta frente a mí. Le toco el pie con el mío por debajo de la mesa. Todo mi ser es consciente de este contacto. Lo observo mientras come. Cuando toma un sorbo de vino, pienso en cómo sabrán sus besos.

«Vamos arriba —le digo con los ojos—. Ahora. Escapémonos».

¿Qué harían ellos? ¿Qué podrían hacer? Nosotros podríamos desnudarnos, meternos en mi cama.

—¡Las sorpresas de Navidad! —exclama mamá—. ¡Nos hemos olvidado de abrirlas!

Cruzamos los brazos y formamos una cadena de sorpresas de Navidad alrededor de la mesa. Sombreros de papel, chistes y juguetes de plástico vuelan por los aires cuando tiramos de ellas y las rompemos.

Cal lee su chiste en voz alta.

—«¿Cuál es el colmo de un sordo?».

Nadie lo sabe.

—«¡Que al morir le dediquen un minuto de silencio!» —exclama.

Todos reímos menos Sally. Quizá esté pensando en su difunto marido. Mi chiste es una birria, sobre dos que van en una moto y se cae el del medio. Lo de Adam ni siquiera es un chiste, sino un comentario. Dice que si el universo hubiera surgido hoy, la Historia ocuparía los últimos diez segundos.

—Eso es cierto —declara Cal—. Los seres humanos son insignificantes comparados con el sistema solar.

—Creo que podría pedir trabajo en una fábrica de sorpresas de Navidad —dice mamá—. ¿No sería divertido?

—Yo podría darte algunas sorpresas —agrega papá, y le guiña un ojo. Realmente han bebido demasiado.

Sally se toca el pelo.

—¿Leo el mío?

Todos pedimos silencio. Los ojos de Sally están tristes cuando lee.

—«Una pareja de gorriones observa atentamente a un sapo encaramado a una rama. El sapo salta, agita las patas y cae al suelo. Sube de nuevo a la rama, salta y

cae, y así una y otra vez. Finalmente, el gorrión se gira hacia su pareja y le susurra: “¿No crees que ya va siendo hora de contarle que es adoptado?”».

Cal se desternilla de risa. Se tira al suelo y agita las piernas. Complacida, Sally vuelve a leer el chiste. La verdad es que es gracioso. La risa empieza siendo un cosquilleo en el estómago, luego me sube a la boca. Sally también ríe, haciendo un sonido como si bebiera a grandes tragos. Parece sorprenderse al emitir ese sonido, con lo que mamá y papá empiezan a reír también. Es un alivio. Un gran alivio, caramba. No recuerdo cuándo fue la última vez que reí a carcajadas. Me resbalan lágrimas por las mejillas. Adam me pasa su servilleta por encima de la mesa.

—Toma.

Sus dedos rozan los míos.

Me seco los ojos. Arriba. Vámonos arriba. Quiero acariciarle todo el cuerpo, y estoy a punto de decirlo, de decir en vos alta: «Tengo un regalo para ti, Adam, pero está en mi habitación, así que tendrás que venir conmigo a buscarlo», cuando se oyen unos golpecitos en la ventana.

Es Zoey, con la cara apretada contra el cristal, parece la Virgen María. Se suponía que no vendría hasta la hora del té, y que la acompañarían sus padres.

Zoey trae el frío con ella. Patea la alfombra con los pies para entrar en calor.

—Feliz Navidad a todo el mundo.

Papá alza su copa y le desea lo mismo. Mamá se levanta y le da un abrazo.

—Gracias —dice Zoey. Luego se echa a llorar.

Mamá le acerca una silla y unos pañuelos de papel. Aparecen dos pastelillos navideños con una gran porción de mantequilla al brandy. Zoey no debería tomar alcohol, pero supongo que incorporado a la mantequilla no cuenta.

—Cuando he mirado por la ventana —dice, sorbiéndose la nariz—, parecía un anuncio. He estado a punto de volverme a casa.

—¿Qué te ocurre, Zoey? —pregunta papá.

Ella se mete en la boca una cucharada de pastelillo con mantequilla, mastica deprisa y traga.

—¿Por dónde quiere que empiece?

—Por donde te apetezca.

—Bueno, tengo la nariz tapada y me encuentro fatal.

—Eso se debe a un aumento de la HCG —le digo—. Es la hormona del embarazo. —Se hace el silencio en la mesa y todos me miran—. Lo he leído en el Reader's Digest.

Creo que no debería haber dicho esto en voz alta. Había olvidado que Adam, Cal y Sally no saben que Zoey está embarazada. Pero ninguno de ellos comenta nada y a Zoey no parece importarle, sólo se mete otro trozo de pastelillo en la boca.

—¿Ha ocurrido algo en tu casa, Zoey? —pregunta papá.

—Se lo he dicho a mis padres —contesta, volviendo a llenar la cuchara con cuidado.

—¿Se lo has dicho hoy? —Se muestra sorprendido.

Ella se limpia la boca con la manga.

—Quizá haya sido un mal momento.

—¿Y ellos que han dicho?

—Un millón de cosas, todas horribles. Me odian. Todo el mundo me odia. Excepto el bebé.

Cal sonrío.

—¿Vas a tener un bebé?

—Sí.

—Apuesto a que será un chico.

Ella sacude la cabeza.

—No quiero un chico.

—Pero ¿quieres tenerlo? —inquire papá. Lo dice con ternura.

Zoey vacila, como si lo pensara por primera vez. Luego le sonrío con los ojos llorosos y asombrados. Jamás había visto esa expresión en su cara.

—Sí. Creo que sí. Voy a llamarla Lauren.

Está embarazada de diecinueve semanas, su bebé está totalmente formado y pesa alrededor de doscientos cuarenta gramos. Si naciera ahora, cabría en la palma de mi mano. Su estómago sería transparente y estaría surcado de venas rosadas. Si yo hablara, me oiría.

—Pondré a tu bebé en mi lista.

Seguramente esto tampoco debería haberlo dicho en voz alta. En realidad no era mi intención. Una vez más, todos se quedan mirándome.

Papá alarga la mano para acariciarme la mía sobre la mesa.

—Tessa.

Detesto ese gesto. Retiro la mano.

—Quiero estar contigo en el parto —digo.

—Faltan cinco meses, Tess —me recuerda Zoey.

—¿Y qué? Sólo son ciento cincuenta días. Pero si no quieres que esté contigo, puedo quedarme fuera y entrar después. Quiero ser la primera persona en el mundo que la coja en brazos.

Zoey se levanta y rodea la mesa. Me abraza. La noto distinta. Tiene la tripa tensa y dura.

—Tessa, quiero que estés conmigo en el parto.

La tarde transcurre rápidamente. Hemos despejado la mesa y encendido el televisor. Escuchamos el discurso de la reina y luego Cal hace unos trucos de magia.

Zoey se pasa la tarde en el sofá con Sally y mamá, repasando hasta el último detalle de su malograda relación con Scott. Incluso les consulta sobre el parto.

—¿Duele tanto como dicen?

Papá se ha enfrascado en su nuevo libro, *Comida orgánica*. De vez en cuando lee en voz alta estadísticas sobre productos químicos y pesticidas a quien le interese.

Adam habla sobre todo con Cal. Le enseña a girar las mazas, le enseña un truco nuevo de monedas. Yo no hago más que cambiar de idea sobre él. No se trata de si me gusta o no, sino de si yo le gusto. De vez en cuando nuestras miradas se cruzan, pero él siempre aparta la vista antes que yo.

«Te desea», me dice Zoey moviendo los labios. Pero si es cierto, no sé cómo lograr que ocurra.

Me paso la tarde hojeando el libro que me ha regalado Cal, «Cien maneras curiosas de conocer a tu Creador». Es muy divertido, pero no impide que me sienta como si estuviera encogiéndome por dentro. Llevo dos horas sentada en esta silla del rincón, apartada de los demás. Sé que me aísla y sé que no está bien, pero no sé de qué otra forma comportarme.

A las cuatro se ha hecho de noche y papá ha encendido todas las luces. Saca cuencos con frutos secos y golosinas. Mamá propone que juguemos a las cartas. Me escabullo sigilosamente mientras ellos colocan las sillas. Estoy harta de paredes y estanterías. Estoy harta de calefacción central y juegos de mesa. Cojo el abrigo y salgo al jardín. Hace un frío horroroso. Me quema los pulmones, convierte mi aliento en humo. Me pongo la capucha, me la ato bajo la barbilla y espero.

Lentamente todo el jardín adquiere nitidez, como si surgiera de la niebla: el acebo que araña el cobertizo, un pájaro que hay sobre la valla con las plumas ahuecadas por el viento.

Dentro estarán repartiendo cartas y pasándose los cacahuates, pero aquí afuera brilla hasta la última brizna de hierba, erizada por la escarcha. Aquí afuera, las estrellas se amontonan en el cielo como en un cuento de hadas. Incluso la luna parece sorprenderse.

Al acercarme al manzano voy pisando frutas caídas. Toco los surcos del tronco, tratando de sentir a través de los dedos su color gris pizarra con matices morados. De las ramas cuelgan flácidas unas cuantas hojas. Un puñado de manzanas arrugadas se están tornando del color del orín.

Cal dice que los seres humanos estamos hechos de las cenizas nucleares de estrellas muertas. Dice que cuando yo muera, volveré a ser polvo, brillo, lluvia. Si es

cierto, quiero que me entierren justo aquí, debajo de este árbol. Sus raíces alcanzarán los blandos restos de mi cuerpo y me chuparán todo el líquido. Renaceré como una flor de manzano. Caeré en primavera como el confeti y me pegaré a los zapatos de mi familia. Me llevarán en los bolsillos, esparcirán mi seda sutil sobre sus almohadas para dormir mejor. ¿Qué sueños tendrán entonces?

En verano me comerán. Adam trepará por la valla para robarme, seducido por mi aroma, mi perfecta forma redondeada, mi salud y mi aspecto lustroso. Le pedirá a su madre que me prepare en un postre y luego se dará un atracón conmigo.

Me tumbo en el suelo e intento imaginármelo. De verdad, de verdad. Estoy muerta.

Me estoy convirtiendo en un manzano. Pero es un poco difícil. Pienso en el pájaro que he visto antes, si se habrá ido volando. Me pregunto que harán los de adentro, si ya me habrán echado en falta.

Me doy la vuelta y aprieto la cara contra la hierba; ella se aprieta contra mí con frialdad. Paso las manos entre la hierba como un rastrillo, levanto los dedos para oler la tierra. Huele a humus, a aliento de gusano.

—¿Qué estás haciendo?

Me giro muy despacio. La cara de Adam está del revés.

—He salido a buscarte. ¿Estás bien?

Me siento y me sacudo la tierra de los pantalones.

—Sí, tenía calor.

El asiente, como si eso explicara el por qué tengo hojas húmedas pegadas al abrigo. Parezco una idiota, lo sé. También llevo la capucha sujeta bajo el mentón como una vieja. La desato rápidamente.

La chaqueta de Adam cruje cuando se sienta a mi lado.

—¿Te apetece un pitillo?

Cojo el cigarro que me ofrece y dejo que me lo encienda. Luego él enciende el suyo y exhalamos el humo en silencio. Noto que Adam me vigila. Mis pensamientos son tan claros que no me sorprendería que él los viera lanzando destellos como un letrero de neón a la puerta de una tienda. Me gustas. Me gustas. Flash. Flash. Flash. Con un rutilante corazón de neón rojo junto a las letras.

Vuelvo a tumbarme en la hierba para esquivar su mirada. El frío traspasa mis pantalones como si fuera agua.

Él se tumba a mi lado, justo a mi lado. Duele y duele tenerlo tan cerca. Me siento mareada.

—Eso es el cinturón de Orión —dice.

—¿Qué es eso?

Señala un punto en el cielo.

—¿Ves esas tres estrellas en línea? Son Mintaka, Alnilam y Alnitak. —Florecen

en la punta de su dedo cuando las nombra.

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando era pequeño, mi padre me contaba historias sobre las constelaciones. Si enfocas con los prismáticos por debajo de Orión, verás una nube de gas gigante; ahí nacen todas las estrellas nuevas.

—¿Estrellas nuevas? Creía que el universo se estaba muriendo.

—Depende de cómo lo mires. También se está expandiendo. —Se coloca de lado y se apoya en un codo—. Tú hermano me ha contado lo que hiciste para ser famosa.

—¿Y te ha dicho que fue un completo desastre?

Ríe.

—No, pero ahora tendrás que contármelo.

Me gusta hacerlo reír. Tiene una boca bonita y me da la oportunidad para mirarlo. Así que le hablo de la ridícula situación en que me vi en la radio, y la convierto en algo mucho más divertido de lo que fue en realidad. Soy una heroína, una anarquista de las ondas. Luego, como todo va tan bien, le cuento que cogí el coche de papá y llevé a Zoey al hotel. Tumbados en la hierba húmeda con el enorme firmamento sobre nuestra cabeza, le hablo del armario, de que mi nombre ha desaparecido de este mundo. Le confieso incluso mi costumbre de escribir en las paredes. Resulta fácil hablar en la oscuridad; no lo sabía.

Cuando termino, él dice:

—No debería preocuparte que te olviden, Tess. —Luego añade—. ¿Crees que nos echarán de menos si nos vamos a mi casa diez minutos?

Sonreímos los dos.

Flash. Flash. El letrero que llevo sobre la cabeza centella.

Cuando traspasamos la parte rota de la valla y recorremos el sendero que lleva a la parte trasera de su casa, su brazo roza el mío. Apenas nos tocamos, pero es una sensación perturbadora.

Lo sigo al interior de la cocina.

—Sólo tardo un momento —dice—. Tengo un regalo para ti.

Sale al recibidor y sube las escaleras corriendo.

Lo añoro cuando se va. Cuando no está conmigo, me da la impresión de que me lo he inventado.

—¿Adam? —Es la primera vez que lo llamo por su nombre. Suena extraño en mi voz, y poderoso, como si fuera a ocurrir algo si lo repito las suficiente veces. Salgo al recibidor y miro hacia lo alto de las escaleras—. ¿Adam?

—Estoy aquí. Sube si quieres.

Así que subo.

Su habitación es igual que la mía, pero al revés. Adam está sentado en la cama. Tiene un pequeño paquete plateado en la mano y parece levemente incómodo por la

citación.

—Ni siquiera sé si te va a gustar —dice.

Me siento a su lado. Cuando dormimos por la noche, sólo una pared nos separa. Voy a hacer un boquete en el fondo de mi armario para abrir una entrada secreta a su mundo.

—Ten. Será mejor que lo abras.

Dentro del envoltorio hay una bolsa, dentro de la bolsa, una caja; dentro de la caja, una pulsera: siete piedras, cada una de un color, unidas por una cadena de plata.

—Sé que intentas no adquirir cosas nuevas, pero he pensado que a lo mejor te gustaba.

Es tan grande mi sorpresa que me quedo sin habla.

—¿Te ayudo a ponértela?

Extiendo el brazo, y él me rodea la muñeca con la cadena y la cierra. Luego enlaza sus dedos con los míos. Nos miramos las manos, juntas en la cama. Unida a la suya y con la pulsera nueva en la muñeca, la mía parece distinta. Y las suyas son completamente nuevas para mí.

—¿Tessa?

Ésta es su habitación. Sólo hay una pared entre mi cama y la suya. Tenemos las manos entrelazadas. Me ha regalado una pulsera.

—¿Tessa? —repite.

Cuando lo miro, siento una leve ansiedad. Sus ojos verdes están llenos de sombras. Su boca es bonita. Se inclina hacia mí y lo sé. Lo sé.

No ha ocurrido aún, pero va a ocurrir.

El número ocho es el amor.

El corazón me late desacompasado.

—Puedo hacerlo yo.

—No —dice Adam—. Déjame a mí.

Cada hebilla es un objeto de atención absoluta; luego me quita las botas y las deja en el suelo una al lado de la otra.

Me agacho para sentarme a su lado en la alfombra. Le desato las zapatillas deportivas, le pongo los pies sobre mi regazo y se las quito. Le acaricio los tobillos, recorro sus pantorrillas con las manos por debajo de los pantalones. Lo estoy tocando. Estoy tocando el suave vello de sus piernas. Ignoraba que podía ser tan audaz.

Lo convertimos en un juego, como el strip poker, pero sin cartas ni dados. Le bajo la cremallera de la chaqueta y se la quito por los hombros para que caiga al suelo. Él me desabrocha el abrigo y lo desliza hacia abajo. Encuentra una hoja del jardín en mi pelo. Jugueteo con sus espesos rizos morenos.

Nada parece trivial con él mirándome, así que actúo despacio con los botones de su camisa. Él último se condensa en forma de planeta bajo nuestra mirada: blanco como la leche y perfectamente redondo.

Es asombroso que los dos sepamos lo que debemos hacer. Ni siquiera tengo que pensarlo. No es habilidad ni conocimiento. Es como si descubriéramos el camino juntos.

Levanto los brazos como una niña para que me quite el jersey. El pelo, mi nuevo pelo, se electriza y crepita en la oscuridad. Me hace reír. Siento como si mi cuerpo fuera fuerte y sano.

Sus dedos me rozan los pechos a través del sujetador, y él sabe, porque nos miramos, que me gusta. Me han tocado muchas personas, me han pinchado y hurgado, encaminado y operado. Pensaba que mi cuerpo se había vuelto insensible al tacto. Volvemos a besarnos. Durante varios minutos. Besos diminutos, en el que él me muerde el labio superior y yo recorro sus labios con la lengua. La habitación parece llena de fantasmas, de árboles, de cielo.

Los besos se tornan más profundos. Nos sumergimos el uno en el otro. Es como la primera vez que nos besamos: con apremio, con vehemencia.

—Te deseo —dice.

Y yo le deseo a él.

Quiero enseñarle mis pechos. Quiero desabrocharme el sujetador y dejarlos libres. Tiro de él hacia la cama sin dejar de besarnos: la garganta, el cuello, la boca. La habitación parece llena de humo, como si algo ardiera entre nosotros.

Me tumbo en la cama y sacudo las caderas. Quiero quitarme los tejanos. Quiero exhibirme ante él, quiero que me vea.

—¿Estás segura de esto?

—Del todo.

Es sencillo.

Adam me desabrocha los tejanos. Yo le desabrocho el cinturón con una mano, como en un truco de magia. Paso el dedo por su ombligo, empujando los bóxers con el pulgar.

El tacto de su piel contra la mía, su peso sobre mí, su calor; no sabía que sería así. No comprendía que, cuando se hace el amor, se hace realmente. Despierta cosas. Afecta a los dos. Se me escapa un suspiro deslumbrado. Él inspira con un leve gemido.

Su mano se desliza bajo mi cadera, la busco con la mía, nuestros dedos se juntan. No estoy segura de a quién pertenece cada mano.

Soy Tessa.

Soy Adam.

Es absolutamente hermoso fusionarse con otra persona.

El tacto de nuestra piel en los dedos. Nuestro sabor en la boca. Todo el rato nos miramos a los ojos, muy atentos, como en la música, como en la danza.

Crece un ansia entre ambos, cambiando, aumentando. Lo deseo. Lo deseo más cerca de mí. No estamos lo bastante cerca. Rodeo su cuerpo con las piernas, empujo su espalda hacia mí, trato de acercarlo aún más.

Cuando todo mi cuerpo implosiona siento que mi corazón se eleva para unirse a mi alma. Como una piedra que cae en un estanque, las ondas del amor tensan todos mis músculos.

Adam grita de alegría.

Lo estrecho fuertemente Contra mí. Me asombro de él. Me asombro de nosotros. De este regalo.

Adam me acaricia la cabeza, la cara, besa mis lágrimas.

Estoy viva, dichosa de estar con él aquí y ahora.

Me sangra la nariz. Estoy delante del espejo del recibidor y la veo resbalar por la barbilla y escurrirse entre mis dedos hasta dejarme las manos viscosas. Gotea en el suelo y se extiende por el tejido de la alfombra.

—Por favor —susurro—. Ahora no. Esta noche no.

Pero no para.

Oigo a mamá arriba, dándole las buenas noches a Cal. Cierra la puerta de su habitación y va al cuarto de baño. Espero, la oigo orinar y luego tirar la cadena. La imagino lavándose las manos en la pila, secándose las con la toalla. Tal vez se esté mirando en el espejo, igual que yo aquí abajo. Me pregunto si se siente tan distante, tan aturdida como yo ante su propio reflejo.

Cierra la puerta del cuarto de baño y baja las escaleras. Le salgo al paso cuando llega al último escalón.

—¡Oh, Dios mío!

—Me sangra la nariz.

—¡Te sale a chorro! —Agita los brazos—. ¡Ven, deprisa! —Me empuja hacia el salón. Unas gruesas gotas salpican la alfombra mientras camino. Amapolas que florecen a mis pies—. Siéntate. Recuéstate y apriétate la nariz.

Es lo contrario a lo que se supone que hay que hacer, así que no obedezco. Adam llegará dentro de diez minutos para irnos a bailar. Mamá me observa un momento y luego sale corriendo del salón. Pienso que a lo mejor ha ido a vomitar, pero vuelve con una servilleta y me la tiende bruscamente.

—Recuéstate. Aprieta la servilleta contra la nariz.

Esta vez obedezco, ya que a mi manera no funciona. La sangre me baja por la garganta. Me trago toda la que puedo, pero una buena parte se me va a la boca y no me deja respirar. Me inclino hacia delante y escupo en la servilleta. Veo un gran coágulo de sangre reluciente, de un extraño rojo oscuro. Sin duda, no es algo que deba estar fuera de mi cuerpo.

—Dame eso —dice mamá.

Le entrego la servilleta, y ella la examina antes de estrujarla. Ahora sus manos también están machadas de sangre, como las mías.

—¿Qué hago, mamá? Adam llegará enseguida.

—Parará en un momento.

—¡Mira cómo tengo la ropa!

Sacude la cabeza con desesperación.

—Será mejor que te tumbes.

Eso tampoco hay que hacerlo, pero la hemorragia no para, así que todo se ha ido a la porra. Mamá se sienta al borde del sofá. Me tumbo y veo formas que se vuelven

brillantes y se disipan. Imagino que estoy en un barco que se hunde. Una sombra aletea frente a mí.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí.

Seguro que no me cree, porque va a la cocina y regresa con una cubitera de hielo. Se agacha junto al sofá y la vacía en su regazo. Los cubitos se deslizan por sus tejanos y caen en la alfombra. Recoge uno, le quita la pelusa y me lo da.

—Póntelo en la nariz.

—Serían mejor unos guisantes congelados, mamá.

Lo piensa unos segundos, luego sale otra vez y vuelve con un paquete de maíz dulce.

—¿Servirá esto? No hay guisantes.

Me entra la risa, y supongo que ya es algo.

—¿Qué? ¿Qué te hace tanta gracia?

Se le ha corrido el rimel y se ha despeinado. Alargo la mano para cogerme de su brazo y ella me ayuda a incorporarme. Me siento vieja. Bajo los pies al suelo y me aprieto la nariz con dos dedos como me enseñaron en el hospital. Noto que la sangre se me agolpa en la cabeza.

—No para, ¿verdad? Voy a llamar a papá.

—Pensaré que no puedes arreglártelas sola.

—Que piense lo que quiera.

Marca el número rápidamente. Se equivoca, marca de nuevo.

—Vamos, vamos —susurra.

El salón se ve pálido. Todos los adornos de la repisa parecen blancos como huesos.

—No contesta. ¿Por qué no contesta? ¿Tanto ruido hay en una bolera?

—Es la primera noche que sale en semanas. Déjalo tranquilo. Ya lo solucionaremos nosotras.

Se le cae el alma a los pies. Ella nunca ha tenido que enfrentarse a una transfusión o una punción lumbar. No le permitían acercarse cuando me transplantaron la médula, pero podría haberme acompañado en innumerables ocasiones y no lo ha hecho.

Incluso sus promesas de visitarme más a menudo se han esfumado con la Navidad. Ahora le toca a ella recibir su dosis de realidad.

—Tienes que llevarme al hospital, mamá.

Me mira con expresión horrorizada.

—Papá ha cogido el coche.

—Llama a un taxi —sugiero.

—¿Y Cal?

—Está durmiendo, ¿no?

Asiente dubitativa, abrumada por la logística.

—Escríbele una nota.

—¡No podemos dejarlo solo! —protesta.

—Tiene once años, mamá, ya es casi adulto.

Vacila brevemente y luego revisa su agenda para llamar a un taxi. Observo su cara pero no consigo enfocarla bien. Sólo advierto una expresión de miedo y perplejidad. Cierro los ojos y pienso en una madre que vi una vez en una película. Vivía en una montaña con un rifle y un montón de hijos. Era una mujer segura y decidida. Pego esa madre sobre la mía, como una tirita en una herida.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, mamá lleva unas toallas en los brazos y me tira del abrigo.

—Creo que no deberías dormirte. Vamos, levántate. Han llamado a la puerta.

Me siento aturdida y acalorada, como si todo fuera un sueño. Mamá me levanta y vamos al recibidor. Pero no es el taxi, sino Adam, muy elegante para nuestra cita. Trato de esconderme regresando al salón a trompicones, pero él ya me ha visto.

—Tess. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué ha ocurrido?

—Le sangra la nariz —le explica mamá—. Pensábamos que era el taxi.

—¿Vais al hospital? Os llevaré en el coche de mi padre.

Pasa al recibidor e intenta rodearme con el brazo como si simplemente fuéramos a pasear en su coche. Como si fuera a hacerme coger mientras yo le lleno la tapicería de sangre y nada de eso importara. Parezco una accidentada. ¿No comprende que no debería de verme así?

Lo aparto de un empujón.

—Vete a casa, Adam.

—Voy a llevarte al hospital —repite, por si no lo he oído bien o la hemorragia me ha atontado.

Mamá lo coge por el brazo y lo conduce hasta la puerta.

—Nos las apañaremos solas. No ocurre nada. Además, mira, el taxi ya está aquí.

—Quiero estar con ella.

—Lo sé. Lo siento.

Adam toca mi mano cuando paso junto a él en el sendero.

—Tess.

No respondo, ni siquiera lo miro, porque su voz es tan clara que si lo miro podría cambiar de opinión. Encontrar el amor justo cuando estoy yéndome y tener que renunciar a él sí que es una buena jugarreta. Pero tengo que hacerlo. Por él y por mí. Antes de que empiece a doler más de lo que ya duele.

Mamá extiende las toallas sobre el asiento del taxi y luego anima al taxista a hacer un espectacular cambio de sentido.

—Eso es. Pisa a fondo.

—Suena como si estuviera en una película.

Adam nos observa desde la cancela. Agita la mano. Se vuelve cada vez más pequeño mientras el taxi se aleja.

—Ha sido muy amable —dice mamá.

Cierro los ojos. Me siento como si cayera, aunque voy sentada.

Mamá me da un codazo.

—No te duermas.

La luna entra intermitentemente por la ventanilla. En la calle hay niebla.

Pensábamos ir a bailar. Yo quería tomarme una copa de más, subirme a una mesa y tararear alegres canciones. Quería trepar por la verja del parque, coger un bote y dar una vuelta por el lago. Quería volver a casa de Adam, subir sigilosamente a su habitación y hacer el amor.

—Adam —digo entre dientes, pero se me llenan de sangre como todo lo demás.

En Urgencias me sientan en una silla de ruedas. Me dicen que necesito atención inmediata y me sacan rápidamente de la recepción. Dejamos atrás las vulgares víctimas de riñas en pubs, drogas y peleas domésticas y enfilamos velozmente el pasillo hacia algo más importante.

Encuentro las diferentes capas del hospital extrañamente tranquilizadoras. Es un mundo duplicado con sus propias reglas, y cada uno tiene su lugar en él. En las salas de urgencia están los chicos jóvenes que conducen coches rápidos con malos frenos, y los motoristas que han tomado una curva a demasiada velocidad.

En los quirófanos están las personas que ha tonteado con armas, o las víctimas de algún psicópata. También los accidentados: la niña cuyo pelo se quedó atrapado entre las puertas del ascensor, la mujer que llevaba un sujetador con aros en medio de una tormenta eléctrica.

En las camas, en lo más profundo del edificio, están las migrañas que nunca se van, los riñones que fallan, los sarpullidos, los lunares irregulares, los bultos en el pecho, las rosas rebeldes. En el pabellón Marie Curie de la cuarta planta están los niños cancerosos, cuyos cuerpos se consumen lenta y secretamente.

Y luego está la morgue, donde yacen los muertos en cajones refrigerados con tarjetas de identificación atadas a los pies.

Me llevan a una habitación luminosa y esterilizada. Hay una cama, un lavabo, un médico y una enfermera.

—Creo que tiene sed —dice mamá—. Ha perdido mucha sangre. ¿No debería beber algo?

El médico desestimaba sus palabras con un ademán.

—Tenemos que taponarla.

—¿Taponarla?

La enfermera lleva a mamá hasta una silla y se sienta a su lado.

—El médico le aplicará tiras de gasa en la nariz para detener la hemorragia —le explica—. Puede quedarse si quiere.

Estoy tiritando. La enfermera se levanta para darme una manta y me tapa hasta la barbilla. Vuelvo a tiritar.

—Alguien sueña contigo —dice mamá—. Eso es lo que significa.

Yo siempre había creído que significaba que, en otra vida, alguien pisaba tu tumba.

El médico me tapa la nariz, escudriña mi boca, me palpa la garganta y la nuca.

—¿Señora?

Mamá se sobresalta y se yergue a la silla.

—¿Yo?

—¿Algún síntoma de trombocitopenia antes de hoy?

—¿Perdón?

—¿Se ha quejado su hija de dolores de cabeza? ¿Se ha fijado usted en si tenía puntos rojos?

—No lo he mirado.

El médico suspira y comprende que este lenguaje es desconocido para ella, pero extrañamente insiste.

—¿Cuándo le hicieron la última transfusión de plaquetas?

Cada vez aumenta más la perplejidad de mamá.

—No estoy segura.

—¿Ha tomado aspirinas recientemente?

—Lo siento. No sé nada de todo eso.

Decido salvarla. Mamá no es lo bastante fuerte y podría irse si la cosa se pone demasiado difícil.

—El veintiuno de diciembre me hicieron la última transfusión. —Mi voz suena áspera. La sangre borbotea en mi garganta.

El doctor me mira ceñudo.

—No hables. Señora, acérquese y coja las manos a su hija.

Ella se sienta en el borde de la cama, obediente.

—Aprieta la mano de tu madre una vez para decir sí —me indica el médico—. Dos veces para decir no. ¿Entendido?

—Sí.

—Silencio. Aprieta. No hables.

Repasamos la misma rutina: puntos rojos, dolores de cabeza, aspirina, pero esta vez mamá tiene una apuntadora.

—¿Bonjela o Teejel? —pregunta el médico.

Dos apretones.

—No —dice mamá—. No ha tomado.

—¿Antiinflamatorios?

Dos apretones.

—No. —Me mira a los ojos.

—Bien. Voy a taponarte la parte frontal de la nariz con gasa. Si eso no basta, te taponaré toda, y si la hemorragia persiste, tendremos que cauterizar. ¿Te han cauterizado la nariz alguna vez?

Aprieto la mano de mamá con tanta fuerza que ella hace una mueca de dolor.

—Sí.

Huele horrores. Olí mi propia carne quemada durante días.

—Tendremos que comprobar las plaquetas. Me sorprendería que no estuvieran debajo de veinte. —Me toca la rodilla a través de la manta—. Lo siento. Menuda noche.

—¿Por debajo de veinte? —repite mamá.

—Seguramente necesitará un par de unidades. No se preocupe, no llevará más de una hora.

Mientras me mete gasa estéril en la nariz, trato de concentrarme en cosas sencillas: una silla, los dos abedules plateados del jardín de Adam y el modo en que se estremecen al viento.

Pero no consigo concentrarme en eso.

Siento como si me hubiera comido una compresa; tengo la boca seca y me cuesta respirar. Miro a mamá, pero sólo veo que todo esto le repugna y que ha vuelto la cara hacia otro lado. ¿Cómo es posible que me sienta más vieja que mi propia madre?

Cierro los ojos para no tener que ver como fracasa.

—¿Notas molestias? —pregunta el médico—. Señora, ¿alguna idea para distraerla?

Ojalá no hubiera dicho eso. ¿Qué quiere que haga ella? ¿Bailar? ¿Cantar? A lo mejor nos obsequia con su famoso número de desaparición y se marcha sin más.

El silencio se prolonga. Al final mamá dice:

—¿Te acuerdas del día que probamos las ostras y tu padre vomitó en la papelera al final del muelle?

Abro los ojos. Las sombras de la habitación se desvanecen con el resplandor de sus palabras. Incluso la enfermera sonrío.

—Sabían exactamente igual que el mar —prosigue—. ¿Te acuerdas?

Sí. Pedimos cuatro, una para cada uno. Mamá echó la cabeza atrás y tragó la suya enterita. Yo hice lo mismo. Pero papá masticó la suya y le dio asco. Corrió por el muelle apretándose el estómago, y después se bebió una lata entera de limonada sin pararse a respirar. A Cal tampoco le gustó. «A lo mejor es un alimento sólo para mujeres», dijo mamá, y compró dos más para nosotras.

Ahora continúa describiendo un pueblo marinero y un hotel, un corto trecho hasta la playa y días de sol radiante.

—Te encantaba aquel sitio. Te pasabas horas y horas recogiendo conchas y guijarros. Un día le ataste una cuerda a un tronco de madera y anduviste todo el día arrastrándolo por la playa como si fuera un perro.

La enfermera ríe y mamá sonríe.

—Eras una niña con mucha imaginación. Una niña muy buena.

¿Y entonces por qué me abandonó? Si se lo preguntara, quizá ella hablaría al fin del hombre por el que dejó a papá. Tal vez me contaría sobre un amor tan grande que yo empezaría a comprender.

Pero no puedo hablar. Noto la garganta estrecha y febril. Así que me limito a escuchar mientras mamá explora un viejo sol, días pasados, belleza perdida. Es agradable. Tiene una gran inventiva. Incluso el médico parece divertirse. En su historia, el cielo titila y día tras día vemos delfines jugando en el mar.

—Oxígeno adicional —indica el médico. Y me guiña el ojo como si me estuviera ofreciendo droga—. No será necesario cauterizar. —Comenta algo más con la enfermera y, al llegar a la puerta, se gira para despedirse con la mano—. Mi mejor paciente de la noche hasta ahora —dice, y añade para mamá—. Y usted no lo ha hecho mal.

—¡Bueno, menuda novecita! —exclama mamá cuando por fin nos subimos a un taxi para volver a casa.

—Me ha gustado que estuvieras conmigo.

Se queda sorprendida, complacida incluso.

—No estoy segura de haber servido de mucho.

La luz del amanecer se derrama sobre las calles. En el taxi hace frío, el aire está enrarecido, como dentro de una iglesia.

—Toma. —Mamá se desabrocha el abrigo y me lo pone por encima de los hombros—. Pise a fondo —le dice al taxista, y las dos nos echamos a reír.

Regresamos por el mismo camino de la ida. Mamá está muy parlanchina, habla de planes para la primavera y la Pascua. Dice que quiere pasar más tiempo en nuestra casa. Quiere invitar a cenar a algunos viejos amigos de papá y ella. A lo mejor organiza una fiesta para mi cumpleaños en mayo.

A lo mejor esta vez lo dice en serio.

—¿Sabes? Por la noche, cuando cierran los puestos del mercado, salgo a recoger verdura y fruta del suelo. A veces tiran cajas enteras de mangos. La semana pasada encontré una bolsa de plástico con cinco lubinas. Si lo meto todo en el congelador de papá, tendremos comida de sobra para fiestas y cenas y a tu padre no le costará nada.

Se pierde entre fiestas y cócteles. Habla de bandas de música y animadores; alquila un centro cívico y lo llena de globos y serpentinas. Me acurruco y apoyo la

cabeza en su hombro. Al fin y al cabo soy su hija. Intento mantenerme muy quieta porque no quiero que cambie nada. Me siento estupendamente al arrullo de sus palabras y el calor de su abrigo.

—Mira qué cosa más extraña.

Tengo que esforzarme para abrir los ojos.

—¿Qué es?

—Allí, en el puente. Antes no estaba.

Nos hemos detenido en el semáforo frente a la estación de trenes. Hay mucho ajeteo, a pesar de ser tan temprano. Los taxis dejan en la estación a los viajeros que desean anticiparse a la hora punta. En lo alto del puente, muy por encima de la carretera, han aparecido unas letras. Varias personas las están mirando. Hay una T temblorosa, una E irregular, y cuatro curvas entrelazadas para la doble S. Al final hay una A como una montaña, más grande que las otras letras.

—Qué coincidencia —murmura mamá.

Pero no lo es.

Llevo el móvil en el bolsillo, abro y cierro la mano.

Lo habrá hecho durante la noche. Trepó al muro, se sentó en lo alto a horcajadas y luego se inclinó sobre el borde.

Me duele el corazón. Saco el móvil y mando un mensaje: «Stas vivo?».

El semáforo se pone verde. El taxi pasa por debajo del puente y enfila la calle principal. Son las seis y media. ¿Estará despierto? ¿Y si ha perdido el equilibrio y se ha precipitado al vacío?

—¡Oh, Dios mío! —exclama mamá—. ¡Estás por todas partes!

Las tiendas de la calle principal aún tienen las persianas bajadas y los escaparates a oscuras. Mi nombre aparece garabateado en todas ellas. Estoy en el quiosco de Ajay. Estoy en las caras persianas de la tienda de comida ecológica. Estoy en grandes letras en la tienda de muebles de Handie, en el King's Chicken Joint y en el Barbecue Café. Acordono la acera frente al banco, llego hasta la tienda de Mothercare. He tomado posesión de la calle y soy un círculo reluciente en la rotonda.

—¡Es un milagro! —susurra mamá.

—Es Adam.

—¿El vecino? —Su voz denota asombro, como si fuera cosa de magia.

Mi móvil pita. «Stoy vivo. Y tu?».

Suelto una carcajada. Cuando llegue, voy a llamar a su puerta y pediré perdón. Él sonreirá igual que me sonrió ayer cuando llevaba las bolsas de basura del jardín por el sendero, me vio mirándolo y dijo: «No puedes estar sin mí, ¿eh?». Me hizo reír, porque en realidad era cierto, pero al decirlo en voz alta dejó de ser insoportablemente doloroso.

—¿Adam ha hecho esto por ti? —pregunta mamá, estremeciéndose de la

emoción. Siempre ha sido una romántica.

Le contesto: «Stoy viva tambn. Vuelvo a csa».

Zoey me preguntó una vez: «¿Cuál ha sido el mejor momento de tu vida hasta ahora?».

Y yo le hablé del día que estuve haciendo el pino con mi amiga Lorraine. Tenía ocho años, la fiesta del colegio era al día siguiente y mamá había prometido comprarme un joyero. Me tumbé en la hierba cogida de la mano de Lorraine, mareada de felicidad y absolutamente segura de que el mundo era bueno.

Zoey pensó que estaba loca. Pero realmente aquélla fue la primera vez que supe que era feliz de un modo consciente.

Besar a Adam reemplazó ese día. Hacer el amor reemplazó el beso. Y ahora Adam ha hecho esto por mí. Me ha hecho famosa. Ha puesto mi nombre en el mundo, pese a que he pasado la noche en el hospital con la nariz taponada. Llevo una bolsa con antibióticos y calmantes, me duele el brazo después de hacer recibido dos unidades de plaquetas a través del *portacath*. Sin embargo, es increíble lo feliz que me siento.

—Quiero que Adam venga a vivir aquí.

Atónito papá se gira en el fregadero y sus manos gotean jabón.

—¡Qué ridiculez es ésa!

—Lo digo en serio.

—¿Y dónde se supone que va dormir?

—En mi habitación.

—¡Ni hablar, Tessa! —Se da la vuelta otra vez y entrechoca cuencos y platos—.

¿Está en tu lista? ¿Tener a tu novio viviendo en casa?

—Se llama Adam.

Sacude la cabeza.

—Olvidalo.

—Entonces me iré yo a su casa.

—¿Crees que su madre te querrá allí?

—Pues entonces nos iremos a Escocia y viviremos en una granja. ¿Lo prefieres así?

Se vuelve hacia mí con gesto furioso.

—La respuesta es no, Tess.

Detesto que quiera imponer su autoridad a fuerza. Subo a mi habitación cabreada y doy un portazo. Él piensa que es por el sexo. ¿Es que no puede ver más allá? ¿Y no se da cuenta de lo difícil que me resulta pedírselo?

Hace tres semanas, a finales de enero, Adam me llevó en la moto, más lejos y a más velocidad que la vez anterior, a un lugar cerca de Kent donde hay un terreno pantanoso que baja en suave pendiente hacia una playa. Había cuatro aerogeneradores mar adentro, y sus palas fantasmales giraban sin parar.

Él lanzó piedras a las olas y yo me senté en la playa de guijarros y le conté que mi lista se estaba expandiendo, alejándose de mí.

—Quiero tantas cosas. Diez ya no bastan.

—Cuéntame.

Al principio fue fácil. Añadía y añadía. Primavera. Narcisos y tulipanes. Nadar bajo un tranquilo y despejado cielo nocturno. Un largo viaje en tren, un pavo real, una cometa. Otro verano. Pero no pude decirle qué era lo que más deseaba.

Aquella noche Adam se fue a su casa. Todas las noches se va a su casa para cuidar de su madre. Duerme a unos metros de mí, al otro lado de la pared, al otro lado del armario.

Al día siguiente apareció con unas entradas para el Zoo. Fuimos en tren. Vimos lobos y antílopes. Un pavo real desplegó su cola para mí, esmeralda y aguamarina. Comimos en una cafetería y Adam me compró una bandeja de fruta con una uva

negra y mango de vistoso colorido.

Unos días más tarde me llevó a una piscina climatizada. Después de nadar, nos sentamos en el borde, envueltos en toallas y con los pies en el agua. Tomamos chocolate caliente y nos reímos de los niños que daban chillidos al salir al aire frío. Una mañana me trajo un cuenco de flores de azafrán a mi habitación.

—Primavera —dijo.

Me llevó a nuestra colina en la moto. Me compró una cometa plegable en el quiosco y la echamos a volar juntos.

Día tras día era como si alguien hubiese hecho pedazos mi vida y le hubiese dado brillo a cada trozo con mucho cuidado antes de volver a unirlos.

Pero no hemos compartido ni una sola noche.

Y el día de San Valentín, sólo doce días después de una transfusión de sangre, me dijeron que tenía anemia.

—¿Qué significa eso? —le pregunté al especialista.

—Que está avanzando.

Cada vez me cuesta más respirar. Mis ojeras se han vuelto más oscuras. Mis labios se parecen a un plástico tensado.

Anoche desperté a las dos de la madrugada. Tenía un dolor punzante en las piernas, como un dolor de muelas. Había tomado paracetamol antes de acostarme, pero necesitaba codeína. De camino al cuarto de baño, pase por la puerta abierta del dormitorio de papá, y vi a mamá con el pelo desparramado sobre la almohada y el brazo de papá cubriéndola protectoramente. Ya van tres veces que se queda a dormir en las últimas dos semanas.

Me detuve en el descansillo mirando como dormían y supe que no podía seguir sola en la oscuridad.

Mamá sube y se sienta en mi cama. Estoy de pie junto a la ventana contemplando el anochecer. El cielo está lleno de algo, las nubes, expectantes a ras del suelo.

—Así que quieres que Adam se instale aquí —dice.

Escribo mi nombre en la ventana empañada. Las marcas que deja mi dedo en el cristal hacen que me sienta más joven.

—Quizá tu padre acepte que Adam se quede alguna que otra noche, Tess, pero no permitirá que venga a vivir aquí.

—Papá dijo que me ayudaría a cumplir los objetivos de mi lista.

—Y te está ayudando. Acaba de comprar los billetes para que vayamos todos a Sicilia, ¿no?

—¡Porque quiere pasar una semana contigo!

Cuando me doy la vuelta para mirarla, ella tiene el entrecejo fruncido, como si yo fuera alguien a quien jamás ha visto.

—¿Eso es lo que te ha dicho?

—Y está enamorado de ti; eso es obvio. Viajar ni siquiera está ya en mi lista. —
Su expresión es de desconcierto.

—Pensaba que viajar era el número siete.

—Lo cambié por conseguir que papá y tú volvierais a estar juntos.

—¡Oh, Tessa!

Resulta extraño, porque ella más que nadie debería comprender lo que es el amor.
La abrazo.

—Háblame de él.

—¿De quién?

—Del hombre por el que nos abandonaste.

—¿Por qué quieres hablar de eso ahora? —Se sorprende.

—Porque tú dijiste que no tenías alternativa. ¿No fue eso?

—Dije que era desgraciada.

—Mucha gente es desgraciada, pero no sale huyendo.

—Por favor, Tess, no me apetece hablar de eso, de verdad.

—Nosotros te queríamos.

Plural. Pasado. Pero sigue sonando demasiado grande para esta pequeña habitación. Me mira con un rastro pálido y anguloso.

—Lo lamento.

—Debías de querer a ese hombre más de lo que has querido nunca ha nadie.
Debía de ser alguien maravilloso, alguien mágico.

No responde.

Me giro hacia la ventana.

—Por lo tanto, deberías comprender lo que siento por Adam.

Mamá se levanta y se acerca. No me toca, pero se detiene muy cerca de mí.

—¿Siente él lo mismo por ti, Tess?

—No lo sé.

Quiero apoyarme en ella y fingir que todo va a ir bien. Pero borro mi nombre del cristal y contemplo la noche. Fuera, el ambiente se ve extrañamente lúgubre.

—Hablaré con tu padre. Ha ido a acostar a Cal, pero cuando acabe me lo llevaré a tomar una cerveza. ¿Estaréis bien los dos solos?

—Le pediré a Adam que venga. Le prepararé la cena.

—De acuerdo. —Se dispone a salir, pero al llegar a la puerta se gira—. Quieres cariño y cosas agradables, Tessa, pero ten cuidado. Las personas no siempre pueden darte lo que quieres.

Corto cuatro gruesas rebanadas de pan y las pongo a tostar. Saco tomates del estante de las verduras y, como Adam está apoyado en el fregadero mirándome, sostengo dos tomates a la altura de los pechos y voy bailando hacia la encimera.

Él ríe. Corto los tomates en rodajas que coloco en el grill junto al pan. Saco el

rallador del armario y el queso de la nevera, y rallo en montón sobre la tabla mientras se hacen las tostadas. Sé que hay un espacio entre el borde de mi camiseta y la cintura de mis pantalones. Sé que hay una curva especial (la única curva que me queda) donde la espalda se une al trasero y que cuando me apoyo en una cadera, esa curva se magnifica.

Después de rallar el queso me lamo los dedos muy despacio, y ocurre exactamente lo que sabía que ocurriría: él se acerca y me besa en la nuca.

—¿Quieres saber que estoy pensando? —susurra.

—Dime. —Aunque ya lo sé.

—Te deseo. —Me da la vuelta y me besa en la boca—. Mucho.

Había como poseído una fuerza que no comprendía. Me encanta. Me aprieto contra él.

—¿Quieres saber lo que yo quiero? —pregunto.

—Dilo.

Sonríe. Cree que sabe lo que voy a decir. No quiero que deje de sonreír.

—A ti. —Es verdad. Pero no toda la verdad.

Apago el gas antes de subir. Las tostadas se han carbonizado. El olor a quemado me pone triste.

En sus brazos lo olvido. Pero después, tumbados en silencio, lo recuerdo.

—Tengo pesadillas —digo.

Me acaricia la cadera y el muslo. Su mano es cálida y firme.

—Cuéntamelas.

—Voy a alguna parte. Ando descalza por los campos hacia un lugar en los confines del mundo. Paso por encima de cercas y camino a través de hierba alta. Cada noche voy más lejos. Anoche llegué a un bosque tenebroso. Al otro lado había un río. Una bruma flotaba sobre la superficie del agua. No había peces y al atravesarlos notaba el cieno entre los dedos de los pies.

Adam me acaricia la mejilla con un dedo. Luego me estrecha contra sí y me besa. En la mejilla, en el mentón. En la otra mejilla. Luego en la boca. Muy suavemente.

—Iría contigo si pudiera.

—Da mucho miedo.

Mueve la cabeza.

—Soy muy valiente.

Lo sé. Para empezar, ¿cuántas personas estarían aquí conmigo?

—Adam, tengo que pedirte una cosa.

Él espera. Su cabeza junto a la mía en la almohada, sus ojos serenos. Es difícil. No encuentro las palabras. Los libros del estante que hay sobre la cama parecen moverse y suspirar.

Adam se sienta y me da un bolígrafo.

—Escríbelo en la pared.

Miro todas las cosas que he escrito ahí a lo largo de los meses. Deseos garabateados. Podría añadir muchas cosas. Una cuenta de ahorro conjunta, cantar en la ducha con él, oírlo roncar durante años y años.

—Venga —me anima—. Tengo que irme pronto.

Y esas son las palabras que me recuerdan el mundo exterior, cosas que hacer y lugares en que estar, las que me permiten escribir.

«Quiero que vengas a vivir aquí. Quiero las noches». Lo anoto de prisa y con muy mala letra, así que quizá no lo entienda. Luego me escondo bajo el edredón.

Se produce una segunda pausa.

—No puedo, Tess.

Salgo de debajo del edredón. No veo su cara, sólo un destello de luz reflejado en sus ojos. El brillo de las estrellas quizá. O de la luna.

—¿Porque no quieres?

—No puedo dejar sola a mi madre.

Odio a su madre, las arrugas que tiene en la frente y alrededor de los ojos. Odio su expresión de animal herido. Ha perdido a su marido, pero no ha perdido todo lo demás.

—¿No puedes volver cuando se duerma?

—No.

—¿Se lo has preguntado alguna vez?

Se baja de la cama sin tocarme y se viste. Desearía poder pegarle células cancerosas en el culo. Podría alcanzarlo desde aquí y sería mío para siempre. Levantaría la alfombra y lo arrastraría hasta los cimientos de la casa. Haríamos el amor delante de los gusanos. Mis dedos se meterían bajo su piel.

—Te perseguiré desde la tumba —lo amenazo—. Pero en tu interior. Cada vez que tosas, pensarás en mí.

—No me lées más.

Y se va.

Cojo mi ropa rápidamente y voy tras él. Adam agarra la chaqueta que ha dejado en la barandilla. Lo oigo atravesar la cocina y abrir la puerta de atrás.

Aún está en el umbral cuando lo alcanzo. Más allá, en el jardín caen grandes copos de nieve en remolinos. Debe de haber empezado cuando estábamos arriba. El sendero se halla cubierto de nieve, la hierba también. El cielo está lleno. El mundo parece silencioso y más pequeño.

—Querías nieve. —Alarga la mano para recoger un copo y me lo muestra.

Es perfecto, como los que yo hacía con las blondas de las bandejas y pegaba en las ventanas del colegio. Lo observamos mientras se derrite en su palma.

Cojo el abrigo. Adam me trae las botas, la bufanda y la gorra y me ayuda a bajar

el escalón. Mi aliento se escarcha. Nieva tanto que nuestras huellas se borran en cuanto levantamos el pie.

La capa de nieve que cubre la hierba es más gruesa; cruje al pisarla. Atravesamos juntos su pureza. Intentamos gravar nuestros nombres golpeando la nieve con los pies, tratando de alcanzar la hierba de debajo. Pero la nieve que cae cubre todas nuestras señales.

—Mira —dice Adam. Se tumba de espaldas y mueve brazos y piernas. Grita por el frío que le entra en el cuello. Vuelve a levantarse y da patadas en el suelo para sacudirse los pantalones—. Para ti. Un ángel de nieve.

Es la primera vez que me mira desde que he escrito mi deseo en la pared. Sus ojos están tristes.

—¿Has tomado alguna vez helado de nieve? —pregunto.

Lo envió a la cocina por un cuenco, azúcar glas, vainilla y una cuchara. Siguiendo mis instrucciones, vierte nieve en el cuenco y mezcla todos los ingredientes. Se convierte en un puré, se pone marrón, sabe raro. No es como lo recordaba de cuando era niña.

—Quizá sea con yogur y zumo de naranja.

Adam vuelve a la cocina. Regresa. Probamos otra vez. Sabe peor, pero esta vez él se hecha a reír.

—Bonita boca —le digo.

—Estás temblando. Deberías entrar en casa.

—Sin ti no.

Mira su reloj.

—¿Qué nombre se le da a un muñeco de nieve en el desierto? —pregunto.

—Tengo que irme, Tess.

—Charco.

—En serio.

—No puedes irte ahora. Hay una tormenta de nieve. No encontraré el camino de vuelta a casa.

Bajo la cremallera del abrigo y lo dejo caer de modo que me queda un hombro al descubierto. Antes Adam se ha pasado varios minutos besando ese trozo de hombro en particular. Me mira parpadeando. La nieve le cae en las pestañas.

—¿Qué quieres de mi, Tess?

—Las noches.

—¿Qué quieres de verdad?

Sabía que lo entendería.

—Quiero que estés conmigo en la oscuridad. Que me abracés. Qué sigas amándome. Que me ayudes cuando esté asustada. Que vengas conmigo hasta el final para ver lo que hay allí.

Su mirada es penetrante.

—¿Y si me equivoco?

—Es imposible equivocarse.

—Podría fallarte.

—No lo harás.

—Podría entrarme pánico.

—No importa. Sólo quiero que estés conmigo.

Nos miramos en medio del jardín invernal. Sus ojos son muy verdes. En ellos veo su futuro entendiéndose ante él. No sé lo que él ve en los míos, pero es valiente. Siempre lo he sabido. Me coge de la mano y volvemos dentro.

De regreso en la cama me siento más pesada, como si el colchón se me hubiera pegado al cuerpo y me estuviera absorbiendo. Adam tarda siglos en desvestirse, luego se queda temblando en calzoncillos.

—Entonces, ¿tengo que meterme en la cama contigo?

—Sólo si quieres.

Pone los ojos en blanco, como si no hubiese manera de llevarme la contraria. Es tan difícil conseguir lo que deseo. Me preocupa que la gente sólo me dé cosas porque se sienta culpable. Necesito que Adam quiera estar aquí. ¿Cómo sabré si quiere o no?

—¿No deberías decírselo a tu madre? —le pregunto cuando se mete en la cama.

—Se lo diré mañana. Lo superará.

—No lo haces porque te doy pena, ¿verdad?

Sacude la cabeza.

—Basta ya, Tess.

Nos arropamos juntos, pero aún tenemos el frío de la nieve metido en el cuerpo; tenemos los pies y las manos congelados. Hacemos bicicleta con las piernas para entrar en calor. Él me frota, me acaricia. Me estrecha de nuevo en sus brazos. Noto que su pene se pone duro. Eso me hace reír. El también ríe, pero nervioso, como si me burlara de él.

—¿Me deseas? —digo.

Sonríe.

—Siempre te deseo, pero es tarde; deberías dormir.

Con la nieve, el mundo exterior parece más brillante. La luz se filtra a través de la ventana. Me duermo contemplando el pálido reflejo de su brillo en la piel de Adam. Cuando despierto, aún es de noche y él está dormido. Su cabello es negro sobre la almohada, su brazo me rodea como si pudiera retenerme aquí. Suspira, deja de respirar, se mueve, respira otra vez. Está en medio del sueño, parte de este mundo pero también parte de otro. Me resulta extrañamente reconfortante.

Pero su presencia no impide que me duelan las piernas. Le dejo el edredón, me envuelvo en la manta y voy tambaleándome hasta el cuarto de baño en busca de

codeína.

Cuando salgo, papá está en el descansillo, en bata. Había olvidado su existencia. No llevaba zapatillas. Los dedos de sus pies son largos y grises.

—Te estás haciendo viejo. La gente mayor se levanta a menudo en medio de la noche. Él se ajusta la bata.

—Sé que Adam está en tu habitación.

—¿Y mamá está en la tuya?

A mi me parece un buen argumento, pero él prefiere pasarlo por alto.

—No me has pedido permiso.

Miro la alfombra y espero que acabe con esto rápidamente. Noto las piernas llenas, como si mis huesos se estuvieran hinchando. Muevo los pies.

—No quiero ser aguafiestas, Tess, pero mi deber es cuidar de ti y no quiero que sufras.

—Un poco tarde para eso. —Lo digo en broma, pero él no sonrío.

—Adam no es más que un crío, Tessa. No puedes depender de él para todo: podría fallarte.

—No me fallará.

—¿Y si lo hace?

—Entonces siempre te tendré a ti.

Es extraño abrazarlo en la oscuridad del descansillo. Nos damos el abrazo más fuerte que recuerdo. Al final me suelta y me mira con seriedad.

—Nunca te abandonaré, Tess. Hagas lo que hagas, pese a lo que todavía tengas que hacer, lo que tu tonta lista te obligue a hacer. Quiero que lo sepas.

—Ya no queda casi nada.

El número nueve es que Adam se venga a vivir aquí. Más profundo que el sexo. Se trata de enfrentarme a la muerte, pero no sola; que mi cama ya no sea aterradora, sino un lugar cálido en el que me espera Adam.

Papá me besa la coronilla.

—Pues ve. —Y se mete en el cuarto de baño.

Yo vuelvo con Adam.

La primavera es un poderoso Hechizo.

El azul. Las nubes altas y esponjosas. El aire más calido después de semanas de frío.

—La luz es distinta esta mañana —le digo a Zoey—. Me ha despertado.

Ella cambia de postura en la hamaca.

—Que suerte. A mi me ha despertado un calambre en la pierna.

Estamos sentadas bajo el manzano. Zoey se ha traído una manta del sofá para envolverse, pero yo no tengo frío. Es uno de esos suaves días de marzo en que la tierra parece inclinarse hacia delante. La hierba se ha cubierto de margaritas. Crecen los tulipanes. En los bordes de la valla. El jardín incluso huele diferente, a algo húmedo y secreto.

—¿Estás bien, Tess? Te veo un poco rara.

—Estoy concentrada.

—¿En qué?

—En señales.

Suelta un leve gemido, coge el folleto de vacaciones de mi regazo y lo hojea.

—Entonces me torturaré con esto. Avísame cuando acabes.

—Nunca acabaré.

Esa brecha en las nubes por la que pasa la luz.

Ese pájaro osado que surca el cielo volando en línea recta.

Hay señales por todas partes. Protegiéndome.

Cal también las busca ahora, aunque de un modo más práctico. Las llama: «Hechizos para alejar la muerte».

Ha puesto ajo encima de todas las puertas y en las cuatro esquinas de mi cama. Ha hecho letreros de «No Pasar» para la puerta de adelante y la de atrás.

Anoche, mientras veíamos la tele, ató nuestras piernas juntas con una comba. Parecía que fuéramos a participar en una carrera a tres piernas.

—Nadie podrá llevarte si estás atada a mí.

—¿Podrían llevarte a ti también!

Se encogió de hombros, como si eso le tuviese sin cuidado.

—Tampoco podrán llevarte en Sicilia; no sabrán donde estás.

—Mañana sale el avión. Una semana entera al sol.

Le doy envidia a Zoey con el folleto, pasando el dedo por la playa volcánica de arena negra, el mar bordeado de montañas, las cafeterías y las *piazzas*. En algunas fotos aparece el Etna con su enorme mole cuadrada en el horizonte, remoto y feroz.

—El volcán está activo. Suelta chispas por la noche, y cuando llueve todo se cubre de ceniza.

—Pero no va a llover, ¿verdad? Deben de estar a unos treinta grados. —Cierra el folleto—. Aún no acabo de creerme que tu madre le haya dado su billete a Adam.

—Mi padre tampoco.

Zoey piensa en ello un momento.

—¿No estaba en tu lista conseguir que volvieran a juntarse?

—El número siete.

—Qué horrible. —Lanza el folleto a la hierba—. Me he puesto triste.

—Son las hormonas.

—Más triste de lo que puedas imaginar.

—Sí, son las hormonas.

Desesperada, alza la vista al cielo, y casi inmediatamente me mira de nuevo con una sonrisa en la cara.

—¿Te he dicho que van a darme las llaves dentro de tres semanas?

Hablar de su piso siempre la anima. El ayuntamiento le ha concedido un subsidio.

Podrá cambiar cupones por pintura y empapelado de pared. Se entusiasma describiendo el mural que piensa pintar en su dormitorio, las baldosas de peces tropicales que quiere para su cuarto de baño.

Es extraño, pero mientras habla, el contorno de su cuerpo comienza a desdibujarse. Intento concentrarme en sus planes para la cocina, pero es como si estuviera en medio de la calima.

—¿Estás bien? —me pregunta—. Vuelves a tener una expresión rara.

Me incorporo y me froto el cuero cabelludo, concentrándome en el dolor que siento sobre los ojos, tratando de eliminarlo.

—¿Voy a buscar a tu padre?

—No.

—¿Un vaso de agua?

—No. Quédate aquí. Vengo enseguida.

—¿Adónde vas?

No veo a Adam, pero lo oigo. Está removiendo la tierra para que su madre pueda plantar flores mientras estamos fuera. Oigo el golpe de su bota al empujar la pala, la húmeda resistencia de la tierra.

Paso al otro lado de la valla, por la parte rota. Se percibe el rumor de las cosas que crecen, los capullos que se abren, las delicadas hojas verdes que se abren paso hacia la luz.

Adam se ha quitado el jersey, sólo lleva una camiseta sin mangas y los tejanos. Ayer se cortó el pelo, y el arco que traza su cuello al unirse a los hombros es increíblemente bello. Sonríe al ver que estoy mirándolo, deja la pala y se acerca.

—¡Hola!

Me inclino hacia él y espero sentirme mejor. Adam está caliente. Su piel es salada

y huele a sol.

—Te quiero.

Silencio. Sobresalto. ¿Eso es lo que pretendía decir?

Él esboza su sonrisa ladeada.

—Yo también te quiero, Tess.

Pongo una mano sobre su boca.

—No lo digas si no es en serio.

—Lo digo en serio.

Su aliento humedece mis dedos. Me besa la palma.

Almaceno estas cosas en mi corazón: el tacto de su piel, su sabor en mi boca. Las necesito como talismanes para sobrevivir a un viaje imposible.

Adam me acaricia la mejilla con un dedo, desde la sien hasta el mentón, y luego los labios.

—¿Estás bien?

Asiento con la cabeza.

Me mira, levemente perplejo.

—Estas muy callada. ¿Voy a buscarte cuando termine? Podríamos salir con la moto, ir a despedirnos de la colina hasta dentro de una semana.

Vuelvo a asentir. Sí.

Me da un beso de despedida, sabe a mantequilla.

Me sujeto a la valla cuando vuelvo a atravesarla. Un pájaro canta una compleja canción y papá está en el umbral de la puerta trasera con una piña en la mano. Son buenas señales. No hay por qué tener miedo.

Regreso a mi silla. Zoey finge dormir, pero abre un ojo cuando me siento.

—Me pregunto si te gustaría Adam de no estar enferma.

—Ya lo creo.

—No es tan guapo como Jake.

—Es mucho más agradable.

—Apuesto que a veces te pone de los nervios. Apuesto a que dice chorradas y quiere follar cuando tú no tienes ganas.

—Nada de eso.

Me mira ceñuda.

—Es un tío, ¿no?

¿Cómo explicárselo? El consuelo de su brazo alrededor de mis hombros por las noches. El cambio de su respiración a medida que pasan las horas. Los besos que me da cuando me despierta por la mañana. Su mano en mi pecho, que hace que mi corazón siga latiendo.

Papá se acerca con la piña en la mano.

—Ven dentro. Ha llegado Philippa.

Pero yo no quiero entrar. No soporto estar encerrada entre cuatro paredes. Quiero quedarme bajo el manzano, al aire primaveral.

—Dile que venga aquí, papá.

Él se encoge de hombros y regresa dentro.

—Tienen que hacerme un análisis de sangre —le digo a Zoey.

Ella frunce la nariz.

—De acuerdo. De todos modos, me estoy helando aquí fuera.

Philippa se pone los guantes estériles.

—¿El amor sigue obrando su magia?

—Mañana es nuestro décimo aniversario.

—¿Diez semanas? Bueno, está haciendo maravillas contigo. A partir de ahora voy a recomendar a todos mis pacientes que se enamoren.

Me levanta el brazo hacia el cielo y limpia alrededor del *portacath* con gasas.

—¿Has hecho ya las maletas?

—Un par de vestidos, bikini y sandalias.

—¿Eso es todo?

—¿Qué más voy a necesitar?

—Pues protector solar, sombrero y una chaqueta por si acaso. No quiero tener que curarte una insolación cuando vuelvas.

Me gusta que se preocupe por mí. Hace varias semanas que es mi enfermera habitual. Creo que soy su paciente favorita.

—¿Qué tal Andy?

Philippa sonrío con gesto cansado.

—Ha estado resfriado toda la semana. Aunque por supuesto él dice que es gripe. Ya sabes como son los hombres.

En realidad no lo sé, pero asiento de todas maneras. Me pregunto si su marido la quiere, si la hace sentirse especial, si se siente extasiado entre sus gordos brazos.

—¿Por qué no tienes hijos, Philippa?

Ella me mira mientras extrae sangre con la jeringa.

—No conseguí superar el miedo.

Llena con sangre una segunda jeringa y la transfiere a un frasco, limpia el *portacath* con solución salina y heparina, guarda sus cosas en el maletín y se levanta. Por un instante tengo la impresión de que va a agacharse para darme un abrazo, pero no lo hace.

—Que lo pases muy bien. Y no olvides enviarme una postal.

La veo alejarse, caminando como un pato. Se gira al llegar a la puerta trasera y se despide agitando la mano.

Zoey sale de nuevo.

—¿Qué buscan en tu sangre exactamente?

—Enfermedad periférica.

Asiente con aire entendido y vuelve a acomodarse.

—Por cierto, tu padre está preparando la comida. La traerá dentro de un rato.

Una hoja revolotea. Una sombra recorre el suelo del jardín.

Hay señales por todas partes. Algunas las crea uno mismo; otras vienen por sí solas. Zoey me coge la mano y se la pone en el vientre.

—¡Se está moviendo! Pon la mano aquí; no, aquí. Eso es ¿Lo notas?

Percibo un movimiento lento, como si su bebé estuviera dando un perezoso salto mortal. No quiero apartar la mano. Quiero que el bebé vuelva a moverse.

—Eres la primera persona que lo nota. Lo has notado ¿no?

—Sí.

—Imagínate a mi niña. Imagínatela de verdad.

Lo hago a menudo. La he dibujado en la pared, sobre mi cama. El dibujo no es demasiado bueno, pero todas las medidas son precisas: fémur, abdomen, circunferencia de la cabeza.

El número diez de mi lista. Lauren Tessa Walker.

—Las estructuras de la columna están todas en su sitio —le cuento a Zoey—. Treinta y tres vértebras, ciento cincuenta articulaciones y mil ligamentos. Tiene los párpados abiertos, ¿lo sabías? Y las retinas ya están formadas.

Zoey me mira pestañando, como si le costara creer que alguien pueda retener toda esa información. Decido no contarle que su corazón trabaja a un ritmo doble de lo habitual y hace que circulen seis litros de sangre por minuto. Creo que se asustaría.

Papá se acerca por el sendero.

—Aquí tenéis, chicas.

Deja una bandeja en la hierba, entre las dos. Ensalada de aguacate y berros. Rodajas de piña y kiwi. Un cuenco de grosellas rojas.

—¿Nada de hamburguesas, entonces? —pregunta Zoey.

Él la mira con ceño, pero sabe que bromea y sonrío.

—Voy a sacar el cortacésped. —Y se va al cobertizo.

Adam y su madre aparecen en la brecha de la valla.

—Bonito día, ¿verdad? —dice Sally.

—Es primavera —responde Zoey, empezando a tomar ensalada.

—No hasta que cambien la hora.

—Pues entonces debe ser la polución.

Sally se sobresalta.

—En la radio han dicho que si dejáramos de usar coches, la raza humana ganaría mil años más en el planeta.

Adam se hecha a reír y tintinea las llaves del coche delante de su cara.

—Entonces, ¿vamos andando al vivero, mamá?

—No; quiero comprar plantas para el jardín. No podríamos traerlas andando.

Adam sacude la cabeza.

—Regresamos dentro de una hora.

Los vemos alejarse por el sendero. Al llegar a la cancela Adam me guiña un ojo.

—Bueno, desde luego a mí eso me molestaría —dice Zoey.

No le hago caso. Me como una rodaja de kiwi. Sabe a otro lugar. Las nubes se deslizan por el cielo como corderos en un extraño campo azul. El sol viene y se va. Todo da impresión de volatilidad.

Papá saca el cortacésped del cobertizo. Está cubierto de toallas viejas, como si hubiera hibernado. Antes papá cuidaba el jardín religiosamente, plantaba y podaba, ataba lo roto con cordel y mantenía el orden general. Pero ahora está todo asilvestrado, la hierba, descuidada, y las rosas se abren paso al interior del cobertizo.

Nos reímos cuando intenta poner en marcha el cortacésped sin conseguirlo, pero a él no parece importarle, se limita a encogerse de hombros como si en el fondo no quisiera cortar el césped. Vuelve al cobertizo, sale con unas tijeras y empieza a podar las zarzas que crecen junto a la valla.

—Hay un grupo para embarazadas adolescentes —dice Zoey—. ¿Te lo había contado? Te dan té y pastel y te enseñan a cambiar pañales y cosas así. Pensaba que sería un latazo, pero nos divertimos mucho.

Un avión cruza el cielo dejando una estela blanca. Otro avión se entrecruza con el primero, formando una X. Ninguno de los dos cae.

—¿Me estás escuchando, Tess? Porque no lo parece.

Me froto los ojos y trato de concentrarme. Ha dicho que tiene una nueva amiga, que salen de cuentas al mismo tiempo, y algo más sobre la comadrona... Suena como si me hablara desde el otro extremo de un túnel.

Me llama la atención un botón tenso en medio de su camisa.

Una mariposa se posa en el sendero y despliega las alas. Toma el sol. Todavía no es tiempo de mariposas.

—¿Seguro que me estás escuchando?

Cal entra por la cancela. Suelta la bicicleta en la hierba y da dos vueltas al jardín corriendo.

—¡Empiezan las vacaciones! —grita.

Trepa al manzano para celebrarlo, mete las piernas entre las dos ramas y se sienta como si fuera un elfo.

Le envían un mensaje. Su móvil lanza destellos azules entre las hojas. Me recuerda un sueño que tuve hace poco: una luz azul surgía de mi garganta cada vez que abría la boca.

Cal responde al mensaje y rápidamente recibe una respuesta. Ríe. Le llega otro y luego otro, como una bandada de pájaros que se posan en el árbol.

—¡Han ganado los de primero! —anuncia alegremente—. ¡Ha habido una batalla de agua en el parque contra los de cuarto y hemos ganado!

Cal adaptándose al instituto. Cal con amigos y móvil. Cal dejándose crecer el pelo porque quiere parecerse a los que van en monopatín.

—¿Qué estás mirando? —Me saca la lengua, baja del árbol de un salto y entra corriendo en casa.

El jardín se ha sumido en la sombra. Hay humedad en el aire. Un envoltorio de caramelo vuela por el sendero.

Zoey se estremece.

—Es hora de irme. —Me da un fuerte abrazo—. Estás muy caliente. ¿Es normal?

Papá la acompaña a la puerta.

Adam entra por la brecha de la valla.

—Ya he terminado. —Acerca la hamaca y se sienta a mi lado—. Mi madre ha comprado la mitad del vivero. Le ha costado una fortuna, pero estaba decidida. Quiere cultivar un huerto de hierbas aromáticas.

Hechizos para alejar la muerte. Apretar la mano de tu novio con fuerza.

—¿Estás bien?

Apoyo la cabeza en su hombro, como si esperara algo.

Hay sonidos: el vago ruido de los platos en la cocina, el susurro de las hojas, el rugido de un motor lejano.

El sol se ha vuelto líquido, se derrite fríamente en el horizonte.

—Estás muy caliente. —Aprieta la mano contra mi frente, me toca la mejilla, me palpa la nuca—. No te muevas.

Y entra corriendo en la casa.

El planeta gira, el viento tamiza los árboles.

No tengo miedo.

Sigue respirando, tú sigue respirando. Es fácil: dentro y fuera.

Es extraño cómo el suelo viene a mi encuentro, pero me siento mejor estando tumbada. Pienso en mi nombre mientras estoy tumbada. Tessa Scott. Un buen nombre de tres sílabas. Cada siete años nuestros cuerpos cambian todas sus células. Cada siete años desaparecemos.

—¡Dios mío! ¡Está ardiendo! —El rostro de papá brilla encima de mí—. ¡Llama a una ambulancia!

Su voz me llega muy lejana. Quiero sonreír. Quiero darle las gracias por estar aquí, pero no consigo juntar las palabras.

—No cierres los ojos, Tess ¿Me oyes? ¡Quédate con nosotros!

Cuando asiento con la cabeza, el cielo da vueltas a velocidad vertiginosa, como si cayera desde un edificio.

La muerte me ata a la cama del hospital, me clava sus garras en el pecho y se queda ahí posada. No sabía que dolería tanto. No sabía que me vaciaría de todo lo bueno que me ha pasado en la vida.

Está ocurriendo ahora y es cierto de verdad, y por mucho que todos me prometan que me recordarán no importa si me recuerdan o no ya que no voy a enterarme porque me habré ido.

Un agujero negro se abre en la esquina de la habitación y se llena de niebla, como una tela ondeando entre los árboles.

Me oigo a mí misma gimiendo a lo lejos. No quiero escuchar.

Capto el peso de las miradas. De enfermera a médico, de médico a papá. Sus voces apagadas. El pánico brota de la garganta de papá.

Todavía no. Todavía no.

No dejo de pensar en flores. Flores blancas caen de un cielo que da vueltas. Qué pequeños somos los seres humanos, qué vulnerables comparados con las rocas, las estrellas.

Viene Cal. Lo reconozco. Quiero decirle que no se asuste.

Quiero que me hable con su voz normal y me cuente algo gracioso. Pero se queda pegado a papá, encogido y callado, y susurra:

—¿Qué pasa?

—Tiene una infección.

—¿Se va a morir?

—Le han dado antibióticos.

—Entonces, ¿se pondrá mejor?

Silencio.

No es así como se suponía que iba a ser. No tan de repente, como si me hubiera atropellado un coche. No con este extraño calor, esta sensación de contusiones masivas por todo el cuerpo. La leucemia es una enfermedad progresiva. Se supone que tengo que debilitarme más y más hasta que ya no me importe.

Pero aún me importa. ¿Cuándo dejará de importarme?

Intento pensar en cosas sencillas: patatas hervidas, leche.

Pero me vienen a la cabeza cosas que me asustan: árboles pelados, bandejas de polvo. La curva blanquecina de una mandíbula.

Quiero decirle a papá lo asustada que estoy, pero hablar es como salir de una cuba de aceite. Mis palabras surgen de un lugar desconocido, oscuras y resbaladizas.

—No dejes que me caiga.

—Yo te sujeto.

—Me caigo.

—Estoy aquí. Te sujeto.

Pero sus ojos denotan miedo y tiene la cara flácida, como un viejo de cien años.

Despierto y veo flores. Jarrones de tulipanes, claveles como en las bodas, gipsófilas sobre el armario que hay junto a la cama.

Todas las cosas de la habitación son maravillosas: el jarrón, la silla. El cielo se ve muy azul por la ventana.

—¿Tienes sed? —pregunta papá—. ¿Quieres beber?

Quiero zumo de mango. Montones de zumo. Él me ahueca la almohada para que apoye la cabeza y me sujeta el vaso para que beba. Nuestras miradas se cruzan. Sorbo, trago. Me da tiempo para respirar, vuelve a inclinar el vaso. Cuando termino, me limpia la boca con un pañuelo de papel.

—Como un bebé —le digo.

Él asiente, y los ojos se le humedecen con lágrimas silenciosas.

Duermo. Despierto de nuevo; esta vez, muerta de hambre.

—¿Hay alguna posibilidad de comer helado?

Papá deja el libro que está leyendo y sonrío.

—Espera.

No tarda mucho; regresa con un Mivvi de fresa. Envuelve el palito con un pañuelo de papel para que no gotee y consigo sujetarlo yo sola.

Está delicioso. Mi cuerpo se repara. No sabía que aún podía hacerlo. Sé que no voy a morir con un Mivvi de fresa en la mano.

—Creo que me apetecerá otro después de éste.

Papá me dice que puedo comerme cincuenta helados si quiero.

Debe de haber olvidado que no me permiten comer dulces ni productos lácteos.

—Tengo algo más para ti. —Hurta en el bolsillo de la chaqueta y saca un imán de nevera. Tiene forma de corazón, está pintado de rojo y cubierto torpemente de barniz—. Lo ha hecho Cal. Te envía besos.

—¿Y mamá?

—Ha venido a verte un par de veces. No estabas nada bien, Tessa, y las visitas tenían que reducirse al mínimo.

—¿Entonces Adam no ha venido?

—Todavía no.

Lamo el palo de helado tratando de arrancarle todo el sabor. La madera me raspa la lengua.

—¿Voy por otro?

—No. Ahora quiero que te vayas.

—¿Adónde? —pregunta desconcertado.

—A buscar a Cal al colegio. Luego lo llevas al parque y jugáis a fútbol. Cómprale patatas fritas. Después vuelves y me lo cuentas todo.

Papá se sorprende un poco, pero se echa a reír.

—¡Ya veo que has despertado con ganas de dar guerra!

—Y llama por teléfono a Adam. Dile que venga esta tarde a visitarme.

—¿Algo más?

—Sí. Dile a mamá que quiero regalos: zumos caros, montones de revistas y maquillaje nuevo. Si piensa dejarme tirada, al menos que me compre cosas.

Papá parece contento cuando coge un trozo de papel y apunta la marca de la base de maquillaje y el pintalabios que quiero. Me anima a pedir otras cosas que me apetezcan, así que pido bollos con arándanos, chocolate con leche y un paquete de bombones Creme Eggs. Al fin y al cabo, ya casi estamos en Pascua.

Papá me da tres besos en la frente y dice que volverá luego.

Cuando se marcha, un pájaro se posa en el alféizar de la ventana. No es un pájaro espectacular, no es un buitre ni un ave fénix, sino un vulgar estornino. Entra una enfermera, me arregla las sábanas, me llena la jarra de agua. Le señalo el pájaro y bromeo con que es el mensajero de la muerte. Ella aspira entre los dientes y me dice que no tiene al destino.

Pero el pájaro me mira y ladea la cabeza.

—Todavía no —le digo.

Me visita el médico.

—Bueno, al final hemos dado con el antibiótico correcto.

—Al final.

—Aunque ha sido un buen susto.

—¿Ah, sí?

—Para ti, me refiero. Ese nivel de infección puede causar una gran desorientación.

Leo su nombre en la placa mientras me ausculta. «Dr. James Wilson». Es de la edad de papá, más o menos, con un cabello negro que ralea en la coronilla. Está más delgado que papá. Parece cansado. Me examina brazos, piernas y espalda en busca de hemorragias bajo la piel, luego se sienta junto a la cama y hace anotaciones en mi gráfico.

Los médicos esperan que una sea agradecida y cortés. Facilita su trabajo. Pero hoy no tengo ganas de andarme por las ramas.

—¿Cuánto tiempo me queda?

Él levanta la vista, sorprendido.

—¿No esperamos a que regrese tu padre para hablar de eso?

—¿Por qué?

—Para discutir juntos las opciones médicas.

—Soy yo la enferma, no mi padre.

Vuelve a meterse el bolígrafo en el bolsillo. La mandíbula se le tensa.

—No quiero hablar de plazos contigo, Tessa. No sirve de nada.

—A mí sí.

No es que haya decidido ser valiente. No se trata de buenas intenciones para empezar el año. Es que tengo el gotero en el brazo y he perdido días de mi vida en la cama de un hospital. De repente, lo que es importante parece realmente obvio.

—Mi mejor amiga va a tener un bebé dentro de ocho semanas y necesito saber si podré estar con ella.

El doctor cruza las piernas, pero las separa inmediatamente.

Siento un poco de lástima por él. A los médicos no les enseñan gran cosa sobre la muerte.

—Si soy demasiado optimista, te llevarás una decepción. Y tampoco sirve de nada hacer una predicción pesimista.

—No me importa. Usted tiene una idea más clara que yo. Por favor, James.

A las enfermeras no se les permite llamar a los médicos por su nombre de pila, y normalmente yo no me habría atrevido a hacerlo. Pero algo ha cambiado. Ésta es mi muerte y hay cosas que necesito saber.

—No lo demandaré si se equivoca.

Me sonrío levemente.

—Aunque hemos podido curarte la infección y es obvio que te encuentras mucho mejor, tu recuento globular no ha subido como esperábamos, así que hemos hecho algunas pruebas. Cuando vuelva tu padre, podremos hablar de los resultados.

—¿Tengo una enfermedad periférica?

—Apenas nos conocemos, Tessa. ¿No prefieres esperar a tu padre?

—Dígamelo.

El doctor Wilson suelta un hondo suspiro, como si no acabara de creer que está a punto de ceder.

—Sí, hemos encontrado enfermedad periférica. Lo siento mucho.

Entonces ya está. Estoy corroída por el cáncer, mi sistema inmunológico se ha ido al traste y ya no pueden hacer nada por mí. Me hacían un análisis de sangre cada semana por si acaso. Y ahora ya está.

Siempre había pensando que al recibir esta noticia definitiva sentiría una especie de puñetazo en el estómago. Sería un dolor punzante seguido de un dolor sordo, pero no se vuelve sordo. Es desgarrador. El corazón se me acelera, me sube la adrenalina; me siento completamente lúcida.

—¿Lo sabe ya mi padre?

Asiente.

—Íbamos a decírtelo juntos.

—¿Qué opciones me quedan?

—Tu sistema inmunitario se ha venido abajo, Tessa. Tus opciones son limitadas.

Podemos seguir con transfusiones y unidades de plaquetas si quieres, pero seguramente los efectos serán breves. Si te detectáramos anemia después de una transfusión, deberíamos dejarlo.

—Y entonces, ¿qué?

—Entonces haríamos todo lo posible para que no sufieras.

—¿No son viables las transfusiones diarias?

—No.

—Entonces no voy a llegar a los ocho semanas, ¿verdad?

James Wilson me mira a la cara.

—Tendrías mucha suerte si llegaras.

Sé que parezco un saco de huesos cubierto con film transparente. Veo la conmoción en los ojos de Adam.

—No estoy exactamente como me recordabas, ¿eh?

Se inclina y me besa en la mejilla.

—Estás estupenda.

Pero yo creo que es esto lo que siempre le ha dado miedo: tener que mostrarse interesado ahora que estoy horrible y no sirvo para nada.

Me ha traído tulipanes del jardín. Los meto en la jarra de agua mientras él mira las tarjetas que he recibido. Durante un rato charlamos de nimiedades, de las plantas vivero que están empezando a crecer, de lo mucho que disfruta su madre con el buen tiempo ahora que sale más a menudo, Adam mira por la ventana y hace una broma sobre la vista que hay más allá del aparcamiento.

—Adam, quiero que seas sincero.

Frunce el entrecejo como si no me comprendiera.

—No finjas que te importo —continúo—. No te necesito como anestésico.

—¿Qué se supone que significa eso?

—No quiero que nadie finja conmigo.

—No estoy fingiendo.

—No te culpo. No sabías que acabaría con esta pinta. E irá a peor.

Adam reflexiona unos instantes y luego se quita los zapatos con los pies.

—¿Qué haces?

—Ser sincero.

Aparta la manta y se mete en la cama conmigo. Me estrecha entre sus brazos.

—Te quiero —susurra airadamente en mi cuello—. Me duele más de lo que me ha dolido cualquier otra cosa en mi vida, pero te quiero. Así que no te atrevas a decirme que no es verdad. ¡No vuelvas a decirlo nunca más!

Pongo la palma de la mano sobre su cara y él empuja hacia arriba. Se me ocurre que se siente solo.

—Perdona.

—Ya lo creo que has de pedirme perdón.

No quiero mirarle. Creo que intenta no llorar.

Se queda toda la tarde. Vemos la MTV, luego Adam lee el periódico que ha dejado mi padre y yo echo una cabezada. Sueño con él, aunque está a mi lado. Caminamos juntos por la nieve, pero tenemos calor y llevamos traje de baño. Hay senderos desiertos, árboles helados y una carretera sinuosa e infinitiva.

Cuando despierto, vuelvo a tener hambre, así que envío a Adam por otro Mivvi de fresa. Lo añoro en cuanto sale por la puerta. Es como si el hospital entero se vaciara. ¿Cómo es posible? Junto las manos apretando con fuerza bajo la manta hasta que él regresa y se mete en la cama otra vez.

Le quita el envoltorio al helado y me lo da. Yo lo dejo sobre la mesita de noche.

—Tócame.

—Se va a derretir el helado —me advierte.

—Por favor.

—Estoy aquí. Te estoy tocando.

Muevo su mano hacia mi pecho.

—Así.

—No, Tess, podría hacerte daño.

—No, no me harás daño.

—¿Y si viene la enfermera?

—Le tiramos la cuña a la cabeza.

Muy suavemente, abarca mi pecho con la mano a través del pijama.

—¿Así?

Me toca como si fuera un objeto valioso, como si se asombrara, como si mi cuerpo lo dejara atónito, incluso ahora, en plena decadencia. Ambos nos estremecemos al contacto de nuestra piel.

—Quiero hacer el amor.

Su mano se detiene.

—¿Cuándo?

—Cuando vuelva a casa. Una vez más antes de morir. Prométemelo.

La expresión de sus ojos me asusta. No la había visto nunca.

Es tan profunda y real como si viera cosas que otros sólo pueden imaginar.

—Te lo prometo.

Se turnan como los porteros. Papá viene por la mañana y Adam por la tarde. Papá vuelve por la noche con Cal. Mamá me visita de vez en cuando, e incluso consiguió presenciar una transfusión completa en su segunda visita.

«Hemoglobina y plaquetas en camino», dijo cuando empezaron.

Me gustó que conociera esas palabras.

Pero son diez días. Incluso me he perdido la Pascua. Ha sido mucho tiempo perdido.

Cada noche que paso a solas en la cama del hospital quiero estar con Adam, con sus piernas enlazadas en las mías, con su calor.

—Quiero volver a casa —le digo a la enfermera.

—Todavía no.

—Estoy mejor.

—No es suficiente.

—¿Qué esperan? ¿Encontrar una cura?

El sol se levanta por la mañana y todas las luces de la ciudad se apagan. Las nubes surcan veloces el cielo, los coches salen y entran del aparcamiento con ritmo frenético, luego el sol vuelve a hundirse en el horizonte y otro día termina. El tiempo vuela. La sangre vuela.

Preparo la bolsa y me visto. Me siento en la cama tratando de parecer animada. Estoy esperando a James.

—Me voy a casa —le digo mientras examina mi gráfico.

Él asiente como si lo esperara.

—¿Estás decidida?

—Del todo. Echo de menos el tiempo. —Señalo la ventana por si acaso está demasiado ocupado para reparar en la tenue luz y las nubes en el cielo azul.

—Hay que seguir cierto rigor para mantener este recuento globular, Tessa.

—¿No puedo ser rigurosa en casa?

Me mira con seriedad.

—La línea que separa la calidad de vida que tenías y la intervención médica necesaria para mantenerla es muy fina. Sólo tú puedes juzgar si merece la pena. ¿Me estás diciendo que estás harta y quieres abandonar?

No dejo de pensar en las habitaciones de casa, el color de las alfombras y las cortinas, la posición exacta de los muebles. Me gusta el camino que va de mi dormitorio al jardín pasando por la cocina. Quiero recorrer ese camino. Quiero sentarme en la hierba, en mi hamaca.

—La última transfusión sólo duró tres días.

Asiente comprensivo.

—Lo sé. Lo siento.

—Me han hecho otra esta mañana. ¿Cuánto cree que va a durar?

Suspira.

—No lo sé.

Acaricio la sábana con la palma de la mano.

—Sólo quiero volver a casa.

—¿Por qué no hablamos con el equipo de asistencia a domicilio de la comunidad? Si consigo que te visiten a diario, tal vez podamos hacer una valoración distinta. — Cuelga el gráfico a los pies de la cama—. Les llamaré por teléfono y regresaré cuando venga su padre.

Cuento hasta cien cuando se va. Una mosca se posa en la mesa. Alargo el dedo para tocar sus endebles alas. La mosca percibe mi presencia, vuelve a la vida y sale volando en zigzag hacia el aplique de la pared, donde se queda revoloteando en círculos, lejos de mi alcance.

Me pongo el abrigo, me enrolló la bufanda al cuello y recojo mi bolsa. La enfermera ni siquiera se da cuenta cuando paso por delante de su mesa y me meto en el ascensor.

Cuando llego a la planta bajo, le envió un mensaje a Adam:

«Recuerdas t promesa?».

Quiero morir a mi manera. Es mi enfermedad, mi muerte, mi decisión.

Esto es lo que significa decir que sí.

Es el placer de caminar, poniendo un pie delante del otro, siguiendo las líneas amarillas pintadas en el suelo del pasillo hasta la recepción. Es el placer de la puerta giratoria y de dar la vuelta dos veces para homenajear al genio que la inventó. Y es el placer del aire. Del mundo apacible, fresco e impresionante del exterior.

Hay un quiosco a la puerta. Compro un Dairy Milk y un paquete de Chewits. La dependienta me mira con extrañeza cuando pago. Quizá brillo un poco por culpa de los tratamientos y algunas personas son capaces de verlo, como una herida de neón que se enciende al moverme.

Camino despacio hasta la parada de taxis, saboreando los detalles: la cámara de videovigilancia de la farola que gira sobre su eje, los móviles que suenan a mi alrededor. El hospital parece encogerse cuando susurro un adiós, la sombra de los plátanos oscurece todas sus ventanas.

Una chica pasa por mi lado repiqueteando con sus tacones y despidiendo olor a pollo frito mientras se chupa los dedos. Un hombre lleva en brazos a un niño que no para de berrear y le grita al móvil:

—¡No, no puedo comprar patatas, joder!

Creamos modelos, compartimos momentos. A veces creo que soy la única capaz de verlo.

Comparto mi chocolate con el taxista cuando nos incorporamos al denso tráfico de la hora del almuerzo. Me cuenta que hoy hace turno doble y que hay demasiados coches en la calle para su gusto. Los señala con ademán de desesperación mientras avanzamos lentamente por el centro de la ciudad.

—¿A dónde iremos a parar? —se pregunta.

Le ofrezco un Chewit para animarlo. Luego le mando otro mensaje a Adam: «Tnes promesas q cumplir».

El tiempo ha cambiado, las nubes tapan el sol. Bajo la ventanilla. El frío aire de abril conmociona mis pulmones.

El taxista tamborilea con los dedos sobre el volante.

—¡Menudo atasco!

Me gusta: el tráfico que se para y avanza a trompicones, el ronco traqueteo de un autobús, la sirena apremiante que suena a lo lejos. Me gusta avanzar tan despacio por la calle principal; así tengo tiempo para ver los huevos de Pascua que no se han vendido en el escaparate del quiosco, las colillas barridas que forman una pulcra montañita junto a la entrada del Chicken Joint. Veo niños que llevan cosas extrañísimas: un oso polar, un pulpo. Frente a Mothercare, bajo las ruedas de un cochecito de bebé, veo mi nombre, desvaído ya, pero serpenteando todavía por la acera hasta llegar al banco.

Llamo a Adam. No responde, así que le mando otro mensaje: «Te deseo».

Sencillo y directo.

En el cruce hay una ambulancia ladeada y con las puertas abiertas, lanzando destellos azules sobre la calzada. La luz se refleja incluso en los bajos nubarrones. Una mujer yace en la carretera con una manta por encima.

—Mira eso —dice el taxista.

Todo el mundo está mirando: la gente de los otros coches, los oficinistas que han salido a tomar un sándwich. La mujer tiene la cabeza tapada, pero le asoman las piernas. Lleva medias; los zapatos componen ángulos extraños. Su sangre, oscura, forma un charco a su lado.

El taxista me lanza una ojeada por el retrovisor.

—Esto le hace pensar a uno, ¿eh?

—Sí. Es tan tangible. Estar y no estar.

Cuando llamo a la puerta de Adam, siento como si tuviera savia en los dedos de los pies y me subiera por los tobillos y pantorrillas.

Sally abre una rendija y se asoma. Me embarga una oleada de afecto hacia ella.

—¿Está Adam?

—¿No estabas en el hospital?

—Ya no.

Parece desconcertada.

—Adam no me ha dicho que fueras a salir hoy.

—Es una sorpresa.

—¿Otra? —Suspira, abre un poco más la puerta y mira su reloj—. No volverá hasta las cinco.

—¿Las cinco?

Me mira con el entrecejo fruncido.

—¿Estás bien?

—No. Las cinco es demasiado tarde. Podría estar completamente anémica para esa hora.

—¿Dónde está?

—Se ha ido a Nottingham en tren. Le han concedido una entrevista.

—¿Para qué?

—Para la universidad. Quiere empezar en septiembre.

El jardín me da vueltas.

—Ya veo que te sorprende tanto como me sorprendió a mí.

Me quedé dormida entre sus brazos en aquella cama de hospital. «Tócame», le pedí, y él me tocó. «Te quiero —me dijo—. No te atrevas a decirme que no es verdad». Me hizo una promesa. Empieza a llover cuando recorro el sendero hacia la cancela. Una lluvia fina y plateada, como si cayeran telarañas.

Arranco el vestido de seda de su percha y le hago un corte horizontal justo por debajo de la cintura. Las tijeras estás afiladas, así que es fácil, como deslizar metal por agua. Al vestido azul cruzado le abro una raja en diagonal en el pecho. Los coloco junto sobre la cama, como un par de amigos enfermos, y los acaricio.

No me sirve de nada.

Los estúpidos tejanos que compre con Cal nunca me han quedado bien, así que les corto las perneras a la altura de las rodillas. Les arranco los bolsillos a todos los pantalones de chándal, abro agujeros en mis sudaderas y lo tiro todo sobre la cama.

Tardo una eternidad en romper las botas. Me duelen los brazos y resuello. Pero esta mañana me han hecho una transfusión y en las venas me hierve la sangre de otras personas, así que no me detengo. Rajo las dos botas de arriba abajo. Dos alarmantes heridas.

Quiero estar vacía. Quiero vivir en un lugar despejado.

Abro la ventana y lanzo las botas. Aterrizan en la hierba.

El cielo es un único nubarrón gris. Cae una débil llovizna.

El cobertizo está mojado. La hierba está húmeda. La barbacoa se oxida sobre sus ruedas.

Saco el resto de ropa del armario. Me silban los pulmones, pero no paro. Los botones salen disparados cuando desgarró los abrigos. Hago pedazos los jerséis. Agujereo todos los pantalones. Pongo los zapatos en fila en el alféizar de la ventana y les corto las lengüetas.

Es agradable. Me siento viva.

Cojo los vestidos de la cama y los tiro por la ventana junto con los zapatos. Caen al jardín y se quedan allí bajo la lluvia.

Compruebo el móvil. No hay mensajes. Ni llamadas perdidas.

Odio mi habitación. Todo en ella me recuerda a otras cosas.

El pequeño cuenco de porcelana de St. Ives. El tarro de cerámica marrón donde mamá guardaba las galletas. El perro dormido con su pantufla que tenía la abuela en la repisa de la chimenea. Mi manzana verde de cristal. Todo acaba en la hierba salvo el perro, que se estrella contra la valla.

Los libros se abren cuando los lanzo. Sus hojas aletean como aves exóticas, se rompen y bajan revoloteando. Los CD y DVD pasan como Frisbees por encima de la valla. Que se los ponga Adam a sus nuevos amigos de la universidad cuando yo haya muerto.

Edredón, sábanas, mantas, todo va fuera. Los frascos y cajas de medicamentos de mi mesita de noche, la jeringuilla mecánica de infusión subcutánea, la crema Dirpobase, la Aqueous Cream. El joyero.

Rajo el puf, decoro el suelo con bolas de poliestireno y arrojó la bolsa vacía a la lluvia. El jardín está muy animado. Crecerán cosas.

Árboles de pantalones. Vides de libros. Luego me tiraré yo misma por la ventana y echaré raíces en esa franja oscura que hay junto al cobertizo.

Sigo sin recibir ningún mensaje. Lanzo el móvil por la ventana.

El televisor pesa como un coche. Me duele la espalda. Me arden las piernas. Lo arrastro por la alfombra. No puedo respirar, tengo que parar. La habitación se mueve. Respira. Respira. Puedes hacerlo. Tiene que desaparecer todo.

Subo el televisor al alféizar.

Y abajo.

Explota en medio de un espectacular estruendo de plástico y cristal.

Ya está. Todo fuera. He terminado.

Papá entra corriendo y se detiene en seco, boquiabierto.

—Eres un monstruo —susurra.

Tengo que taparme los oídos.

Él se acerca y me sujeta por los brazos. Su aliento huele a tabaco rancio.

—¿Es que quieres dejarme sin nada?

—¡No había nadie en casa!

—¿Y por eso has decidido arrasarlo con todo?

—¿Dónde estabas?

En el supermercado. Luego he ido al hospital a visitarte, pero te habías ido. No has dado un susto de muerte.

—¡Me importa un carajo, papá!

—¡Pues a mí sí me importa, joder! Esto te va a dejar completamente exhausta.

—Es mi cuerpo. ¡Hago con él lo que quiero!

—¿Así que ahora ya no te importa tu cuerpo?

—¡No; estoy harta de él! Estoy harta de médicos, agujas, análisis de sangre y transfusiones. Estoy harta de pasarme un día tras otro metida en una cama, mientras los demás seguís adelante con vuestras vidas. ¡Lo odio! ¡Os odio a todos! Adam ha ido a una entrevista en la universidad, ¿lo sabías? ¡Se pasará años allí haciendo lo que más le guste, y yo estaré bajo tierra dentro de un par de semanas!

Papá se echa a llorar. Se desploma sobre la cama, hunde la cabeza entre las manos y llora. No sé qué hacer. ¿Por qué es más débil que yo?

Me siento a su lado y le toco la rodilla.

—No voy a volver al hospital, papá.

Se limpia la nariz con la manga de la camisa y me mira. Se parece a Cal.

—De verdad ya no aguanto más.

Lo rodeo con el brazo y él apoya la cabeza en mi hombro. Le acaricio el pelo. Es como si flotáramos en un barco. Incluso entra la brisa por la ventana. Nos quedamos

así un montón de rato.

—Nunca se sabe; a lo mejor no me muero si me quedo en casa.

—Sería estupendo.

—Haré la selectividad. Luego iré a la universidad.

—Suspira, se tira en la cama y cierra los ojos.

—Buena idea.

—Encontraré trabajo y quizá algún día tenga hijos. Chester, Merlin y Daisy.

Papá abre un ojo durante un segundo.

—¡Que Dios los ayude!

—Serás abuelo. Vendremos a visitarte cada dos por tres. Te visitaremos durante años y años, hasta que cumplas los noventa.

—¿Y luego qué? ¿Dejaréis de venir?

—No; entonces te morirás. Antes que yo. Como debe ser.

No responde. Cuando la oscuridad se filtra por la ventana y las sombras alcanzan su brazo, parece desvanecerse.

—No vivirás en esta casa, sino en un sitio más pequeño cerca del mar. Yo tendré las llaves porque te visitaré muy a menudo, y un día entraré tranquilamente como siempre, pero las cortinas estarán echadas y las cartas seguirán en la esterilla de la puerta. Subiré al dormitorio para buscarte. Me aliviará verte tumbado en la cama pacíficamente que soltaré una carcajada. Pero cuando abra las cortinas, me daré cuenta de que tienes los labios azulados. Te tocaré la mejilla y estará fría. Tus manos también.

—Repetiré tu nombre una y otra vez, pero no podrás oírme y no abrirás los ojos.

Papá se incorpora. Está llorando otra vez. Lo abraza y le palmeo la espalda.

—Perdona. ¿Te estoy asustando?

—No, no. —Se aparta y se frota los ojos—. Será mejor que vaya a limpiar el jardín antes de que anochezca. ¿Te importa si te dejo y voy abajo?

—Claro que no.

Lo observo desde la ventana ahora llueve con ganas y papá se ha puesto botas y un anorak. Saca una escoba y la carretilla del cobertizo. Se pone los guantes de jardín. Recoge el televisor. Barre los cristales rotos.

Coge una caja de cartón y mete los libros. Incluso recoge las hojas que tiemblan pegadas a la valla.

Cal llega con su informe de estudiante su mochila y su bici.

Tiene aspecto sensato y saludable. Papa va a su encuentro y lo abraza.

Cal suelta la bici y lo ayuda a limpiar. Parece un buscador de tesoros cuando va recogiendo anillos. Encuentra el collar de plata que me regalaron en mi último cumpleaños, mi pulsera de ámbar. Luego descubre cosas ridículas: un caracol, una pluma, una piedra especial. Encuentra un charco de barro y lo pisotea. A papá le hace

reír; se apoya en la escoba y suelta una carcajada. Cal también ríe.

La lluvia tamborilea suavemente en el cristal de la ventana, y los vuelve difusos a los dos.

—Bueno, ¿y pensabas decírmelo o no? —le pregunto.

Adam me mira con expresión grave, sentado en el borde de la silla.

—Me resulta muy difícil.

—Entonces es que no.

Se encoge de hombros.

—Lo he intentado un par de veces, pero me parece tan injusto... como si estuviera mal tener vida propia.

Me incorporo en la cama.

—¡No te atrevas a compadecerte por vivir!

—No me compadezco.

—Porque si quieres morir tú también, te diré cómo lo haremos. Salimos con la moto, cogemos una curva muy cerrada a toda velocidad justo cuando venga un camión en sentido contrario y nos matamos juntos: montones de sangre, funeral conjunto, nuestros huesos entrelazados por toda la eternidad. ¿Qué tal?

Se le ve tan horrorizado que me echo a reír. Él sonríe también, aliviado. Es como disipar la niebla, como si el sol hubiera salido en la habitación.

—Olvidémoslo, Adam. Me has pillado en un mal momento, eso es todo.

—¡Lo has tirado todo por la ventana!

—Pero no ha tenido nada que ver contigo.

Recuesta la cabeza en la silla y cierra los ojos.

—Ya.

Papá le ha dicho que no pienso volver al hospital. Todo el mundo lo sabe. Philippa vendrá mañana para comentar las opciones, aunque no creo que queden muchas. El efecto de la transfusión de hoy se está pasando.

—¿Y qué tal te ha ido en la universidad, por cierto?

Se encoge de hombros.

—Es muy grande, con muchos edificios. Me he sentido un poco perdido.

Pero aguarda el futuro con expectación. Lo veo en sus ojos. Ha ido en tren hasta Nottingham. Irá a muchos sitios sin mí.

—¿Has conocido a alguna chica?

—No.

—¿No es para eso que uno va a la universidad?

Se levanta de la silla y se sienta en el borde de la cama. Me mira con seriedad.

—Voy a ir porque mi vida era una mierda hasta que te conocí. Voy a ir porque no quiero estar aquí cuando tú ya no estés, viviendo con mi madre y sin que cambie nada. Ni siquiera habría pensado en ir de no ser por ti.

—Apuesto a que me habrás olvidado al acabar el primer trimestre.

—Apuesto a que no.

—Prácticamente es una ley.

—¡Basta! ¿Tengo que hacer alguna locura para que me creas?

—Sí.

Sonríe.

—¿Qué sugieres?

—Cumple tu promesa.

Alarga la mano para levantar el edredón, pero lo detengo.

—Primero apaga la luz.

—¿Por qué? Quiero verte.

—Soy un saco de huesos. Por favor.

Suspira, apaga la luz del techo y vuelve a sentarse a mi lado. Creo que lo he asustado, porque no intenta meterse en la cama, sino que me acaricia la pierna a través del edredón, desde el muslo hasta el tobillo, y luego la otra. Sus manos son firmes. Me siento como un instrumento al que estás afinando.

—Podría pasarme horas con cada parte de tu cuerpo —asegura. Luego ríe, como si no estuviera bien decir eso—. Eres maravillosa, de verdad.

Lo soy bajo sus manos. Porque sus dedos dan dimensión a mi cuerpo.

—¿Te gusta que te acaricie así, Tess?

Asiento con la cabeza y él se desliza hasta el suelo, se arrodilla en la alfombra y me sujeta los pies con las dos manos, calentándolos a través de los calcetines.

Me los frota tanto rato que casi me quedo dormida, pero despierto cuando me quita los calcetines, me levanta los dos pies y los besa. Recorre todos los dedos con la lengua. Me pasa los dientes por la planta. Me lame los talones.

Pensaba que mi cuerpo no volvería a sentir calor, al menos no ese calor apremiante que he sentido con Adam. Me asombro al notar que me invade de nuevo. Él también lo siente, lo sé. Se quita la camisa y las botas. Nuestras miradas se cruzan mientras se desabrocha los tejanos.

Es increíblemente atractivo, con ese pelo corto que lleva ahora, más que el mío, y la curva de su espalda al quitarse los pantalones, firmes los músculos de tanto trabajar en el jardín.

—Ven —le pido.

Hace calor porque los radiadores están encendidos, pero sigo temblando cuando él levanta el edredón y se mete en la cama a mi lado. Pone mucho cuidado en no aplastarme. Se apoya en un codo para besarme en la boca dulcemente.

—No me tengas miedo, Adam.

—No lo tengo.

Pero es mi lengua la que encuentra la suya. Soy yo la que guía su mano hacia mi pecho y lo anima a desabrochar los botones.

Se le escapa un sonido gutural, un gemido hondo, mientras sus besos van bajando. Acuno su cabeza. Acaricio su pelo mientras me chupa los senos suavemente, como un bebé.

—Te he echado tanto de menos —digo.

Su mano se desliza de mi cintura a mi vientre y a la parte superior del muslo. Sus besos siguen a su mano, bajan hasta que la cabeza le queda entre mis piernas y entonces me mira, pidiéndome permiso con los ojos.

La idea de que me bese ahí me desborda.

Adam tiene la cabeza sumida en la sombra y los brazos por debajo de mis piernas. Noto su cálido aliento en los muslos. Empieza muy despacio.

Si pudiera hacer cabriolas, las haría. Si pudiera aullar a la luna, aullaría. Sentir esto, cuando creía que todo había terminado, cuando mi cuerpo se está agotando y pensaba que nunca más obtendría placer de él.

Soy afortunada.

—Ven aquí. Sube.

En sus ojos hay una sombra de preocupación.

—¿Estás bien?

—¿Cómo sabías lo que tenías que hacer?

—¿Lo he hecho bien?

—¡Ha sido increíble!

Sonríe, ridículamente satisfecho de sí mismo.

—Lo vi una vez en una película.

—Pero ¿y tú? Ahora te has quedado a medias.

Se encoge de hombros.

—Da igual, estás cansada. No tenemos que hacer nada más.

—Podrías tocarte tú.

—¿Delante de ti?

—Yo te miraría.

Se ruboriza.

—¿En serio?

—¿Por qué no? Necesito más recuerdos.

Sonríe tímidamente.

—¿De verdad quieres que lo haga?

—De verdad.

Se arrodilla. Tal vez no me queden fuerzas, pero puedo darle mi mirada.

Adam me mira los pechos mientras se toca. Jamás había compartido algo tan íntimo, jamás había visto tal expresión de desconcertado amor como cuando se le abre la boca y los ojos.

—¡Tess, te quiero! ¡Te quiero de verdad, joder!

—Dime cómo será.

Philippa asiente como si hubiera esperado esa pregunta. Tiene una expresión extraña: profesional, desapegada. Creo que ha empezado a distanciarse. ¿Qué otra cosa puede hacer? Su trabajo es cuidar a los moribundos, pero si intima demasiado con ellos, podría caer en el abismo.

—A partir de ahora no querrás comer casi nada. Seguramente querrás dormir mucho. Quizá no quieres hablar, pero a lo mejor tienes energía para una buena charla de diez minutos entre sueño y sueño. Quizá incluso quieras ir abajo o salir al jardín si hace buen tiempo, si tu padre puede llevarte en brazos. Pero sobre todo dormirás. Dentro de unos días empezarás a perder la conciencia a ratos, y en ese estado tal vez no puedes responder, pero sabrás que hay gente a tu lado y los oirás cuando te hablen. Al final, simplemente te apagarás, Tess.

—¿Dolerá?

—Creo que el dolor será siempre soportable.

—En el hospital no lo era. Al principio no.

—Ya —admite—. Al principio les costo descubrir qué fármaco te iba mejor. Pero te he traído sulfato de morfina, que es de liberación lenta. También tengo Oramorph, que podemos usar si es necesario. No deberías sentir ningún dolor.

—¿Crees que tendré miedo?

—Creo que no hay un modo bueno o malo de afrontarlo —responde. Por mi cara se da cuenta de que opino que eso son paparruchas—. Has tenido la peor suerte del mundo, Tessa, y yo en tu lugar tendría miedo. Pero también creo que la manera en que encares estos últimos días, sea cual sea, será exactamente como debe ser.

—Detesto que hables de días.

Frunce el entrecejo.

Me habla sobre el modo de paliar el dolor, me muestra cajas y frascos. Habla bajito, y sus palabras me resbalan, sus instrucciones se pierden. Siento como si todo se estuviera poniendo a cero, una extraña alucinación de que toda mi vida estaba destinada a este momento. Nací y crecí para recibir esta noticia y esta medicación de manos de esta mujer.

—¿Tienes alguna pregunta, Tessa?

Intento pensar en todas las cosas que debería preguntar. Pero me he quedado en blanco y me siento incómoda, como si ella hubiera venido a despedirme a la estación y ahora esperáramos que el tren se dé prisa para así ahorrarnos todos los comentarios ridículos.

Es la hora.

Fuera hace una preciosa mañana de abril. El mundo seguirá su camino sin mí. No

tengo elección. Estoy llena de cáncer. Me corroe todo el cuerpo. Y no se puede hacer nada.

—Ahora iré abajo para hablar con tu padre —dice Philippa—. Intentaré venir a verte pronto.

—No es necesario.

—Lo sé, pero vendré.

La gorda y buena de Philippa que ayuda a morir a toda la gente entre Londres y la costa del sur. Alarga los brazos y me estrecha. Está caliente y sudorosa y huele a lavanda.

Cuando se va, me duermo y sueño que entro en el salón y encuentro a todo el mundo sentado. Papá está haciendo un ruido que no había oído hasta entonces.

—¿Por qué lloras? —preguntó—. ¿Qué ha ocurrido?

Mamá y Cal están juntos en el sofá. Cal lleva traje y corbata, como un jugador de billar inglés en miniatura.

Y entonces me doy cuenta: estoy muerta.

—¡Estoy aquí, aquí! —grito, pero no me oyen.

Una vez vi una película sobre que los muertos nunca se van en realidad, si no que viven silenciosos entre nosotros. Quiero decírselo. Trato de tirar el lápiz de la mesa, pero mi mano lo traspasa. Y también el sofá. Traspaso la pared y vuelvo otra vez. Meto los dedos en la cabeza de mi papá y los agito y él cambia de postura en la silla, extrañándose tal vez por sentir un escalofrío.

Entonces despierto.

Papá está sentado en una silla junto a la cama. Me coge la mano.

—¿Cómo te sientes?

Lo pienso, busco señales en mi cuerpo.

—No me duele nada.

—Eso es bueno.

—Estoy un poco cansada.

Asiente.

—¿Tienes hambre?

Quiero tener hambre. Por él. Quiero pedir arroz, gambas, pudín de melaza, pero mentiría.

—¿Quieres algo, algo en especial?

Conocer al bebé. Acabar los estudios. Crecer. Viajar por el mundo.

—¿Una taza de té? —respondo.

Papá parece complacido.

—¿Algo más? ¿Una galleta?

—Lápiz y papel.

Me ayuda a incorporarme. Me ahueca las almohadas para que me apoye, enciende

la lámpara de la mesita y me da un bloc de notas y un bolígrafo del estante. Luego baja a hervir el agua para el té.

Número once. Una taza de té.

Número doce...

Instrucciones para papá

No quiero que me metan en la cámara frigorífica de una funeraria. Quiero que me dejes en casa hasta el funeral. Por favor, ¿podría quedarse alguien sentado a mi lado por si me siento sola? Prometo no asustar a nadie.

Quiero que me entierren con el vestido de mariposas, el conjunto lila de sujetador y bragas y las botas de cremallera (está todo en la maleta que había preparado para Sicilia). También quiero llevar la pulsera que me regaló Adam.

No me pongáis maquillaje. Resulta ridículo en los muertos.

No quiero que me incineren. Las incineraciones contaminan la atmósfera con dioxinas, ácido clorhídrico, ácido fluorhídrico, dióxido de sulfuro, dióxido de carbono. Además, en los crematorios tienen esas cortinas siniestras.

Quiero un ataúd de sauce biodegradable y que me entierren en el bosque. La gente del Natural Death Centre me ayudó a elegir un sitio no lejos de donde vivimos, y te ayudarán a hacer todo lo necesario.

Quiero que se plante un árbol autóctono en mi tumba o cerca de ella. Me gustaría que fuera un roble, pero no me importa si es un castaño o un sauce. Quiero una placa de madera con mi nombre. Quiero que crezcan flores y plantas silvestres en mi tumba. Quiero que el funeral sea sencillo. Dile a Zoey que lleve a Lauren (si ya ha nacido). Invita a Philippa y a su marido Andy (si quiere venir), y también a James, del hospital (aunque esté ocupado).

No quiero que nadie que no me conozca diga nada sobre mi. La gente de Natural Death Centre estará contigo, pero también ha de mantenerse al margen. Deseo que la gente a la que quiero se levante y hable de mí, y, aunque llores, estará bien. Quiero que digas la verdad. Di que era un monstruo si quieres, di que os llevaba a todos de cabeza. ¡Si no se te ocurre nada bueno, dilo también! Escríbelo primero, porque al parecer la gente olvida a menudo lo que pensaba decir en los funerales.

Que no se lea el poema de Auden bajo ninguna circunstancia. Se usó tantas veces que es para morir (ja, ja), y es demasiado triste. Que alguien lea el soneto 12 de Shakespeare.

Música: «Blackbird» de los Beatles. «Plainsong» de The Cure. «Live Like You Were Dying» de Tim McGraw. «All the Trees of the Field Will Clap Their Hands» de Sufjan Stevens. Quizá no haya tiempo para todas, pero que no se dejen la última. Zoey me ha ayudado a escogerlas y las tiene todas en su iPod (tiene altavoces, si necesitas que te lo preste).

Después id a comer a un pub. Tengo 260 libras en mi cuenta de ahorro y quiero que las uséis para eso. De verdad, lo digo en serio, os invito a comer. Pide pudín, toffee, pastel de chocolate y dulce de leche, helado con fruta y nata, algo realmente malo para ti. Emborráchate también si quieres (pero no asustes a Cal). Gasta todo el dinero.

Y después, cuando pasen los días, no dejes de estar atento. Quizá te escriba algo en el cristal empañado cuando te bañes, o juegue en el jardín con las hojas del manzano cuando estáis en el jardín. Quizá me encuentres en tus sueños.

Visita mi tumba cuando puedas, pero no te atormentas si no puedes, o si te mudas de casa y de repente queda demasiado lejos. El lugar es muy bonito en verano (compruébalo en la página web). Podrías llevarte la comida y sentarte allí conmigo. Eso me gustaría.

Bueno. Esto es todo.

Te quiero.
Tessa.

—Voy a ser el único del colegio con una hermana muerta.

—Será guay. Te librarás de hacer los deberes durante mucho tiempo y le gustarás a todas las chicas.

Cal reflexiona.

—¿Seguiré siendo hermano?

—Por supuesto.

—Pero tú no lo sabrás.

—Ya lo creo que sí.

—¿Me visitará tu fantasma?

—¿Tú quieres?

Sonríe con nerviosismo.

—Podría asustarme.

—Entonces no.

No puede estar quieto, no hace más que pasear por la alfombra entre mi cama y el armario. Algo ha cambiado entre nosotros desde el hospital. Ya no intercambiamos bromas de la misma soltura.

—Tira la tele por la ventana si quieres, Cal. A mí me ayudó a sentirme mejor.

—No quiero.

Entonces enséñame un truco de magia.

—Sale corriendo en busca de su material y vuelve con su chaqueta especial, la negra con bolsillos ocultos.

—Observa muy atentamente.

Ata dos pañuelos de seda por una esquina y se los mete en el puño. Abre la mano dedo a dedo. Vacía.

—¿Cómo lo has hecho?

Él sacude la cabeza y se da unos toquitos en la nariz con la varita.

—Los magos no revelamos nuestros secretos.

—Hazlo otra vez.

En lugar de eso, se acerca y despliega una baraja de cartas delante de mí.

—Elige una, mírala y no me digas cuál es.

Elijo la reina de picas y luego la devuelvo a la baraja. Cal despliega de nuevo las cartas, esta vez boca arriba, pero la reina ya no está.

—¡Eres bueno, Cal!

Se deja caer sobre la cama.

—No lo suficiente. Ojalá pudiera hacer algo grande, algo tremendo.

—Puedes cortarme en dos con una sierra si quieres.

El sonríe, pero casi inmediatamente se echa a llorar, en silencio al principio, y

luego con profundos sollozos. Por lo que sé, sólo es la segunda vez que llora, así que quizá lo necesite. Los dos actuamos como si no pudiera evitarlo, como si fuera una hemorragia nasal sin relación alguna con lo que está sintiendo. Tiro de él hacia mí y lo abrazo. Hipa en mi hombro, sus lágrimas traspasan mi pijama. Quiero lamerlas. Sus lágrimas auténticas.

—Te quiero, Cal.

Aunque le haga llorar diez veces más fuerte, me alegro de haberme atrevido a decírselo.

Número trece: abrazar a mi hermano mientras la noche se asienta en el alféizar de la ventana.

Adam se mete en la cama. Se tapa con el edredón hasta la barbilla como si tuviera frío o temiera que el techo fuese a caerle encima.

—Tu padre va a comprar mañana una cama plegable, y la pondrá aquí para mí.

—¿Ya no vas a dormir conmigo nunca más?

—Quizá no quieras, Tess. Quizá no quieras que te abrace.

—¿Y si quiero?

—Pues entonces te abrazaré.

Pero está aterrado. Lo veo en sus ojos.

—No pasa nada; te dejo marchar.

—Calla.

—No, en serio. Te libero.

—No quiero liberarme —se inclina sobre mi y me besa—. Despiértame si me necesitas.

Se duerme enseguida. Me quedo despierta escuchando cómo se apagan todas las luces de la ciudad. Las buenas noches susurradas. El perezoso crujido de los muelles de las camas.

Encuentro la mano de Adam y la sujeto con fuerza.

Me alegro que existan los porteros de noche, las enfermeras y los camioneros. Me consuela saber que en otros países con diferentes usos horarios, las mujeres están lavando ropa en el río y los niños se dirigen a la escuela. En algún lugar del mundo ahora mismo, un niño oye el alegre sonido del cencerro de una cabra mientras sube por una montaña. Me alegro mucho de eso.

Zoey está cosiendo. No sabía que supiera coser. Sobre el regazo tiene un traje de bebé color limón. Enhebra la aguja con un ojo cerrado y hace un nudo en el hilo después de lamerse los dedos. ¿Quién le ha enseñado eso? La observo varios minutos; ella cose como si siempre lo hubiera hecho. Lleva la rubia melena recogida en alto y su cuello se curva en un suave ángulo. Se muerde el labio inferior, concentrada.

—Vive —le digo—. Vivirás, ¿verdad?

Alza la vista de repente y se chupa la sangre del dedo.

—¡Mierda! No sabía que estabas despierta.

Me hace reír.

—Estás radiante.

—¡Estoy gorda! —Se yergue a duras penas en la silla y me enseña el vientre para demostrarlo—. Estoy como una vaca.

Me encantaría ser ese bebé que hay en sus entrañas. Ser pequeña y sana.

Instrucciones para Zoey

No le digas a tu hija que el planeta se está yendo a la mierda. Enséñale cosas bonitas. Sé un coloso para ella, aunque tus padres no lo fueran para ti. No te lées con ningún chico que no te quiera.

—Cuando nazca el bebé, ¿crees que echarás de menos tu vida de antes?

Zoey me mira con solemnidad.

—Deberías vestirme. No es bueno que te pases el día en pijama.

Me recuesto en las almohadas y miro las esquinas de la habitación. Cuando era niña, quería vivir en el techo, que parecía muy limpio y despejado, como la parte superior de un pastel. Ahora sólo me recuerda a las sábanas.

—Siento como si te estuviera fallando. No podre hacerte de canguro ni ayudarte en nada.

—Hace muy buen tiempo. ¿Quieres que le pida a tu padre o a Adam que te lleven un rato fuera?

Los pájaros compiten entre sí en la hierba. Fleclos de nubes cubren el cielo azul. Esta tumbona está caliente, como si hubiera absorbido la luz del sol durante horas.

Zoey lee una revista. Adam me acaricia los pies a través de los calcetines.

—Estuchad esto —dijo Zoey—. Ganó un concurso de chistes.

Número catorce: un chiste.

—Un hombre entra en la consulta del médico con una rana en la cabeza. El médico pregunta: «¿Qué le sucede?», y contesta la rana: «Pues mire, que me ha salido un tío entre los huevos».

Me río un montón. Soy un esqueleto que ríe. Oírnos a Adam, Zoey y a mí es

como que te ofrezcan colarte por una ventana. Podría ocurrir cualquier cosa.

Zoey me pone a su hija en los brazos.

—Se llama Lauren.

Es gordita y pegajosa y babea leche. Huele bien. Agita los brazos en el aire y sus deditos se me meten en la nariz.

—Hola, Lauren.

Le digo lo grande y lista que es. Le digo todas las tonterías que imagino que les gusta oír a los bebés. Y ella me mira con ojos insondables y abre la boca en un enorme bostezo. Veo el interior de su boquita rosada.

—Le gusta —dice Zoey—. Sabe quién eres.

Apoyo a Lauren Tessa Walker sobre mi hombro y le acaricio la espalda en círculos. Escucho su corazón. Suena resulto y desprende un calor intenso.

Bajo el manzano danzan las sombras. La luz del sol se filtra entre las ramas. Se oye el ruido de un cortacésped lejano. Zoey sigue leyendo su revista, pero cierra cuando ve que estoy despierta.

—Has dormido un montón.

—He soñado que había nacido Lauren.

—¿Era guapa?

—Por supuesto.

Adam levanta la vista y me sonrío.

—Hola.

Papá se acerca por el sendero, grabándonos con cámara de vídeo.

—Déjalo ya —le digo—. Es morbosos.

Él se mete en casa con la cámara, sale con el cubo para reciclar y lo deja junto a la cancela. Arranca las flores muertas.

—Ven a sentarte con nosotros, papá.

Pero no puede estarse quieto. Vuelve dentro, regresa con un cuenco de uvas, chokolatinas surtidas y vasos de zumo.

—¿Alguien quiere un sándwich?

Zoey niega con la cabeza.

—Tengo suficiente con estos Maltesers, gracias.

Me gusta el modo en que frunce la boca cuando los chupa.

Hechizos para alejar a la muerte.

Pídele a tu mejor amiga que te lea las partes más interesantes de su revista: la moda, los chismes. Anímla a sentarse lo bastante cerca para que puedas tocarle el vientre, asombrosamente dilatado. Y cuando tenga que marcharse a su casa, respira hondo y dile que la quieres. Porque es cierto. Y cuando ella se incline sobre ti y te susurre lo mismo, abrázala con fuerza, porque no son palabras que compartáis normalmente.

Pídele a tu hermano, cuando vuelva del colegio, que se siente a tu lado y le dé un repaso a los detalles del día, las clases, las conversaciones, incluso lo que ha comido, hasta que se aburra tanto que te suplique que le dejes irse

al parque a jugar al fútbol con sus amigos.

Observa a tu madre cuando se quite los zapatos y se frote los pies porque su nuevo trabajo en la librería la obliga a pasarse el día de pie y ser cortés con los clientes. Ríe cuando le regale un libro a tu padre porque le hacen descuento y puede permitirse ser generosa.

Observa cómo tu padre le da un beso en la mejilla. Fíjate en que sonrían. Sabrás que, ocurra lo que ocurra, son tus padres.

Escucha a la vecina mientras poda las rosas de su jardín al atardecer. Ella tararea una vieja canción y tú estás debajo de una manta con tu novio. Dile a tu novio que estas orgullosa de él porque plantó ese jardín y animó a su madre a cuidar de él.

Estudia la luna. Está cerca y la rodea un resplandor rosado. Tu novio te dice que es una ilusión óptica, que sólo parece grande por el ángulo de la tierra.

Compárate con ella.

Y por la noche, cuando te lleven de nuevo a la habitación y otro día haya llegado a su fin, no permitas que tu novio duerma en la cama plegable. Dile que quieres que te abrace y no tengas miedo de que quizá él no quiera, porque si él dice que lo hará es que te ama, y eso es lo único que importa. Enlaza tus piernas con las suyas. Escucha su suave respiración mientras duermes.

Y cuando oigas un ruido, como el de una cometa que se acerca, como las aspas de un molino de viento girando despacio, di. «Todavía no, todavía no».

Sigue respirando. Tú sigue respirando. Es fácil. Inspira y espira.

Un psicópata le dice a todo el mundo que vayan a un campo y dice: «voy a elegir a uno de vosotros, sólo a uno de entre todos vosotros para que muera»; y todos se miran pensando que es muy improbable que sea yo, porque hay miles de personas así que estadísticamente es casi imposible que me toque. El psicópata se pasea arriba y abajo mirando a todo el mundo y cuando se acerca a mí sonrío y luego me señala y dice: «serás tú» y tengo la sorpresa de que sea yo y sin embargo pues, para que colar que no soy yo, por qué no iba a serlo, yo lo sabía.

Cal entra corriendo.

—¿Puedo salir?

Papá suspira.

—¿Adónde piensas ir?

—Por ahí.

—Tendrás que ser más concreto.

—Te lo diré cuando llegue.

—No me vale.

—A todos los demás les dejan salir a donde quieran.

—A mí no me interesan todos los demás.

Maravillosa rabia cuando Cal sale ruidosamente. Trozos de jardín en el pelo, tierra en las uñas. Su cuerpo capaz de abrir la puerta de golpe y luego dar un portazo.

—¡Sois todos unos cabrones! —grita mientras baja corriendo las escaleras.

Instrucciones para Cal

No mueras joven. No cojas meningitis ni sida ni nada. No dejes de estar sano. No luches en ninguna guerra, ni te unas a una secta, ni te vuelvas religioso, ni te enamores de alguien que no se lo merezca. No creas que has de ser bueno porque eres el único que queda. Sé tan malo como te apetezca.

Alargo la mano para coger la de papá. Tiene los dedos en carne viva, como si los hubiera frotado con un rallador.

—¿Qué has hecho?

Se encoge de hombros.

—No sé. Ni siquiera me he dado cuenta.

Más instrucciones para papá: Deja que Cal sea suficiente para ti.

Te quiero. Te quiero. Envío este mensaje a sus dedos a través de los míos para que suba por su brazo y le llegue al corazón. Escúchame. Te quiero. Y siento mucho dejarte.

Despierto horas más tarde. ¿Cómo ha ocurrido?

Cal vuelve a estar aquí, sentado en la cama junto a mí, apoyado en unas almohadas.

—Siento haber gritado.

—¿Te ha dicho papá que me pidas perdón?

Asiente con la cabeza. Las cortinas están abiertas y la oscuridad a regresado sin saber cómo.

—¿Tienes miedo? —me pregunta muy bajito, como si fuera algo que estaba pensando pero no pretendía decir.

—Tengo miedo de quedarme dormida.

—¿De no despertar más?

—Sí.

Le brillan los ojos.

—Pero sabes que no será esta noche, ¿verdad? Quiero decir, tú lo sabrás, ¿no?

—No será esta noche.

Apoya la cabeza en mi hombro.

—Odio esto, lo odio —dice.

La luz regresa lentamente. La oscuridad absoluta se difumina en los dos bordes. Tengo la boca seca. Noto en la garganta el polvo de la medicación de anoche.

—Hola. —Saluda Adam.

Tiene una erección, se disculpa con una tímida sonrisa y luego abre las cortinas y se queda mirando por la ventana.

Fuera, las nubes rosadas de la mañana.

—Vas a vivir años y años sin mí —le digo.

—¿Quieres que prepare el desayuno?

Me trae cosas, igual que un mayordomo. Un polo de limón. Una bolsa de agua caliente. Rodajas de naranja en un plato. Otra manta. Pone a hervir canela en rama en la cocina porque quiero oler a Navidad.

¿Cómo ha ocurrido esto tan rápidamente? ¿Cómo se ha convertido en realidad?

—Por favor métete en la cama y ponte encima de mí con tu calor y rodéame con tus brazos y haz que todo esto se detenga.

Mi madre está colocando un enrejado. Al principio fue un huerto de hiervas aromáticas, luego rosales, y ahora quiere madreselva.

—Podría ir a echarle una mano cuando venga tu padre a quedarse contigo. ¿Te parece bien, Tess?

—Claro.

—¿Hoy no quieres sentarte un rato fuera?

—No.

No quiero que me muevan. El sol se me incrusta en el cerebro y me duele todo el cuerpo.

La campanilla que me compraron hace demasiado ruido en medio de la noche, pero no me importa. Adam se acerca con cara de sueño, en calzoncillos y camiseta.

—Te has ido.

—Acabo de bajar a preparar una taza de té.

No lo creo. Y no me importa lo de su taza de té. Puede beber agua tibia de mi jarra si tan desesperado está.

—Cógeme la mano. No me sueltes.

Cada vez que cierro los ojos, me caigo. Es una caída sin fin.

Todo es exactamente igual: la luz a través de las cortinas, el zumbido distante del tráfico, el ruido del agua hirviendo. Podría ser el día de la marmota, salvo que mi cuerpo está más cansado, mi piel es más transparente. Soy menos que ayer.

Adam está en la cama plegable.

Intento incorporarme, pero no tengo fuerzas.

—¿Por qué has dormido ahí?

Me toca la mano.

—Anoche tenías dolores.

Abre las cortinas igual que hizo ayer. Se queda en la ventana mirando fuera. El cielo está pálido y acuoso.

Hemos hecho el amor veintisiete veces y hemos compartido cama sesenta y dos noches y eso es mucho amor.

—¿Quieres desayunar? —pregunta.

No quiero estar muerta.

No me han amado de esta forma el tiempo suficiente.

Mi madre estuvo catorce horas de parto conmigo. Fue el mes de mayo más caluroso que se ha registrado. Hacía tanto calor que no llevé nada de ropa durante las dos primeras semanas de vida.

—Te tumbaba sobre mi estómago y nos pasábamos horas durmiendo —me cuenta mamá—. Con tanto calor, no se podía hacer nada más que dormir.

Es como las charadas esto de repasar recuerdos.

—En el autobús, cuando iba a reunirme con papá en su descanso para comer, tú te sentabas en mi regazo y mirabas a la gente. Tenías una mirada muy penetrante. Todo el mundo lo comentaba.

La luz es muy brillante. Un rectángulo de luz, grande como una losa, entra por la ventana y aterriza sobre la cama. Puedo descansar la cabeza al sol sin siquiera moverme.

—¿Recuerdas cuando fuimos a Cromer y perdiste tu pulsera de dijes en la playa?

Ha traído fotos, me las muestras una a una.

Una tarde verde y blanca ensartando margaritas.

La luz lechosa del invierno en la granja urbana.

Hojas amarillas, botas embarradas y un cubo negro mostrando orgullosamente.

—¿Qué cogiste? ¿Te acuerdas?

Philippa dijo que el oído sería lo último que perdería, pero no me dijo que vería colores cuando la gente me hablara.

Frases enteras formaban arco iris de lado a lado de la habitación.

Mis pensamientos se tornaban confusos. Estoy junto a la cama y es mamá la que agoniza. Aparto la sábanas y está desnuda; es una mujer arrugada y tiene el vello púbico gris.

Lloro por un perro al que atropelló un coche y enterraron. Nunca tuvimos perro. No es un recuerdo mío.

Soy mamá en un poni cruzando la ciudad al trote para visitar a papá. Él vive en unas viviendas de protección oficial, y mi montura y yo nos metemos en el ascensor y subimos hasta el octavo piso. Los cascos del poni hacen ruido metálico. Río.

Tengo doce años. Vuelvo a la casa del colegio y mamá está en la puerta. Lleva puesto el abrigo y hay una maleta a sus pies. Me tiende un sobre. «Dale esto a papá cuando regrese».

Me da un beso de despedida. La observo hasta que llega al horizonte, y en lo alto de la colina se desvanece como una nube de humo.

La luz es desgarradora.

Papá bebe un té junto a la cama. Quiero decirle que se está perdiendo *Good Morning Televisión*, pero no estoy segura. No estoy segura de la hora.

También esta comiendo. Galletas con salsa picante y queso cheddar. Me gustaría que me apetecieran. Interesarme por el sabor, por las cosas crujientes y secas que se desmenuzan. Papá deja el plato cuando ve que estoy mirando y me coge la mano.

—Niña preciosa.

Le doy las gracias.

Pero mis labios no se mueven y él parece no oírme.

Luego digo: Estaba pensando en aquella canasta que me hice cuando entré en el equipo de baloncesto del colegio. ¿Recuerdas que tomaste mal las medidas y quedé demasiado alta? Practiqué tanto con ella que luego en el colegio los tiros siempre me salían altos y al final me echaron del equipo.

Pero tampoco eso parece oírlo.

Así que me decido a contárselo.

Papá, tú jugabas al béisbol conmigo aunque lo detestabas y habrías preferido que hubiese elegido el críquet. Aprendiste filatelia porque yo quería tener una colección de sellos. Te has pasado horas muertas en los hospitales y jamás te has quejado, ni una sola vez. Me cepillabas el pelo como habría hecho una madre. Renunciaste a tu trabajo por mí, a tus amigos por mí, a cuatro años de tu vida por mí. Casi nunca te he oído una sola queja. Me has dejado estar con Adam. Me has dejado cumplir los objetivos de mi lista. Me he portado muy mal. Siempre pidiendo, pidiendo demasiado. Y tú nunca has dicho: «Basta. Déjalo ya».

Hace tiempo que quería decírtelo.

Cal me mira con atención.

—Hola —me dice—. ¿Cómo estás?

Lo miro parpadeando.

Se sienta en la silla y me observa.

—¿De verdad ya no puedes hablar?

Intento decirle que sí, claro que puedo. ¿Es idiota o qué?

El suspira, se levanta y va hacia la ventana.

—¿Crees que soy demasiado pequeño para tener novia?

Le digo que sí.

—Porque muchos amigos míos ya la tienen. No es que salgan juntos en realidad. Sólo se mandan mensajes por el móvil. —Sacude la cabeza con incredulidad—. Jamás entenderé eso del amor.

—Hola, Cal —dice Zoey.

—Hola.

—He venido a despedirme. O sea, ya me he despedido, lo sé, pero se me ha ocurrido hacerlo otra vez.

—¿Por qué? ¿Adónde vas?...

Me gusta el peso de la mano de mamá en la mía.

—Si pudiera cambiarme contigo, lo haría, ya lo sabes —me dice.

Más tarde añade:

—Ojalá pudiera ahorrarte todo esto.

Tal vez crea que no la oigo.

—Podría escribir a una de esas revistas que publican historias reales para contar lo difícil que fue abandonaros —dice—. No quiero que creas que fue fácil.

Cuando tenía doce años busque Escocia en un mapa y vi que más allá del río Firth estaban las islas Órcadas y supe que había barcos que se la llevarían aún más lejos.

Instrucciones para mamá

No renuncies a Cal. No lo abandones ni regreses a Escocia ni pienses que un hombre puede ser más importante que él. Te perseguiré desde la tumba si lo haces. Moveré los muebles, te arrojaré cosas a la cara y te asustaré tanto que te volverás loca. Se buena con papá. En serio. Te estaré vigilando.

Me da un sorbo de agua helada. Luego me coloca suavemente un paño frío sobre la frente.

—Te quiero —me dice.

Como dos gotas de sangre que caen sobre la nieve.

Adam se acuesta en la cama plegable. Cruje. Deja de crujir.

Recuerdo cuando me chupaba los pechos. No hace tanto tiempo de eso. Estábamos en esta habitación, en mi cama, y yo tenía su cuerpo acurrucado contra mi brazo y me sentía como su madre.

Me prometió que llegaría hasta el final. Se lo hice prometer. Pero no sabía que se tumbaría a mi lado todas las noches como el perfecto boy scout. No sabía que me dolería que me tocara, que él estaría demasiado asustado para cogerme la mano. Debería salir por la noche con alguna chica de bonitas curvas y aliento a naranja.

Instrucciones para Adam

No cuides de nadie más que de ti mismo. Ve a la universidad, haz muchos amigos y emborráchate. Olvídate las llaves de casa. Ríe. Come Pot-Noodles para desayunar.

Sáltate las clases. Sé irresponsable.

—Buenas noches, Tessa.

Buenas noches, Adam.

—He llamado a la enfermera. Dice que deberíamos darle Oramorph además de morfina.

—¿Nadie vendrá a ayudarnos?

—Nos las apañaremos solos.

—Ha vuelto a preguntar por su madre cuando estabas al teléfono.

... no dejo de pensar en fuegos en humo en frenéticos repiqueteo de campanas y en los rostros sorprendidos de una multitud como si les hubiera arrebatado algo.

—Me quedaré con ella si quieres, Adam. Baja a ver la tele o a dormir un poco.

—Le dije que no la dejaría sola.

Es como apagar las luces una a una.

... la lluvia cae suavemente sobre la arena y las piernas desnudas mientras papá da los últimos toques al castillo y aunque está lloviendo Cal y yo cogemos agua del mar con un cubo para el foso y luego cuando sale el sol ponemos banderines en las torres para que ondeen y compramos helados en el chiringuito que hay en lo alto de las dunas y luego papá se sienta con nosotros mientras sube la marea y juntos tratamos de apartar el agua para que la gente del castillo no se ahogue.

—Venga, Adam. Ninguno de nosotros servirá de gran cosa si estamos agotados.

—No, no me voy.

... cuando tenía cuatro años casi me caí en el pozo de una mina de estaño y cuando tenía cinco el coche volcó en la autopista y cuando tenía siete fuimos de vacaciones y el hornillo se apagó en la caravana y nadie se dio cuenta.

... llevo toda una vida muriendo...

—Ahora está más tranquila.

—Hmmm.

Oigo sólo una fracción de las cosas. Las palabras caen como grietas, se pierden dura horas, luego vuelven volando y aterrizan sobre mi pecho.

—Muchas gracias.

—¿Por qué?

—Por no huir, la mayoría de los chicos habrían salido corriendo.

—La quiero.

—Hey —dice Adam—, estás despierta.

Se inclina sobre mí y me humedece la boca con una esponja. Me da golpecitos en los labios reseco con un paño y los unta de vaselina.

—Tienes las manos frías. Te las cogeré un rato para calentarlas, ¿vale?

Apesto. Huelo mis propios pedos. Oigo el repugnante tictac de mi cuerpo al consumirse. Me estoy hundiendo, hundiendo en la cama.

Quince: salir de la cama, bajar y decir que todo ha sido una broma.

Doscientos nueve: casarme con Adam.

Treinta: ir a la fiesta de padres y que nuestro hijo sea un genio. Nuestros tres hijos, en realidad: Chester, Merlin y Daisy.

Cincuenta y uno, dos, tres: abrir los ojos. Ábrelos, joder.

No puedo. Me caigo.

Cuarenta y cuatro: no caer. No quiero caer. Tengo miedo.

Cuarenta y cinco: no caer.

Piensa en algo. No me moriré si pienso en el cálido aliento de Adam entre mis piernas.

Pero no consigo aferrarme a nada.

Como un árbol que pierde las hojas.

Olvido incluso lo que estaba pensando.

—¿Por qué hace ese ruido?

—Son sus pulmones. Retiene líquido porque está inmóvil.

—Suenan horrible.

—Suenan peor de lo que es.

¿Es Cal? Oigo el tirón de una anilla, el burbujeo de una lata de Coca-Cola.

—¿Qué hace tu padre? —pregunta Adam.

—Está al teléfono. Le está diciendo a mamá que venga.

—Bien.

¿Qué les ocurre a los cadáveres, Cal?

Polvo, brillo, lluvia.

—¿Crees que puede oírnos?

—Sin duda.

—Porque le he estado explicando cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—¡A ti te lo voy a decir!

—¿Seguro que ese ruido es normal?

—Creo que sí.

—Es diferente de hace un momento.

—Chist, no oigo.

—Éste es peor. Suena como si ni siquiera pudiese respirar.

—¡Mierda!

—¿Se está muriendo?

—Ve a buscar a tu padre, Cal. ¡Corre!

Tal vez regrese siendo otra persona.

Seré la chica de cabello alborotado a la que Adam conoce en su primera semana de universidad. «Hola, ¿tú también estás en la clase de horticultura?».

—Estoy aquí, Tess. Estoy aquí, cogiéndote la mano. Adam también está aquí, sentado al otro lado de la cama. Y Cal. Mamá está de camino, llegará en cualquier momento. Todos te queremos, Tessa. Estamos todos aquí contigo.

—Odio ese ruido. Suena como si le doliera.

—No le duele, Cal. Está inconsciente. No le duele nada.

—Adam dice que puede oírnos. ¿Cómo va a oírnos si está inconsciente?

—Es como dormir, pero ella sabe que estamos aquí. Siéntate conmigo, Cal, no pasa nada. Ven y siéntate en mi regazo. Está tranquila, no te preocupes.

—A mí no me parece tranquila. Suena como una tetera rota.

Me repliego en mi interior, sus voces son como el murmullo del agua.

Los momentos se juntan.

Se estrellan aviones contra edificios. Saltan cuerpos por el aire. Explotan vagones de metro y autobuses. Brota radiación de las aceras. El sol se convierte en un diminuto punto negro. La raza humana se extingue y las cucarachas gobiernan el mundo.

Cualquier cosa podría ocurrir después.

Angel Delight en una playa.

Un tenedor batiendo en un cuenco.

Gaviotas. Olas.

—Está bien, Tessa, puedes marcharte. Te queremos. Ahora ya puedes marcharte.

—¿Por qué dices eso?

—Tal vez necesite permiso para morir, Cal.

—Pero yo no quiero que muera. No le doy permiso.

Digamos que sí, entonces.

Sí a todo sólo una vez más.

—Quizá deberías despedirte de ella, Cal.

—No.

—Podría ser importante.

—Podría hacer que se muriera.

—Nada de lo que tú le digas hará que se muera. Tess desea saber que la quieres.

Un momento más. Uno más. Puedo con uno más.
Un envoltorio de caramelo que el viento mueve por el sendero.
—Adelante, Cal.
—Me siento estúpido.
—No te va a oír nadie. Acércate y susúrraselo.

*Mi nombre rodea una rotonda.
Una playa cubierta de sepias.
Un pájaro muerto en la hierba.
Millones de gusanos deslumbrados por la luz del sol.*

—Adiós, Tess. Que me visite tu fantasma si quieres. No me importa.

Una pareja de gorriones observan a un sapo encaramado a una rama.
Un ratón sumergido en el agua, aplastado por una cuchara.
Tres burbujas de aire diminutas que se escapan, una detrás de otra.
Seis muñecos de nieve hechos de algodón.
Seis servilletas dobladas en forma de azucena.
Siete piedras, todas de diferente color, atadas por una cadena de plata.
Hay sol en mi taza de té.
Zoey mira por la ventana y yo salgo de la ciudad con el coche. El cielo se vuelve cada vez más oscuro.
Deja que se vayan.
Adam exhala el humo hacia la ciudad que queda a nuestros pies. Dice «Ahí abajo podría estar ocurriendo cualquier cosa, pero aquí arriba no te enterarías».
Adam me acaricia la cabeza, la cara, besa mis lágrimas.
Somos afortunados.
Deja que se vayan.
El sonido de un pájaro que cruza el jardín volando bajo. Luego nada. Nada. Pasa una nube. Otra vez nada. Entra luz por la ventana, cae sobre mí, me traspasa.
Momentos.
Todos juntándose para llegar a éste.



JENNY DOWNHAM. Nació en 1964 es una escritora y actriz inglesa. Ha logrado el éxito internacional gracias a su primera novela, *Antes de morirme*, en la que cuenta los últimos años de una adolescente aquejada de leucemia.

Ganadora del *Booktrust Teenage Prize* y del *Branford Boase Award*, Downham quedó finalista del *Guardian Award* del 2007 y del *Carnegie Medal* en 2008.